

WARHAMMER



CARGAMENTO MALDITO

DAN ABNETT

Lectulandia

Sigue al capitán Luka Silvaro y a su infame tripulación en esta aventura repleta de piratas, monstruos marinos y zombies.

El capitán Luka Silvaro, al que todos daban por muerto, regresa para reclamar su nave y su tripulación y emprende una misión mortal para perseguir el Barco del Carnicero, infame galeón que tiene aterrorizados a los habitantes de la costa de Tilea. Pero las aguas del Viejo Mundo son más peligrosas que nunca, y el capitán y su tripulación de bribones deberán recurrir a todos los trucos sucios que conocen para enfrentarse a piratas, maldiciones, monstruos marinos y enemigos aún peores. ¿Podrán Silvaro y sus aliados seguir el rastro del Barco del Carnicero y derrotar a su pavorosa tripulación de no muertos antes de que también ellos acaben convertidos en zombies sin voluntad?

Lectulandia

Dan Abnett

Cargamento maldito

Warhammer

ePub r1.4

epublector 02.10.14



Título original: *Fell Cargo*

Dan Abnett, 2006

Traducción: Diana Falcon, 2009

Editor digital: epublector

Primer editor: Malakai (r1.0 a 1.1)

Corrección de erratas: dekisi, WAIF

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



Esta es una época oscura, una época de demonios y de brujería. Es una época de batallas y muerte, y del fin del mundo. En medio del todo el fuego, las llamas y la furia, también es una época de poderosos héroes, de osadas hazañas y de grandiosa valentía.

En el corazón del Viejo Mundo se extiende el Imperio, el más grande y poderoso de todos los reinos humanos. Conocido por sus ingenieros, hechiceros, comerciantes y soldados, es un territorio de grandes montañas, caudalosos ríos, oscuros bosques y enormes ciudades. Y desde su trono de Altdorf reina el emperador Karl Franz, sagrado descendiente del fundador de estos territorios, Sigmar, portador del martillo de guerra mágico.

Pero estos tiempos están lejos de ser civilizados. Por todo lo largo y ancho del Viejo Mundo, desde los caballerescos palacios de Bretonia hasta Kislev, rodeada de hielo y situada en el extremo septentrional, resuena el estruendo de la guerra. En las gigantescas Montañas del Fin del Mundo, las tribus de orcos se reúnen para llevar a cabo un nuevo ataque. Bandidos y renegados asuelan las salvajes tierras meridionales de los Reinos Fronterizos. Corren rumores de que los hombres rata, los skavens, emergen de cloacas y pantanos por todo el territorio. Y, procedente de los salvajes territorios del norte, persiste la siempre presente amenaza del Caos, de demonios y hombres bestia corrompidos por los inmundos poderes de los Dioses Oscuros. A medida que el momento de la batalla se aproxima, el Imperio necesita héroes como nunca antes.





Y una barca se vio al octavo día
con la vela hinchada aunque viento no había.
Carraca diabólica, atrocamente cargada,
a la corte del Rey Muerte bogaba.

De una canción marinera tileana.

Al llegar el amanecer, remaron hasta la orilla de una pequeña cala de guijarros y altas paredes de roca musgosa, situada al oeste de la bahía del puerto. Conocía el camino y condujo a su compañero con paso seguro por el sendero que ascendía desde la cala, pasaba por lo alto del promontorio y continuaba hacia las luces de los faroles de la ruinosa ciudad.

El cielo era de color violeta y las estrellas estaban esparcidas por él como un tesoro de doblones de plata. En la bahía, las campanas de las boyas, medidas por la marea, tintineaban, y los grandes braseros de las escolleras del puerto se encendieron para señalar la entrada a los rezagados y alzar un dedo desafiante hacia los aduaneros de Luccini, que se encontraban al otro lado del canal.

El cáñamo y las espigas que cubrían el promontorio se inclinaban por el efecto de las brisas marinas. Su compañero se detuvo y bajó los ojos hacia las miles de parpadeantes lámparas de la famosa ciudad. Frases musicales y versos de canciones ascendían hasta ellos en el aire nocturno.

—¿Es ésa? —preguntó su compañero.

—Ya lo creo que sí —replicó él, y su voz grave fue un ronroneo de deleite. Sabía que la había echado de menos, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto había creído que no volvería a verla nunca más—. ¿Preparado? —preguntó.

—Ni remotamente —replicó su compañero—. Vamos a entrar ahí, en ese sitio, quiero decir, y tú sin llevar siquiera una espada.

—Me haré con una —le aseguró a su compañero— cuando llegue el momento. Ahora, permanece en guardia. Ahí abajo está todo aquello de lo que vuestra maldita gente tiene miedo.

Durante el día, El Agujero-en-la-Falda-de-la-Colina no presentaba un aspecto destacable: una cueva abierta en el acantilado de piedra caliza, por encima de la calle Clavija, ante cuya entrada se extendía un húmedo toldo de lona que cubría una confusión de mesas y taburetes. Pero después de oscurecer despertaba a la vida. Se encendían fuegos dentro de toneles, así como antorchas y lámparas que se sujetaban a los postes del toldo o se colgaban mediante ganchos de la pared del acantilado. Cerdos y aves, recubiertos de miel y ennegrecidos por las llamas, se asaban espetados sobre humeantes hogueras prendidas dentro de los agujeros que había en el interior de la cueva, y la luz de las llamas relumbraba como oro al reflejarse en el reverso del toldo. La taberna se llenaba de humo caliente, risas, olor a tabaco de pipa, lúpulo, grasa de cerdo y sudor.

Esa noche, un ciego con una zanfonia entonaba canciones vivaces y danzas alegres, ayudado y animado por un músico borracho que tocaba una viola campanica. Las camareras, todas bien rellenas porque así le gustaban a Grecco, servían jarras de cerveza turbia, o bien, botellas de vino forradas de yute a aquellos que tenían la bolsa mejor provista. Una de las muchachas bailaba haciendo revolotear sus enaguas de encaje. Los clientes seguían el ritmo de la música con las palmas y le arrojaban monedas de plata.

El propio Grecco estaba dentro de la cueva, con el enorme corpachón holliniento y brillante de sudor, y se ocupaba de hacer girar los espetones. Observaba, contento, cómo aumentaba la clientela. Su guacamayo rojo iba de un lado a otro por el palo horizontal que había situado por encima de la cabeza del hombre, entre los cucharones y los pinchos para la carne que colgaban del techo. Un día se convertiría en una buena comida, según decía el chiste que corría por la taberna. Cuando muriera, ya estaría ahumado.

En las principales mesas que había debajo del toldo, los Dedos Ligeros comían, bebían y jugaban a dados. Eran unos cuarenta, sólo los de más alta graduación y los veteranos. Los otros ciento veinte, los grumetes y los marineros, habían bajado a la bahía para pasar la noche en los burdeles y las posadas más baratos.

«Dedos Ligeros», meditó Grecco. No hacía mucho que se habían ganado aquel apodo, un año a lo sumo. Y tampoco lo llevaban muy a gusto. Antes de eso habían sido los Saqueadores, un nombre mucho más viril, en su humilde opinión. Pero los motes iban y venían, al igual que las reputaciones y las fortunas, las camareras y las vidas. A fin de cuentas, aquello era Sartosa. Nada duraba eternamente.

El jefe del grupo era un matón de cabeza afeitada y largo mentón cubierto por una barba trenzada y adornada por cuentas de collar. Dejó sobre la mesa la jarra vacía y llamó con una señal a una camarera que pasaba.

—¡Más bebida para todos! ¡Y también un favor tuyo, mozuela!

La joven sonrió y, complaciente, permitió que la atrajera hacia sí y se la sentara

en el regazo.

—¿Sabes quién soy? —preguntó él, al mismo tiempo que se enjugaba la tintineante barba con el amplio puño de la camisa antaño blanca.

—Eres el patrón Guido, de los Dedos Ligeros.

—¡Eh, eh, eh, que ahora soy capitán! ¡El capitán Guido! —gritó.

Sus hombres dieron puñetazos sobre las tablas de la mesa: todos, menos Tende, el corpulento timonel eboniano, que se limitó a mantener la vista fija en el interior de la jarra medio vacía.

—¿Sabes por qué nos llaman los Dedos Ligeros, mi niña? —preguntó Guido mientras le daba una palmada en la cadera a la joven que tenía sobre el regazo.

—Ni me lo imagino —replicó ella.

—Porque nosotros... —bajó la voz y se inclinó hacia el rostro de la muchacha con aire conspirador, mientras ella dejaba de respirar por la nariz y le dedicaba una sonrisa falsa—. ¡Porque nosotros —continuó Guido— podemos llevarnos el rescate de un rey ante las narices de Luccini y Remas, y de cualquier príncipe comerciante de Tilea!

Siguieron asentimientos ruidosos, y las jarras chocaron en un brindis.

—¿De verdad? —preguntó la joven con burlón asombro.

—¡Ya lo creo! —gruñó Guido—. Manann nos sonríe, zagala.

Metió la cara en el escote de la joven, olfateando. Ella lo toleró durante unos instantes, con aspecto aburrido.

—¡Ay!, basta ya..., bestia —decía de vez en cuando, aunque en un tono ligeramente alentador.

—¡Eh, Guido!, cuéntale por qué realmente te llaman Dedos Ligeros.

Guido dejó de olfatear a la muchacha y retiró lentamente la cara de sus generosos pechos.

La mesa se había quedado en silencio. Toda la maldita posada se había quedado en silencio. En el fondo de la cueva, Grecco dejó los espetones y salió para ver con sus propios ojos qué sucedía. Cruzó los brazos salpicados de grasa y sacudió la cabeza con asombro.

Desafiando a la suerte, y a la desgracia que según todos decían le había sobrevenido, Silvaro había regresado.



Todos los ojos se volvieron hacia el hombre corpulento que se encontraba de pie en las sombras que proyectaba el toldo agitado por la brisa.

—¿Luka? —siseó Guido.

—Sí.

—¿Has vuelto?

—Sí, he vuelto.

—Pero dijeron... que te habían ejecutado.

—Parece que no lo hicieron de manera eficaz.

Guido se levantó súbitamente y derribó el taburete.

Luka miró a la muchacha.

—Lo llaman Dedos Ligeros porque va ligero de dedos. Solía ser mi número dos, y yo le cortaba un dedo cada vez que me hacía una mala jugada. ¿No es así, Guido?

—Sí.

—Muéstraselo.

Guido alzó las manos. Los pesados puños de la chaqueta de terciopelo cayeron hacia atrás para dejar a la vista unas manos que más parecían garras, provistas sólo del dedo índice y el pulgar.

—¿Cuántas veces me hiciste enfadar, Guido?

—Seis veces.

—Es una condenada maravilla que no te haya matado.

«Esto —pensó Grecco—, va a ser interesante».

—¿Qué quieres? —le espetó Guido.

—Mis barcos.

Guido soltó un bufido.

—Ahora son míos. Pasaron a mi poder de acuerdo con el código.

—Lo sé —asintió Luka Silvaro al mismo tiempo que avanzaba hasta quedar completamente iluminado por la luz de las lámparas.

Era alto y de constitución tan sólida como un galeón de cuatro palos, con una perilla ahorquillada y una espesa melena de grueso pelo gris rizado que llevaba sujeto

en una coleta. La última vez que lo habían visto, estaba entrado en carnes y lucía una clara barriga producto de la buena vida que iba aparejada con su oficio. Ahora no había ni un gramo de grasa en él. Se lo veía delgado, con la cara chupada, hambriento, y de algún modo eso acentuaba la escala y la anchura de su constitución, naturalmente grande. Sus ojos, no obstante, eran tal y como los recordaban: del color del mar antes de las tormentas, de un tono gris como una bala de cañón.

Dejó que la capa le cayera de los hombros para demostrar que iba desarmado.

—En este momento, lanzo el reto, de acuerdo con el código, para recuperarlos.

Todos los hombres se apartaron precipitadamente de la mesa. Guido desenvainó la espada. Se trataba de un alfanje con guarnición de estribo hecha de oro, pesado, corvo y de doble filo.

—Según el código, entonces. A ver si alguien se pone de tu parte.

Luka asintió con la cabeza.

—¿Una espada?

Su compañero, que hasta entonces sólo había sido una sombra que aguardaba detrás de él, avanzó hasta la luz y le ofreció a Luka su elegante espada corta.

—No —dijo Luka—. No puedo aceptarla de ti; no, si quiero hacerlo según el código. Retrocede.

El compañero volvió a retirarse hacia las sombras, con el ceño fruncido y no poca intranquilidad.

—¿Quién va a armarlo? —gritó Guido—. ¿Alguien? ¿Eh? ¿Alguien?

En un instante, un cuchillo para descarnar, largo como el antebrazo de un hombre, se clavó, temblando, en el banco que había junto a Luka. Se lo había lanzado Fahd, el arrugado cocinero del grupo, procedente de Arabia. Casi simultáneamente, un cuchillo para desollar focas se clavó junto al primero, arrojado por el gigantesco Tende.

Guido sonrió al ver las temblorosas armas blancas.

—Escoge tus armas —comentó con tono burlón.

Se produjo un estrépito, y sobre el banco cayó un sable. Se trataba de una arma estaliana, una fina tira de acero damasquino, curvada en un arco de treinta grados, con gavilanes rectos y pomo envuelto en alambre. Aún estaba dentro de una vaina de plata esmaltada.

El compañero ignoraba quién la había lanzado, pero Luka sabía a quién pertenecía.

La recogió, desenvainó la exquisita arma y arrojó a un lado la vaina. Hizo un par de pasadas a modo de práctica y el aire silbó al ser hendido; luego, le sonrió a Guido.

—Ponte en guardia —le ordenó.

No hubo la más mínima ceremonia. Se lanzaron el uno contra el otro mientras los hombres, apiñados, retrocedían para ponerse fuera del alcance de las afiladas hojas.

Vento, el encargado de los aparejos del patrón, apartó servicialmente la mesa con caballetes hacia un lado para procurarles espacio.

Las espadas chocaron y resonaron como campanas, una y otra vez. Guido retrocedió y avanzó grácilmente con la guardia baja, haciendo girar el brazo izquierdo como un oso atado a una estaca. Luka estaba más erguido, con los hombros echados hacia atrás y los nudillos de la mano izquierda apoyados en la cadera, como una ilustración de un manual de esgrima. La postura habría parecido casi cómicamente esmerada en un hombre tan grande de no haber sido por la innegable velocidad de los tajos.

Los apiñados espectadores gritaban palabras de aliento. Entre ellos, Grecco observaba el combate. Había presenciado los suficientes duelos, muchos en su propio local, como para ser capaz de analizar el que tenía ante los ojos. Habría tres factores decisivos.

El primero era que el bruto estilo de Guido lograra imponerse a la perfección profesional de Luka; el segundo, que Luka tuviera la sensatez y la destreza necesarias como para proteger el esbelto sable contra un golpe directo del arma de Guido, mucho más pesada. Un golpe bien dado haría que el sable se partiera bajo el peso del alfanje. Grecco había visto acabar así más de un combate, y a la mañana siguiente aún había estado limpiando la sangre de las losas de piedra del suelo.

El tercer factor... Bueno, era lo que estaba aguardando. Era contrario al código, pero siempre se producía, de modo que era una parte esperada de los duelos regidos por el código. Se daría en cualquier momento.

Guido avanzó un pie, que plantó con fuerza en el suelo, y atacó con la punta de la espada. Luka desvió la hoja dirigida hacia su corazón, aunque ésta le abrió un tajo en la holgada manga de la camisa. Alzó el sable con rapidez, trabó el filo en la guarnición de estribo del arma de Guido y lo empujó; pero Guido hizo que su arma se deslizara a lo largo de la hoja del sable de Luka hasta llegar a los nudillos, que empezaron a sangrar. Sólo el grueso sello que llevaba como anillo impidió que perdiera un dedo.

«Vaya una ironía», pensó Grecco.

Luka barrió el aire con un tajo horizontal, y el acero estaliano cortó varias de las trenzas adornadas con cuentas de la barba de Guido. Este maldijo y respondió con un golpe descendente, seguido por otro horizontal, lo que obligó a Luka a retroceder hacia la entrada de la cueva y los fuegos donde se asaba la carne. Algunos de los hombres daban ahora rítmicas palmas: «¡Clap!, ¡clap!, ¡clap!». El músico de la viola, inconsciente del mundo que lo rodeaba a causa de la borrachera, lo interpretó como la solicitud de una canción y comenzó a tocar, hasta que el ciego de la zanfonia le aconsejó guardar silencio.

Guido le hizo a Luka un tajo de través en el antebrazo derecho, y la tela blanca de

su camisa comenzó a teñirse de rojo oscuro. Luka se rehízo y hendió la punta de la nariz de Guido. Manó un borbotón de sangre que bajó hasta la boca y la barba. La respuesta de Guido fue tan terrible que Luka tuvo que agacharse para evitar la agitada hoja del alfanje.

En las sombras, el anónimo compañero comenzó a retroceder, preguntándose hasta dónde podría llegar si comenzaba a correr en ese momento.

Las armas de los combatientes chocaron, se trabaron, ellos se apartaron el uno al otro de un empujón y las espadas volvieron a chocar. Guido le dio una patada en una espinilla a su antiguo capitán. Ambas espadas barrieron el aire, y ambas erraron.

«Están cansándose —pensó Grecco—. Si mi juicio no falla mucho, el tercer factor entrará en juego más o menos...».

Dos integrantes del grupo se separaron de los espectadores y acometieron a Luka por la espalda. Girolo, un bruto peludo ataviado con una casaca de satén azul, que insistía en llevar a pesar de ser demasiado bajo de estatura, y Caponsacci, un marinero cuyo pecho parecía un tonel.

—¡Cuidado! —rugió Grecco.

Luka reaccionó con rapidez. Se volvió para desviar el sable afilado como una navaja de Caponsacci y, con el golpe de retorno, apartar el arma con la que intentaba ensartarlo Girolo. Los tres acometieron a Luka por delante con estocadas y tajos que lo obligaron a recular hasta abandonar el toldo y salir al patio en que se almacenaban los barriles. Los espectadores se retiraron para dejarlos pasar.

Girolo se lanzó a fondo, y Luka respondió con un tajo horizontal que le cortó la carne de un hombro. La víctima lanzó un alarido y retrocedió. Caponsacci acometió. Luka se apartó velozmente a un lado, volcó un barril lleno de cerveza y le dio un fuerte empujón con un pie para que rodara hacia Caponsacci. El marinero intentó saltar por encima, pero el tonel le golpeó las espinillas y lo hizo caer de bruces.

Guido quedó bloqueado momentáneamente por Caponsacci, y Luka se desplazó hacia la derecha para acometer a Girolo, que intentaba recuperarse, tenía un costado de su amada casaca de satén azul empapado de sangre.

El sable de Girolo no fue lo bastante veloz. Luka lo degolló y después lo empujó al suelo mientras el bruto se ahogaba. La multitud lanzó un tremendo rugido.

—Escoge con más prudencia el bando del que formas parte —le dijo Luka, jadeante, al moribundo.

Girolo gorgoteó, y luego expiró de un modo tan repentino que su cabeza chocó contra el suelo con un potente golpe.

Guido y Caponsacci volaron hacia Luka cuando éste volvía a meterse bajo el toldo de un salto y aterrizaba sobre las puntas de los pies. Se le echaron encima como furias. A despecho de su rapidez, Luka no pudo desviar simultáneamente el pesado alfanje corvo y el largo sable.

Se retiró precipitadamente, y al pasar logró arrancar de la mesa el largo cuchillo de deshuesar que le había lanzado el cocinero. Luego, se volvió y adoptó la postura encorvada y con las piernas flexionadas que caracterizaba a un luchador armado con espada y daga. Apartó el arma de Guido con el sable que empuñaba en la diestra, desvió la ancha hoja del arma de Caponsacci con el cuchillo que llevaba en la siniestra, y después cruzó ambas armas, la corta y la larga, como si fueran las hojas de una tijera, para parar el golpe que le dirigió Guido al recuperarse.

Detrás de la vocinglera concurrencia, el compañero anónimo rebuscó dentro de su capa y sacó una pistola de rueda grabada, una arma árabe de calidad. Armó el percutor y la alzó. Una mano envuelta en suave piel de cabritilla se adelantó hacia él y se la quitó con suavidad.

—No —dijo una voz.

El compañero se volvió a mirar, sobresaltado. A su lado había un marinero estaliano de aspecto dudoso, vestido con ropas ostentosamente ricas, que desarmó con cuidado la pistola antes de devolvérsela. El hombre era innecesariamente apuesto, de complexión morena, aunque no tan oscura como sus ojos. Su largo cabello negro, lacio, le caía como un velo por los costados de las mejillas y enmarcaba una cara lobuna.

—Pero... —comenzó el compañero.

—Silvaro no te lo agradecería. Este duelo se rige por el código. Tiene que luchar en solitario, o no habrá honor ninguno en la victoria. —La voz del hombre tenía un marcado acento estaliano.

—¡No habrá victoria alguna! —declaró atropelladamente el indignado compañero—. Ese Guido hace intervenir a sus compinches. ¡No es un combate justo!

—No señor —admitió el estaliano, que asintió a regañadientes con la cabeza—. Pero es el código. El que lanza el desafío debe luchar en solitario. Si cualquiera de la tripulación decide ponerse de parte del patrón... pues hay que respetarlo.

—Es una locura. ¡Es injusto! —le espetó el compañero.

—Y tanto que sí —asintió, y chasqueó la lengua—. Pero... —se encogió de hombros— es la costumbre. Guarda esa excelente pistola antes de que alguien te la robe.

La multitud volvió a lanzar un aullante rugido. Luka había apartado a un lado el pesado acero de Guido, y ahora tenía trabada el arma de Caponsacci por los gavilanes con el cuchillo de deshuesar. El robusto marinero intentó girar la muñeca para arrebatarse de la mano el cuchillo, pero Luka le clavó un palmo de la hoja de su sable a la altura del esternón. A Caponsacci se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó de rodillas.

Antes de que Caponsacci se hubiera ido de narices contra las losas de piedra del suelo, Luka ya había retorcido el sable para arrancárselo, y había girado sobre sí

mismo, mientras caía un reguero de sangre del filo. Alzó el cuchillo en diagonal y desvió con el plano de la hoja el tajo descendente de Guido. A continuación, la larga hoja de acero damasquino del sable de Luka quedó apoyada sobre el hombro izquierdo de Guido, presionándole un costado del cuello. Guido se quedó inmóvil.

—Te sugiero... que te rindas —jadeó Luka.

Los ojos de Guido fueron de un lado a otro, enloquecidos. Ya nadie avanzaba para ayudarlo. La espada estaliana hirió ligeramente la carne de Guido.

—Ya —lo instó Luka.

El alfanje cayó con estrépito sobre las losas de piedra. Con la espada de Luka contra el cuello, Guido se arrodilló lentamente.

—Me rindo —murmuró.

—¡Más alto! —le espetó Luka.

—¡Me rindo!

—¿Y?

—Te..., te entrego los barcos y el mando que previamente fueron tuyos, y no presento ninguna futura reclamación sobre ellos. Declaro, para que lo oigan los aquí presentes, que Luka Silvaro es el capitán y señor de la compañía de los Dedos Ligeros.

Luka sonrió. Arrojó a un lado el cuchillo y se enjugó el sudor de la frente con la mano libre.

—¿Y ha habido testigos de esta rendición? —preguntó en voz alta.

Siguió un pandemónium de aclamaciones, aplausos y patadas contra el suelo.

Luka agradeció el alboroto con una sonrisa y unos cuantos asentimientos de cabeza, a la vez que agitaba la mano libre. Apartó el arma del cuello de Guido, y se hizo el silencio.

—Mi primer acto... es imponer una pena.

Guido alzó la mirada y gimoteó.

—Perdóname —jadeó.

—¿Cuál es la pena? —les preguntó Luka a los presentes.

—La muerte —gritó alguien, y esa idea fue ruidosamente aclamada por algunos sectores.

—Por favor... —gimoteó Guido con los ojos alzados hacia Luka.

—Bueno, Guido, ¿qué sugieres tú?

Débilmente, a regañadientes, Guido alzó la mano izquierda y extendió el índice, uno de los últimos cuatro dedos que poseía.

Luka sonrió y asintió con la cabeza.

El sable destelló, y Guido soltó un alarido. Su mano izquierda yacía sobre las losas de piedra del suelo. La sangre manaba a borbotones del muñón.

—¡Bastardo! ¡Aaaaah! ¡Toda la mano!

—Considérate afortunado —dijo Luka—. Es una condenada maravilla que no te haya matado aún.

Grecco corrió a parar la hemorragia con un mantel. Algunos de los marineros avanzaron para ayudar a transportar a Guido, que pataleaba y chillaba mientras lo llevaban de vuelta al interior de la cueva, donde le sería cauterizada la herida.

—Mi segundo acto —gritó Luka por encima del estruendo— es rebautizar esta compañía como los Saqueadores.

Más aclamaciones a pleno pulmón.

«Mejor», pensó Grecco al oírlo por encima del siseo que emitió la carne quemada cuando presionó una sartén al rojo contra el muñón de la muñeca de Guido.

Guido lanzó un alarido, le sobrevino una arcada y se desmayó.

—¿Por qué no lo ha matado? —preguntó el compañero.

El estaliano se encogió de hombros.

—Lo merecía, quiero decir. A juzgar por los dedos que le faltan, ya le ha dado muchas oportunidades. ¿Por qué no lo ha matado?

El estaliano sonrió.

—Tiene que hacerle algunas concesiones. A fin de cuentas, es su hermano.



Hacía tres horas que había salido el sol, y en el lado del puerto el calor era sofocante. Más allá del inmenso muelle de piedra, una estructura antigua construida por otras razas mucho antes de la aparición del hombre, los tejados de Sartosa trepaban en hileras y apiñamientos por la ladera de la colina. El blanco estuco brillaba a la luz del sol, junto a obras de cantería gris y antiguas estructuras de madera. El puerto de Sartosa era una ciudad hecha de retales cosidos entre sí por muchas culturas diferentes en épocas muy distintas. Era como si los edificios fuesen producto del saqueo de todo el mundo, y hubiesen sido amontonados allí para que se destiñeran y pudrieran. Una ciudad construida a partir del saqueo. Parecía apropiado.

Dado que era un momento temprano de la temporada, a Luka le sorprendió el número de barcos que se encontraban varados en el largo banco de arena de la playa del otro lado de la bahía. Hacia ellos avanzaban en hilera equipos de marineros que llevaban calderos con brea, barras de hierro y mazas para calafatear los cascos. El fuerte olor de la brea caliente que flotaba en el aire se superponía casi completamente, aunque no del todo, a los acres vahos de la carne que estaban curando en los locales para ahumar que había a lo largo del puerto.

—Es demasiado pronto para entrar en dique seco —comentó Luka.

Bebió un sorbo de ron rebajado con agua de la botella de arcilla que llevaba, y se enjuagó la boca, reseca a causa de la juerga de la noche anterior. Había bajado hasta los muelles con su nervioso y aún anónimo compañero, y con Benuto, el contraataca.

—Muchos patrones han tenido suficiente para el resto del año, según dicen —explicó Benuto.

El contraataca era un hombre maduro, originario de Miragliano, con la cara cubierta de arrugas debido a los años de exposición al sol y al salitre. Llevaba zapatos negros con hebillas, pantalones de percal manchados y abiertos por los tobillos, y una chaqueta roja para que la tripulación pudiera identificarlo con facilidad. Se cubría la cabeza con un sombrero negro que tenía tantas puntas y tan poca forma que al compañero le resultaba imposible deducir su procedencia.

—¿Cuando aún están por recoger los beneficios del verano? —preguntó Luka.

Benuto negó con la cabeza y chupó su pipa de arcilla.

—No hay beneficios que recoger, señor, los mares están secos. Tienes que haberlo oído. Me refiero al *Barco del Carnicero*.

—He oído un par de cosas —replicó Luka, con descuido, a la vez que le lanzaba una mirada a su compañero—, aunque últimamente no he estado por ahí lo suficiente como para oír chismorreos. Unos pocos cuentos de desgracias. Ya veo que son ciertos..., o al menos que los patrones de Sartosa lo creen así.

Luka flexionó pensativamente el brazo derecho, con cuidado para no empeorar el tajo que Guido le había abierto la noche anterior.

—Sí que son ciertos, según dicen —asintió Benuto—. Hace ya diez meses que el *Barco del Carnicero* anda por ahí fuera. Todos nosotros también pensábamos que era una fantasía, al principio. Pero las rutas comerciales se han quedado desiertas, y para rematarlo muchos de los de la propia Sartosa han desaparecido.

—¿Así que apresa algo más que comerciantes?

—El Carnicero hace presa en cualquier cosa. Los continentales y los piratas por igual. Es el mismísimo demonio del mar. —Benuto escupió y se tocó el aro de oro que llevaba en una oreja para protegerse de la mala suerte—. El barco de Jacques Cabeza Roja, los dos de Leopardo Precipitado, el *Ráfaga de Viento*, el *Trabajos de Amor*, el *Espíritu Santo*, el *Princesa Ella* y el *Árbol Fulminado*, a no ser que este año el viejo Jeremiah Colmillo se haya largado al sur, al otro lado del Cuerno de Arabia, como ha amenazado siempre que haría.

—Tantos... —susurró Luka.

—Ya te lo dije —intervino el compañero.

Benuto miró al desconocido de larga capa que había permanecido junto a Luka desde su reaparición. Era un hombre de aspecto limpio, con manos pulcramente cuidadas, cuya ropa, aunque sencilla, estaba muy bien hecha, con telas de calidad. Era un continental, si Benuto había oído a uno antes, y de Luccini, por el acento.

Luka Silvaro había sido capturado el año anterior durante una batalla contra dos hombres de armas de esa ciudad-estado, y la compañía había creído que estaba muerto y pudriéndose dentro de una jaula colgante situada en lo alto del promontorio, o bien pudriéndose vivo en el interior de un pontón, una de las famosas cárceles flotantes del estuario. Habían considerado lo primero lo más probable, dado que Luka era un infame príncipe pirata. Pero la noche anterior había quedado claro que ninguna de las dos opciones era cierta. Luka estaba vivo, y había regresado acompañado por un caballero de Luccini. Benuto pensó que en eso había un misterio, y esperaba que su capitán no tardara mucho en desvelarlo.

—Nosotros mismos acabamos de regresar de una incursión con las manos vacías —dijo Benuto a Luka—. Guido estaba pensando en carenar también nuestros barcos.

Luka negó con la cabeza.

—Vamos a hacernos a la mar —dijo al contraмаestre—. He convocado a la compañía y ya le he dicho a Junio que abastezca las bodegas.

—¿Tienes el dinero necesario para eso, señor? —preguntó Benuto.

—Desde luego. Quiero que lo dispongáis todo para zarpar lo antes posible.

—¡Mi madre!, hay mucho trabajo que hacer —dijo Benuto, cuya voz se apagó poco a poco.

Luka miró a su compañero y alzó tres dedos. El hombre metió las manos bajo la capa, y, con cuidado sacó tres bolsas de cuero. Luka las sopesó y se las dio a Benuto.

—En condiciones para hacernos a la mar, y sin escatimar.

—¡Bien, señor! —replicó el contraмаestre con brusquedad.

* * *

Habían llegado al final del muelle y se detuvieron junto al muro rompevientos para mirar los barcos de la compañía de Luka. El *Rumor* era un bergantín de doscientas toneladas y una quilla de doscientos pasos de largo, y estaba equipado con veinte cañones. Tenía dos palos, ambos con velamen cuadrado completo, con una vela de cuchillo en la parte inferior del palo mayor. Su casco bajo e hidrodinámico estaba pintado de negro, y una única línea roja recorría cada uno de sus flancos, a la altura en que comenzaban las troneras. Era una nave rápida, veloz en los giros y bien armada. Una nave de cazador.

A su sombra se encontraba el barco de escolta, una balandra de sesenta pasos llamada *Zafiro*, una pequeña belleza de doce cañones. Su casco, de roble dorado por encima de la línea de flotación y blanco por debajo, estaba hecho con tablones unidos mediante empalmes planos, de modo que pudiera deslizarse como una espada a través del agua. La nave tenía el palo de mesana aparejado con velas de cuchillo, y podía izar una vela cuadrada en el palo mayor si soplabla viento favorable, pero a su bauprés, excepcionalmente largo, pues casi doblaba el largo de la eslora, podía sujetarse una gran vela latina que hacía a la nave realmente muy veloz.

La compañía ya estaba reuniéndose en torno a los barcos para realizar reparaciones o cargar vituallas bajo la dirección de Junio, el guardalmacén. Cuatro hombres izaban barriles de agua, aceite y cerveza hasta la cubierta del *Rumor*, valiéndose de una cuerda que pasaba por una bita. En lo alto de una verga, Luka vio a Largo, el velero, que se afanaba con la aguja, el burel y la mordaza. Los ojos de Luka se deslizaron hasta la proa del *Rumor* y el mascarón que la adornaba: una mujer que se rodeaba la boca con una mano, y una oreja con la otra.

Habría sido un crimen carenar aquellas dos naves tan pronto; vararlas en la playa,

volcarlas y calafatear sus cascos, dejarlas allí cuando en el mundo quedaba aún tanto verano y tanto mar... Eran como galgos o purasangres a los que había que hacer correr hasta agotarlos.

Sin que importaran los peligros que corrieran.

—¿Quién gobernará la *Zafiro*? —preguntó una voz, detrás de ellos. Era el estaliano lobuno con quien el compañero se había encontrado la noche anterior—. Siempre ha sido el barco de Guido, hasta que nos dejaste, y dudo de que vayas a darle otra vez un puesto de mando.

—Ni siquiera sé si va a unirse a nosotros, Roque —replicó Luka—. ¿A quién le había entregado él el gobierno de la *Zafiro*?

—A Silke.

—No me sorprende, aunque sí me asombra que Silke no saltara a ponerse del lado de su compinche anoche.

—Silke siempre ha tenido un fino olfato para percibir hacia dónde va a soplar el viento —dijo Benuto.

—Bueno, pues mantendré a Silke en su puesto, por ahora. Pongamos a prueba su lealtad. —Luka miró al estaliano—. Por cierto, te agradezco el sable.

El estaliano le dedicó un cortés asentimiento de cabeza. En ese momento, el compañero advirtió que la excelente arma que Luka había usado en El Agujero-en-la-Falda-de-la-Colina colgaba ahora del ancho tahalí de cuero del estaliano.

—Bien hallado otra vez, caballero —dijo el estaliano, de repente, al mismo tiempo que desviaba los ojos hacia el compañero—. Aún no nos han presentado.

El compañero movió los pies con incomodidad. Luka miró a uno y a otro, y luego se encogió de hombros.

—Sesto, éste es Roque Santiago della Fortuna, el maestro de armas de la compañía. Roque, te presento a Sesto Sciortini, un reputado caballero del continente.

Roque hizo una reverencia, y su largo cabello lacio cayó como lustrosa cortina negra. El estaliano tenía unos modales exquisitos, mucho más refinados de lo que cabría haber esperado de un pirata de Sartosa.

—Della Fortuna..., Roque Santiago della Fortuna... —murmuró Sesto al mismo tiempo que correspondía a la reverencia—. Recuerdo a alguien con ese nombre, perteneciente a la nobleza estaliana, que hace años se hizo bastante famoso por realizar grandes viajes a Arabia y las Tierras Meridionales. Creo recordar que desapareció en una expedición que hizo hacia Occidente. ¿Sois, por casualidad... pariente suyo?

—No —replicó Roque—, pero lo conocí en cierta ocasión, antes de que muriera.

—No obstante, parece una coincidencia... —comenzó Sesto.

—Te disculparé en atención al hecho de que las costumbres de Sartosa te son desconocidas, amigo Sesto —dijo Roque—. Nosotros raras veces insistimos en las

preguntas cuando no son bien recibidas. Entre nosotros no hay un solo hombre que no tenga secretos que no desee desvelar. Ésa, de hecho, es la razón por la que muchos acuden aquí y hacen suya esta vida intrépida. Te diría, por ejemplo, que tu nombre es intrigante. «Sesto»..., el sexto hijo, y «Sciortini»..., que significa «guardia» o «centinela». Es un nombre bastante correcto, y bonito, pero también imagino que es una máscara, algo tras lo que ocultarse.

—En absoluto —se apresuró a decir Sesto.

—En ese caso, te ruego que me digas por qué llevas el sello vuelto hacia dentro, de modo que sólo la palma de tu mano pueda ver el emblema que lo adorna.

—Yo...

—Entre nosotros no hay un solo hombre que no tenga secretos que no desea desvelar, Roque —intervino Luka—. Tú mismo lo has dicho.

—Mis disculpas —dijo Roque—. No tenía mala intención.

—Es lo que dicen todos los piratas —comentó Benuto, riendo entre dientes— después de rebanarte el gaznate.

* * *

A bordo del *Rumor*, en el gran camarote, Luka llamó al cabo de luces para que encendiera los faroles, ya que incluso en pleno día la sala de techo bajo era oscura. Luego la emprendió con el desordenado camarote, y arrojó prendas de ropa y otros objetos al exterior a través de las ventanas que daban sobre la cubierta.

Sesto permanecía sentado y lo observaba, mientras bebía sorbitos de coñac de una copa de vidrio tallado, de pie corto y grueso. Refunfuñando, Luka arrojó fuera un zapato, un jubón, un cuerno de pólvora vacío, un sombrero tricornio, ropa de cama enrollada, una mandolina...

Se dio cuenta de que Sesto lo observaba.

—Cosas de Guido. Ha deambulado por aquí como si fuera el dueño de este camarote. ¡Por mi camarote! ¡El mío!

—Supongo que pensó que no ibas a regresar —dijo Sesto.

—Ni siquiera yo pensaba que fuera a regresar. Pero no se trata de eso. ¡Ahhhh, mira! ¡Mi juego de ajedrez! ¡Que Manann se lo lleve! ¡Me ha perdido la mitad de las piezas!

—Deduzco que Guido es tu hermano —dijo Sesto.

Luka frunció el entrecejo.

—Tenemos la misma madre. No somos hermanos del todo.

Iba a tirar por una ventana una casaca de terciopelo gris con anchos puños doblados y adornados con botones, y se detuvo.

—Es mía —comentó, y luego la olió—. ¡Se la ha puesto, el muy maldito!

Revolvió entre el revoltijo de ropa y recipientes de peltre que sembraban el suelo de madera, y recuperó un fajín de seda escarlata, unos calzones de fustán y un par de botas de caballería, de color negro, largas hasta el muslo. Sin dar importancia a la presencia de Sesto, Luka comenzó a quitarse las prendas sencillas y de confección barata que había llevado puestas desde que había bajado a tierra. Sesto se sintió intimidado por el enorme cuerpo desnudo de Luka: la tremenda musculatura de los brazos y la espalda, las cicatrices medio borradas, la palidez de la piel por haber permanecido durante demasiado tiempo a la sombra. Demasiado tiempo dentro de las mazmorras de Luccini.

Luka se vistió con la ropa que había recogido del suelo. Al parecer, las prendas eran suyas porque se le ajustaban muy bien al cuerpo. Se puso los calzones, y luego las botas, cuya caña arrugó para que la parte superior quedara en torno a las rodillas; a continuación, se metió dentro de los calzones una camisa blanca de lino con mangas anchas, se ciñó la cintura con el fajín escarlata, y concluyó con la casaca gris.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó mientras se ataba las cintas de la parte delantera de la camisa.

—Eres la viva imagen de un señor pirata —replicó Sesto.

—La impresión deseada. Pero ahora nada de pirata, ¿eh? Ahora no.

—No, en efecto. ¿Cuándo vas a contárselo a los demás?

—¿Los demás?

—La compañía. Los Saqueadores. Tu tripulación, señor.

—Pronto. Cuando estemos en el mar.

—¡Ah! —asintió Sesto.

—Echo de menos mi oro y mis piedras —dijo Luka con los ojos fijos en los dedos que flexionaba—. Tus soldados me lo quitaron todo cuando me pusieron los grilletes. Apuesto a que lo han vendido.

—Aún te queda ese anillo —dijo Sesto, que señaló con un gesto de la cabeza el grueso cintillo de oro que había salvado el dedo meñique de Luka durante la lucha de la noche anterior.

Luka lo miró como si lo hubiera olvidado.

—Éste. Sí, bueno, es que éste no estaba dispuesto a perderlo. Me lo escondí debajo de la lengua durante seis semanas, y luego bajo una losa floja que había en mi celda. Si lo pierdo, me pierdo a mí mismo.

—¿Significa algo? —preguntó Sesto.

—Cuando empecé mi carrera, cogí un ducado de oro del tesoro del primer barco que capturé y lo hice fundir para hacer este anillo. Es una parte de mí mismo, una parte de quien soy, tanto como una mano o un pie. Pero hace demasiado que no tiene compañía.



Luka avanzó a grandes zancadas hasta el pañol que estaba situado detrás de la mesa de cartas de navegación. Era evidente que Guido lo había cerrado con un candado nuevo durante el tiempo en que había ejercido como capitán. Luka revolvió entre el desorden y encontró un pasador de cabo, que usó para forzar la puerta. Dentro había una pila de atlas marítimos y un montón de cartas enrolladas, libros de mareas, calendarios y una pistola de bolsillo de dos cañones. Debajo de todo eso había tres cofrecillos de latón. Luka los sacó, abrió los cierres y vació el contenido sobre la mesa.

Se derramaron preciosos tesoros destellantes: granates, rubíes, anillos de malaquita, agujas de hematites, cuñas de plata de Arabia, cruces esmaltadas, ópalos, perlas, agujas de esmeralda, broches de amatista, colgantes de *Zafiro* rosado, cajitas de oro para rapé; ducados y doblones tileanos, tercios cuadrados, cruzados estalianos y pesos octos, riyales árabes, coronas y águilas imperiales, rupias de Ind, florines bretonianos, yuanes de Catai, rublos kislevitas y toda clase de moneda de oro y plata, incluidas algunas de forma hexagonal o de luna creciente que Sesto no había visto nunca antes.

Luka revolvió entre los destellantes objetos esparcidos, mientras se probaba anillos que descartaba por demasiado grandes o pequeños. Finalmente, se decidió por una voluminosa turmalina verde para el dedo del corazón de la mano derecha, un *Zafiro* azul para el dedo anular de la mano izquierda, un rubí redondo para el dedo de en medio de la izquierda, y un anillo eboniano de oro para el pulgar izquierdo, forjado en forma de serpiente enroscada. Luego, se ensartó el lóbulo de la oreja izquierda con un voluminoso aro de oro que frotó para después escupir con el fin de que le diera suerte.

—El oro en la oreja mejora la vista —le dijo a Sesto.

—Ya he oído antes esa superstición.

Luka parpadeó.

—No creerás que es una superstición cuando nos enfrentemos con el Carnicero.

—Cuando llegue ese momento, ¿resistirán? —preguntó Sesto.

—¿Quiénes?

—La compañía. Los Saqueadores. Tu tripulación —precisó Sesto, que pronunció las aclaraciones como si fueran un refrán—. Cuando llegue el momento.

—¡Por lo que ofreces, te aseguro que espero que así sea, demonios!



El aprovisionamiento y reparación del bergantín y su escolta continuaron apresuradamente durante dos días. Sesto se mantuvo aparte de la compañía que iba reuniéndose, temeroso de cada uno de sus integrantes. Eran hombres libres, libres en el peor sentido, y sus almas violentas y vulgares no le eran leales a ningún estado, trono ni príncipe; sólo a sí mismas y a sus propios apetitos, así como al credo de su criminal confraternidad.

Sesto se quedaba por las proximidades de la popa y la toldilla, y observaba a los tripulantes. Llegó a reconocer sus rostros, o al menos los de algunos: Junio, el guardalmacén, un hombre alto que se afanaba en torno a las actividades de aprovisionamiento, y cuyos grandes ojos y nariz larga le recordaban a una cabra; Casaudor, el primer oficial, severo y robusto. Tende, el enorme timonel, incluso más grande que Luka, de piel negra como el carbón; Fahd, el arrugado cocinero, que mascullaba alegremente en árabe mientras trabajaba en los sofocantes confines de la cocina para servir carnes muy especiadas dos veces al día; Belissi, con una sola pierna, carpintero del barco; Vento, el jefe de aparejos, sorprendentemente ágil para ser un hombre tan pesado, y que mostraba debilidad por las casacas blancas como la tiza cuyas colas tenía que meterse dentro de los calzones cada vez que trepaba por los vaivenes; sus manos, al igual que las del velero, Largo, eran callosas y correosas a fuerza de serrar y empalmar; Benuto, el contramaestre, que supervisaba todo el trabajo y que siempre era visible con su sombrero informe y su chaqueta roja.

También uno de los marineros rasos se le grabó en la memoria. Se trataba de un hombre sucio, de ojos entrecerrados, cuyo nombre Sesto aún no conocía; era un auténtico bucanero, a juzgar por las mugrientas prendas de cuero que vestía. Adondequiera que fuese Sesto, el bucanero parecía estar siempre cerca, observándolo.

Silke, el que había conservado el puesto de patrón de la *Zafiro*, subió una vez a bordo del *Rumor* para hablar con Luka. Era un hombre desastrado, con hombros enormes y anchos, de los que pendía, como una cometa, un ropón de seda verde que le llegaba hasta los tobillos. Siete apretadas trencitas asomaban por el borde del turbante anaranjado con que se cubría la cabeza.

Roque entrenaba con dureza a los diferentes turnos, contando el tiempo mientras alzaban los escudos protectores en el momento en que sonaba un silbato. Al menos a la mitad de los marineros se los instruía para disparar con arcabuz, o eran diestros con la ballesta, o formaban parte del equipo de artilleros de uno de los falconetes o cañones giratorios que había montados a lo largo de la borda. Cada pocas horas sonaba un silbato, y Roque se paseaba a lo largo de la cubierta mientras los marineros de la guardia presentaban las picas con estruendo, alzaban los escudos del barco y los paveses de hierro a babor o estribor, y preparaban los garfios. Los arcabuceros y los grupos de artillería de los falconetes ocupaban sus puestos y disparaban una ruidosa

salva sin carga de plomo.

—Son demasiado lentos —oyó Sesto que le decía Luka a Roque—. Guido ha permitido que se vuelvan perezosos.

A Sesto no le parecían perezosos. En menos de dos minutos, la tripulación del *Rumor* podía proteger ambos flancos con escudos, disparar una salva de arcabuces y cañones, y dejar al barco erizado como un puercoespín con picas de asta larga. Y eso sin contar las armas que a título individual llevaban los hombres: alfanjes, sables, fajines y tahalíes cargados de pistolas de rueda y de yesca, mosquetes, hachas, estoques y puñales, cuchillos y dagas, facas y espadas cortas y de hoja ancha, de un solo filo, que llamaban chafarotes.

Sesto probó con un chafarote. Era pesado y tosco, poco más que una daga pesada y poco menos que un alfanje pequeño, pero el sonido que hacía al hender el aire era bueno, y resultaba lo bastante pequeño como para blandirlo sin que se enredara en las velas ni golpeará el techo cuando se estaba bajo cubierta.

* * *

Al segundo día, Sesto se escabulló por la escalera y descendió hasta la cubierta de cañones, pintada de rojo, donde admiró las piezas de artillería. Seis cañones por banda y tres culebrinas, junto con dos cuartos de culebrina o sacres situados en popa. Quedó impresionado por el hecho de que los cañones estuvieran montados sobre cureñas, de modo que podían ser desplazados fácilmente hacia el interior para ser recargados. Los buques de guerra de la flota de Luccini también tenían los cañones montados sobre carros, pero eran más difíciles de mover y arrastrar. No era de extrañar, pues, la reputación que se habían ganado los sartosanos por sus múltiples abordajes. Sesto reparó en las cuñas de madera que había preparadas para ser encajadas a martillazos en la parte posterior de cada cañón con el fin de ajustar el ángulo de disparo, y la cantidad de munición apilada: balas macizas, proyectiles encadenados, huecos y de piedra. Al contemplar el interior de la recámara de pólvora a través de las pesadas cortinas de malla, vio sólo una pila de los pequeños barriles que se utilizaban para la pólvora de pistolas y arcabuces.

—¿Buscas algo?

Sesto se volvió hacia atrás y se encontró con Sheerglas, el cadavérico jefe de artillería del *Rumor*. En algún momento de su larga carrera debía de haberse quedado varado en los asentamientos de las Tierras Meridionales, porque a Sesto no se le ocurría ninguna otra cosa que explicara que Sheerglas tuviera los caninos limados hasta haber sido afilados. El hombre nunca subía a la cubierta exterior. Acechaba en la roja penumbra de la cubierta de cañones, cazando sombras.

—Veo sólo pólvora para pistolas —dijo Sesto. Al sonreír, Sheerglas le ofreció un espectáculo inquietante. Los afilados caninos hicieron manar sangre del pálido labio inferior.

—Por orden del capitán, sólo usamos pólvora para pistolas —replicó.

Una vez más, Sesto se quedó impresionado. La pólvora para grandes calibres, especialmente en Sartosa, era notoriamente mala, rebajada con ceniza y propensa a fallar. La pólvora para pistolas, aunque mucho más cara, estaba finamente molida y era más pura. Los cañones del *Rumor* dispararían bien, y en todas las ocasiones.

—Era sólo curiosidad —dijo Sesto.

Sheerglas asintió con la cabeza.

—Me gustan los hombres curiosos. Eres el amigo del capitán, el que lo acompañó desde el continente, ¿verdad?

—S... sí.

Sheerglas le hizo un gesto con un botafuego que tenía en las huesudas manos, para que lo siguiera. Era una vara de ébano, con la punta tallada en forma de boca de león para que sujetara la mecha.

—Ven a popa conmigo, a mi camarote. Tomaremos un trago vivificante, tú y yo.

—Te lo agradezco, pero no.

—Venga ya —susurró Sheerglas con tono más insistente.

—Déjalo estar, Sheerglas —gruñó la voz de alguien que se encontraba cerca. Era el ubicuo bucanero.

—No tengo intención de hacerle ningún daño, Ymgrawl —protestó el jefe de artillería.

—Nunca la tienes, pero déjalo estar.

Sheerglas frunció el ceño y se alejó por la cubierta de cañones arrastrando los pies. En ese momento, Sesto se sintió tan atrapado por el bucanero como antes por el artillero. El hombre de tosca naturaleza lo sorprendió al apartarse a un lado para permitir que Sesto saliera primero, y conducirlo escalas arriba. Sesto se puso de lado para poder pasar. Desde cerca, el hombre despedía el fuerte olor de la piel curtida.

—Ve con cuidado —gruñó el bucanero.

—Así lo haré —le aseguró Sesto, y se apresuró a subir a cubierta.



Ese día el sol se alzó con un alegre viento del oeste, y se hicieron a la mar. No hubo ninguna fanfarria ni salva. De repente, Sesto se dio cuenta de que habían zarpado. El viaje había comenzado con la misma brusca falta de ceremonia que el tosco duelo entre Luka y su hermano.

Con la *Zafiro* muy por delante, rodearon la punta del puerto y se dirigieron al oeste por el llamado canal de los Piratas, para adentrarse en el azul cuenco del mar de Tilea, bañado por el sol. Con el fuerte viento y a todo trapo, el *Rumor* y la *Zafiro* bogaban a una velocidad espectacular. La tierra quedó atrás con rapidez; una franja del promontorio justo a popa, que se desdibujó hasta ser una línea humosa, y luego nada.

En cuanto no quedó a la vista nada más que mar abierto, un buen número de tripulantes se acercaron a la borda y arrojaron ofrendas al ondulado mar verde. Una moneda para que les diera buena suerte, una piedra para volver sanos y salvos, un botón para que se les concedieran pingües botines. Sesto vio que algunos hombres, Fahd entre ellos, le retorcían el cuello a un pollo y arrojaban el ave muerta al mar. Se estremeció al pensar en los crueles dioses acuáticos, como el demonio marino, a los que intentaban apaciguar aquellos hombres, por lo demás descreídos.

Belissi, el carpintero de barcos, hizo la ofrenda más extraña de todas. Con el cincel y el cepillo para madera había tallado una tosca copia de su pata de palo, que arrojó de modo muy teatral al oleaje.

—¡Madre Mía —gritó—, te has llevado mi pierna; ahora llévatela otra vez y conténtate, y no vengas a por el resto de mí!

Sacudiendo la cabeza, Sesto se subió a la toldilla de popa para reunirse con Luka, Casaudor y Benuto, mientras notaba el balanceo de la cubierta. Los puños de Tende estaban cerrados junto al eje del timón pintado de dorado, con un timonel de relevo, de cuello grueso, llamado Saybee, a su lado. Sesto se inclinó sobre el coronamiento de popa para observar a la hidrodinámica *Zafiro*, que corría ante ellos, con sus largos foques tan hinchados que parecían querer escapar del bauprés. Aquella balandra era una obra de arte: tenía el casco lo bastante ligero como para que fuera veloz, y sin

embargo, lo suficientemente fuerte como para no partirse bajo la extrema tensión de llevar más velamen del que era habitual para una nave de su tamaño.

Luka había abierto un atlas marítimo y estaba trazando el rumbo sobre el pergamino para que Casaudor lo viera. Sesto le oyó explicar que su intención era bogar velozmente hacia las islas occidentales que había a lo largo de la costa de Estalia, y quizá llegar incluso tan al norte como las aguas de Tobaró. Casaudor no dijo nada, pero a Sesto no le gustó la expresión de sus ojos.

Luka parecía tan animado como su nave, como si el viento hinchara también sus velas. Su piel ya había recuperado el color, un tono bronceado colorado que empezaba a desplazar la palidez que le había conferido el encarcelamiento. Comenzaba a ser él mismo otra vez. En los dos meses pasados desde que había conocido al capitán Luka Silvaro, Sesto había aprendido a confiar en él, y casi le caía bien. Pero ahora que estaban en el mar, Luka había cambiado. Era completamente libre otra vez, desgovernado, y Sesto se preguntaba durante cuánto tiempo respetaría los términos de su frágil acuerdo.

* * *

Al segundo y tercer día, el viento amainó y la velocidad de las naves se redujo, aunque el tiempo continuaba siendo bueno. No habían visto más que mar abierto, aves oceánicas y, en una ocasión, una borrosa nube plateada de peces voladores que nadaban muy de prisa y saltaban a través de las olas por delante de ellos.

Luego, al mediodía del tercer día, el hombre situado en el puesto de vigía principal, gritó:

—Vela a la vista.

El vigía cubría un campo visual de unas quince millas en todas direcciones, y su brazo extendido señalaba al sudoeste. La vela que había avistado estaba por debajo del horizonte, desde el punto de vista de los que se encontraban en cubierta. Luka hizo arriar un poco más de vela en ambos barcos, y mientras viraban por redondo y cambiaban, cogió el catalejo de latón y subió al puesto de vigía.

Para cuando regresó a la cubierta, habían aparecido a la vista dos diminutos puntos blancos.

—Es Ru'af —le dijo a Casaudor—. Sus dos galeras, si los ojos no me engañan.

—En ese caso, sigamos adelante —dijo el contramaestre.

Luka negó con la cabeza.

—Llamaré a ese viejo diablo para oír las noticias que traiga. En estos tiempos desdichados, podría valer la pena enterarnos de todo lo que podamos.

—¿Incluso por Ru'af?

—Incluso por él. Haznos virar para reunimos con sus barcos, e izad la bandera negra.

Casador comenzó a bramar órdenes a la tripulación, y los marineros de los aparejos treparon por los cordajes como monos. Sesto vio que la *Zafiro* había orientado las velas del mismo modo, y ahora navegaba a babor de la popa del *Rumor*.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Sesto a Luka, tras llevarse al capitán hacia un lado por un momento.

—Las velas son las de Muhannad Ru'af. Galeras corsarias. Averiguaremos qué sabe él.

—¿Corsarios?

—Sí, Sesto.

—¿Qué se limitarán a situarse a nuestro lado y hablar?

—¡Ah! Son rivales y entre nosotros no hay afecto ninguno, pero también ellos navegan según el código. ¿Recuerdas el código?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Estaremos a salvo si enarbolamos nuestras banderas.

Luka hizo un gesto hacia lo alto, y Sesto vio que el *Rumor* había izado una andrajosa bandera negra sobre la que habían cosido a mano un esqueleto blanco y un reloj de arena. La *Zafiro* izó una similar: dos espadas blancas cruzadas sobre campo negro.

Símbolos piratas. Eran las banderas que advertían a las naves víctimas que se rindieran sin luchar, o informaban a otro pirata de que se trataba de colegas. Si un barco pirata desplegab su bandera antes de atacar y uno se rendía sin luchar, estaba obligado a mostrarse misericordioso.

En el transcurso de una media hora, la nave corsaria aumentó de tamaño hasta ser enorme. Las naves de los Saqueadores estaban casi completamente inmóviles, al paio, sin coger el viento ligero que soplaba. Los barcos de Muhannad Ru'af eran galeras y llegaron movidas por el tremendo poder de enormes bancos de remos. La nave capitana, el *Badarra*, era un trirreme de sesenta remos, pintado de rojo, blanco y dorado, mucho más largo y más estrecho que cualquiera de los barcos de Luka, y dominado por dos enormes mástiles latinos, cuyas velas estaban aferradas en ese momento. Tenía un castillo alto y almenado en la proa. Su escolta, el *Tariq*, era un birreme de cuarenta remos, de aspecto similar al *Badarra*, pero más pequeño. Una enorme estructura de madera pintada de rojo se alzaba casi vertical sobre el castillo de proa.

Aún estaban aproximándose, a gran velocidad, batiendo el agua con los remos, acercándose al *Rumor* por babor.

—Arriad la falúa —le dijo Luka a Benuto—. Yo mismo iré a visitarlos en cuanto hayan virado. Recogeré unas cuantas...

—¡Cuidado! —gritó Casador, de pronto.

Se produjo un griterío generalizado entre la tripulación. Sesto, asustado, dio un salto y oyó que Roque hacía sonar el silbato.

Entonces, vio qué había visto Casador: al acercarse a los barcos de los Saqueadores, las galeras corsarias habían arriado las banderas negras y habían izado banderas rojas lisas.

La bandera de sangre. La *jolie rouge*. La señal de «muerte sin cuartel».



Se oyeron unas detonaciones distantes, y Sesto se dio cuenta de que las galeras habían disparado los cañones de proa. Oyó sonidos sibilantes zumbando en el aire que lo rodeaba. Una sección de la barandilla de la toldilla estalló y se convirtió en una lluvia de astillas de madera, y dos de los piratas gritaron y cayeron de rodillas. Uno de los juanetes del palo mayor se rasgó y quedó colgando, flojo. En torno a ellos, el mar se agitaba con salpicones y columnas de agua que se elevaban en el aire.

Otra detonación. El fuego y los trozos de madera se alzaron de la batayola de babor. Al menos un hombre cayó al mar. Los botes de metralla repiquetearon sobre la toldilla, donde estallaron para despedir munición encadenada y de cuatro ramales y balas de plomo que convirtieron barriles, vaivenes y a tres hombres en géiseres de fibras y fragmentos ensangrentados.

En la cara de Luka Silvaro había una expresión de total incredulidad.

Los cañones del *Rumor* comenzaron a devolver los disparos. Se partieron remos y sus trozos saltaron por los aires. Un manto de humo inundó el espacio que mediaba entre ambos barcos. Gritos y alaridos hendían el aire.

Roque, a fuerza de soplar el silbato de contramaestre, había logrado que la guardia de babor se aproximara a la batayola y uniera los escudos al mismo tiempo que los alzaba para formar una barricada. Los piqueros arrojaban sus armas de larga asta desde la apretada línea de escudos. La cubierta se estremecía violentamente, tanto por las balas de cañón enemigas como por los disparos de la artillería del propio *Rumor*.

Réplicas más agudas, como de ramas al partirse, recorrieron la línea de babor cuando los arcabuceros comenzaron a disparar. Agachado tras el coronamiento de popa, Sesto vio figuras de hombres que se desplomaban en la cubierta del *Badarra* o caían al espumoso mar. Empezaron a disparar los cañones giratorios de ambos barcos. Una sección de la pared de escudos de Roque cayó cuando la atravesó la bala de un sacre, y hombres con el cuerpo destrozado y segmentos de paveses salieron despedidos.

El *Tariq* había pasado ante la proa del *Rumor* y ahora se le acercaba por estribor.

Con viento muy escaso, había pocas posibilidades de maniobrar para evitarlo. La *Zafiro*, sin embargo, estaba alejándose de los tres barcos trabados en batalla. Sesto vio que Silke había arriado las lanchas cargadas de hombres, que ahora remaban con todas sus fuerzas para remolcar la balandra con largas cuerdas y alejarla.

¿Estaba huyendo? ¿Tan rápidamente iba Silke a fallar a la prueba de lealtad?

La proyección pintada de rojo que se alzaba en el castillo de proa del *Tariq* comenzó a descender, y entonces Sesto se dio cuenta de qué era: una rampa de abordaje provista de goznes conocida como corvus, lo bastante ancha como para que los hombres avanzaran por ella de dos en dos; los costados estaban protegidos por escudos con dibujos árabes. El corvus tenía una enorme púa que se extendía desde el borde de su extremo frontal.

Mientras Sesto observaba la escena, el *Tariq* se lanzó hacia el combés del *Rumor* como si intentara clavarle la púa, batiendo los remos como las patas de un insecto zapatero. Luego, soltaron los cables que sujetaban el corvus, y el puente de madera descendió con violencia y destrozó la barandilla superior antes de golpear contra la cubierta, donde la punta se clavó profundamente en los limpios tablones de roble. Ululando, los corsarios comenzaron a atravesarlo: hombres andrajosos de pelo alborotado, vestidos con sedas y lino floreados, que blandían pistolas de rueda, cimitarras y lanzas.

Para repelerlos, Roque y Benuto habían reunido a toda la guardia de estribor y todos los hombres de los aparejos de los que podían disponer. Se oyó un estruendo causado por las detonaciones secas de las armas de fuego que disparaban a poca distancia, y un entrechocar de picas y lanzas. Una brutal lucha cuerpo a cuerpo —una enredada, borrosa confusión— se propagó por el combés del *Rumor*.

Cuando la tripulación del *Badarra* comenzó a abordarlos, Luka se encontraba en la borda de babor con Casador. Tenía una pistola de chispa y cañones múltiples en la mano izquierda, y una corva cimitarra árabe en la derecha, y les gritaba órdenes a los piqueros y los escuderos. Los arcabuceros y los ballesteros trepaban ahora por los aparejos bajo la dirección de Vento y Largo, el anciano velero. Desde allí, comenzaron a descargar una lluvia de saetas y balas sobre la zona de la borda del *Badarra*. Les respondían con flechas y disparos de pequeño calibre, y Sesto vio que un arcabucero se precipitaba desde los aparejos como una piedra, y que otro, con una flecha atravesada en la garganta, caía y quedaba colgando, suspendido por un pie, sangrando como un cerdo ensartado.

Vento, con las colas de la casaca blanca metidas dentro de los calzones, montaba en un penol como si fuera un caballo y disparaba letales balas de piedra con una pesada ballesta especial de doble cuerda. Largo, situado aún más arriba, se había puesto un capacete hecho de oro, para protegerse la cabeza, y disparaba con un arco de caballería mientras sujetaba las flechas entre los dedos para dispararlas con

rapidez.

—¡No lograremos vencerlos en una lucha de uno a uno! —le gritó Luka a Casaudor—. ¡Arremetamos contra ellos! ¡Quiero el corazón de Ru'af por esta infamia!

Sesto observó con incredulidad mientras Luka preparaba una acción de abordaje para contrarrestar el ataque del *Badarra*. Se lanzaron garfios para acortar la distancia entre la galera y el bergantín, y a través de la pared de escudos pasaron planchas de abordaje y escalerillas, que cayeron sobre la cubierta de la nave corsaria.

Luka encabezó el ataque. Saltó por encima de las tablas a la vez que disparaba la grotesca pistola cuyos cinco cañones de ancha boca rugieron simultáneamente. Casaudor estaba junto a él, y derribó a dos corsarios del puente de abordaje con un disparo de trabuco. La pesada arma tenía una navaja de muelle debajo de las trompetas, y Casaudor hizo que saliera para atravesar con ella al siguiente corsario. En el momento de morir, al caer gritando al mar, el enemigo se llevó consigo el trabuco, pero Casaudor desenvainó un estoque con guarnición de taza y continuó la lucha.

Muchos Saqueadores tenían múltiples pistolas sujetas al cuerpo con acolladores y fajines de cintas, de modo que pudieran dispararlas y luego dejarlas caer sin perderlas. No había tiempo para recargar. Al atravesar corriendo la distancia que los separaba de la nave enemiga, disparaban cada arma por turno hasta que quedaban todas descargadas, momento en que recurrían a los chafarotes, las hachas de abordaje y los sables.

Los corsarios pasaban ahora en masa por encima de la borda de popa, cogidos al extremo de cuerdas colgantes. Tende, que empuñaba una hacha de mango largo acabado en una punta metálica para poder clavarlo, sin duda un diseño eboniano, encabezó una acción de repulsa con diez hombres, entre los cuales iban Junio y Fahd. Mientras retrocedía, casi paralizado de terror y preguntándose adonde podría huir, Sesto oía el zumbido del acero, el crujido de los huesos al partirse y los alaridos de los agonizantes. La sangre corría por la cubierta siguiendo las juntas de los tablones. Los corsarios volvieron a arremeter e hicieron que más hombres llegaran a la popa, a despecho de haber perdido a media docena a causa de los disparos de Vento y los que estaban apostados arriba.

Sesto se encontró metido en una nube de humo. Daba traspies de un lado a otro, con los ojos llorosos, y con una mano aferró la culata de su pistola. Junio surgió del humo. Tenía un tajo en un lado de la cabeza y se parecía más que nunca a un macho cabrío, un macho cabrío destinado al sacrificio. Se desplomó en brazos de Sesto y empapó al caballero de Luccini con su caliente sangre amarga.

Con un grito horrorizado, Sesto cayó de espaldas bajo el peso muerto. Un desdentado corsario delirante, armado con una azuela ensangrentada, salió a la carga

de la nube de humo, y Sesto disparó con la pistola por debajo de la axila del guardalmacén muerto. La bala rebotó contra un costado de la cabeza del corsario y le destrozó la oreja. Al caer, con un alarido, dos más aparecieron a la vista y acometieron a Sesto.

El primer tajo de sable dio en la espalda de Junio, y Sesto se vio obligado a usar el lastimoso cuerpo que tenía entre los brazos a modo de escudo. Uno de los corsarios estocó con una lanza, y la punta de hierro salió por la boca abierta del guardalmacén hacia la cara de Sesto, que gritó y retrocedió, al mismo tiempo que dejaba caer a Junio boca abajo.

Los corsarios se lanzaron tras él. Sesto intentó desenfundar su pequeña espada, pero resbaló y cayó con fuerza sobre la cubierta ensangrentada.

Ymgrawl, el bucanero, apareció de la nada y se interpuso entre Sesto y sus atacantes. Con el chafarote le hizo un tajo superficial sobre los ojos al lancero, y luego se volvió y le partió la mandíbula al otro con un golpe de la pesada guarnición de estribo del arma. Ymgrawl aferró por el pelo al aturdido corsario y lo arrojó de cabeza por la borda.

—¡Levantaos! —gritó Ymgrawl.

Sesto jamás habría creído que iba a alegrarse de ver al despreciable bucanero.

—¡Hacéis que mi cometido sea difícil! —bufó Ymgrawl, mientras obligaba de malas maneras a bajar a Sesto por la escalerilla, hacia la cubierta de camarotes.

—¿Vuestro cometido?

—Silvaro me dijo que os siguiera como si fuera vuestra sombra y os mantuviera a salvo de todo mal —replicó Ymgrawl.

* * *

Luka se abrió paso a tajos y estocadas por el centro de la cubierta del *Badarra*, ante un numeroso grupo de Saqueadores. Los corsarios habían concentrado todos sus esfuerzos en el ataque, porque aunque los bancos de remeros estaban atestados de hombres, la mayoría se hallaban tumbados en el asiento, indefensos a causa de la fatiga. Los corsarios eran todos delgados y estaban mal nutridos, y muchos presentaban síntomas de escorbuto. El hecho de remar a marchas forzadas para enfrentarse con los barcos de Luka había dejado exhaustos a la mayoría. Luka sabía que era una suerte. Si la tripulación de Ru'af no hubiera estado enferma, el tremendo número de corsarios ya se habría apoderado de sus naves.

A través del caos y el humo, Luka vio al corpulento capitán corsario, cuyo vientre parecía un tonel de pie en el castillo de popa del *Badarra*.

—¡Ru'af! ¡Hijo de perra! —le gritó en árabe, usando todas las maldiciones que le

había enseñado Fahd—. ¡Haz retroceder a tus perros y tal vez yo no recuerde que había izado la bandera negra!

Ru'af hizo un gesto ininteligible hacia Luka.

Luka apartó los ojos, ensartó con la daga a un remero que corría hacia Casaudor y miró hacia el mar.

Con mucho cuidado, Silke había logrado situarse al fin, y los remeros de las lanchas que los remolcaban se habían desplomado, jadeando, sobre los remos. La *Zafiro* no había huido. La habían alejado para que se presentara de costado ante el *Tariq*.

La primera andanada, con su restallar de trueno, casi detuvo la lucha en seco. Del *Tariq* saltaron trozos de remos, borda y amurada, que ascendieron en el aire y cayeron. Otra andanada, y el *Tariq* se partió y vomitó humo y llamas hacia el cielo sereno. El mástil delantero se desplomó, y la tripulación, ensordecida y aturdida, comenzó a saltar al mar. En el combés del *Rumor*, Roque, Benuto y una docena de otros Saqueadores empapados de sangre luchaban para soltar la púa del puente de abordaje antes de que el *Tariq* arrastrara al bergantín y lo hiciera volcar.

Entonces, el birreme se dobló por la mitad, los tablones se partieron y rajaron, y el mar se lanzó sobre él y se lo tragó.

La lucha se había vuelto contra los corsarios, y Luka tuvo que dar severas órdenes para impedir que los Saqueadores los masacraran. Les hervía la sangre, y los corsarios habían violado el código del mar. Los piratas no abordaban a otros piratas.

Luka arrastró a Ru'af hasta el castillo de popa del *Badarra*, y habló allí con él, a solas, durante varios minutos. Cuando regresó, a todos les resultó evidente que se sentía decepcionado por la conversación. Le ordenó a Benuto que cortara las cuerdas que mantenían juntos los barcos.

El *Badarra*, rodeado de jirones de humo que enguirnaldaban el mar, se alejó navegando hacia atrás, a la deriva. El *Rumor* y la *Zafiro* izaron las velas que pudieron para aprovechar la tenue brisa, y se alejaron lentamente hacia el oeste.

Luka encontró a Sesto en el camarote principal, bebiendo coñac a grandes sorbos.

—Nos atacaron porque no habían visto una vela en tres semanas. Estaban hambrientos, con escorbuto, y tenían escasez de agua. Es como ha dicho Benuto. Los mares están desiertos. Ru'af no tenía ninguna duda. El *Barco del Carnicero* ha expulsado a todo el mundo del mar con su sanguinaria furia.

—Pensé que íbamos a morir —dijo Sesto.

—Es que íbamos a morir —le espetó Luka—. Por eso luchamos.

Le dirigió a Sesto una mirada ceñuda.

—Ru'af no tenía duda alguna. Por las islas corre el rumor de que Henri el Bretón es el Carnicero. Es al *Kymera*, su gran galeón, al que todos temen.

—¿Lo conoces?

—Sí. Pero si Henri es el Carnicero, no es el hombre al que yo conocía.

Luka sacó un pergamino doblado que llevaba en un bolsillo de la casaca. El lacre del sello lucía el blasón del príncipe de Luccini.

—Es hora de decírselo a los Saqueadores —anunció.

* * *

—¡Escuchad bien, todos vosotros! —gritó Luka desde la toldilla.

Los afanes cesaron en toda la cubierta. Los últimos cuerpos habían sido echados por la borda, y en ese momento, se realizaban por igual las reparaciones del barco y los esfuerzos necesarios para la recuperación de la tripulación.

—Cuando me capturaron los buques de guerra de Luccini, pensé que no volvería a ver la luz. Ellos no me habrían permitido salir, habrían dejado que me pudiera, sino hubiesen encontrado una utilidad para mí. Y entonces me pusieron en libertad. ¡Una amnistía y mil coronas! ¡Es lo que me ofrecieron a mí, y también os ofrecen a cada uno de vosotros!

Eso logró captar la atención de todos.

Luka alzó el pergamino.

—Esto es una patente de corso, firmada por el mismísimo príncipe. Bajo sus términos, los Saqueadores dejan de ser piratas y se convierten en corsarios. Se nos pagará con la amnistía y mil coronas. Mi amigo Sesto está aquí como testigo de nuestras obras. Tened presente que, a menos que lo devolvamos a Luccini sano y salvo para que pueda informar a nuestro favor, no veremos ni una migaja.

Todos los ojos se volvieron hacia Sesto por un momento, y él se sintió muy incómodo.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Benuto.

—Pues, tenemos que librar los mares del *Barco del Carnicero* —dijo Luka Silvaro.



Según declaró el robusto primer oficial Casaudor, hacía el calor suficiente como para hervir un perro.

Se encontraban a ocho días al noroeste de Sartosa, en el lado estaliano del mar de Tilea, y durante los últimos tres días de travesía, el clima había sido su más implacable enemigo.

El sofocante calor comenzaba al amanecer de cada día, y su intensidad aumentaba a medida que ascendía el sol. El cielo estaba completamente limpio de nubes, y el blanco abrasador del brillo solar lo despojaba de todo rastro de azul, al igual que el azulete se volvía invisible en el lienzo blanco. Apenas si había un suspiro de brisa que bastara para hinchar las velas. Las cubiertas y la madera de las bordas se calentaban tanto que no se las podía tocar. Tende, el timonel eboniano, se había envuelto las manos con pañuelos para evitar que los radios del timón le quemaran la piel.

Calor suficiente como para hervir un perro. Era una descripción adecuada para la desdicha que los aquejaba. Los hombres, apáticos, se apiñaban en las escasas sombras que proyectaban los mástiles y las velas sobre la cubierta del *Rumor*. Tenían las mejillas, los antebrazos y los hombros de un color rojo intenso.

Sesto permanecía a la sombra del castillo de proa. El mar destellaba y brillaba con demasiada intensidad como para mirarlo. Había estado tentado de ocultarse del sol bajo cubierta, pero allí abajo faltaba el aire y siempre cabía la posibilidad de cruzarse por casualidad en el camino de Sheerglas, el jefe artillero. Sheerglas le infundía a Sesto más temor que cualquiera de los otros tripulantes, tenía la voz crujiente como pergamino y su olor era seco, terroso. Eso, y sus dientes monstruosamente limados. Como cabía esperar en un barco con ese nombre, abundaban los rumores concernientes a Sheerglas, y a Sesto no le gustaba ninguno de ellos. Incluso en compañía de brutos y asesinos, Sheerglas era el mismísimo diablo, y parecía asombroso que Luka Silvaro lo mantuviera como miembro de la tripulación. Pero no se podía negar la destreza de Sheerglas y su equipo de delgados y pálidos artilleros, como habían demostrado en el combate contra las galeras de Ru'af.

Debido al calor, el viejo cocinero Fahd había abandonado la cocina y se negaba a trabajar. Habían apagado los fuegos y sólo quedaba para comer pescado salado y galletas secas. De todos modos, nadie tenía apetito. Fahd se sentaba contra la base de la mesana y tallaba dibujos en un diente de ballena con su cuchillo.

El constante bochorno había conferido presión al aire, como si el cielo estuviera a punto de reventar. Sólo una tormenta acabaría con esa presión, y cuando, al final de cada tarde, llegaban a los oídos de todos los retumbos del trueno procedentes del horizonte, hasta el último de ellos rezaba para que se produjera un cambio en el tiempo. Pero lo único que el cielo hacía era refunfuñar.

La noche tampoco les proporcionaba alivio. El aire quieto continuaba siendo caliente como un horno hasta pasada la medianoche, y las lunas llenas sonreían sin alegría ante la incomodidad de la tripulación. Incluso la luz de las estrellas parecía lo bastante caliente como para broncear la piel.

Sesto se consolaba con el pequeño hecho de que los Saqueadores de Luka no se habían amotinado de inmediato al enterarse de los planes que el capitán había hecho para el destino colectivo de todos. Que aceptaran dinero de Luccini y pasaran de ser piratas a ser corsarios con patente era pedir muchísimo. Luka le había advertido que muchos sartosanos consideraban ese cambio de lealtad como una traición, un menosprecio de la bandera roja del Rey Muerte, a quien todos debían lealtad. Sesto suponía que los Saqueadores habían aceptado por la promesa de fortuna y amnistía. Por encima de todo, incluso del propio Rey Muerte, los Saqueadores reverenciaban el oro. Para adquirir ese metal, ninguna acción era demasiado baja, demasiado malvada ni demasiado despreciable: asesinato, engaño, fraude, traición. Principalmente, un pirata era una criatura amoral, liberada de los códigos de conducta civilizados. No había vergüenza ni crimen en el mundo que pudiera ensuciar su alma más de lo que ya estaba.

Si ya era muchísimo esperar que se convirtieran en corsarios, la peligrosa tarea que se les había encomendado rebasaba todos los límites. El *Barco del Carnicero* era un buque demonio, algo maldito. «Es el mismísimo demonio del mar», había dicho Benuto, refiriéndose al señor demonio de las profundidades al que temían todos los piratas. Perseguir al Carnicero sería una tarea plagada de peligros.

Por supuesto que el mar de Tilea, aquel territorio de piratas, había estado lleno de peligros desde el principio de la historia. Saqueadores, degolladores, bucaneros y bribones con un garfio en lugar de una mano que acechaban a los mercaderes estalianos y los barcos de tesoros de Tilea habían convertido aquella extensión azul en la ruta marítima más peligrosa del mundo, y habían dejado leyendas a su paso: Sacadra el Cenizo, Willem Diente Largo, Metto Matez y sus bandidos, Ezra Mano Funesta, Bonnie Berto Vela Roja... Eran todos nombres y legados acerca de los que Sesto había leído cuando era niño en la corte de Luccini. Sólo en ese momento

estaban Jacques Cabeza Roja, Jeremiah Colmillo y Reyno Mechón de Sangre, por no mencionar a Luka Silvaro y al Henri el Rojo, naturalmente.

Las acciones del *Barco del Carnicero* superaban incluso la obra del pirata más sanguinario, y al *Rumor* se le había encomendado encontrarlo y hundirlo.

A Sesto le causaba bascas pensar en el papel que desempeñaba él, como testigo, en aquel asunto. Sólo él podía responder de la obra de los Saqueadores y garantizar que recibieran la recompensa prometida. Así pues, aunque hasta el último hombre de a bordo se preocupaba de salvaguardar su bienestar, eso también lo convertía en el hombre más vulnerable del bergantín.

Con gran inquietud, por tanto, Sesto dormía bajo el calor del mediodía cuando Roque lo sacudió para despertarlo. El maestro de armas estaliano parecía un flaco sabueso y tenía la piel empapada de sudor.

—Ven a popa —dijo.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Ven a verlo —replicó Roque.

Se puso de pie y se abanicó la cara con ambas manos. Dos oscuras medias lunas de sudor le manchaban las axilas de la blusa de seda verde.

Luka aguardaba en el puente, acompañado por el contraamaestre, Benuto Casaudor y Vento, el jefe de aparejos. Luka le hizo un gesto de asentimiento a Sesto mientras éste ascendía por la escala de la toldilla con Roque. Se había aficionado a llevar un sombrero pavoniano de ala ancha para protegerse los fríos ojos del sol abrasador, como si temiera que el calor del astro pudiera derretírseles.

—¿Qué sucede? —preguntó Sesto.

El contraamaestre, viejo, arrugado y vestido con su informe sombrero negro y su casaca roja como la puesta de sol, rio entre dientes y señaló hacia adelante. A varias leguas al oeste, un pequeño penacho de blancas nubes estacionarias flotaba por encima del horizonte.

—Tierra —dijo Luka.

—¿Estalia? ¿La costa? —se preguntó Sesto en voz alta.

Luka sonrió ante el error.

—Todavía no. Las islas.

Una gran cadena de islas y atolones salpicaban el litoral oriental de Estalia. En aquel denso archipiélago cartografiado sólo a medias, se encontraban las verdaderas aguas de los piratas. Pocos de ellos podían permitirse un barco transoceánico. Los que formaban la columna vertebral de la fraternidad pirata eran los que navegaban de una a otra isla o acechaban entre los atolones, y desde sus pequeñas comunidades aisladas salían en sus falúas para abordar a los mercaderes que pasaban por allí y eran lo bastante necios como para abastecerse de agua en las islas, tras la larga travesía desde el océano occidental.

Si algún sitio podía ser la madriguera del *Barco del Carnicero*, era ése. Hacía mucho que las patrullas marítimas y los cazadores de Luccini habían desistido de perseguir a los piratas a través del archipiélago. Había demasiadas calas y ensenadas en las que ocultarse, demasiados sitios en los que una persecución podía transformarse, en un abrir y cerrar de ojos, en una sangrienta emboscada. Hacía veinte años, una flotilla de buques de guerra de Luccini había perseguido a Jeremiah Colmillo hasta el interior de la cadena de islas, donde había sido sorprendido por los despiadados cañones de una salva de bienvenida de los bucaneros.

—Viraremos hacia el norte —dijo Luka— y nos dejaremos llevar por la corriente hacia el interior, hasta la isla de Azur.

—¿Por qué hasta allí? —quiso saber Sesto.

—Allí hay una ciudad amiga —dijo Casaudor con brusquedad.

—Una en la que podremos reabastecernos de agua sin peligro y escuchar algunas historias —añadió Luka.

En la actitud de aquellos lobos de mar había algo que inquietaba a Sesto. Había algo..., probablemente muchas cosas..., que no le contaban.



Entraron en la cadena de islas hacia el final del día. La *Zafiro* bogaba a babor del *Rumor*, atenta como cualquier escolta. Las primeras islas eran pequeñas rocas desnudas, o montoncitos de coral que sobresalían como pezones en medio de flores de arena. Más adelante aparecieron tentadoras islas más grandes, festoneadas de árboles de follaje verde brillante. Algunas estaban rodeadas por anchos arrecifes circulares, o por cúspides de roca y bancos de arena que enmarcaban profundas lagunas de color turquesa. El cielo estaba salpicado de nubes que se deslizaban rápidamente, y la temperatura bajó unos pocos grados, lo que todos agradecieron. Aves hambrientas descendían en picado y se apiñaban en la estela de los dos barcos.

La corriente era fuerte. Luka dirigía al equipo del timón con una combinación de memoria y una carta de mareas. En aquella zona las aguas estaban plagadas de escollos sumergidos formados por coral, rocas o bancos de arena. Pepy, uno de los tripulantes más jóvenes y ágiles, se situó en la proa para informar de las diferentes profundidades valiéndose de una sondaleza.

—¡Una vela! —dijo Sesto, de repente.

—¿Qué? —gruñó Luka, al mismo tiempo que alzaba la vista de la carta.

El comentario también le valió a Sesto una mirada dura por parte de Tende, que gobernaba el timón.

—He visto una vela —insistió Sesto—. A estribor.

—¿Dónde?

Sesto pensó que ojalá lo supiera. Al pie de la isla que tenían a la derecha, una gran masa envuelta en verde follaje que se alzaba del mar, coronada por un alto acantilado, había atisbado un cuadrado de lona que se agitaba. Pero ya no lo veía.

—Por allí —dijo Sesto—. Ahora la oculta ese promontorio. Estaba allí, en aquella ensenada.

—¿Una vela?

—Sí.

—¿Hinchada por el viento?

—En efecto, sí.

—Estás equivocado —dijo Roque, malicioso—. Ésa es Isla Verde, y tiene una cala de aspecto prometedor, pero es de aguas someras y está erizada de afilados escollos de coral. Ningún barco podría estar allí, ciertamente no uno con las velas hinchadas.

Sesto frunció el ceño. Tal vez había sido un efecto de la luz, o el destello blanco de una gaviota al pasar.

—Larguemos algunos juanetes y demos media vuelta —dijo Luka.

Benuto le lanzó una mirada de curiosidad, y luego fue a transmitirles la orden a los hombres de los aparejos. Casaudor le hizo señales a la *Zafiro* para que los siguiera.

—¿Tú me crees? —le susurró Sesto a Luka, que se había acercado a la borda para mirar a través del catalejo.

—No —replicó Luka—, pero creo que seríamos necios si pasáramos por alto cualquier posibilidad.

Rodearon lentamente la punta de la ensenada, hasta que el tripulante que sondeaba la profundidad advirtió del peligro de encallar en los bancos.

—Una vela, en efecto —dijo Luka, a la vez que bajaba el catalejo, miró a Sesto y sonrió—. Tienes una vista aguda.

* * *

Ambos barcos arriaron las velas y echaron el ancla en la entrada de la protegida ensenada. Ante ellos, en medio del seco calor del día agonizante, tenían una cala bordeada de promontorios rocosos que apuntaba a la existencia de una laguna interior. Más allá de ésta, la verde cabeza de la isla se alzaba como una montaña.

No había nada que explicara la presencia de la vela.

La veían alzándose de modo orgulloso dentro de la cala, completamente desplegada e hinchada por el viento como si el barco navegara a toda velocidad. Pero

estaba inmóvil y situado en las profundidades de la laguna, con la proa dirigida hacia la orilla interior de la isla.

—Quizá exista un pasaje que lleve al interior de la laguna —conjeturó Roque— del que nadie tenga noticia.

—Podríamos pasarnos sondeando este lugar todo el día y toda la noche para encontrarlo, por así decirlo —le espetó Benuto.

—De todos modos —intervino Luka—, ¿por qué tiene desplegado todo el trapo y no se mueve?

Detrás de ellos, apartado del timón, Tende escupió para protegerse de la mala suerte y se tocó el aro de oro de la oreja. Luego, murmuró un encantamiento eboniano.

—Arriad botes —dijo Luka—. Quiero una docena de hombres, tú entre ellos, Tende.

El corpulento timonel gimió.

—Quiero tus encantamientos de buena suerte lo bastante cerca como para que pueda oírlos —dijo Luka.

Siguiendo las vociferadas órdenes de Benuto, los tripulantes arriaron dos lanchas por un costado del *Rumor*. La *Zafiro* se mantuvo inactiva y esperó. El trueno volvió a rugir, y por primera vez vieron un destello de relámpago en el cielo meridional.

Luka le entregó el mando a Casador y se encaminó hacia el primer bote, donde Tende, Benuto y otros cuatro hombres se hacían cargo de los remos. En el segundo bote, Roque reunió a sus seis remeros y fijó una pieza de artillería giratoria en la proa.

—¿Adonde crees que vas? —le preguntó Luka a Sesto cuando éste comenzó a bajar al primer bote.

Sesto señaló la isla.

—Me parece que no —replicó Luka—. Tú te quedas aquí, en el...

—He sido yo quien la ha visto —dijo Sesto—. Yo vi la vela.

Luka Silvaro frunció los labios, y luego asintió con la cabeza.

—Es de justicia.

Ordenó a dos de los hombres del bote que dejaran su espacio a Sesto; éste se estaba preguntando por qué había despedido a dos remeros cuando Ymgrawl bajó a reunirse con ellos.

—¿Sabéis remar? —preguntó Ymgrawl.

—Claro que sí.

—Demostrádmelo —pidió.

Sesto ocupó su asiento y comenzó a remar cuando Luka dio la orden.

Hacía mucho tiempo que Sesto no hacía algo tan bajo como remar, pero puso todo su empeño en la tarea, empujando el remo contra el escámo. Chapoteando en

las calmas aguas, las dos lanchas se apartaron del *Rumor* y viraron hacia el interior de la ensenada. Los rocosos promontorios ocultaron pronto a sus ojos los barcos anclados. La última visión que Sesto tuvo del *Rumor* fue su dorado mascarón de proa, con una mano curvada detrás de una oreja, y la otra en torno a la boca.

Remaron hacia el interior de la ensenada de Isla Verde. Era una cala amplia y somera, tan terriblemente plagada de coral que el fondo de las barcas se arrastraba y sufría arañosos.

—¡En el nombre de un dios! —dijo Luka con la mirada fija.

El barco se encontraba en los bajíos, con la proa dirigida hacia la playa. Había entrado en la ensenada con todas las velas desplegadas, y se le habían abierto brechas en el casco contra los bancos y escollos antes de que, finalmente, fondeara y quedara encallado. Hundido hasta las troneras, se recostaba contra las rocas sumergidas. Tenía partidos dos de los mástiles, pero el palo mayor continuaba orgullosamente erguido, con las velas hinchadas, empujando de manera infructuosa el barco inmóvil contra la isla. En el casco y el propao se veían agujeros de cañonazos chamuscados, y una parte del costado de estribor estaba hundida. Aquel barco había sido herido de muerte antes de embarrancar, sin piloto.

Los hombres de los botes lanzaron exclamaciones ahogadas y pronunciaron plegarias protectoras. En la segunda lancha, Roque amartilló la pieza de artillería giratoria, y todos los hombres se aseguraron de tener las armas a mano. Sesto se alegró de haberse sujetado el estoque a la cintura antes de descender a la lancha.

—¡En el nombre de un dios! —repitió Luka, con más enfado.

—¿Conoces ese barco? —preguntó Sesto mientras invertía la dirección del remo.

Luka asintió con la cabeza. Se encontraba de pie en la proa, con una pistola amartillada en la mano. Se quitó el sombrero pavoniano y lo lanzó hacia el interior del bote.

—Es el *Sacramento* —dijo.



El *Sacramento*. Un barco famoso, buque de guerra de Reyno Mechón de Sangre. El Reyno Mechón de Sangre, azote de los mares.

—Reyno, Reyno, Reyno... —murmuró Luka—. ¿Qué ha sucedido aquí?

El barco parecía muerto. No se veía ni rastro de alma viviente. La marea había arrojado a la playa dispersos restos del naufragio, y algunas de las contorsionadas formas parecían cuerpos.

Pasaron remando por detrás de la popa. Las lumbreras de los camarotes principales estaban hundidas, y un cañonazo había atravesado el coronamiento de popa. A lo largo de los cabos de la cubierta se posaban centenares de gaviotas que chirriaban.

Según las instrucciones de Luka, se acercaron, cubiertos por el bote de Roque, y Luka amarró contra la enlodada pala del timón.

Después de enfundar la pistola, trepó, tan ágil como un mono de Barbar, por el tallado propao de popa. Benuto y Tende siguieron a su capitán, con Sesto detrás. Ymgrawl fue tras este último como una obediente sombra.

La cubierta estaba muy inclinada debido a que el barco había embarrancado. Más allá del destrozado coronamiento de popa, la cubierta presentaba un cráter, el impacto de una pesada bala de cañón. Los tablones de la cubierta estaban rajados y levantados, y sólo quedaba una parte del timón, y también una parte del timonel. Las manos y los antebrazos aún se aferraban a los radios, pero ningún otro trozo reconocible había quedado tras la explosión.

Al ver aquello, Sesto sufrió una arcada. Tende desenfundó la espada.

—Alguien podría estar aún vivo —dijo Luka.

Se separaron para comprobar la validez de la afirmación.

Sesto bajó cautelosamente por los escalones de popa al interior del camarote superior. Era donde la bala de cañón había causado más daño, y las destrozadas cubiertas estaban salpicadas de cristales rotos, esquirlas de porcelana y los fragmentos chamuscados de un hombre que había volado en pedazos con la explosión. Las aves marinas habían hallado la manera de entrar y daban saltos por las

sombras, picoteando con sus largos picos color escarlata los trozos de carne humana asada.

Sesto prefería que lo condenaran a vomitar ante aquellos hombres. Desenvainó el estoque y espantó a las aves con la punta. Se alzaron como una nube, golpeando las alas de las unas contra las de las otras y chillando al escapar por los ventanucos. Lo que dejaron atrás fue un torso al que habían limpiado a medias, revestido de carne quemada.

Sesto vomitó.

—¿Estáis bien? —preguntó Ymgrawl.

—Sí, lo estoy..., sí —replicó Sesto, al mismo tiempo que escupía flema de sabor ácido.

—Es una forma dura de morir —admitió Ymgrawl mientras pinchaba el torso con su chafarote.

Sesto no le hizo caso, y atravesó la puerta interior para acceder a una escalerilla que descendía hasta la segunda cubierta.

La cubierta en sí estaba sumergida a medias. Al llegar a la mitad de la escala, los pies de Sesto se hundieron en el agua de mar. Bajó hasta el final y comenzó a andar por el pasillo, con el agua hasta la altura de la cintura. La puerta del camarote principal estaba abierta.

El escritorio había sido derribado, y en la superficie flotaban prendas de ropa y cartas de navegación, una pluma y varios sombreros. Entró, precedido por ondas que hicieron bambolear los restos.

Con los brazos alzados para mantener el equilibrio, Sesto avanzó con paso inseguro por el agua hacia el escritorio. Había alguien sentado en la silla de alto respaldo que se encontraba detrás de la mesa, con los brazos extendidos sobre la superficie, y la cabeza caída hacia adelante.

Sesto llegó al escritorio. El hombre parecía dormido. Lo tocó con el plano de la hoja de la espada, pero no obtuvo reacción alguna. Sesto tendió una mano y tiró de la pechera del jubón del hombre.

Este cayó ante él, con los brazos rígidos. No quedaba nada más que la cabeza, los brazos y la parte superior del torso. Por debajo de la línea del agua no era más que una masa mordida y mutilada de pálida carne, columna partida y entrañas hinchadas.

Sesto lanzó un grito y retrocedió con paso tambaleante, mientras el cadáver quedaba cabeza abajo y dejaba a la vista aquel horror. Tropezó con algo, cayó y quedó instantáneamente sumergido en agua de mar.

El agua le rugió en los oídos. Era de color verde intenso, enturbiada por fibras de carne desprendidas del cadáver.

Algo blanco se deslizó junto a él.

Salió a la superficie, atragantado, tosiendo y escupiendo. Lo que fuera que había

dentro del agua con él era grande, mucho más grande que Sesto. Vio una aleta en forma de garfio que salía del agua y desaparecía en torno al escritorio.

Sesto comenzó a sentir pánico.

El escritorio se movió, embestido por una potente fuerza.

Le asestó tajos al agua que lo rodeaba. Una larga onda agitó la superficie por debajo de la ventana del camarote.

Sesto dio media vuelta y avanzó trabajosamente por el agua hacia la puerta. Sintió una presión contra las piernas y se volvió a tiempo de ver que una descomunal forma blanca azulada se lanzaba hacia él justo por debajo de la superficie, con el agua deslizándose como cristal hirviente por encima de su forma hidrodinámica.

Sesto gritó y le dirigió una estocada que la hizo retroceder. Un instante después, volvía a arremeter con sus diez pasos de largo contra las piernas del hombre, que vio un negro ojo fijo y un destello de dientes triangulares del tamaño de un dedo pulgar.

Se oyó una detonación y el agua se tornó roja, para luego estallar en espuma a causa de una agitación frenética.

—¡Venid hacia mí! —gritó Ymgrawl desde la entrada, al mismo tiempo que le tendía una mano nudosa. Con la otra manaza sujetaba una humeante pistola de llave de sílex.

Sesto fue hacia el bucanero a la máxima velocidad posible, mientras la forma blanca azulada se debatía detrás de él, presa de estertores de muerte.

—Has tenido suerte —le dijo Luka Silvaro—. Este barco se ha convertido en un lugar de muerte, y todos los devoradores de los mares se han reunido para asistir al banquete.

Sesto no se sentía afortunado. Aún estaba sufriendo arcadas y escupiendo agua inmundada, tendido cuan largo era sobre la inclinada cubierta hasta la que Ymgrawl lo había arrastrado.

—¿Qué azar lo ha convertido en un lugar de muerte? —se preguntó Roque en voz alta, y los hombres que lo rodeaban guardaron silencio. Todos estaban pensando lo mismo.

Se oyó un rugido grave. El día estaba acabando, y una oscuridad malva había inundado el cielo meridional, como precursora de la noche que llegaba. La amenaza de tormenta volvía a hacerse presente, pero por el aspecto del cielo daba la impresión de que esa vez podría estallar de verdad.

—Tenemos que regresar, capitán —dijo Benuto.

En la voz del conrmaestre había un tono de preocupación. Si la tormenta prometida estallaba de verdad esa noche, se encontrarían inmovilizados en la isla hasta que acabara.

—Preferiría no pasar la noche aquí, por así decirlo —añadió.

Luka asintió con la cabeza ante aquel consejo, y se tocó el aro de oro de la oreja y

la hebilla de hierro del cinturón, para que le dieran buena suerte. La brisa marina había arreciado un poco, y agitaba los cabos rotos y los lienzos hechos jirones del barco destrozado, a la vez que hinchaba las velas intactas, que hacía restallar. También refrescaba la piel de los Saqueadores, pero no resultaba refrescante. Se parecía más a un escalofrío de advertencia.

—Regresemos a los botes —dijo Luka con tono sombrío. La visión de la perdición de su antiguo rival lo había afectado más de lo que se atrevía a admitir.

Con no poco alivio y agradecimiento, los hombres dieron media vuelta para regresar a las lanchas.

—¡Capitán!

Todos se volvieron. El que había lanzado la exclamación era Chinzo, uno de los hombres de armas de Roque, un tipo atezado que llevaba una gorra de punto y mostachos de morsa, y tenía brazos de luchador. Con un dedo rematado por una uña corta, ancha y sucia, señalaba la línea de la playa de la ensenada, más allá del naufragado *Sacramento*. En el suave abanico del rompiente, sobre la arena, había esparcidos restos del naufragio. Sesto no vio nada de importancia, pero quedó claro que Luka sí.

—Hacia la playa, antes de regresar —ordenó.

Muchos de los hombres, en especial Tende y Benuto, gimieron.

—¡Hacia la playa! —insistió Luka.

Remaron para recorrer con las lanchas el corto trecho de bajíos que mediaba entre la hundida popa del *Sacramento* y la playa, y arrastraron las resistentes embarcaciones de madera hasta la arena. Una vez que ambas quedaron a salvo y ladeadas, con la quilla en seco y los remos recogidos en el interior, los hombres se desplegaron a lo largo del rompiente. Allí, la brisa era más fuerte y fría, ya que entraba directamente del mar abierto por entre los promontorios de la ensenada. Sesto volvió a mirar el cielo meridional, cada vez más oscuro, y vio la amenazadora oscuridad, que iba en aumento. Al ponerse el sol, el cielo era de color amatista, pero ahora lo manchaba una destellante negrura que no era la noche que llegaba.

El grupo deambuló por el rompiente, estudiando los restos que el agua había depositado allí. Algunos eran laxos cadáveres de ahogados que flotaban en las olas. Aves marinas voraces y nada dispuestas a compartir los despojos aleteaban y volaban en círculo alrededor de los exploradores de Luka.

—¿Qué ha visto? —preguntó Sesto.

—¿Quién? —inquirió Luka, a su vez.

—Chinzo. ¿Qué ha visto? La verdad es que deberíamos estar remando de regreso a los barcos. Parece que se avecina una tormenta.

Luka sorbió por la nariz.

—En verdad, así lo parece, y es cierto que deberíamos estar haciéndolo.

—Entonces, ¿qué?

Luka lo condujo playa adelante, hasta un lugar en el que había más fragmentos del naufragio: un pellejo de vino desgarrado, una jarra vacía, otros objetos inidentificables.

—¿Ves?

—Los restos han sido arrojados a la playa —comentó Sesto, al mismo tiempo que se encogía de hombros—. Eso ya podíamos verlo desde el barco.

Luka suspiró.

—Usa bien esos agudos ojos que tienes, Sesto. ¿Qué es esto? —dijo, y señaló algunos trozos del barco que había en la arena, a sus pies.

—Restos.

—¿Y eso? —Luka señaló hacia abajo, en dirección al rompiente, donde estaban los demás.

—Más pecios arrojados a la playa por las olas.

—¿Y esto? —Volvió a señalar, al parecer nada en particular como no fuera la arena de la playa.

Sesto miró fijamente, y al fin se dio cuenta de que lo que Luka señalaba era la marca vaga que separaba la lisa zona, mojada ligeramente hundida de la parte inferior de la playa, de la arena más seca y llena de depresiones que componía las dunas que llegaban hasta la amenazadora lóbreguez de la línea de los árboles.

Esa marca, dejando a un lado los vendavales y tormentas, era el punto máximo de penetración del mar en la playa. El lugar más alejado del agua al que podría haber sido arrojado un fragmento del naufragio.

—Alguien ha sobrevivido —dijo Luka—. Aquí hay alguien.



Los catorce hombres del grupo que había desembarcado se desplegaron a lo largo de toda la desierta playa mientras la luz se desvanecía, y se comunicaron a voces al adentrarse entre los árboles que recubrían la escarpada montaña que había por encima de ellos. Del espeso sotobosque esmeralda se desprendía vapor debido a la humedad, y bajo el dosel de hojas resonaban los gritos de los periquitos y las Carolinas. Luka estaba decidido a esperar tanto como se atreviera, con la esperanza de que pudieran encontrar todavía a algún superviviente.

La luz del día se amorteció y se tornó gris y fría. Sesto tuvo la sensación de que en el mundo ya no quedaban colores dorados ni calor, y todos los matices y contrastes se habían desleído en un lugar exangüe formado por sombras y pálidos blancos. Más allá de los promontorios y la spectral masa del barco naufragado, el cielo era negro como la tinta, y el retumbar cada vez más sonoro estaba ahora acompañado por chispeantes rayos. El viento había arreciado y había expulsado de la arena a las aves marinas. A lo largo de la playa, las olas rompían con más fuerza y ferocidad que antes.

—Sólo otro cuarto de hora de luz —dijo Luka a los hombres—, y luego nos marcharemos. Zazara, Alto Willm..., quedaos con los botes y preparad los faroles. Los demás, vamos a adentrarnos en el bosque tanto como nos atrevamos.

Con las armas desenfundadas, los otros miembros del grupo avanzaron cautelosamente hacia el interior del húmedo linde del bosque de la isla. Allí el aire estaba enfriándose, pero no a la misma velocidad que en terreno abierto, y en consecuencia, se veían espesas nieblas de vapor que salían ondulando de la oscuridad y pasaban perezosamente entre los troncos de los árboles.

Sesto ya había estado antes en bosques tropicales, pero siempre a la luz del día, cuando eran vitales entornos de calor, con perfumes almizcleños, atareados insectos y moteados dibujos de luz y sombra. Después de haber oscurecido, eran lóbregos y húmedos sitios neblinosos con sombras de hojas esqueléticas. Los árboles envueltos en enredaderas se alzaban por encima de él, silueteados, y los flojos bucles de lianas que los cubrían parecían gordas serpientes dormidas. El aire hedía a savia fría y mohoso.

de hojas. Los bordes de hojas invisibles le cortaban los nudillos y los muslos como espadas colgantes. No podía ver más allá del ancho de la cubierta de un barco. A su izquierda, Chinzo y Leopaldo avanzaban a través del vapor; a su derecha, en línea, iban Benuto, Pepy y el marinero flaco conocido como San Huesos. No se veía ni rastro de Ymgrawl el bucanero, pero Sesto sabía que se encontraría en las proximidades, moviéndose tan furtivamente como un fantasma —o como la daga de un salteador de caminos—, cerca de su espalda.

Se oía el chirrido de los grillos y otros sonidos de insectos nocturnos en el goteante frío. Seres diáfanos, algunos relumbrantes como luciérnagas, volaban en serpenteantes líneas por entre los árboles. Negras formas de muchas patas corrían por la corteza de los árboles, pasando de una sombra a otra.

Luka llegó a un montículo de tierra que era demasiado escarpado como para que pudieran crecer árboles en él, y ascendió trabajosamente hasta un pequeño claro que le ofrecía una vista panorámica por encima del bosque por el que habían ascendido desde la ensenada. Estaba oscureciendo mucho, y en el sur los rayos restallaban con creciente furia. Podía ver la melancólica forma del *Sacramento*, pero no la playa, que el bosque ocultaba.

Roque subió tras él, seguido por Tende, Jager y Delgado. Luka oía los gritos de los otros que ascendían entre los árboles.

El jefe de los Saqueadores alzó los ojos hacia el cielo en el momento en que caían las primeras gotas. Había esperado demasiado, como un necio, como un necio...

De inmediato, la lluvia comenzó a caer torrencialmente, con pesadas gotas de un diluvio ecuatorial. Un vendaval procedente del este, como una muralla de aire gélido, barrió Isla Verde, agitando el dosel del bosque como un mar en medio de un ciclón. Trozos de hojas y ramitas atravesaban volando el oblicuo aguacero y les golpeaban la cara. La lluvia era tan torrencial que ya no veía el *Sacramento*, y ni siquiera distinguía la ensenada. Allí abajo había un bosque violentamente agitado, y luego nada más que negrura y la cortina de lluvia.

Y una voz que gritaba.

Durante un momento se alzó, penetrante, por encima del estruendo de la tormenta que atenazaba la isla, y luego se apagó.

—¡Por los dientes del infierno! —gritó Luka.

El capitán miró una vez al sobresaltado Roque, antes de que ambos comenzaran resbalar y saltar ladera abajo para volver sobre sus pasos. Tende y los otros hombres los siguieron. La cuesta ya estaba inundada, pastosa como mucosidad, cubierta de regueros de agua. Jager perdió pie y resbaló pendiente abajo sobre la barriga. Luka se deslizó a pocos pasos de los árboles y cayó, para ir a estrellarse contra un espinoso ciprés que le abrió tajos en las mejillas y las palmas de las manos. Tende se detuvo junto a él, con las botas llenas de barro y el agua de lluvia destellando sobre su negra

piel como diamantes sin tallar. Tendió una manaza enorme y tiró del capitán para ponerlo de pie.

Roque pasó corriendo torpemente junto a ellos y descendió hacia el interior del bosque al mismo tiempo que gritaba los nombres de aquellos que aún se encontraban en la oscuridad que había más abajo.

En las profundidades del bosque, Sesto corría hacia la derecha y la izquierda, con la espada desenvainada. El espantoso alarido se había originado en las proximidades, pero ahora no veía nada ni a nadie, salvo las oscuras hojas de los árboles y el agua que caía en cascadas a través de ellas. La lluvia repiqueteaba como palillos de tambor sobre el dosel del bosque, y a su alrededor los árboles se mecían, gemían y crujían bajo la presa del tifón.

—¡Hola! —gritó—. ¡Hola, ¿hay alguien?!

Vio a un hombre más adelante, una breve sugerencia de un perfil en medio del torbellino, y avanzó trabajosamente hacia él. Para cuando llegó al sitio en que había estado la figura, no había nadie.

¿Había estado allí?

Sesto sintió un miedo creciente, como si toda la isla pudiera estar maldita.

Estalló un trueno en lo alto, y un rayo iluminó con su destello el caótico bosque para transformarlo en un breve y ardiente claroscuro de negras hojas y aire blanco. Por un segundo, ese segundo de duración del relámpago, volvió a ver la figura, hacia la izquierda, y distinguió un macilento rostro en sombras, el blanco de los dientes desnudos, y el negro de las cuencas oculares de la cabeza de un muerto.

El semblante huesudo del Rey Muerte.

Sesto lanzó una exclamación ahogada de terror, pero cuando destelló el relámpago siguiente la figura había desaparecido. Se alejó corriendo torpemente a través del sotobosque, con la esperanza de ir hacia la playa.

La figura se alzó repentinamente ante él, y Sesto acometió con la espada. El estoque resonó con fuerza contra la hoja de un chafarote.

—¡Alzad esa cola de cerdo! —le chilló Ymgrawl por encima de la tormenta.

—Acabo de ver... —comenzó Sesto.

—¿Qué? ¿Qué acabáis de ver? —gruñó el bucanero, mientras arrastraba a Sesto consigo, aferrándolo por el cuello de la ropa.

—No lo sé. Algo. Un demonio.

Ymgrawl se detuvo y recobró el control de sí mismo, para luego tocar oro, hueso y hierro —un anillo, un collar y un botón—, con el fin de alejar al mal.

—¡Cuidado con vuestra lengua, porque escupe mala suerte! —siseó—. ¿Habéis gritado vos?

—¿Gritar?

—Hace un minuto o más.

—¡N..., no! También yo he oído el grito y estaba buscando el origen cuando vi el..., el... —Sesto tragó con dificultad y también tocó hierro. Le costaba hacerse oír por encima de los atronadores elementos.

Continuaron adelante, asaltados por el bosque que zarandeaba la tormenta. Pasado otro minuto, más o menos, Ymgrawl lanzó un grito de llamada, y Sesto vio que Benuto, San Huesos y Pepy iban hacia ellos con la cabeza baja.

—¿Quién ha gritado? —chilló Benuto.

—¡Nosotros no, contra maestre!

—¿Dónde están Chinzo y Leopaldo? —gritó Pepy.

Se produjo otro cegador destello de rayo, seguido por un trueno ensordecedor. Ese asombroso espectáculo precedió a la aparición de Roque y Jager.

—¿Qué habéis visto? —preguntó el maestro de armas a pleno pulmón.

—¡Ni una maldita cosa! —le respondió Benuto, también a gritos.

—¡Allí! —entonó San Huesos, un hombre que desde lo alto del palo mayor era capaz de ver un barco situado a veinte millas marinas de distancia—. ¡Acabo de ver a un hombre!

—¿Dónde? —gruñó Roque.

—¡Entre los árboles, allí, justo allí! —insistió San Huesos—. Pero ha desaparecido...

Ahora los hombres, empapados y conmocionados, continuaron juntos adelante, llamando a los demás. Descendieron por la cuesta, atravesaron un torrentoso arroyuelo que no existía cuando habían subido y atravesaron un soto de cimbreantes palmeras datileras, apartando a tajos las lianas que se mecían desde los árboles en movimiento y los golpeaban.

En la siguiente cavidad formada por raíces, encontraron a Leopaldo. Yacía de espaldas, hundido contra la negra tierra mojada.

Le habían desgarrado toda la parte frontal del cuerpo, desde la línea del cabello hasta la cintura. Lo había hecho alguna enorme bestia del bosque provista de garras. Algún demonio de la maldita oscuridad.

A diez pasos de distancia, Chinzo yacía de costado contra el tronco de un árbol. Su espada se hallaba junto a él, en el fango, partida en dos. Estaba muerto, pero no tenía ni la más leve marca.

Roque hizo rodar el cuerpo, y Sesto vio la cara de Chinzo. Y al momento supo que el hombre, a pesar de ser un guerrero endurecido, había muerto de puro terror. Y también supo que nunca jamás olvidaría la expresión de aquel rostro muerto.

—¡Id hacia los botes! —chilló Roque por encima de la tormenta.

—¡No podemos remar en medio de esta tempestad! —gritó Jager, consternado.

—¡Id hacia los jodidos botes de todos modos! —le contestó Roque con enojo.

Se volvieron para ponerse en marcha.

La figura estaba detrás de ellos.

Estaba allí y sin embargo no estaba; aparecía y desaparecía en la oscuridad a cada destello de un rayo. A los ojos de Sesto —y de todos los demás—, parecía que una bandera pirata cobraba vida: una tosca figura blanca de huesos muertos cosida sobre un paño negro.

Sonrió, y la sonrisa fue ensanchándose y ensanchándose aún más hasta ser una boca de calavera que gritaba. El sonido —en parte el alarido de un hombre en estado de agonía, en parte el chillido de un animal furioso y en parte el zumbido de una colérica nube de insectos— ahogó el ruido de la tormenta. Los asaltó un repugnante aliento de putrefacción. La figura alzó los brazos al bramar; eran largos brazos huesudos, imposiblemente largos y flacos como los de un muerto por inanición, que acababan en dedos como patas de araña y tan afilados como agujas para coser velas.

Fue hacia ellos a la velocidad de un latigazo, con hedor a tumba. Roque y San Huesos la acometieron con sus espadas, pero ambos fueron lanzados hacia los lados y salieron volando de espaldas como marionetas de un sacerdote vudú. Ymgrawl se arrojó de cabeza y derribó a Sesto con fuerza contra el suelo, para que no lo hiriera el siguiente manotazo de las afiladas manos del demonio.

Jager no tuvo ni remotamente la misma suerte. El demonio unió brutalmente las manos de afiladas uñas con una fuerte palmada que atrapó en medio la cabeza del marinero. El cráneo de Jager estalló como una calabaza madura.

Benuto y Pepy, los últimos que quedaban en pie, abrieron fuego contra la calavera. Ambos hombres tenían tres pistolas cargadas sujetas al cuerpo mediante cintas, y Pepy llevaba un revólver adicional metido en el fajín. Disparaban cada pistola por turno, la soltaban, dejándola colgar de la cinta, y cogían la siguiente. Cada bala hacía impacto en la figura. Cuando las pistolas se quedaron sin munición, Pepy sacó el revólver y lo descargó a bocajarro contra la cara del demonio.

Pero éste lo mató de todos modos, al clavarle los dedos en la cara. Benuto cayó de espaldas a causa del terror, y se puso a gritar oraciones para pedir a los dioses que lo salvaran mientras el ser avanzaba hasta detenerse junto a él.

Luka Silvaro arremetió en ese momento, como salido de dentro de la tormenta.

Le asestó un tajo de espada al demonio, seguido por otro y otro más, como si fuera un leñador que talara un árbol, antes de que éste pudiera recobrar el equilibrio y volverse.

Se tambaleó al avanzar hacia él y lo atacó, pero entonces Tende apareció por el otro lado y lo acometió con el hacha eboniana de largo mango. Cuando el demonio se volvió, Delgado también arremetió contra él; le disparó con una pistola de rueda a la vez que estocaba con el sable.

El demonio volvió a girar y bramar, mientras se defendía del ataque a tres bandas. Manoteaba y barría el aire con los largos brazos, intentando encontrar un blanco.

Entonces, saltó. Avanzó de un brinco, como un gato, y sepultó a Delgado, que gritaba, bajo su zanquilargo cuerpo letal.

—¡Moveos! —bramó Luka—. ¡Moveos!

Los supervivientes echaron a correr: Ymgrawl, Sesto, Tende, Benuto, San Huesos, que ayudaba al aturdido Roque, y el propio Luka. Aprovechar la muerte de Delgado para alejarse le pareció a Sesto un acto de cobardía y de abyecto terror, pero de todos modos huyó. Aquello era la selva, una selva maldita, y allí las reglas eran que el perro se comía al perro y sálvese quien pueda.

Los horrendos alaridos fluctuantes de Delgado resonaron detrás de ellos mientras corrían, y luego se perdieron en la tormenta.

Los siete hombres que quedaban salieron del bosque como una exhalación y se encontraron en la playa. La lluvia era torrencial y la tormenta estaba inmóvil, congelada sobre la cala. Las olas rompían con fuerza en la arena. Los fugitivos vieron luces más adelante.

Alto Willm y Zazara estaban encogidos junto a las lanchas, con faroles encendidos. Habían arrastrado los barcos varados lejos del violento rompiente, casi hasta los árboles. Los hombres se reunieron en ese punto, jadeantes y temblorosos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Alto Willm, al mismo tiempo que bajaba el mosquete.

—El infierno es lo que ha sucedido —replicó Ymgrawl.

Luka, conmocionado hasta los tuétanos, observó a los hombres. Dejando a un lado el terror y las palpitations, se encontraban todos ilesos, salvo Roque. Estaba consciente sólo a medias y tenía fiebre. Una de las garras como agujas del demonio se le había quedado clavada en el hombro izquierdo.

—No podemos dejarla ahí —murmuró Tende—. Está impregnada de atroz veneno mágico.

—¡Hazlo! —le espetó Luka, que ya se había vuelto a observar la playa y la línea de los árboles por si veía indicios de que el demonio los persiguiera—. ¡Ymgrawl! ¡Contramaestre! ¡Poneos a socaire de las lanchas y cargad todas las armas de fuego que tengamos!

Benuto y el bucanero se metieron a gatas bajo uno de los botes vueltos del revés y comenzaron a recargar las armas en sitio seco, protegidos del viento y la lluvia. San Huesos recogió las armas de los supervivientes y las metió por debajo de la borda del bote.

Sesto observaba aquella actividad, mientras intentaba calmar su acelerado pulso. Tende calentó cuidadosamente un puñal sobre la llama de un farol, y luego abrió un tajo rápido y brutal para extraer la aguja de la herida de Roque. El estaliano ni siquiera gritó. El timonel parecía reacio a tocar la aguja. La pilló con el molde para balas en forma de pinza que tenía Benuto y la arrojó lejos en cuanto la hubo extraído.

—¿Qué era eso? —preguntó Sesto a Luka, a la vez que se protegía la cara de la tormenta.

—¿El demonio? ¡Ah!, ya lo conocía. —Luka se volvió para llamar a Tende por señas—. No duraremos ni una noche aquí —dijo—. No podremos remar hasta que haya cesado la tormenta, y los huesos me dicen que eso no será antes del alba. En el entretanto, ese demonio vendrá y nos matará aquí mismo.

Tende apartó la mirada, inquieto por algo que Sesto no entendía.

—Ya sabes qué estoy pidiéndote, viejo amigo —dijo Luka.

—No puedo, Luka. Abjuré de todo eso el día en que me uní al *Rumor*.

—¡Pero aún tienes el conocimiento!

—Claro que sí. Uno no olvida esas cosas.

—Entonces, hazlo por mí... y por estas almas que están con nosotros...

—Luka...

—Tende..., recuerda los aquelarres de Miragliano..., *Semper De Deos*..., el templo de Mahrak..., las orillas del Temido Wo, grises como la ceniza... Todas aquellas hazañas, todas aquellas aventuras. Entonces permanecí a tu lado. Ahora te pido esto.

El corpulento eboniano asintió con la cabeza. Se alejó de ellos y comenzó a caminar trazando un amplio círculo en torno al apiñamiento de hombres y botes varados. Sesto vio que usaba los pies para perfilar un dibujo en la arena azotada por el vendaval.

Tende estuvo haciendo eso durante casi media hora, y todo ese tiempo Sesto lo pasó observando la línea de los árboles y temblando de terror. De vez en cuando oía, por encima de la tormenta, el bramido y el zumbido de insectos, el horrendo sonido del demonio que andaba tras ellos.

Tende se reunió con los demás, se abrió un tajo con la daga en la palma de la mano izquierda y, con su sangre, trazó en los costados de las lanchas extraños signos que hacían estremecer a Sesto cuando los miraba. También marcó a cada hombre por turno; Sesto se resistió a dejar que lo tocara, hasta que un colérico bramido de Luka hizo que reaccionara. Al tener al eboniano cerca, Sesto oyó lo que antes no había podido oír: el timonel estaba murmurando en voz muy baja encantamientos nigromantes para protegerlos de la noche.

Luego, Tende se dejó caer de rodillas en el centro del círculo, salmodiando en voz más alta y potente.

—¡Cuidado! —gritó Benuto.

Para entonces, todos los hombres, salvo el comatoso Roque, estaban acuclillados en el borde del círculo trazado por Tende, con las armas preparadas y observando la oscuridad mientras la tormenta los azotaba.

Todos miraron hacia donde señalaba Benuto.

El demonio había llegado.



Iba lanzado hacia ellos trotando a cuatro patas como un lobo cojo, a lo largo de la playa.

—¿Has acabado? —gritó Luka a Tende.

El timonel eboniano continuó con la salmodia, sin hacer caso del capitán, con la espalda vuelta hacia el demonio que cargaba hacia ellos.

—¡Tende! ¿Estás listo? —repitió Luka con tono más apremiante.

El ser continuaba avanzando. Zazara vomitó de terror.

—¡Por las lágrimas de Manann! —exclamó Alto Willm con voz ahogada, al mismo tiempo que alzaba el mosquete para disparar.

Luka aferró el cañón e hizo que lo bajara.

—¡No! ¡No rompas el círculo!

El demonio llegó hasta ellos. Sesto sintió que las entrañas se le transformaban en hielo mientras el monstruo los rondaba como si no se atreviera a atravesar la línea invisible trazada por Tende. Percibía el olor a corrupción que lo acompañaba. Saltaba alrededor del círculo sobre las cuatro extremidades, gimiendo y enseñando los dientes. Era tan grande, tan flaco, tan monstruoso...

—¿Tende? —susurró Luka, mientras apuntaba al demonio con la pistola.

Tende acabó la salmodia, se puso de pie y se reunió con ellos, mientras evitaba posar los ojos sobre el demonio.

—Mi querido amigo Luka —dijo—, espero que estés preparado. Esto es lo que has pedido.

Sesto notó un hormigueo en la espalda, como si le treparan bichos por ella. Se estremeció y sintió una pequeña detonación en los oídos. La tormenta arreció y...

Cesó. De repente, el silencio. No había viento. La negrura estaba inmóvil en torno a ellos. La torrencial lluvia aparecía congelada en el aire, como inmovilizada por los dioses. La escena estaba iluminada por un relámpago que había comenzado, pero no había acabado.

El demonio vaciló.

Incandescentes fantasmas verdes salieron girando en espiral del mar que tenían

detrás, de dentro de los océanos profundos. Destellaron y relumbraron, retorciéndose como serpientes en el aire calmo, y cayeron sobre el demonio.

El ser gruñó y siseó mientras los fantasmas lo desgarraban y se le metían dentro, le inmovilizaban las extremidades y lo derribaban. Algunos de los centelleantes espectros eran como ondulantes wyrms; otros se retorcían como calamares; aun había otros que parecían desnudos hombres raquíuticos con cabeza de cabra. Algunos no tenían cabeza, sino sólo apretados racimos de retorcidos cuernos. Se echaron todos a la vez sobre el demonio para arañarlo y desgarrarlo, cayendo sobre sus agitadas extremidades.

En el silencio de muerte que siguió, Luka miró hacia el exterior del círculo.

—Hola, Reyno —dijo.

El demonio se sacudió y gruñó bajo el peso de los relumbrantes fantasmas que lo mantenían inmovilizado. Uno de los espectros con cabeza de cabra metió las manos dentro de la boca del demonio y se la abrió a la fuerza.

—Hola, Luka —dijo el demonio, cuya voz sonó como el metal al raspar contra la piedra.

—¿Qué te ha sucedido, hermano mío?

—El mal. Puro mal...

—¡Cuéntamelo, Reyno! ¡Cuéntamelo!

El demonio gorgoteó.

—El *Barco del Carnicero* me hizo esto. ¡Arruinó a mi amado *Sacramento*, mató a la tripulación y, con su maldición final, me convirtió en esto!

—Lo siento, Reyno.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes? —El doliente sollozo del demonio resonó por la playa antinaturalmente silenciosa—. Yo lo siento por Delgado, por Jager, por Pepy y por todos los otros hombres dignos que he atacado esta noche. No tenía intención de...

La voz se apagó.

—¿Reyno? ¿Aún estás ahí? —lo llamó Luka.

Los fantasmas invocados por Tende luchaban para mantener inmovilizado al demonio. Pasados unos instantes, volvió a oírse la voz del demonio.

—¿Luka? Ya no puedo verte. ¿Qué será de mí?

Luka miró a Tende, pero el eboniano negó con la cabeza.

—¿Reyno? Háblame del *Barco del Carnicero*.

—¿Qué quieres saber?

—Cuéntame todo lo que sepas.

—Henri el Bretón es el Carnicero. Henri el Rojo, tres veces maldito. Él me hizo esto. ¡Él me hizo esto!

—¿Henri? ¿Henri el Rojo? ¿Cómo es posible que mi viejo amigo sea el

Carnicero? —gruñó Luka.

—¿Cómo es posible que tu viejo amigo Reyno sea un demonio ávido de sangre? ¿Eh? ¡Huye, Luka! ¡Huye! El buque de guerra de Henri, el *Kymera*, es el *Barco del Carnicero*, y actualmente escupe veneno por los cañones en lugar de balas. ¡Veneno! ¡Mírame!

El demonio, que se debatía, se quitó de encima varios de los fantasmas y se puso de pie ante Luka, mientras los restantes intentaban derribarlo otra vez.

—Luka...

—Reyno...

Tende miró al capitán.

—No puedo retenerlo durante mucho más tiempo.

—Acaba con esto —asintió Luka sin volverse a mirarlo.

Tende comenzó a salmodiar.

Luka mantuvo la mirada fija en los insondables ojos del demonio.

—Adiós, Reyno, mi viejo amigo.

Los fantasmas se enroscaron alrededor del ser y renovaron el ataque. Lo cubrieron completamente y comenzaron a destrozarlo.

El demonio —Reyno en poder de la maldición— gritaba mientras los fantasmas lo hacían pedazos. El alarido se demoró en el aire hasta mucho después de que el tiempo se descongelara y volviera a comenzar la tempestad.

Al amanecer, concluida la tormenta, remaron en las lanchas de vuelta al *Rumor* y la *Zafiro*, que habían resistido la agitación de la noche con el ancla echada.

Cuando volvieron a subir a bordo, Sesto reparó en que a Tende le sucedía algo inexplicable. El enorme eboniano parecía más pequeño que antes, casi como si la brujería que se había visto obligado a practicar para salvarlos a todos lo hubiera encogido y disminuido.

Los barcos se prepararon para zarpar. Se elevaron plegarias y se hicieron ofrendas de amuletos a la memoria de las perdidas almas del *Rumor*. Luka volvió remando a la ensenada con botellas de aceite para lámparas, y le prendió fuego al barco naufragado con la llama de una antorcha. Como agradecidas por las llamas purificadoras, las cubiertas del barco ardieron con rapidez, y el fuego saltó hacia las ondulantes velas.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó Sesto.

—Ahora le daremos caza al *Kymera*.

—¿Así de sencillo?

—Sí, así de sencillo.

El *Rumor* viró al noroeste, y la *Zafiro* lo siguió. Detrás de ellos, en la solitaria ensenada de Isla Verde, el *Sacramento* alzaba las brillantes lenguas de su pira funeraria hacia el cielo de la mañana.



Junio, el guardalmacén —que los cuatro vientos le dieran paz—, había sido un hombre de práctica metódica y medida escrupulosa, y bajo su administración el *Rumor* se había aprovisionado plenamente de agua potable limpia, cerveza y comestibles. Pero el guardalmacén Junio había muerto hacía varias semanas.

Su cometido había recaído en Benuto, el contraamaestre, y Fahd, el cocinero, del mismo modo que un borracho cae entre dos asientos de una mesa. Gello, el muchacho orejudo que había servido como despensero de Junio, había intentado compensar las carencias, pero no tenía la personalidad suficiente como para hacerse oír. Era un muchacho desgarbado, con una piel pecosa que el sol castigaba de modo terrible, y aquellas orejas que se proyectaban desde su cabeza como un par de velas de estay hinchadas por el viento eran objeto de broma, hasta tal punto que no podía aparecer en cubierta sin que se rieran de él. Para mérito suyo, Gello realizó varios intentos de alertar al contraamaestre sobre las crecientes deficiencias, pero nadie le hizo el menor caso. Podría decirse que nadie le prestaba oídos, cosa que resultaba muy extraña porque tenía oídos más que de sobra.

Las cosas llegaron por fin al punto crítico en la mañana del vigésimo noveno día de navegación. Era antes de las diez, el aire era fresco y soplabla brisa. La tórrida promesa de quietud acechaba en el horizonte y el mar chispeaba, pero había viento suficiente para hinchar las velas. Serpenteaban por el laberinto de islotes y arrecifes que decoraban el litoral estaliano, como lo habían estado haciendo desde el horrendo incidente del *Sacramento*, y no habían visto más vela ni rostro que los propios.

Sesto, que llevaba varias horas despierto y estaba recostado contra el palo de trinquete con un libro de historias, oyó que se alzaban voces y se encaminó a popa. Fahd se encontraba junto a los barriles de la cubierta, discutiendo acaloradamente con Largo, el velero. Ninguno de los dos era corpulento: ambos estaban arrugados y encorvados a causa de la edad, los elementos y su profesión, pero Sesto no habría querido encolerizar a ninguno de ellos. La escala de las invectivas avergonzaba a los tifones por su poderío. Largo vomitaba desganas maldiciones y ese tipo de hirientes insultos de estilo tileano que maculaban a los miembros de la familia de

Fahd, la castidad de las mujeres relevantes de su vida y la forma de varias barbas. Fahd, a su vez, citaba dudosas progenituras y desafortunados dilemas genitales, todo ello intercalado con pintorescos juramentos árabes, aunque, cuando se los traducía, perdían toda su fuerza venenosa y significaban algo así como «¡Te golpeo la cabeza con una cuchara, pedazo de mono!».

Varios tripulantes se habían reunido para observar el combate de juramentos, algunos aplaudiendo, otros riendo. Sesto sentía recelo. Percibía que la cosa estaba a punto de ponerse fea.

O, como mínimo, más fea.

Largo informó al estimado árabe que una mona que guardaba con la madre de Fahd una similitud tan grande que, de hecho, probablemente era la madre de Fahd había pasado una noche de nada civilizada confraternidad con tres de sus hermanos, y desenvainó una larga espada de hoja fina con punta redondeada.

Fahd sacó su cuchillo para deshuesar tras declarar que Largo era un perro jadeante que se había comido un gato, y que el gato se había tirado pedos, y que ahora Largo también olía a pedos de gato, y que era además un caracol de cara fea que Fahd podría aplastar con el talón de su babucha si mereciera la pena molestarse.

—¡Creo que esto ya ha llegado demasiado lejos! —exclamó Sesto, al mismo tiempo que se interponía entre ambos.

—Ve a hervirte el culo en mierda de pájaro, comemierda, que así te olerá tan bien como los bajos frecuentemente visitados de tu hermana —gruñó Largo mientras alzaba la espada, que era tan larga como una de las piernas de Sesto.

—¡Te golpearé repetidamente la frente con las partes flojas e infrautilizadas de un oso! —prometió Fahd, sopesando el cuchillo para descarnar, cuya hoja era tan ancha como una de las muñecas de Sesto.

Se oyó una detonación de pólvora y todos se sobresaltaron. Al mismo tiempo que bajaba el arcabuz envuelto en jirones de humo blanco con el que había disparado, Roque avanzó hasta la zona del enfrentamiento.

—Envainad —dijo a la beligerante pareja.

Fahd y Largo envainaron, reacios.

Roque sonrió. Era un placer ver en su cara una expresión semejante. Desde la larga y horrenda noche de Isla Verde, había estado pálido y demacrado a causa de la herida, y había perdido mucho peso. La sonrisa le recordó a Sesto al Roque que había conocido al principio.

—Explicaos —dijo Roque.

Y lo hicieron. A voces y el uno contra el otro, de modo que sus palabras se superpusieron y convirtieron en gritos. Roque echó atrás con el pulgar la llave del arcabuz, lo cargó cuidadosamente con la pólvora que llevaba en un frasco, y volvió a disparar.

La detonación fue ensordecedora y causó desconcierto.

—Explicaos... uno por vez. ¿Fahd?

Los toneles de agua, según explicó el árabe, estaban a punto de quedar vacíos, y toda el agua limpia potable se había acabado. En su opinión, Largo había estado sacando cubos de agua para estirar y ablandar sus telas. «En absoluto», lo contradijo Largo cuando Roque lo miró. De hecho, era lo contrario. Había ido a buscar un cazo de agua para humedecer el cáñamo de una vela, y había descubierto que Fahd había derrochado toda el agua en sus estofados malolientes.

Hoque comprobó el estado de los barriles. No vio más que heces en mal estado.

Llamaron a Silvaro. También él comprobó el estado de los barriles y se encontró con lo mismo. Sólo entonces se les ocurrió consultar a Gello.

El muchacho explicó que todas las vituallas comenzaban a escasear. Durante la refriega con Ru'af, cinco cisternas de agua habían resultado agujereadas y se habían vaciado, y una buena parte de los alimentos se había quemado. Estaban sin agua y obligados a comer galletas de marinero.

—Es algo que he estado intentando explicar —añadió Gello.

Llamaron a Belissi, el carpintero, para que remendara los barriles de agua, aunque eso no volvería a llenarlos. En algunos de los islotes había pozos y fuentes, pero ninguno daría lo bastante como para llenar más de uno o dos cubos.

Silvaro llamó a Benuto. Tendrían que interrumpir la búsqueda durante un tiempo. El reaprovisionamiento se había convertido en una necesidad.

Porto Real era la apuesta más segura. Silvaro habría preferido dirigirse a la isla de Azur, un puerto cordial para los piratas que allí había, pero la dirección en que soplaba el viento hizo que abandonara semejantes pensamientos. Tendrían que conformarse con Porto Real. Colonia de la corona estaliana, se encontraba un poco más al sur de donde estaban, en una de las islas más grandes del archipiélago.

Y así fue como, no antes de tiempo, el *Rumor* y la *Zafiro* rodearon Cap d'Orient, y viraron para entrar en la bahía, en dirección a las luces de Porto Real. Habían estado en el mar durante tres semanas y media.

* * *

Era un anochecer de calidez ecuatorial y color azul sombra. No había ningún barco en el puerto. Por encima de la barandilla, Sesto vio media docena de bergantines y buques varados en la arena blanca como el hueso a la escasa luz del anochecer, con el ladeado vientre dirigido hacia las estrellas como leones marinos al sol, y los mástiles inclinados a sotavento como olmos empujados por el viento. Era igual que en Sartosa. Los hombres de mar, incluso los más endurecidos de los bribones, habían huido del

océano esa temporada. El *Barco del Carnicero* andaba por ahí fuera, acechándolos a todos. Ningún pirata ni mercader podía navegar con seguridad. Era infinitamente más seguro quedarse en una ciudad insular o un puerto cordial, y beber durante todo el verano por muchas ganancias que se perdieran.

En los muelles, las banderas estalianas pendían, lacias, de los mástiles, como si admitieran con un indiferente encogimiento de hombros la soberanía de la ciudad colonial. Baterías de culebrinas cubrían el puerto desde reductos construidos sobre pequeños promontorios, pero no había artilleros de guardia, aunque sí se había encendido fuego en las cestas metálicas que pendían sobre ellos.

La ciudad en sí, por el lado que daba al mar, era una mezcla de edificios encalados y de ladrillo, al estilo estaliano. En la parte más alta, los paseos ascendían hasta el pequeño fuerte de una guarnición; detrás se alzaban colinas de lozana vegetación.

—Tranquilo —fue la simple declaración de Silvaro mientras observaba la línea del puerto que se aproximaba lentamente.

—No tanto —matizó Casaudor, al mismo tiempo que señalaba hacia las figuras que habían aparecido en el muelle y la calzada, y en torno a los extremos de las calles que daban al puerto. Eran sombras en la luz agonizante, pero eran personas, de todos modos.

—Debemos de ser una imagen rara, por así decirlo —murmuró Benuto—. Como nosotros, no han visto una vela en semanas.

Echaron ancla a unos cuantos cientos de palmos del muelle, y la *Zafiro* se acurrucó a su sombra. Silvaro pidió que se reuniera un grupo de remeros para una lancha, y llamó a Roque y Sesto para que lo acompañaran.

—Podríamos necesitar tu donaire y tu gracia —dijo a Sesto en el momento de bajar hacia el bote que los aguardaba.

Cuando ascendieron por los erosionados escalones de piedra hasta el muelle, la silenciosa multitud prácticamente se había disgregado. Veían luz de lámpara procedente de los edificios cercanos al puerto, pero no se oían risas ni música.

Roque, Sesto y Silvaro avanzaron juntos hacia el interior de la ciudad, inquietos a causa del silencio. El calor de aquella tierra era opresivo, y la ropa se les pegaba al cuerpo.

A lo largo del puerto y calle principal arriba, las puertas y los postigos de las ventanas estaban abiertos. Dentro, ardían las lámparas. En silencio, como agobiados por la fatiga en medio del calor de la noche, hombres, mujeres y niños permanecían sentados en los escalones de las puertas de entrada o en el interior de las casas, ante la mesa. Algunos se asomaban a mirar con malhumor a los tres recién llegados que pasaban de largo. Muchos ni siquiera hacían eso. Cada portal y cada ventana parecían mostrar una pequeña cueva iluminada por luz amarilla, en cuyo interior había gente

sentada cansada en estado de letargo. Hasta los perros yacían, jadeantes, en el polvo.

Pasaron por delante de una posada en la que los hombres estaban sentados a las mesas y aferraban vasos de borde grueso llenos de una bebida que parecía breya o jarabe bajo la luz dorada. Todo parecía marrón y descolorido, como un viejo cuadro que hubiera estado colgado durante demasiado tiempo expuesto al sol. Los bebedores también estaban todos en silencio, cabizbajos: vasos sobre mesas, manos alrededor de vasos, cuerpos echados atrás en las sillas.

Silvaro se detuvo y les hizo un gesto a sus compañeros para que entraran en una taberna. Unas pocas cabezas se volvieron con lentitud para verlos pasar. Hubo algunos murmullos. El dueño del establecimiento se encontraba en el fondo de la sala, con vasos sucios alineados sobre la barra. Estaba recostado contra la pared, como acobardado por el calor.

—Tres vasos de ron —pidió Silvaro en un estaliano aceptable.

El hombre se animó y cogió tres diminutos vasitos de un estante. El ron pareció casi negro al ser vertido en la penumbra, y prácticamente tan reacio a abandonar la botella como había parecido el hombre a moverse.

—¿Sois de los barcos? —preguntó el posadero.

Hablaba estaliano, pero con las vocales rotundas de los naturales de Tobaró. Las islas eran hogar de hombres de todos los puntos cardinales, con independencia de la bandera a la que debieran lealtad. Su voz era un susurro grave y cansado.

—Lo somos —dijo Luka.

—Hubo emoción cuando vuestras velas fueron avistadas —comentó el hombre—. Porto Real es un puerto comercial, y vive del mar, pero vosotros no sois mercaderes. Eso lo hemos visto.

—No lo somos. —Silvaro se llevó el vaso a los labios—. A la salud de la corona de Estalia —brindó, cortés.

Sesto y Roque también bebieron. El ron quemaba y tenía demasiado azúcar. Era como melaza aguada.

Silvaro dejó una pequeña moneda de plata sobre la barra.

—Pero se puede hacer negocio con nosotros. Vituallas, agua. Tenemos dinero para pagar.

—Eso puede arreglarse —respondió el posadero, mientras recogía la moneda.

—¿Dónde está el capitán del puerto?

El hombre se encogió de hombros.

—¿A esta hora? Durmiendo o borracho, o ambas cosas.

Roque alzó la mirada y ladeó la cabeza. Un segundo más tarde, también Sesto lo oyó. Eran cascos que resonaban en la calle.

—Seguro que os buscan a vosotros —comentó el posadero.

Silvaro y sus compañeros volvieron a salir al exterior, donde tres jinetes frenaban

los caballos hasta hacerlos ir al paso. Los hombres llevaban el peto y el capacete característico de los soldados estalianos. Miraban hacia el puerto, en dirección a la sombra del *Rumor*, aún visible en la noche bochornosa.

Silvaro los llamó en voz alta, y ellos se volvieron. El jefe, un hombre alto que iba vestido de negro bajo la bruñida armadura, desmontó y le lanzó las riendas a uno de los otros.

—Ésos son barcos de combate —declaró en estaliano de fuerte acento—. Barcos de saqueo.

—Lo son —asintió Silvaro—, y yo soy su capitán.

El hombre asintió con la cabeza, a modo de reverencia formal. Fue un gesto más que una cortesía, el tipo de movimiento que haría un hombre antes de un combate de espada.

—Yo soy Ferrol, primera espada de Porto, instrumento del gobernador. ¿A quién le estoy hablando?

—Soy el capitán Luka Silvaro.

Se oyó un claro sonido de acero que raspaba. Ferrol y sus lacayos montados desenvainaron los estoques con súbita rapidez.

—¿Luka Silvaro? ¿Luka el Halcón? ¿Señor de los Saqueadores?

—Tres veces nombrado. —Luka sonrió, y miró a sus compañeros. La espada de Roque estaba desenvainada a medias, y la mano derecha de Sesto se posaba sobre el pomo de la suya—. Soltadlas —les aconsejó.

Avanzó un paso, aparentemente sin temor alguno por su propia seguridad. La espada que empuñaba Ferrol era larga, con guarnición de lazo y hoja recta del más fino acero damasquino.

—Señor —dijo Luka—, a Porto Real me traen asuntos serios, no tropelías. Si hubiera tenido intención de perjudicar a la colonia, estaría acribillando el puerto con proyectiles encadenados desde mis barcos, en lugar de estar aquí, desarmado, ante vosotros.

—Sois un pirata y un bribón —replicó Ferrol.

—Soy capitán y señor que busca comprar vituallas en un puerto amigo, y más aún, tengo dinero para pagarlas. Hay algo más... —Luka se metió una mano dentro del jubón y sacó un rollo de pergamino que le tendió a Ferrol.

El hombre lo cogió con desconfianza, lo desenrolló y leyó.

—Una patente de corso, y sellada por su gracia el príncipe de Luccini. El asunto que me ocupa es oficial y legítimo, como puede atestiguar mi socio aquí presente.

Sesto avanzó un paso.

—Mi señor el príncipe me ha enviado para que sea testigo del buen comportamiento del capitán Silvaro. Le transmito respetuosos saludos a su excelencia el gobernador, y confío en que prevalezcan las buenas y ya antiguas relaciones que

existen entre las soberanías de Luccini y Estalia.

Ferrol le devolvió el documento y envainó la espada. Sus hombres también guardaron sus armas.

—Preparad una lista de cuanto necesitéis, y se determinará un precio. Cuando se haya alcanzado un acuerdo, os entregaré un permiso para adquirir las mercancías. Vuestros hombres pueden bajar a tierra en grupos de dos docenas como máximo cada vez. Cualquier problema que surja será castigado por la ley de la colonia. Eso significa yo. Soy el primera espada, y también el verdugo legal de la colonia. No toleraré ningún comportamiento brutal.

—Ni debéis tolerarlo —dijo Silvaro—. Gracias. Mi tripulación será un modelo de buenas maneras.

* * *

Aún era temprano, no habían dado las ocho. Ahora la noche era tan oscura y cálida como si se hubiera echado una manta húmeda por encima del cielo cuando el sol aún estaba en él. Nada aliviaba aquel calor húmedo. Silvaro envió el bote de regreso al *Rumor* para que fuera a buscar a Casaudor, y para que se seleccionara, por el sistema de la paja más larga, a las dos primeras docenas de hombres que bajarían a tierra. Roque, Sesto y Silvaro esperaron durante un rato en la sofocante taberna, pero el letargo se les hizo demasiado agotador, así que compraron una botella de ron y se retiraron al rompeolas, donde se la fueron pasando de uno a otro y disfrutaron de la suave brisa marina que llegaba por encima del agua.

Llegaron las lanchas del *Rumor*, tres de ellas, esa vez. Casaudor iba en la primera, con las listas que él y Fahd habían redactado. Lo acompañaba Gello. Casaudor tenía trabajo más que suficiente con su cometido de primer oficial, y había decidido acelerar la formación del aprendiz de Junio. Detrás de ellos llegaron los afortunados que habían sacado la paja más larga. Ocho hombres del *Rumor* y cuatro de la *Zafiro*. Sesto no conocía a los hombres de la *Zafiro*, salvo al patrón, Silke.

La casualidad, o más probablemente la imposición del rango superior, había garantizado que Silke fuera uno de los primeros en bajar a tierra. Su ancho cuerpo estaba envuelto en una túnica amarilla de seda árabe decorada con hojas de planta de clavo pintadas con quermes, y lucía un sombrero gacho de color púrpura sobre el peinado, con siete apretadas trencitas.

Sesto conocía a los hombres del *Rumor*. Vento, el velero, Zazara, Pequeño Willm (para diferenciarlo de Alto Willm, que había sacado una de las pajas más cortas), Runcio y Lupresso. El sexto hombre le sorprendió. Era Sheerglas, el artillero jefe. Sesto nunca había visto a aquel hombre espectral en las cubiertas exteriores, y mucho

menos en tierra. Llevaba largos ropones negros, como si asistiera a un funeral.

—Dos horas —dijo Silvaro a los visitantes—. Luego, subid sin demora al bote para que bajen los siguientes doce. Y no creéis ningún problema, u os las veréis conmigo.

Los hombres comenzaron a dispersarse y adentrarse en la silenciosa ciudad.

Casador y Gello se acercaron con las listas, y estaban comentándolas con Luka cuando llegaron al muelle unos jinetes que escoltaban dos carruajes. Se trataba de vehículos ornamentados que en otros tiempos habían sido hermosos, pero las tallas que los decoraban estaban recubiertas de oro que se descamaba a causa del aire salado. Cada uno era arrastrado por un tiro de seis caballos, y sus faroles brillaban como fuegos de San Telmo en la oscuridad.

Los escoltas eran todos soldados estalianos con capacete y llevaban lanzas en posición vertical junto al arzón. Ferrol desmontó.

Se acercó a Luka y le hizo una reverencia.

—Su excelencia el gobernador Emeric Gorge os invita a cenar con él esta noche. Hace esta invitación como gesto de hospitalidad para con los servidores de su gracia, el príncipe de Luccini.

—Me siento honrado por la invitación —dijo Luka—. ¿A cuántos se extiende?

—A todos vosotros —replicó Ferrol.

Luka dejó que Casador y Gello continuaran con los preparativos. Se había persuadido a unos pocos comerciantes soñolientos para que salieran de sus casas con el fin de regatear precios. El resto de los hombres del *Rumor* subieron a los carruajes con Luka.

Todos salvo Sheerglas, que había desaparecido, según advirtió Sesto.



Los carruajes, cuyos faroles brillaban en la noche tropical, los sacaron de la dormida ciudad para ascender hacia las colinas. Después de semanas de vivir en el mar, el viaje resultó muy extraño para todos ellos. Los carruajes se sacudían y traqueteaban de una manera totalmente ajena a los barcos, incluso durante las tormentas. Cada raíz y grieta del camino los hacía saltar. El interior de los carruajes, de terciopelo descolorido y roble, estaba iluminado por faroles fijos y conformaban pequeños mundos de luz de llama que a Sesto le recordaban de modo desagradable las cansadas escenas de melancolía que había visto a través de las ventanas de la ciudad. Había logrado sentarse junto a una de las ventanillas, a pesar de que los carruajes estaban abarrotados. Los hombres, algunos de ellos los marineros más duros y rudos, parloteaban con emoción. El viaje, y la cena que los aguardaba —con el gobernador de la isla, nada menos—, era para ellos algo único en la vida.

Sesto miraba el ondulado paisaje del exterior: negros campos de cultivo bajo la oscuridad sin luna. Hacía mucho tiempo que no viajaba en un carruaje, lujoso o de cualquier otro tipo. En el exterior, los grillos cantaban con tanta fuerza que se hacían oír por encima del pataleo de los caballos y el traqueteo de las ruedas de madera. Plantaciones de caña de azúcar e hileras de llantén, secas y ásperas, se alejaron hasta perderse en la húmeda noche.

Tenía sed. El ron que había bebido se le adhería a la garganta como brea. Ansiaba una bebida limpia.

La mansión del gobernador estaba situada en la cumbre de una montaña de la isla, mirando hacia las plantaciones y bosques que la alimentaba tanto a ella como a la isla. Se trataba de un edificio de ladrillo rojo, de fachada suntuosa, y decorado con influencia árabe, según la moda del estilo estaliano de hacía un siglo, más o menos. Plantas de buganvilla roja se enredaban en los árboles cercanos. En todas las ventanas de la fachada ardían oscilantes llamas de vela, y en el patio se habían colocado antorchas y braseros que chisporroteaban en la noche. Centenares de mariposas nocturnas volaban en círculos alrededor de las luces. Cuando los Saqueadores bajaron de los vehículos, muchos pasmados ante la desteñida grandeza del lugar, oyeron

música que sonaba en el interior. Gaitas, un violín, una espineta. Aquél era un estilo de vida que ellos no habían conocido jamás.

Ferrol, una figura vestida de negro que avanzaba con zancadas decididas, los condujo hasta el vestíbulo, donde se detuvieron sobre el suelo de pulimentado mármol y contemplaron las destellantes arañas de luces. En las paredes, espejos de dorado marco, y estupenda calidad y tamaño, se alternaban con retratos de nobles estalianos: hombres con perilla y gorguera, damas de generoso pecho y piel blanca como la tiza, niños con holgados calzones de seda. Cada ojo pintado parecía seguirlos.

—De todos los hombres que esperaba recibir en mi casa, Luka Silvaro era más o menos el último —declaró una voz profunda y suave.

El gobernador de Porto Real, Emeric Gorge, entró en el vestíbulo. Era un anciano completamente calvo, cuya seca piel blanca estaba surcada por las arrugas de la vejez y tensada sobre su delgado rostro. Tenía ojos brillantes. Llevaba jubón y calzas de terciopelo rojo, y una capa corta de seda blanca que estaba casi dolorosamente limpia e inmaculada. Abrió los brazos de par en par. Sus dedos, cubiertos de anillos, eran pálidos y finos.

—Mi señor gobernador —dijo Luka, que hincó una rodilla.

—Levantaos, señor pirata..., ¿o debería decir corsario, ahora?

—Soy el orgulloso portador de la marca de Luccini —declaró Luka, al mismo tiempo que se levantaba.

—Y ésa es la única razón por la que se os da la bienvenida a esta casa y a esta isla. —Gorge rio entre dientes y le hizo un guiño a Luka—. Estoy mintiendo. ¿La oportunidad de cenar y conversar con el señor de los Saqueadores? Perdonadme, pero eso me parece un lujo. Espero que vos y vuestros variopintos seguidores podáis regalarme los oídos con escalofriantes relatos de osadas hazañas asesinas.

—Haremos todo lo posible por complaceros —replicó Luka, que presentó rápidamente a sus tripulantes.

Sesto se sintió conmovido ante la humilde formalidad manifestada por los marineros rasos. Hombres como Zazara y Pequeño Willm se quitaban el pañuelo con que se cubrían la cabeza e hincaban la rodilla. Los Saqueadores hacían alarde del mejor de los comportamientos.

Silke no se mostró lisonjero. Quería que se supiera que era el patrón de un barco, y que sólo Silvaro estaba por encima de él. Se pavoneó y conversó ágilmente con el gobernador al llegar su turno.

Gorge llegó hasta Roque.

—¿Un hermano estaliano? —comentó.

Roque le hizo una reverencia.

—Más bien un hijo del mar —objetó.

—Pero tenéis aire de nobleza —insistió Gorge—. Me recordáis a los Della Fortuna, la familia noble. ¿Acaso compartís su sangre?

—Por mis venas sólo corre la sangre de un pobre filibustero —replicó Roque.

—¡Ajá! Ya lo veremos.

—Y éste es Sesto Sciortini, un noble caballero de Luccini —dijo Luka, en último lugar.

Sesto hizo una rápida reverencia. Gorge lo miró, mientras se humedecía los descoloridos labios con la lengua, como si los tuviera demasiado secos.

—Estalía da la bienvenida a su amigo del otro lado del mar —declaró Gorge en un perfecto tileano meridional—. Venid, el banquete nos espera.

El gobernador los condujo hasta un gran salón. El techo tenía tres pisos de altura, y los braseros dispuestos alrededor de las paredes creaban ese resplandor dorado de fuego que Sesto ahora asociaba con el letargo y la inactividad. Los músicos tocaban en el balcón, y los sirvientes colocaban los últimos platos encima de las mesas montadas sobre caballetes: cerdo asado, pescado guisado, aves rellenas de especias, cuencos de verduras al vapor, llantenos horneados, fruta escarchada, salchichas, requesón, bandejas de arroz y camarones. Gorge los condujo a todos a sus asientos, y los camareros comenzaron a ir de un lado a otro para llenarles las copas —grandes cálices de plata decorados con el escudo de armas de Estalía— de vino y ron aguada.

—Yo quiero agua —dijo Sesto.

—¿Señor? —preguntó el camarero, que a punto estaba de verter vino en su copa.

—Agua. Tengo sed.

El camarero asintió con la cabeza antes de marcharse, y regresó con una botella en forma de campana, llena de agua fría.

Sesto llenó la copa y bebió con ansia.

—No puedo negar que estamos pasando tiempos difíciles. Mi ciudad vive o muere según la situación del comercio. Entran y salen barcos. Puerto Real obtiene ganancias. Hace ya seis meses que no hay comercio de ningún tipo. Hasta esta noche, han pasado cuatro meses desde el arribo de un barco.

—He percibido malestar —comentó Luka.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Gorge, al mismo tiempo que se limpiaba la grasa del mentón con la servilleta.

—En la ciudad. Una extraño letargo, como si el calor hubiera ahogado la vida de los ciudadanos.

Gorge asintió con la cabeza.

—Porto Real está agonizando. Sin el comercio, se está muriendo. Descubriréis que os hacen un buen precio por el agua y las vituallas. Es un mercado excelente para compradores.

Extendió un brazo para coger una pata de pollo de una fuente cercana. De ella

goteó azúcar líquido cuando se la llevó a la boca.

—Y también hay una enfermedad.

—¿Una enfermedad? ¿Una epidemia? —preguntó Luka, sobresaltado.

Gorge se apresuró a alzar la otra mano.

—¡Dad sosiego a vuestro corazón, Luka Silvaro! Si la peste hubiera entrado en Porto Real, habría hecho que los hombres del puerto izaran banderas de cuarentena. No, se trata de algo mucho más sutil. Una debilidad profunda, una pérdida de la fuerza vital. Podría deberse al calor, o al descorazonador vacío de la temporada.

—Lo he visto en los rostros que me rodeaban —comentó Roque.

Gorge asintió con la cabeza.

—Hemos estado ansiando la llegada de gente nueva, de nuevos arribos, de sangre nueva, por así decirlo. Cualquier cosa que anime nuestras vidas. El comercio y el intercambio han cesado.

Luka se llevó una gran venera a la boca con el tenedor doble. La mantequilla con que la habían cocinado corrió por el mango hasta sus dedos. Clavó los dientes en la carne del molusco.

—¿A causa del *Barco del Carnicero*? —preguntó.

—A causa del *Barco del Carnicero*, precisamente —asintió Gorge, mientras observaba cómo Luka devoraba la venera—. Esa cosa horrenda anda por ahí fuera, y ningún barco osa navegar. Me atrevo a decir que es un monstruo..., un vampiro que le drena la vida a un mar que en otros tiempos estaba henchido de comercio.

—El *Barco del Carnicero* es la razón por la que se me ha concedido la patente de corso —dijo Luka.

Gorge se mostró impresionado.

—¿Os han encomendado matarlo? Bueno, pues buena suerte, Luka Silvaro.

—¿Vos lo habéis visto? —preguntó Luka.

—He oído historias. Hombre mejores que vos han muerto por enfrentarse con él. En una ocasión, al anochecer, hace tres semanas, me llamaron para que bajara a los muelles porque habían sido avistadas velas. Un barco demonio, escarlata como la sangre, entró en el puerto, nos echó un vistazo y se marchó. Estoy seguro de que era el *Barco del Carnicero*. Su sola imagen me aterrorizó.

Luka asintió con la cabeza.

—¿Y vais a perseguirlo y hundirlo?

—Ése es mi plan —replicó Luka Silvaro.

Sesto bebió un sorbo de su copa. Ya había acabado el agua, y el camarero había estado sirviéndole vino.

Bebió un poco y luego cogió una salchicha de la fuente más cercana.

De repente, se sintió muy cansado.



Sesto despertó con un sobresalto. Tenía la mente confusa, como un amanecer neblinoso. Pensaba que lo había despertado un alarido de dolor o miedo, pero ahora reinaba el silencio.

Tenía sabor a especias en la boca, las carnes y salchichas especiadas de la mesa del gobernador. Se acordó de la carne, el calor, la sofocante humedad de la noche. No tenía el más mínimo recuerdo de haber regresado al puerto, y mucho menos de haber vuelto al *Rumor* y a su cama. Los estalianos merecían respeto por la potencia de sus vinos.

De repente, lo invadió una ansiedad que lo puso sobrio de golpe. No recordaba haber regresado al barco porque no lo había hecho. Sin abrir siquiera los ojos supo que aún se encontraba en tierra firme.

Sesto se incorporó trabajosamente. En la habitación reinaba una oscuridad tal que ni siquiera podía calcular su tamaño, pero por el calor y por el chirrido de los grillos que le llegaba del exterior, estaba bastante seguro de que aún se encontraba en la mansión del gobernador. Los sonidos de los ronquidos que lo rodeaban le indicaron que no estaba solo.

Intentó orientarse a tientas, y tropezó primero con un cuerpo tumbado y luego con otro. Ninguno despertó. Entonces sus dedos encontraron el borde de un aparador o una mesa y, resiguiéndolo, la pared. Siguió la pared hasta un rincón, y luego la siguiente hasta que sus dedos se posaron sobre el picaporte metálico de una puerta. La abrió con precaución.

El corredor del otro lado estaba a oscuras, pero ardían cirios en sujeciones colocadas en el otro extremo, y comenzó a poder ver el entorno. Abrió más la puerta y empezó a distinguir detalles de la habitación de la que había salido. Se trataba de una sala lujosa y bastante grande, amueblada con sillas bajas y dos divanes. Los Saqueadores que habían ido al banquete con él yacían cuan largos eran por la sala, en el suelo o tumbados sobre los muebles, todos profundamente dormidos. ¿Qué era eso? ¿Acaso habían bebido tanto que los criados del gobernador los habían amontonado en esa habitación para que durmieran la mona?

Sesto se dio cuenta de que se equivocaba. Volvió a contar las sombras dormidas. No estaban todos allí. No había ni rastro de Pequeño Willm, ni de Runcio, ni de uno de los hombres de la tripulación de Silke.

Silvaro yacía cerca, y Sesto lo sacudió para despertarlo, pero no sirvió de nada. Salvo por la suave respiración rasposa, el capitán estaba tan laxo como un muerto. Sesto intentó despertar a Silke, y luego a Roque y Vento. Ninguno de ellos reaccionó.

Volvió a salir al corredor, y de inmediato oyó pasos que se aproximaban. Cerró la

puerta y se deslizó detrás de un tapiz bordado. Al instante, se sintió estúpido. ¿Por qué se ocultaba si no había ningún motivo real para sospechar peligro? Bajó la mano para tocar la empuñadura de la espada con el fin de que el metal le diera buena suerte. La vaina estaba vacía. También había desaparecido su cuchillo.

Ahora sí que tenía un motivo. Si todo eso era inocente, ¿por qué le habían quitado las armas?

Se acercaban figuras que avanzaban a veloz paso de marcha. Eran Ferrol y cuatro de sus guardias, y llevaban lámparas de aceite. Abrieron la puerta de la habitación y entraron. Sesto tuvo que esforzarse para oírlos hablar.

—¿Y qué hay de Silvaro? —pareció sugerir uno de los hombres.

Sesto no pudo oír la respuesta completa de Ferrol; sólo la captó en partes.

—... dice que está harto de salitre de piratas..., como perros callejeros..., purasangres estalianos...

Se produjo movimiento, y luego el grupo de guardias salió de la habitación arrastrando consigo a Roque y Zazara, ambos estalianos. Ferrol cerró la puerta y se alejó por el pasillo tras los hombres que cargaban con los Saqueadores dormidos.

Sesto partió tras ellos, aunque los siguió a prudente distancia. Las ventanas ante las que pasó le mostraron que en la isla aún era de noche, aunque por la palidez que se adivinaba en el horizonte no faltaban muchas horas para el alba.

Ferrol y sus hombres desaparecieron por las grandes puertas que daban paso a la sala de banquetes. Sesto los siguió, aunque se detuvo momentáneamente para apoderarse de un par de sables que colgaban, cruzados, de una pared, debajo de una rodela estaliana. Sus anfitriones querían que estuviera desarmado, así que la prudencia sugería que sería bueno tener una arma.

Llegó a las puertas. Las habían dejado entreabiertas, y pudo espiar el interior.

¡Y qué espectáculo apareció ante sus ojos! Los músicos y los sirvientes se habían marchado hacía mucho, pero no habían limpiado los restos del banquete. Las mesas con las fuentes y alimentos a medio comer habían sido retiradas hacia los lados, y los platos estaban apilados. Siete hombres de la guardia colonial, ataviados de negro y con capacete, estaban apostados en torno a las paredes de la habitación, observando y esperando.

Emeric Gorge se encontraba en medio de la sala. Se había desnudado de cintura para arriba, y sus brazos y su torso eran tan blancos como una medusa. Tenía la espalda vuelta hacia Sesto, con los brazos caídos a los lados. Había un guardia arrodillado a su derecha y otro a su izquierda, y cada uno besaba el dorso de una mano de Gorge en un homenaje ritual. Roque y Zazara, aún dormidos, yacían cerca de la puerta.

Pequeño Willm, Runcio y el hombre de la tripulación de Silke yacían en desmañado montón al otro extremo de la estancia. De algún modo, la laxitud de sus

cuerpos le dijo a Sesto que estaban algo más que dormidos. Ni siquiera un hombre profundamente dormido se relajaba y flexionaba tan completamente.

—¡Basta! —dijo Gorge, y los dos hombres se levantaron y se limpiaron la boca con pañuelos negros.

Cuando Gorge se volvió, Sesto vio con horror que tenía la parte interior de las muñecas manchada de sangre.

—¡Otro! —dijo.

Dos guardias se apartaron de la pared y recogieron a Zazara. Lo arrastraron hasta Gorge y lo sujetaron en posición vertical, mientras el gobernador echaba atrás la cabeza del Saqueador cogiéndolo por el pelo y le ponía bajo la nariz un pequeño frasco de cristal.

Zazara despertó, tosiendo y atragantándose, miró a su alrededor, desconcertado, sin comprender realmente dónde estaba. Los guardias permitieron que se pusiera de pie.

Gorge tapó la botella de cristal y la dejó a un lado, sobre una mesa, para luego regresar junto al parpadeante y aturdido Zazara.

—Estaliano —murmuró—. Una cosecha mejor.

Gorge aferró a Zazara por la parte superior del brazo izquierdo y por el pelo, y le echó brutalmente la cabeza hacia un lado para que la garganta quedara expuesta. La boca de Gorge se agrandó, y de repente se pobló de largos dientes afilados, como los de un perro alano o una serpiente a punto de atacar.

Zazara lanzó un breve grito cuando Gorge clavó los colmillos en su cuello. Se sacudió, pero el gobernador no lo soltó. Zazara sufrió convulsiones. Sesto observaba con una repulsión absoluta y creciente terror. Vio pequeños detalles macabros. El delgado cuerpo pálido de Gorge estaba reñido con su barriga tremendamente hinchada. Los pies de Zazara se sacudían, porque de hecho estaba suspendido en el aire por la tremenda fuerza de Gorge.

El gobernador soltó al Saqueador, que se desplomó. La sangre corría por el mentón de Gorge. Los guardias recogieron el cadáver de Zazara y lo arrojaron junto con los otros.

—Mejor —dijo Gorge, con palabras farfulladas a causa de los enormes dientes que le sobresalían de los labios—. De prisa, el otro, ahora. El noble.

A pesar de verse superado en número, Sesto no podía continuar mirando sin hacer nada. Dos guardias estaban arrastrando a Roque hacia el gobernador.

Al mismo tiempo que aferraba con fuerza los sables, Sesto retrocedió para tomar impulso y atravesar la puerta.



Le asestaron un golpe tan potente por detrás que atravesó las puertas de todos modos, y cayó cuan largo era en el suelo. Se le habían escapado ambas espadas de las manos. Cuando extendió un brazo para recobrar una de ellas, una bota negra presionó con firmeza el arma contra las losas del suelo.

Ferrol se encontraba junto a él.

—Uno ha despertado antes de tiempo —dijo.

—Tenía la sensación de que había uno que no había comido tanto loto negro como los demás —murmuró Gorge, que le sonrió a Sesto, y la sonrisa fue terrible—. Bienvenido al festín, caballero. En breve, estaré con vos.

Gorge se volvió de espaldas y despertó a Roque acercándole el frasquito de cristal a la nariz. El maestro de armas recobró la conciencia bruscamente, y al instante se puso a forcejear con los hombres que lo sujetaban. Ellos lo mantuvieron inmovilizado.

Gorge cogió por el pelo a Roque y le echó la cabeza hacia atrás, para luego precipitarse sobre su cuello. Roque lanzó un bramido cuando el monstruo le clavó los dientes.

Pero el festín no transcurrió como hasta entonces. De repente, Gorge se apartó con brusquedad, presa de arcadas y de tos, escupiendo sangre en el suelo. Los hombres soltaron a Roque, que cayó de rodillas, con las manos sobre el cuello herido.

—¿Qué sucede? ¿Mi señor? —preguntó Ferrol, que acudió apresuradamente al lado de Gorge.

—¡Éste tiene inmundicia en la sangre! ¡Vil pestilencia! ¡Como leche agriada o vino picado!

Gorge sufrió otra arcada, y una buena cantidad de sangre pestífera se derramó sobre las losas.

La atención de todos estaba centrada en el gobernador. Sesto volvió a tender la mano hacia el sable caído.

—Deberías tener cuidado con lo que muerdes —se burló una voz desde las sombras.

Como un fantasma, Sheerglas pareció materializarse bajo la luz de las lámparas, al mismo tiempo que sus ropones negros daban vueltas a su alrededor como un trozo de la mismísima noche.

Gorge se volvió para encararse con él. Los guardias desenvainaron los estoques.

—Percibí tu olor en la ciudad —dijo Sheerglas—. Tu hedor está por todas partes. Ha sido duro, ¿verdad? Una época de sed para ti y tu pequeña camarilla de sirvientes.

—¿Quién eres? —preguntó Gorge.

—Uno que sabe —replicó el maestro artillero—. ¿Cuánto tiempo hace que gobiernas aquí, especie de demonio? Apostaría a que mucho más que cualquier otro gobernador colonial. Esos retratos del corredor no son de tus antepasados, ¿verdad? Son de ti mismo en otras épocas. De ti y de tu legión de consortes.

Sheerglas avanzó un paso más, y algunos de los guardias se desplazaron para rodearlo. Sesto oyó que varios de ellos gruñían como lobos que se enfrentaran con un macho rival.

—¡Tiene que haber sido tan fácil! —murmuró Sheerglas con la mirada fija en Gorge—. Un constante tráfico de mercaderes y visitantes, una ciudad abarrotada de desconocidos. Cada barco que llegaba traía licor fresco para apagarte la sed. Pero el tráfico cesó, y te viste obligado a romper tus propias normas. Tuviste que obtener tu alimento exclusivamente de la población local. Y, ¡mi madre!, tu sed los ha dejado débiles y desangrados. Si hubiera pasado mucho tiempo más, Porto Real habría comenzado a morir. Así pues, ¡viva por el barco! Al fin, sangre fresca.

Gorge había dejado de escupir sangre. Alzó un dedo huesudo y señaló a Sheerglas.

—Matadlo —dijo.

Los guardias acometieron al artillero jefe.

Sesto se levantó de un salto, recuperó los dos sables y corrió junto a Roque, que aún estaba arrodillado y temblaba de dolor. Pero había visto lo suficiente.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Sesto.

Roque le arrebató a Sesto uno de los sables y avanzó con decisión hacia Gorge. Sesto corrió con él. Clavaron las hojas en la espalda de los dos guardias que se habían quedado junto al gobernador. Eran heridas mortales.

Pero no murieron.

Se volvieron, con los ojos oscuros bajo el borde de los capacetes, y acometieron a Roque y Sesto con los estoques.

De algún modo, Sheerglas no había caído bajo el peso de los hombres que habían arremetido contra él. De hecho, pareció separarse de ellos como una sombra, y lanzó lejos de sí a varios, que salieron dando volteretas por el suelo. No había desenfundado arma ninguna. Un espadachín lo acometió, y Sheerglas dio un paso hacia un lado para esquivarlo al mismo tiempo que le aferraba la muñeca de la espada

con una mano, y le partía la articulación del codo con un salvaje golpe ascendente de la otra. El guardia lanzó un alarido y cayó de espaldas, y Sheerglas le quitó el estoque estaliano, para luego volverse como si fuera de humo y trabar combate con otros tres guardias ataviados de negro. Empezaron a saltar chispas de las hojas, que se movían a gran velocidad.

—¡Las cabezas! —chilló Sheerglas por encima del sonoro choque del acero contra el acero—. ¡No podéis matarlos a menos que separéis la cabeza de los hombros!

El caballero de Luccini, que se había visto obligado a retroceder casi hasta la puerta, paró un velocísimo golpe del guardia y se echó a un lado a la máxima velocidad posible. La punta de la espada golpeó la puerta de madera y quedó atascada durante un segundo.

Sesto se volvió rápidamente y le seccionó el cuello. El hombre cayó, y el noble percibió un repentino y penetrante olor a quemado. Para cuando el cuerpo llegó al suelo, de él no quedaban más que las botas, negra ropa podrida y un herrumbroso capacete lleno de polvo.

A medias asqueado y a medias encantado, Sesto avanzó a la carrera y cortó la cabeza del guardia que se enfrentaba con Roque. Una vez más, el aire se colmó de corrupción sulfurosa cuando el hombre se transformó en cenizas.

—Muchas gracias —dijo Roque.

Juntos, se volvieron y acometieron a los hombres que atacaban a Sheerglas. El maestro artillero ya había despachado a dos de ellos.

—Mantenedlos ocupados —siseó.

Antes de que Sesto pudiera cuestionar la solicitud, Sheerglas había vuelto a desaparecer, deslizándose en las sombras. Reapareció como un remolino de niebla ante Gorge. Sheerglas arrojó la espada que le había arrebatado al guardia, y se lanzó contra el gobernador. Forcejearon furiosamente. Sesto volvió a oír el diabólico gruñido.

Él y Roque se veían terriblemente apurados. Aún quedaban en pie cinco guardias, incluido Ferrol. Sesto no era el mejor espadachín del mundo, y a Roque lo enlentecía la herida. Sólo la furia y el miedo hacían que continuaran rechazando las armas de los enemigos. Roque logró apartar a un lado un estoque y cortar una garganta con el sable. Otro de los seguidores no muertos de Gorge halló, al fin, el polvo de la sepultura. Pero ahora Ferrol se había lanzado contra Roque, y lo hacía retroceder.

Sheerglas y Gorge continuaban luchando. Con una fuerza inhumana, Gorge lanzó al artillero jefe al otro lado de la estancia, donde se estrelló contra algunas de las mesas montadas sobre caballetes, rompió bandejas y provocó una cascada de fuentes que cayó al suelo. Se levantó de un salto que lo elevó por el aire, donde giró de tal modo que los ropones se desplegaron como las alas de un murciélago, y se precipitó

vertiginosamente sobre Gorge, al que lanzó hacia un lado. El pálido cuerpo del gobernador destrozó otra mesa y derribó dos sillas.

Gorge se recuperó con la misma rapidez con que lo había hecho Sheerglas, y saltó hacia el jefe de artillería. El salto cubrió una distancia muy superior a la que podría lograr un hombre mortal. Se lanzó contra Sheerglas, con los colmillos al descubierto en la dilatada boca, y lo estrelló contra otra hilera de mesas. Se hicieron añicos las botellas y la madera se partió. Una copa de peltre repiqueteó por el suelo y se alejó rodando.

Sesto gritó cuando la hoja de un estoque le arañó el dorso de la mano, y otra le abrió un tajo en una mejilla. Paraba furiosamente los ataques. Él y Roque ya no podrían contener a los espadachines durante más tiempo.

Sheerglas derribó a Gorge de espaldas y le saltó encima, para inmovilizarlo durante un segundo.

—Bastardo —jadeó Gorge.

—¡Demonio! —replicó Sheerglas.

El artillero jefe partió un travesaño de las patas de uno de los caballetes rotos, y lo clavó en el pecho de Gorge con ambas manos.

Gorge lanzó un alarido. Abrió tanto la boca que se le desgarraron los labios. Una luz putrefacta y venenosa manó de su garganta, de sus ojos, y alrededor de la estaca que tenía clavada en el pecho. Se debatió violentamente y luego, en un destello de llamas, como un cañón que diera mechazo, explotó y se desintegró.

Uno a uno, los guardias estalianos estallaron como humo, y sus ropas y armaduras vacías cayeron el suelo. Ferrol fue el último en desaparecer.

Silencio. Nada más que olor a polvo de mausoleo.

Roque y Sesto retrocedieron, jadeando. Miraron a Sheerglas. Éste se puso de pie y dejó que un puñado de ceniza se deslizara de entre sus dedos.

—Ya está hecho —dijo—. Coged ese frasco de allí y despertad a los otros.

Roque fue cojeando hasta la mesa sobre la que estaba el frasco de cristal de Gorge, y lo cogió, miró a Sheerglas durante un largo momento, y salió cojeando de la estancia.

Sesto siguió a Sheerglas fuera del salón de banquetes.

—Os debemos agradecimiento —dijo.

El artillero jefe se encogió de hombros.

—Quiero decir que ha sido una suerte que bajarais esta noche a tierra. Ha sido una suerte que cogierais una de las pajitas más largas. No abandonáis a menudo el barco, ¿verdad? —preguntó Sesto.

—Muy de vez en cuando —dijo Sheerglas.

—¿Por qué esta noche?

—Por lo mismo que todos los demás. Buscaba una bebida no contaminada.

Se volvió a mirar a Sesto e hizo un gesto hacia el sangrante tajo que tenía en la mejilla.

—Deberíais vendaros eso.

—Es sólo una herida muscular.

—Lo sé, pero también es tentadora.

Sheerglas se alejó. En los grandes espejos del corredor, Sesto vio sólo su propio reflejo.



El aire marino era fresco, y habían recorrido una buena distancia, pero al socaire de la tierra firme las islas eran calurosas y húmedas; las enredaderas selváticas enguirnaldaban coníferas que vibraban con cantos de pájaros y chirridos de insectos.

Navegaban con rumbo sinuoso, alrededor de atolones cubiertos de selva tropical. Luka conocía de memoria cada canal y paso que se abría con los cambios de marea, sin necesidad de cartas ni atlas marítimos. El litoral meridional de Estalia había sido su antiguo territorio de cacería personal, cuando era un pirata, no un corsario.

—Aquí es donde solían acudir los barcos del tesoro —dijo a Sesto a última hora de una tarde, mientras se encontraban en la cubierta de popa del *Rumor*.

El cielo estaba poniéndose rojo coral por el oeste, y las aves marinas seguían su estela o giraban en lo alto. Fahd acababa de echar un cubo de lavazas por la borda.

—Al llegar aquí estaban cansados y sin aliento después de cruzar el océano, como caballos de carrera a los que se hubiese hecho correr demasiado de prisa y durante demasiado tiempo. Tenían el vientre hinchado de oro de Lustria, especias de Arabia. Aquí podían escoger entre continuar la carrera durante ocho días más y seguir en línea recta hasta llegar a Tilea, o descansar y recoger agua en estas islas meridionales.

—¿Y qué bien podía hacerles eso, si los vuestros andaban por ahí a la caza de sus almas? —preguntó Sesto.

—Mucho —replicó el antiguo señor pirata. Si había percibido alguna censura en la observación de Sesto, no dio señales de ello—. Antiguamente, continuaban en línea recta. Correr con la lengua fuera, lo llamábamos. Con sus últimas vituallas y los hombres al límite de sus fuerzas, se partían la espalda en una carrera hasta Luccini o Miragliano, con la esperanza de darnos esquinazo. Eran los tiempos de los grandes barcos piratas, como comprenderás. Sesenta cañones por banda, ochocientas toneladas. Scadra el Cenizo, Bonnie Berto, Ezra Mano Funesta. Los señores piratas de leyenda, que Manann se apiade de sus almas. En mar abierto, un buque pirata podía avistar un galeón del tesoro desde veintisiete millas de distancia..., y viceversa. Era un juego de persecución y resistencia, y que los pesados barcos del tesoro perdían a menudo, más a menudo que lo ganaban.

Luka Silvaro hizo una pausa y se puso a jugar con el grueso anillo que le rodeaba el dedo meñique.

—Así que las presas aprendieron a acercarse a la orilla y a serpentear por entre las islas. —No se anduvo con rodeos a la hora de usar la palabra «presas». De hecho, la pronunció casi con descuido—. Entre las islas era más difícil que los avistaran, y tenían la oportunidad de recobrar el aliento y reaprovisionarse tras un cruce arduamente largo. Si bogaban por entre las islas, a lo que se llamaba «serpentear entre los dientes», podían escoger cuándo y por dónde salir a mar abierto. Eso aumentaba las probabilidades de éxito.

Le dio unas palmaditas afectuosas a la borda del *Rumor*.

—Por eso, en esta época moderna preferimos los barcos de persecución más ligeros. Hemos aprendido a merodear entre las islas y a saltar sobre las presas en las lagunas y bahías poco profundas, mientras están recogiendo agua. Es un truco que también los corsarios de Arabia han aprendido. Sus galeras nunca podrían atrapar a un galeón de cuatro palos con todo el velamen desplegado.

Ahora se encontraban a nueve días al sudoeste de Porto Real, en medio de los últimos agrupamientos densos de islotes verdes que había antes de los confines blanco hueso de los atolones de coral afilados como dagas que llegaban en forma de cuña hasta el extremo de la Tierra Conocida y anunciaban, como una arcada rota, los grandiosos y oscuros océanos del misterioso oeste. Sesto sabía muy bien que ahora los ánimos estaban encendidos, que había ansia de cacería. Era como en los viejos tiempos para Silvaro y los bribones que se habían embarcado antes con él.

En tres ocasiones habían anclado en asentamientos que había situados en ensenadas a lo largo de la cadena de islas. Un enclave de bucaneros, una pequeña ciudad portuaria estaliana y un poblado de pescadores sin rey. En cada caso, la historia había sido la misma. El *Barco del Carnicero* estaba por las proximidades. Aquél era el corazón de su territorio de caza. Cada pocas semanas, más o menos, su enorme forma roja con velas escarlata entraba en los pequeños puertos y apuntaba con los cañones. Algunas veces disparaba una andanada de advertencia. Los habitantes, temerosos por sus vidas, se veían obligados a cargar hasta el último gramo de provisiones y agua potable de que disponían, y remar con sus botes para entregárselo todo al Carnicero como rescate a cambio de continuar con vida.

Durante la primera mitad de la mañana del día siguiente, Sesto oyó voces que discutían en el camarote de Silvaro. No había duda de que las voces pertenecían al propio Silvaro y a Roque, el maestro de armas. Sesto no se atrevió a acercarse. Se sentó con la espalda contra la base del palo mayor y esperó. Ymgrawl se sentó a su lado. Flaco y de extremidades largas, Ymgrawl simplemente se dejó caer. Sacó un cuchillo de curtidos con punta en forma de garfio, y comenzó a tallar un diente de ballena amarillento.

—Están discutiendo —dijo Sesto, al fin.

—Sí.

—¿Discuten a menudo?

—Vos lo sabéis tan bien como yo. No hay dos amigos mejores sobre los mares.

—¿Qué pasa, entonces?

Ymgrawl clavó en Sesto su mirada de pedernal, de ojos entrecerrados.

—El *Barco del Carnicero*. Roque no puede creer que sea verdad. Demasiado fácil, dice.

—¿Qué quieres decir?

—El Carnicero. Ese monstruo. Como una fuerza de la creación. Roque dice que no amenazaría para conseguir provisiones; que más bien saquearía, quemaría y se llevaría lo que le diera la gana.

—¿Y qué estamos persiguiendo, entonces?

Ymgrawl se encogió de hombros.

* * *

Se decía que el puerto franco de Santa Bernadette era el último sitio habitado de la cadena de islas, aunque Ymgrawl presumía de conocer otros. Pero al menos era el último lugar de cierta importancia. Llegaron a él en medio del calor de la tarde. Al otro lado de una bahía, destellando a causa del reflejo de la brillante luz solar, se extendía la curva interior de una densa isla verde. Entre el mar y la selva había una franja de edificios encalados.

La bahía era demasiado somera incluso para la *Zafiro*, así que echaron ancla en la boca, y arriaron tres botes armados.

El recorrido hasta la orilla, remando, fue largo y sudoroso. Sesto iba en el bote de delante, con Luka, oyendo cómo los marineros de pecho desnudo que lo rodeaban gruñían y jadeaban al remar al ritmo de las órdenes. Sesto observó cómo Luka cargaba y amartillaba un par de pistolas de rueda y un arcabuz de cañón corto, y comenzó a desear haber llevado encima mucho más que su estoque. Tal vez habría sido buena idea armarse con su pequeña pistola árabe.

Llegaron a la playa y arrastraron las lanchas sobre la arena. A un gesto de Roque, los hombres desenvainaron espadas y pistolas, y se escabulleron por la punta de la playa hacia las chozas estucadas y edificios encalados que dormitaban bajo el borde del dosel de palmeras.

—Aquí no hay ni rastro —informó Elegante, uno de los pistoleros, al regresar junto a Roque.

El maestro de armas se había acuclillado para tocar una mancha oscura que había

en la arena, y luego se olió los dedos.

—Aceite de lámpara —dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sesto.

—¡Cuidado con esas chozas! —gritó Roque, al mismo tiempo que se levantaba.

Los hombres que estaban en lo alto de la playa y a punto de irrumpir en algunas de las viviendas se detuvieron.

Sesto se apresuró a seguir a Luka y Roque cuando avanzaron hasta el edificio más cercano. Era un viejo blocao construido de madera y ladrillos de adobe, al que se le estaba cayendo la capa de escayola blanca exterior.

Luka empujó la puerta con el cañón del arcabuz. Con los bordes carcomidos por las atenciones de la arena y el mar, se abrió un poco, crujiendo, y se detuvo. Luka estaba a punto de volver a empujarla cuando Roque alzó una mano.

El estaliano se acuclilló a un lado de la puerta e hizo que todos los demás se echaran atrás mientras él la abría del todo empujándola con la larga hoja del sable.

El estallido de pólvora asustó a los pájaros, que echaron a volar desde los árboles, y su eco resonó una y otra vez por el aire cálido de la playa.

Dentro de la casa habían fijado un trabuco a una silla, con un hilo de pescar atado al gatillo y al pomo de la puerta.

—Una trampa —dijo Roque, mientras examinaba el improvisado dispositivo.

—¿Una trampa para qué? —se preguntó Silvaro.

En el exterior se oyó un débil detonar de disparos.

Salieron corriendo del blocao. Balas y flechas cortas llovían sobre la playa desde el norte y el sur, disparadas por gente que estaba entre los árboles. Ya habían caído heridos tres miembros del grullo que había desembarcado con Luka. Se oyó una detonación más potente de una pieza de artillería, y del suelo se alzó un géiser de arena a menos de diez pasos del lugar en que se encontraban Luka y Sesto.

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritó Roque.

Sesto oyó una suave ráfaga de chasquidos. Las llamas lamieron toda la línea de la playa y eclosionaron como una furiosa muralla ardiente. El aceite que Roque había olido era una trampa de fuego excavada en la arena. Alguien había preparado aquella recepción con cuidado; «hasta con desesperación», pensó Sesto.

Otra bala de cañón pasó zumbando por encima de sus cabezas e hizo un enorme agujero en los hastiales del blocao en el que habían entrado antes.

—¡Por la misericordia de Manann! Ya he tenido bastante de esta bienvenida —gruñó Luka—. ¡A cubierto!

Uno de los hombres, que obedeció a ciegas, corrió al interior de una choza y fue partido en dos por la escopeta que habían dejado atada a la puerta. Otros dos se metieron de patitas en un pozo cubierto que había entre dos cabañas. La lona tensada y enterrada en la arena se hundió bajo el peso de los hombres, que se precipitaron

hacia una oscuridad erizada de estacas. Sus alaridos fueron casi insoportables.

Salieron hombres del cobijo de los árboles y cargaron contra ellos. Docenas de hombres armados con lanzas, destrales y machetes. Eran de piel negra, y con pintura blanca se habían dibujado una calavera en el rostro para imitar la apariencia del propio Rey Muerte. Bramaban y ululaban, y tocaban tambores y timbales de cobre. A Sesto le parecieron bastante atemorizadores. Tenían a los piratas que habían bajado a tierra inmovilizados en una estrecha franja de playa que corría entre las chozas y el crepitante muro de fuego.

—Condenado sea... —rugió Luka.

El capitán alzó el arcabuz y disparó contra el primer salvaje que llegó corriendo hasta él. La fuerza del disparo derribó al hombre de espaldas. Luka arrojó el arcabuz a un lado y sacó las pistolas para darles una bienvenida similar a los dos atacantes que lo siguieron.

Roque, cuyo tono de voz no daba lugar a la más ligera desobediencia, reunió a los Saqueadores en apretados grupos para formar dos murallas que miraban hacia cada uno de los extremos por los que llegaban los enemigos. Una salva de pistolas detonó, y salió humo blanco, y hombres con cara de calavera cayeron con fuerza sobre la arena.

Se desenvainaron las espadas, y la lucha quedó reducida al acero.

Luka, el hombre más corpulento de la playa, estaba ahora completamente furioso. Sacó su curva espada shamshir y una daga, y se lanzó hacia la línea de enemigos que cargaban.

—¡Con él! ¡Con él! —gritó Roque.

Sesto desenvainó el estoque, temblando de miedo, y salió corriendo tras Luka.

Se enfrentó con un hombre que lo acometía con una hacha de leñador, poco más que un destrial, y le atravesó torpemente el cuello. Luego, se sintió bastante mal por haberlo hecho. A pesar de todos sus bramidos y su pintura, le parecía que el hombre había estado más asustado que él.

Luka y cuatro de los marineros con más aspecto de matón —Elegante, Alto Willm, San Huesos y Saybee— lideraron la carga contra la desordenada línea de atacantes que llegaban por el sur, y dieron terrible cuenta de ellos. Luka destripó a un hombre con el shamshir, y luego mató a otro con la daga. Le dio una patada a un tercero, al que después le asestó un tajo con la espada cuando logró liberarla. Alto Willm destripó a otro con el sable. Saybee, el corpulento timonel de relevo, blandía una hacha de doble filo forjada en las tierras de Norse, y derribó a dos hombres como si fueran árboles talados. Elegante, que llevaba atadas al cuerpo mediante cintas varias pistolas de chispa y de llave de sílex, parecía no tener que recargarlas nunca. San Huesos, mientras su diabólico estoque no dejaba de danzar, entonaba himnos sigmaritas y mataba.

Al norte, Roque se ocupaba de la mayor parte del derramamiento de sangre, flanqueado por Tortuga Schell y Pietro el Garfio, dos de sus espadachines favoritos.

Y con eso bastó.

Los atacantes dejaron de luchar y se dispersaron; huyeron por la playa hacia los dos puntos cardinales de los que habían llegado.

Sus aullidos se habían convertido en alaridos de miedo. Dejaron armas, tambores y timbales sobre la arena, tras de sí, junto con veinticuatro hombres muertos o agonizantes, seis de los cuales habían caído bajo las armas de Luka.

Los Saqueadores habían perdido a tres, y tenían otros cuatro hombres heridos. Uno de estos últimos era un hombre al que habían sacado, ensangrentado y entre alaridos, de dentro de la trampa de estacas. Algunas de las estacas salieron con él, clavadas en sus piernas. La calurosa tarde olía a sangre y sudor. Las moscas zumbaban en torno a ellos, repentinamente salidas del húmedo bosque plagado de alimañas que había más allá de las chozas, atraídas por el olor a sangre fresca.

—Hay uno que todavía vive —anunció Roque cuando algunos de sus hombres arrastraron a un salvaje tembloroso y sangrante hasta detenerse ante Luka.

Arrojaron al hombre al suelo, a los pies del capitán. No se atrevió a alzar la mirada. Una bala de pistola le había destrozado la oreja derecha, y la sangre caía en abundancia sobre la arena, donde las gotas temblaban, orgullosas como rubíes, antes de ser absorbidas lentamente. Sesto vio que allí donde la piel del hombre había sido frotada, aparecía tan pálida como la de cualquier tileano.

Luka sacudió la cabeza y se arrodilló para mirar a la cara al hombre, que gimoteó e intentó apartar la mirada.

—Pensasteis que éramos del *Barco del Carnicero*, ¿verdad? —suspiró Luka.



El sol se puso con rapidez, como es habitual en los trópicos, y una fresca brisa oceánica llegó hasta ellos, para llevarse los últimos restos de humo que aún flotaban sobre las relumbrantes ascuas vidriosas de la trampa de aceite. Salió una fina luna creciente, afilada como una garra extendida, y las estrellas encendieron sus diminutos farolillos. En el oscuro follaje del bosque de la isla, los insectos nocturnos comenzaron a chirriar, cantar y zumbar.

Sombríos y desanimados, con pañuelos atados sobre la boca, los miembros del grupo que había desembarcado arrastraron los cuerpos de sus enemigos hasta una pira erigida en el extremo meridional de la playa. No se pronunciaron palabras formales, pero algunos de los hombres se acercaron de uno en uno —San Huesos, Elegante, Pietro el Garfio, Roque— y les murmuraron cosas a los muertos, mientras arrojaban monedas, anillos y otros abalorios a la pira.

Sin duda se trataba de encantamientos protectores. Los Saqueadores eran degolladores, pero ese combate les había dejado un sabor amargo.

Una vez que la luna salvó las siluetas de los agitados árboles de la isla, Luka cogió la antorcha encendida que tenía Saybee y la arrojó a la pira.

Las llamas se alzaron, brillantes, blancas de calor, amarillas por la grasa.

Sesto se alejó de la pira todo lo posible.

Al fondo, en el extremo sur de la playa de Santa Bernadette, encontró a Roque, que bebía de una botella de jerez.

—Un mal asunto —dijo Roque, que percibió a Sesto en las sombras nocturnas que tenía detrás. Le tendió la botella.

Sesto bebió un sorbo. El dulce y fuerte vino tenía un sabor sedoso.

—Confusión de identidades —continuó el marinero estaliano, con la vista vuelta hacia el mar.

Roque observaba las olas que lamían la orilla, donde dejaban suaves curvas a lo largo de la arena, que la luz lunar tornaba vidriosa. Pequeños cangrejos rojos correteaban y saltaban por el espejo de arena, y sus finas patas imprimían marcas que duraban apenas un segundo antes de que la siguiente ola espumosa las borrara.

El estaliano aceptó la botella que Sesto le devolvía.

—Este Carnicero nos deja a todos por carniceros.

De repente, Roque se arrodilló, apoyó la botella en la arena y la hizo girar para que se hundiera ligeramente y no cayera. Se inclinó hacia adelante y se lavó las manos en el agua de la orilla. Estaba demasiado oscuro como para saber si las tenía sucias de sangre, demasiado oscuro como para ver si el agua borraba tales huellas. Sesto tuvo la certeza de que aquel acto era, esencialmente, un ritual. O al menos, la contrición del alma desdichada de un hombre.

Roque no había estado bien desde la espantosa noche pasada en Isla Verde. Sólo Sesto y Sheerglas sabían que el demonio Gorge había rechazado a Roque por tener sangre en mal estado. No habían hablado del asunto.

Hasta el día en que muriera, Sesto creería que no había nada tan terrible como observar a un asesino confeso intentando enmendar sus pecados.

—Os oí discutir —comentó Sesto, nervioso.

—¡Entonces es que tienes las orejas tan grandes como las de ese muchacho necio de Gello! —le espetó Roque.

—Perdona por haber hablado, señor —dijo Sesto, y dio media vuelta para marcharse.

—¡Sesto! —lo llamó Roque, que se levantó, recogió la botella y corrió junto al joven.

—¿Qué?

—Perdóname, señor. He olvidado cómo comportarme en compañía de un caballero. Ha pasado mucho tiempo desde que...

—¿Desde qué? ¿Desde que estuviste en la corte, señor Santiago della Fortuna?

—Sí, tal vez era eso lo que quería decir.

—¿Así que eres tú? ¿El famoso descubridor?

—Sesto, Sesto... Ese hombre murió hace muchos años. Ese hombre también está aquí. Saca la conclusión que quieras de ese acertijo.

—¿Qué te sucedió?

—He jurado no contarlo. Yo... Permíteme que simplemente diga que viajé hasta muy lejos, me hice con un nombre y una fortuna, y luego tenté demasiado a mi suerte ante los hados de un océano inconstante. En Lustria, ese abominable territorio. Las cosas que vi... Los seres escamosos..., ellos...

Bebió un largo trago.

—Estuve perdido durante cinco años. Cinco años de los que no hablaré. Luka me encontró cuando era un humilde esclavo remero en una galera corsaria árabe. Me encontró, supo ver mi valía... El hombre que tienes delante esta noche, en esta playa, volvió a nacer, entero, en ese momento. Todo lo que había sido antes se fundió y desapareció.

Sesto frunció los labios.

—Hoy has discutido con Luka.

Roque asintió con la cabeza.

—Perseguimos la presa equivocada. Hay un barco tirano en las aguas de los islotes, pero no un carnicero. Y hoy hemos...

Guardó silencio.

—Hoy he matado a un hombre —dijo Sesto.

—Y yo a tres, y ninguno lo merecía. Si has matado, Sesto, conoces este dolor. La mancha del Carnicero convierte en asesinos brutales hasta a los mejores de nosotros.

La idea sorprendió un poco a Sesto. Sin duda, se trataba otra vez de ese curioso código de honor de los piratas: la idea de que había grados hasta los que se podía ser un asesino.

La pira funeraria ardía al otro extremo de la playa. Más cerca de las chozas se habían encendido hogueras con madera de deriva. Su crepitante calor y su humo reseco se arremolinaban en torno a las cabañas y alejaban a las moscas negras y los mosquitos.

Luka se había puesto de vino hasta las cejas y estaba sentado, con aire sombrío, ante la sencilla mesa de madera de la cabaña principal.

—Muertos por una confusión, todos ellos —murmuró cuando entraron Roque y Sesto—. Muertos por intentar conservar la vida.

Roque dejó el jerez encima de la mesa, y Luka se sirvió de inmediato.

—Vivir aquí, aterrorizados por el Carnicero —murmuró Luka, sombrío—. Vivir aquí, intensamente aterrorizados por el monstruo que anda por ahí fuera. Dedicaron todos sus esfuerzos a ahuyentarlo la siguiente vez que se presentara. Hasta la última gota de aceite que tenían, hasta el último disparo. Se pintaron la piel de negro y se dibujaron calaveras, y se pusieron a gritar como salvajes, todo con la esperanza de que eso ahuyentara al mal. Pero el mal éramos nosotros, y los matamos, de todos modos.

—Déjalo —le susurró Roque a Sesto—. Cuando está de humor tan negro, es un peligro incluso para sí mismo.

Pero en el exterior de la choza se produjo un ruido que atrajo la atención de Luka antes de que ellos pudieran escabullirse fuera.

Habían aparecido San Huesos y García Garza, que arrastraban consigo a un hombre que habían encontrado oculto en el bosque. El último superviviente de la batalla había muerto desangrado antes de que pudiera hablar.

—¡Que Sigmar se apiade de mí! —protestaba el hombre.

Era un desaliñado clérigo del Imperio, con la piel bronceada por haber pasado muchos años propagando la palabra verdadera bajo el pagano sol meridional.

—Sigmar puede ahorrarse su misericordia —le dijo Luka—. No os haré daño.

—¡Sois piratas!

—En absoluto. Somos corsarios, y llevamos una patente de corso para demostrarlo.

—Pero habéis..., habéis asesinado y...

—Fuimos atacados, señor. Por vos y vuestros compañeros. Os habríamos dado cuartel si lo hubiéramos sabido.

El hombre inclinó la cabeza y comenzó a recitar una plegaria dirigida a Sigmar, que a Sesto le pareció que seguía el ritmo del chirrido de los grillos.

—Habladme del *Barco del Carnicero* —pidió Luka.

—Es nuestro azote. Se nos presenta aquí con cada luna nueva y exige que se le entregue todo lo que tenemos.

La misma historia que ya habían oído cuatro veces.

—¿Adonde va?

—¿Va?

—Desde aquí, ¿adonde va?

—Hacia el sur, y luego lo vemos virar al este. Dicen que acecha en una cala del Laberinto.

—¿Está allí ahora? ¿En qué cala?

—Algunos dicen que en la restinga del Ángel, otros que en el estrecho de Aguaverde.

—Gracias, padre —dijo Luka—. Podéis marcharos, y decidles a vuestros hermanos de la isla que ninguno de mis hombres les hará daño. Esto os lo juro ante vuestro dios, Sigmar, para que pueda reclamar mi pobre alma bárbara si rompo el juramento.

El clérigo se levantó y comenzó a alejarse.

—¿Padre? ¡Mi buen padre! Una última cosa...

El hombre, ya al borde del círculo de luz del fuego, se quedó petrificado, pues temía el más cruel de los trucos de los piratas.

—Padre..., ¿cuáles decís que son las dimensiones y características del *Barco del Carnicero*? —preguntó Luka.

El hombre calvo y bronceado del Imperio se volvió con lentitud.

—Tiene..., tiene tres palos. Un barco muy grande, de trescientos cincuenta pasos, con sesenta cañones en dos cubiertas. El casco y las velas son rojos como la sangre. Donde debería llevar el mascarón de proa arde luz verde. Los tripulantes del barco no son hombres, sino bestias de la noche.

—Ya veo. Id en paz, padre.

Agradecido, el hombre desapareció noche adentro.

—¿El *Kymera*? —preguntó Roque.

—Encaja con la descripción. El *Kymera* es un barco grande, de doscientos veinte

pasos, y lleva cuarenta cañones. Pero ese clérigo no es marinero. Un hombre asustado convierte las cosas reales en monstruosas. Fíjate en Belissi.

Algunos de los Saqueadores que los rodeaban rieron al oír eso.

—¡Madre Mía! —se burló Elegante, con tono quejumbroso.

—¿Y? —preguntó Roque.

—Ya sea el *Kymera*, o algún otro barco bastardo, bajaremos hasta el Laberinto para batallar con él. Si una cosa es segura, es que no lo encontraremos en el estrecho de Aguaverde.

—¿Por qué no? —preguntó Sesto.

Luka se tocó un costado de la nariz con un largo índice.

—Viejos hábitos, viejas habilidades, Sesto. Estamos persiguiendo a una presa que está serpenteando entre los dientes. La profundidad del estrecho de Aguaverde es de dos brazas. Barco alguno, ya sea de trescientos cincuenta pasos o de doscientos veinte, podría hallar abrigo allí. Sin embargo, ningún hombre ha logrado medir la profundidad del fondo de la restinga del Ángel.

Aún estaba oscuro cuando remaron de vuelta a los barcos. Dejaron la triste pira funeraria del extremo de la playa humeando en la fresca noche tropical.

Antes del amanecer se alzó un buen viento, fresco y constante, y el *Rumor* y su escolta se dirigieron al sudeste, adentrándose más en el archipiélago.



Parecía que podrían quedarse sin mar. Eso pensó Sesto cuando se encontraban a dos días de Santa Bernadette. Las islas rodeadas de verde follaje del que se alzaba vapor estaban allí más densamente agrupadas que en cualquier otro sitio que hubieran visitado. Los dos barcos navegaban lentamente por estrechos canales y pasos flanqueados a ambos lados por exuberante selva, que formaba cascadas como acantilados de color esmeralda. Guacamayos y loros de brillantes colores pasaban velozmente por lo alto, de una isla a otra, y el *Rumor* y su escolta se deslizaban por canales brumosos. El agua era color turquesa brillante, cosa que indicaba un fondo peligrosamente cercano a la quilla de los barcos. Aquello era el Laberinto, una densa masa de islas que reseguía el litoral estaliano.

Anclaban para descansar en bahías rodeadas de bosque tropical. Vento y Largo tenían que ahuyentar a los charlatanes monos que tomaban los aparejos por árboles. El estofado de mono se convirtió en la especialidad de Fahd. Cada amanecer tenían que secar las cubiertas y la borda del rocío que había dejado la niebla matutina. Las espadas se oxidaban con rapidez en aquel lugar, y a las armas de fuego se les obturaba y ensuciaba el cañón. Roque continuaba con los entrenamientos diarios para mantener la compañía de Silvaro en forma para la batalla.

Al cuarto día, el *Rumor* condujo a la *Zafiro* a lo largo del canal de un arrecife y en torno a una bahía, pasando por debajo de bancos de barba de capuchino y guirnaldas de buganvillas, en dirección a una ensenada insondable bautizada en honor a los ángeles.

Era temprano y había escaso viento, así que avanzaban con lentitud. Al llegar al promontorio de una ensenada que según Silvaro dijo que llevaba directamente hasta la restinga del Ángel, echaron ancla y enviaron a Casaudor en una lancha para que se asomara al interior de la ensenada.

—¿Por qué esperamos? —preguntó Sesto.

—Porque no hay viento, por así decirlo —replicó Benuto—. Si forzamos el combate, nos interesa tener el viento a nuestro favor para aprovechar la ventaja que nos dará nuestra mayor velocidad.

En las cubiertas medias, por debajo de ellos, Roque hacía salir a los pistoleros y arcabuceros, y se colocaban los paveses y los escudos largos en los soportes de la barandilla de estribor. En el casco se abrían las troneras, y Sesto oía el agudo silbato con que Sheerglas daba las órdenes a los artilleros en la cubierta de cañones. El *Rumor* estaba arremangándose para la pelea.

Casaudor regresó, saliendo de la niebla matutina. Iba de pie en la proa de la lancha, mientras los seis remeros batían lentamente el agua verde savia, y trepó por el costado del barco en cuanto estuvo lo bastante cerca como para aferrar un cabo.

—¿Está allí? —preguntó Silvaro.

Casaudor asintió con la cabeza.

—Como un sueño en la niebla. Está anclado, enorme y oscuro, tanto en forma como en velamen. Un fuego verde humea en la proa.

—¿El *Barco del Carnicero*?

—No lo sé, pero esa cosa parece el diablo mismo. Y si es el *Barco del Carnicero*, entonces no es el *Kymera*, después de todo.

—¿Qué quieres decir?

Casaudor se puso ceñudo y escupió por un lado de la boca para atraer la buena suerte.

—El anciano clérigo no exageraba. Ese monstruo mide trescientos cincuenta pasos de roda a roda, y tiene sesenta cañones en la doble cubierta de artillería.

La ominosa noticia se propagó con rapidez. Muchos esperaban realmente que Silvaro los hiciera dar media vuelta para evitar un enfrentamiento semejante, en especial si no se trataba de la presa que buscaban. De hecho, a bordo de la *Zafiro*, Silke comenzó a realizar los preparativos para virar, hasta que Silvaro le hizo señales para indicarle lo contrario.

—Si el viento gira a nuestro favor, entraremos a por él —dijo Silvaro a sus oficiales. Varios mascullaron juramentos—. Sí, es un bastardo grande, según Casaudor, pero nosotros somos dos, y somos rápidos, y contamos con la sorpresa a nuestro favor. Además, tengo que saber si ése es el *Barco del Carnicero*, tengo que saberlo. Y por el alma de Reyno, aunque sólo sea por eso, debo atacar.

Roque asintió, ceñudo. Casaudor hizo otro tanto. El contra maestre estaba demasiado preocupado por la mecánica de la lucha como para molestarse con las consecuencias.

Sesto tuvo la sensación de que había otra razón detrás de la decisión de Silvaro. El señor de los Saqueadores quería vengarse por la sangre que se había visto obligado a derramar en la playa de Santa Bernadette.

* * *

Una hora después del regreso de Casador se levantó súbitamente un fuerte viento del este, y los cogió por barlovento. Silvaro lo aprovechó de inmediato. Según el informe del primer oficial, el enemigo estaba con la proa orientada hacia el viento.

La corriente de aire arrastró la niebla que rodeaba el islote como si fuera una cortina, y a ambos lados aparecieron lenguas de tierra cubiertas de árboles, como barricadas de selva. Con la mitad del velamen, el *Rumor* se deslizó furtivamente a través de la entrada de la ensenada, y la *Zafiro* lo siguió, a unos cuarenta largos por detrás y a estribor. Las dos guardias armadas del *Rumor* se reunieron ante la borda de estribor, con las picas preparadas junto a la muralla de escudos, y los arcabuceros ocuparon sus puestos. Las botellas pasaron de mano en mano, y los hombres bebieron un trago.

A diferencia de algunas tripulaciones piratas, los Saqueadores no iban a la batalla borrachos y vociferando, pero tenían costumbre de brindar por el éxito y para fortalecer los nervios, además de para conjurar la maldición del demonio del mar. Sesto aceptó un trago cuando la botella pasó por donde él estaba. Le temblaban las manos.

Silvaro pidió más trapo y mayor velocidad. Luego, bajó de la popa y se acercó a Sesto, que estaba preparando su pequeña pistola árabe de rueda.

—Cuando entremos en combate, mantén baja la cabeza. No quiero que te maten —ordenó Silvaro.

—Arrebaté una vida en Santa Bernadette —replicó Sesto, valiente, a pesar del temblor de sus manos—. Por eso, acabaré con al menos una aquí.

Silvaro frunció los labios, pensativo. Era evidente que las palabras de Sesto le habían tocado un punto sensible. El señor de los Saqueadores asintió con la cabeza, y sacó una pistola de llave de sílex y cañón largo que llevaba dentro del cinturón, para entregársela a Sesto, con la culata por delante. Aquella condenada cosa era monstruosamente pesada.

—En ese caso, toma ésta, señor. Te será de mayor utilidad que ese brillante juguete.

A regañadientes, Sesto guardó la pequeña y ornamentada pistola de bolsillo, y cogió con firmeza la potente arma.

Silvaro estaba a punto de hacer alguna otra observación cuando el vigía llamó de repente. Señalaba hacia estribor, en dirección a los árboles que pasaban velozmente a la derecha del barco.

Sesto miró, preguntándose qué sucedía. Y entonces lo vio, y se le cayó el alma a los pies. Lo que al principio había tomado por copas de árboles eran las monterillas y los sobrejuanetes de un barco descomunal que corría con ellos hacia el este, por el otro lado de la lengua de arena. Las velas eran rojas. El enemigo también debía de haber aprovechado el súbito viento, porque ahora navegaba hacia la salida de la

restinga del Ángel, desde el sitio en que había anclado. Debido a su enorme tamaño, la parte superior de los principales mástiles sobrepasaba la altura de los árboles de la selva. Y el vigía, situado en lo alto, había sin duda avistado al *Rumor* y a la *Zafiro* cuando estaban en la ensenada.

Ya no contaban con el factor sorpresa. En cinco minutos, ambos superarían la lengua de arena para salir a las aguas abiertas de la restinga, y quedarían el uno junto al otro, sin obstáculos entre sí. Lado a lado con un leviatán de sesenta cañones, el *Rumor* sería reducido a astillas.

—¡Arriad velas! ¡Arriad algunas por ahí! —chilló Casaudor al ver la terrible suerte que se les echaba encima.

—¡Orden cancelada! —rugió Silvaro.

Casaudor miró al capitán como si estuviera loco.

—¡Debemos dar media vuelta y huir! ¡Acabarán con nosotros!

—¡No, señor! —gruñó Silvaro—. ¡No huiré ahora! ¡Más vela! ¡A todo trapo, holgazanes! ¡A todo trapo y más! ¡Llegaremos a la punta de la lengua de arena antes que ese gigante impío!

Tembloroso, Sesto comprendió cuál era la intención de Luka Silvaro. El *Rumor* era un veloz barco hidrodinámico, un «barco ligero de caza», como lo llamaba él. Tenía intención de adelantar al buque enemigo antes de que llegara al final de la lengua de arena, y dar media vuelta para enfrentar proa contra proa. Pero la nave era enorme, y su enorme cantidad de velas podían moverla a una velocidad tremenda.

El *Rumor* izó todas las velas y el viento las hinchó al máximo. Por un momento, adelantó a las rojas velas superiores que asomaban por encima de los árboles, pero luego éstas comenzaron a darle alcance otra vez. Se deslizaban por encima del bosque, ominosamente sugerentes, como la aleta de un enorme pez que hendiera el agua e insinuara la presencia del monstruo que había debajo. El enemigo había izado la bandera negra con el reloj de arena, que expresaba el hecho de que se agotaba el tiempo de su víctima potencial. En respuesta, con una maldición, Silvaro izó la bandera roja.

Los marineros de Vento subían y bajaban como monos por los vaivenes para desplegar un conjunto de alas ante las velas mayores, y una trinquetilla delante del trinquete. Este trapo adicional hizo que de inmediato el *Rumor* pareciera volar por el agua y adelantara al enemigo, más pesado.

Lo superaron por un largo; luego un largo y medio. Tenían a la vista el final del bosque de la lengua de arena, y las abiertas aguas sin fondo de la restinga del Ángel se abrían ante ellos.

Cuando faltaba menos de medio minuto para sobrepasar el extremo, Sesto se volvió y vio, consternado, que la *Zafiro* se había quedado muy rezagada. Silke, al parecer, había escogido quedarse cruzado de brazos en aquel asunto. Y eso, con toda

probabilidad, sellaría el fin del *Rumor*.

Cuando el *Rumor* dejó atrás la lengua de arena para salir a aguas abiertas, le llevaba dos largos y medio de ventaja al descomunal buque. Salieron a toda velocidad a la bahía, y de inmediato comenzaron a virar a estribor.

Sesto le echó una primera mirada al enemigo que corría hacia ellos. Había imaginado muchas cosas que podían dar soporte a los rojos mástiles cuyas puntas había visto por encima de los árboles, pero era peor que cualquiera de sus imaginaciones. Se trataba de un barco colosal, oscuro, el triple de grande que el *Rumor*, con abundantes velas rojas como la sangre seca.

Un oscilante fuego verde ardía dentro de un farol metálico que había sujeto a la proa. Por las cubiertas y aparejos pululaban sombras oscuras que, según Sesto supuso, eran demonios.

Iba lanzado de cabeza hacia ellos mientras giraban para atravesarse ante él. La proa del enemigo corría directamente hacia su costado de estribor. ¿Acaso tenía intención de embestirlos?

El movimiento del veloz *Rumor* era muy pronunciado ahora que navegaba sobre las olas de aguas abiertas. Sesto tuvo que sujetarse a la borda porque la cubierta subía y bajaba con violencia.

Oyó el agudo toque del silbato, y luego sintió el estremecimiento de las detonaciones de los cañones que disparaban desde la cubierta inferior.

Una andanada salió volando hacia el enemigo. Sesto no oyó los impactos, pero vio las columnas de agua a los lados del buque, así como las nubecillas de astillas y trozos de borda que volaban en la amura. El foque interior se rajó y quedó aleteando como un gallardete.

Los artilleros de Sheerglas volvieron a disparar, esa vez con munición encadenada. Ahora estaban a la distancia óptima, a pesar de los rápidos movimientos con que los barcos se cruzaban. Todos los foques se rajaron, junto con los vaivenes delanteros de estribor. Formas oscuras se precipitaron al mar por el que navegaban rápidamente. Los sobrejuanetes y las monterillas quedaron colgando de lado o fueron hechas jirones, y la parte superior del palo trinquete se vino abajo como un árbol talado.

Por ambos lados del infernal farol verde salieron nubecillas de humo blanco. El enemigo tenía cañones de proa, piezas de artillería pesada, al parecer, y las había usado. Más allá de la proa del *Rumor* surgió un géiser al caer una de las balas que había errado. La otra rasgó el grátil del ala más grande del *Rumor*, y la lona blanca quedó restallando enloquecidamente. Varios metros eran lanzados de un lado a otro por encima de la cubierta, a pesar de los esfuerzos que hacían Vento y sus hombres por atar y controlar el trozo de vela. Un cabo que se agitaba salvajemente decapitó a uno de los marineros de los aparejos, y el cuerpo se precipitó dando vueltas desde lo

alto al mar. Su sangre cayó como lluvia sobre todos los que estaban debajo.

—¡Otra vez, Sheerglas! —vociferó Luka.

Trabajando como diablos, y sudando en los calientes y oscuros confines de las cubiertas de cañones, los equipos del jefe de artillería lograron disparar una tercera salva en el momento en que el *Rumor* viraba, con viento largo, en torno al poderoso enemigo.

Eso fue lo que causó más daño. Sesto hizo una mueca cuando vio que se rajaban partes de la popa y se le abrían agujeros. Salieron volando trozos de madera roja que ascendieron hasta muy por encima del nivel de las velas mayores.

Luego, estalló una conmoción total. Silvaro bramaba órdenes que Benuto repetía con bramidos aún más fuertes. Tende y Saybee hacían girar el timón entre ambos, y los marineros pululaban por los cordajes para orientar las velas. Roque tocó el silbato para dar una orden que hizo desplazar la guardia armada de estribor a babor, donde restablecieron la muralla de escudos. Ahora el *Rumor* viraba y su velocidad se redujo repentinamente al quedar casi al viento. Silvaro se esforzaba por presentarle el menor blanco posible al buque. Ahora apuntaban casi perpendicularmente con la proa al enemigo, que les presentaba el costado de estribor.

El buque disparó los cañones de estribor. Fue una salva descomunal, y por un momento, el casco del enemigo desapareció detrás de una nube de humo iluminado por el fuego. El efecto de retroceso de los cañones escoró marcadamente al buque, que comenzó a arriar velas para acercarse al *Rumor*.

A ambos lados del *Rumor*, el mar se cubrió de flores de agua allá donde caían las balas de cañón, y dos pesados proyectiles de culebrina impactaron en la proa, por babor, justo por encima de la línea de flotación. La cubierta se sacudió.

Silvaro hizo que el *Rumor* girara apenas, para que Sheerglas pudiera apuntar los cañones de babor con precisión. Las piezas de artillería destellaron y dispararon. Tablones del casco y portezuelas de troneras salieron volando hacia el agua, y el humo colmó el espacio que mediaba entre ambos barcos. Del buque diabólico llegó otra andanada atronadora. Los trinquetes del *Rumor* estallaron en jirones, y murieron varios de los hombres que se encontraban en cubierta. Sesto volvió a percibir olor a sangre. Sangre, salitre, viento marino, humo de pólvora.

El buque había perdido toda la velocidad y ahora giraba con lentitud para intentar completar la maniobra antes que el *Rumor*.

—¡Aproximación! ¡Aproximación! —ordenó Silvaro.

La orden parecía un suicidio. Cuando pasaron a poca distancia del costado de estribor del buque, los cañones volvieron a destellar, y el *Rumor* se estremeció al mismo tiempo que saltaban trozos de madera del casco y desaparecían barandillas. El trinquete estaba hecho pedazos. Sesto vio al menos a uno de los hombres de Vento que colgaba, descuartizado, de los cabos rotos del palo trinquete.

Pero la orden no era una locura. Las troneras del buque, aun que numerosas, estaban muy arriba en el combes, y una vez que el veloz *Rumor* se le acercó lo suficiente, el enemigo no pudo inclinar los cañones hacia abajo tanto como para disparar contra su casco. A pesar de eso, los proyectiles destrozaban las velas. Ya quedaban pocas que fueran algo más que jirones. Sheerglas usó los cañones situados más cerca de la popa para acribillar al enemigo con fuego de metralla. Los arcabuceros apostados en la barandilla y los aparejos, y los hombres que se ocupaban de los falconetes se pusieron a dispararle al enemigo, que continuaba acercándose. Los cañones atronaban y destellaban esporádicamente en los costados rojos. También ellos tenían arcabuceros disparando. Tortuga Schell, con un chafarote en la mano mientras esperaba la oportunidad de abordar al enemigo, resultó fulminado por una bala de arcabuz. Rodrigo Sal y Sucio Gabriel fueron hechos pedazos por munición encadenada que atravesó los paveses. A Vento se le clavaron astillas del palo trinquete en el brazo izquierdo y el pecho, y cayó sobre la cubierta desde una altura de seis metros. Largo trepó con el dorado capacete puesto, y se puso a disparar flechas con su arco de caballería a cualquier cosa que se moviera junto a la borda del enemigo.

Ahora se encontraban muy cerca, ambos barcos estaban casi inmóviles en el agua, envueltos en una repugnante nube de humo de pólvora. Los garfios salieron disparados del *Rumor*, y las perchas se extendieron al máximo cuando los barcos, el pequeño y el grande, se enredaron el uno con el otro en estrecho abrazo de batalla.

El *Rumor* y el *Barco del Carnicero* quedaron costado con costado, popa con popa. Justo antes de que los contrincantes se rozaran y se estrellaran el uno contra el otro, Sheerglas disparó una última salva y hendió el casco del enemigo en seis puntos, justo por encima de la línea de flotación.

Entre gritos, los Saqueadores comenzaron a apiñarse y a cruzar a la carga hacia el buque. Pasaban por encima de tablones, trepaban por redes o se aferraban al extremo de un cabo y se daban impulso para pasar al barco enemigo. A lo largo de la barandilla de estribor del buque estalló una feroz lucha cuerpo a cuerpo.

Sesto vio que Silvaro cruzaba a toda velocidad, al igual que Casador y Benuto. Incluso Tende había abandonado el timón y salvaba de un salto el espacio que separaba a los barcos de guerra, con el hacha eboniana en alto. Los arcabuceros y artilleros de los falconetes que se encontraban a lo largo del costado del *Rumor* disparaban contra la cabeza de los tripulantes enemigos.

Sesto se aferró a un cabo de abordaje en medio de la matanza y reunió el valor necesario para cruzar al otro lado.

Ymgrawl lo aferró para detenerlo.

—¿Estáis loco? ¡Vos os quedáis aquí!

—¡Al diablo con lo que decís! —maldijo Sesto mientras pataleaba para librarse

de las manos del delgado bucanero—. ¡Tengo que cobrar una deuda!

Sesto se dio impulso, y la cuerda, al balancearse, lo llevó hasta el buque.



Los Saqueadores habían hecho que aquello pareciera condenadamente fácil.

Sesto no había contado con la caída a pico que se abría debajo de él, entre los cascos, ni con el esfuerzo que implicaba darse un impulso semejante. Tampoco se había dado cuenta de lo difícil que resultaría mantenerse sujeto a una cuerda. Cuando, más por suerte que por cálculo, aterrizó con fuerza contra la cubierta del buque, quedó casi impresionado de sí mismo y se juró que jamás volvería a hacer nada semejante.

De repente, tuvo asuntos más urgentes que atender. Uno de los tripulantes enemigos —un matón barbudo que aullaba, vestido con cuero rojo— cargó hacia él blandiendo un chafarote.

Con precario equilibrio tras el aterrizaje, y a punto de caer, Sesto trató de desenfundar la gran pistola de llave de sílex que le había dado Silvaro.

La sacó, pero antes de que pudiera dispararla, la fuerza del chafarote del enemigo hizo que se le cayera sobre la cubierta.

El bruto vestido de cuero rojo derribó a Sesto de una patada, y alzó el chafarote para asestarle el tajo mortal.

Y entonces, cayó pesadamente, sangrando a borbotones por un limpio agujero pequeño que había aparecido en su frente.

Sesto bajó su ornamentada pistola árabe. El arma había demostrado su valor, al menos para él.

Silvaro, Roque y Casaudor, con un grupo de Saqueadores, ya casi se habían abierto paso a lo largo de la cubierta media hasta el timón del buque cuando el rumbo de la batalla cambió, al fin.

Desde el principio, había sido una lucha de golpes brutales y salvajes combates de espada. Los hombres chapoteaban en la sangre derramada sobre las cubiertas, y tanto Roque como Silvaro estaban cubiertos de cortes y arañazos sangrantes, con las blusas hechas jirones. Casaudor, de algún modo, seguía ileso, aunque tenía la casaca manchada de sangre de otros.

Entonces, oyeron el retumbante trueno de los cañones. Vieron el destello y oyeron

el siseo que se produjo más allá la barandilla de babor, y sintieron que la húmeda cubierta que tenían debajo se estremecía a modo de protesta.

La *Zafiro* había salido de súbito de la ensenada, donde se había quedado deliberadamente rezagada para permitir que el enemigo pasara de largo. Ahora entró, veloz como una flecha, con las velas completamente hinchadas, disparando andanada tras andanada con los cañones de estribor.

Pasó a toda velocidad a lo largo del costado de babor del buque, disparando, destellando y aumentando la cantidad de humo.

Nadie podía discutirlo: el gran buque estaba derrotado.

Los Saqueadores habían vencido.

* * *

—¿Lo fingisteis? —siseó Luka Silvaro, incrédulo.

—Así es. Parecía ser lo más..., quiero decir que... funcionó.

—Funcionó, ¿eh?

—Sí, señor...

Se encontraban en el camarote principal del buque. El aire aún estaba turbio a causa del humo, y por entre los tablones de la cubierta de arriba goteaba sangre y agua dentro de la habitación. Luka se encontraba de pie en un extremo, con Roque y Sesto. Al otro, debajo de las lumbreras, cuyos cristales habían roto las detonaciones, había un hombre quemado de pólvora y sangrante que ocupaba una silla en la que lo habían obligado a sentarse de un empujón.

—¿Por qué nombre se conoce a este buque?

—Es el *Demiurge*, señor.

—¿Y por qué nombre se te conoce a ti?

—Yo soy Pieter Pieters, natural de Bretonia. Era el primer oficial de este buque. Mi capitán era Henri el Pequeño, también conocido como Juan Barbudo. Vi cómo lo matabais en la cabina del timón, señor. No hace ni quince minutos que vi cómo le cortabais el cuello con vuestra espada.

—Así es. Su sangre mancha mi blusa. Y el hueso de su cuello le hizo una mella a mi shamshir favorito. —La voz de Luka estaba cargada de hirviente amenaza—. Conozco a Juan Barbudo. Y al *Demiurge*, escolta del *Kymera*, el barco de Henri el Rojo, de Bretonia.

—El mismo, señor.

Pieters expectoró una buena cantidad de sangre, y se desplomó, a causa de la flojedad, en la silla.

Silvaro avanzó a grandes zancadas y aferró al hombre agonizante por el pelo para

erguirlo.

—¿Y tú dices que esto es... fingimiento?

—¿Señor?

—¿Fingisteis ser el *Barco del Carnicero*?

Pieters se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Fue bastante fácil. Todo el mar teme al *Barco del Carnicero*. Nos vestimos de rojo y colocamos un farol químico en la proa para aumentar el efecto. Cada puerto al que llegábamos nos daba vituallas sin discutir. Gobernábamos por el miedo el Laberinto y el Litoral. Sentían terror de nosotros. La reputación llega a todas partes.

—En efecto, así es —dijo Silvaro—. ¿Y qué sabéis del verdadero Carnicero? ¿Es Henri?

—Lo es, señor.

—¿El *Kymera* es el *Barco del Carnicero*?

—Lo es, señor.

—¿Sabes cómo ha sido eso posible?

Pieters bajó la cabeza.

—Fue al final de la temporada pasada, poco antes del momento en que debíamos regresar a Sartosa. Eramos una compañía de cuatro barcos: el *Kymera*, el *Demiurge*, el *Alastor* y el *Diadem*. Un día, Henri avistó un barco del tesoro tileano que regresaba de Lustria, o tal vez de Arabia, o quizá del oscuro continente del sur, y que atravesaba la bahía de Tilea a gran velocidad; así que lo perseguimos. Al cabo de poco rato, todos fuimos dejados atrás por el poderoso galeón de Henri y por la presa, que huía a una velocidad antinatural. Nunca más volvimos a ver a Henri, aunque esperábamos que regresaría a buscarnos cuando hubiera acabado con la presa..., o el barco del tesoro se le hubiera escapado.

—Y luego, ¿qué sucedió?

—¿Qué? ¡Nada! Henri nunca regresó. No tengo ni idea de qué terror o espanto halló a bordo de ese barco. Era como un barco mágico, una nave maldita por los demonios, que atravesaba el mar a una velocidad contraria a las leyes de la naturaleza. Henri fue un necio por perseguirla, y más necio aún por tocarla. No me atrevo ni a pensar lo que le ha hecho.

—Aunque estabas encantado de vivir de su nueva reputación —se burló Silvaro.

—Era un medio de vida hasta que llegasteis vosotros —replicó Pieters.

Silvaro le volvió la espalda.

—Debo preguntarte una cosa —dijo Pieters—. Cuando vinisteis a por nosotros, izasteis la bandera roja. ¿Aún ahora es válida?

—Me había olvidado de eso —dijo Silvaro al mismo tiempo que se volvía a mirarlo.

El shamshir silbó al hender el aire, y la cabeza de Pieters rebotó pesadamente

sobre los tablones de la cubierta.

—Sí, es condenadamente válida —concluyó mientras salía del camarote a grandes zancadas.



A alguna hora detestable previa a la aurora, tan tarde y a la vez tan temprano que los dioses del cielo y los espíritus del abismo estaban todos en la cama, un chambelán despertó a Juan Narciso, el marqués de Águilas.

El marqués, un hombre de mal genio que andaba por los cuarenta y cinco años de edad, estaba a punto de ordenar que azotaran al chambelán por haberlo despertado cuando oyó que los campanarios de la ciudad que se extendía más abajo del palacio repicaban frenéticamente.

—¿Qué? —preguntó, tosiendo—. ¿Qué sucede?

—Mi señor —replicó el chambelán, haciendo una reverencia—. Velas, mi señor; velas que han entrado en la bahía.

Juan Narciso cerró los ojos y susurró una silenciosa plegaria.

—Traed mis ropones —dijo.

Águilas era la más meridional de las antiguas ciudades portuarias de la orilla oriental de la Estalia continental. El comercio marítimo había sido su principal industria durante siglos, y su puerto de aguas profundas había tenido un abundante tráfico de barcos del tesoro, mercaderes, corsarios y buques de guerra a lo largo de los años. Pero su relación con los océanos era más profunda que eso: era lugar de nacimiento de barcos. Los astilleros y diques secos de Águilas constituían un útero en el que habían sido concebidos y dados a luz muchos de los barcos de la armada estaliana. No en vano adornaban el estandarte de la ciudad-estado un buque con todas las velas desplegadas y dos delfines que saltaban fuera del agua.

El amanecer de finales de verano tenía el mismo color gris que la piedra pómez cuando el marqués y su séquito llegaron al muelle. Detrás de ellos, la ciudad trepaba por las pendientes de la bahía: los barrios marítimos, las plazas de mercado, las más altas calles de la ciudad vieja, los distritos bien definidos, donde vivía la clase alta, hasta llegar a la cima, donde el palacio se asentaba sobre el tapón volcánico y miraba, ceñudo, al otro lado de la bahía. Las campanas de los templos aún hacían sonar el toque de alarma, y los ciudadanos se habían refugiado en las bodegas y habían comenzado a huir hacia las colinas y los olivares del campo. Algunos, no obstante,

curiosos incluso ante el rostro de la muerte, se habían reunido junto al muelle y se inclinaron cuando los hombres del marqués los hicieron apartarse para dejar paso.

Las aguas del puerto estaban desiertas, y así había sido durante muchos meses, desde el comienzo de la maldición. Sólo el *Fuego* estaba anclado, belicoso y regio.

En torno al muelle y a lo largo del ancho rompeolas se habían reunido destacamentos de la guardia de la ciudad y de la guardia costera, y las culebrinas habían sido cargadas.

Al aproximarse, Juan Narciso oyó el ocasional tintineo de los hombres acorazados —que permanecían firmes—, el restallar de los estandartes, los bufidos y las patadas de los caballos que retenían las riendas. Percibió olor a pólvora y miedo.

El capitán Duero, de la guardia costera, se acercó y le dedicó un saludo.

—Estamos preparados para repelerlo, excelencia.

Narciso asintió con la cabeza, y tragó.

—¿Es...?

Duero negó con la cabeza.

—Me es imposible saberlo, excelencia. El capitán Hernán espera la señal para levar ancla y salirles al encuentro.

—No deis la señal aún —dijo Narciso—. Un catalejo.

Le llevaron uno. El marqués de Águilas apuntó más allá de la boca del puerto, más allá del borde de los rompeolas fortificados. Ver estos últimos lo tranquilizó. Águilas era una ciudad de guerra tanto como una ciudad comercial. Sus robustas defensas habían resistido ante muchos ataques y varios notables asedios por parte de las flotas de Arabia.

Allá, a lo lejos, como fantasmas en las aguas profundas del estrecho, vio los barcos. Eran dos. Un gran buque con una nave escolta más pequeña, un bergantín, quizá. Habían arriado las velas y no parecían dispuestos a aventurarse al interior del puerto y quedar al alcance de los cañones de la ciudad.

—¿Son conocidos? —preguntó Narciso.

Duero volvió a negar con la cabeza.

—Desde esta distancia no pueden distinguirse ni los nombres ni las banderas, excelencia, aunque me parece que son barcos tileanos. ¿Deberíamos enarbolar una señal sobre el rompeolas?

—Si no tienen ninguna prisa por entrar —dijo Narciso—, yo no tengo ninguna prisa por darles la bienvenida. Dioses, pero me gustaría saber quiénes son.

—Os pido perdón, mi señor marqués —dijo la voz de alguien que estaba detrás, en el muelle—. Os pido perdón, pero creo que yo sé quiénes son.

Narciso se volvió. Un joven, tileano por el acento, se había adelantado hasta el frente de la pequeña muchedumbre que la guardia personal del marqués mantenía a distancia. El joven hizo una reverencia al ver que el marqués reparaba en él.

—¡Traedlo aquí! —ordenó el señor de Águilas.

Dos pesados soldados con capacete aferraron al joven y lo hicieron avanzar por el empedrado para llevarlo ante el señor. El tileano hizo otra reverencia. Narciso reparó en que iba bien vestido, pero sus ropas estaban deslucidas, y por el olor hacía varios días que no se había lavado. Tenía un aire descuidado.

—Miradme —ordenó Narciso—. Los barcos. Los conocéis, ¿verdad?

—Creo que sí, excelencia —replicó el joven.

Hablaba bien el estaliano..., muy bien, según tuvo que admitir Narciso. De hecho, a pesar del deje tileano, el joven lo hablaba tan bien como uno de los bien educados cortesanos de Tilea. Tenía conocimientos de las convenciones y modales diplomáticos.

—Entonces, decídmelo —pidió Narciso.

—El buque, excelencia, se llama *Demiurge*. El bergantín se llama *Rumor*.

—Vaya...

—¡Mi señor! —siseó Duero—. ¡Esos son conocidos navíos piratas!

—¿Y eso cómo lo sabéis? —preguntó Narciso al joven.

—Porque así me lo dijo el capitán —respondió el joven con tranquilidad.

—¿Admitís tener tratos con piratas? —preguntó Narciso.

—No, mi señor. Pero admito esto...

El joven se metió una mano bajo el abrigo. De inmediato, Duero lo derribó al suelo. El capitán de la guardia le registró con rudeza la ropa.

—¿Una arma? —preguntó Narciso.

—No, no, excelencia. Sólo esto.

Duero le tendió un pergamino doblado.

—Si me dejáis explicarlo... —dijo el joven.

Narciso sacudió el documento para desplegarlo, y leyó.

—Patente de corso. Firmada por el príncipe de Luccini.

—Sí, mi señor marqués —dijo el joven—. ¿Puedo levantarme?

Narciso asintió con la cabeza.

—Su alteza el príncipe ha encargado a esos barcos una tarea que imagino que contará con la plena aprobación de vuestra excelencia. Solicitamos suministros y, más particularmente, la maestría de vuestros famosos astilleros. Se consideró que sería una temeridad entrar sin más en vuestro puerto, y enfrentarse con la cólera de vuestros astilleros mal informados. Parecía más adecuado un acercamiento discreto.

—Ya veo. ¿Quién lo consideró?

—Mi capitán, Luka Silvaro.

—¿Ese bribón? ¿No podía acudir aquí en persona?

—Así lo he hecho —dijo una voz entre la multitud—. Pero imaginé que el marqués de Águilas simplemente me colgaría sin formular preguntas.

Duero asintió bruscamente con la cabeza, y veinte mosqueteros se volvieron para apuntar con sus armas cebadas a la multitud, que retrocedió, consternada.

—¿Quién ha dicho eso? ¡Muéstrate, pirata!

—¿Mataréis a vuestros propios ciudadanos, excelencia? —preguntó el joven.

—¿Para encontrar a ese canalla? ¡Sí! —gruñó Narciso.

—Entonces, no es de extrañar que se haya ocultado —dijo el joven—. Hay dos cosas que debéis saber, señor, antes de darle a vuestro capitán de armas la orden de abrir fuego. Una, la marca ha encargado a Luka Silvaro que persiga y destruya al *Barco del Carnicero*, a cambio del perdón por sus crímenes.

—¿Y la segunda? —preguntó el marqués de Águilas.

—Debéis saber que yo soy Giordano Paolo, el sexto y más joven de los hijos del príncipe de Luccini.

* * *

—En el nombre de Manann, ¿por qué no me lo contaste antes? —gruñó Luka.

—No había necesidad —replicó Sesto.

—¿No había necesidad?

—Ninguna en absoluto.

Se encontraban en un apartamento del palacio. Sesto estaba sentado en un banco que miraba a un jardín, donde cantaban y trinaban los pájaros. Luka se paseaba por detrás de él.

—Pensaba que eras un cortesano, algún diplomático enviado... ¡Maldición! ¡Deberías habérmelo dicho!

—¿Por qué? —preguntó Sesto.

—¿Por qué? ¡Porque eso ejerce presión sobre mí! ¡Proteger la vida del propio hijo del príncipe!

—Ya has estado antes bajo presión para proteger mi vida. No tiene importancia qué sangre corra por mis venas. Si yo muero, jamás obtendrás el perdón, aunque hundas al Carnicero.

Luka Silvaro dejó de pasearse.

—Muy cierto, supongo —miró a Sesto—. Así pues, ¿cómo debo llamarte ahora, joven príncipe?

—Sesto —replicó el príncipe—. No veo razón alguna para que tenga que saberlo la tripulación.

Silvaro se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

Habían tardado una semana y media en ascender lentamente por el Litoral desde la restinga del Ángel, donde habían combatido. Tanto el *Rumor* como el *Demiurge*, y

especialmente este último, estaban muy dañados. Casador y Benuto habían argumentado que el gran buque debía ser dejado atrás, sobre todo porque Silvaro había ejecutado a todos los hombres de la tripulación de acuerdo con el código de la bandera roja.

Roque había apoyado la idea defendida por Silvaro de que les vendrían bien todos los barcos que pudieran conseguir. El *Demiurge* era un buque de guerra, y con la tripulación y los cañones completos podría amenazar cualquier cosa que estuviera sobre el mar. Dado que de todos modos debían encontrar un puerto amigo para reparar el *Rumor*, parecía muy adecuado dotar al *Demiurge* de una tripulación mínima y llevárselo. Junto con la *Zafiro*, el trío conformaría una buena escuadra para perseguir al *Barco del Carnicero* hasta acabar con él.

Así pues, habían ascendido por la costa continental con la lentitud de un cojo, con la *Zafiro* encargada de la protección de los dos navíos tullidos. Desde un primer momento se habían decidido por Águilas como el único puerto viable. Allí podrían reparar sus barcos, avituallarlos y conseguir una tripulación nueva para el *Demiurge*. Era el único puerto al que podían llegar en un tiempo prudencial y que podría proporcionarles los servicios que precisaban.

Siempre y cuando, por supuesto, Águilas se mostrara receptivo.

Por esa razón, cuando se encontraban a dos días del puerto, Silvaro y Sesto se habían trasladado a la *Zafiro* y habían entrado en una bahía deshabitada que quedaba a tres leguas al sur de la bahía de Águilas, con el fin de llegar a pie a la ciudad y lograr un acuerdo.

—Todavía podrían ahorcarnos —dijo Luka.

—Podrían —asintió Sesto—. Bueno, a ti, desde luego. No se atreverían a ahorcarme a mí. ¿Qué?, ¿hacerlo y arriesgarse a que la flota de mi padre tomara represalias?

Luka le dedicó una amplia sonrisa.

—Te estás contagiando de la vena egoísta de un auténtico pirata, ¿lo sabes, Sesto?

—Debe de ser por las compañías con las que ando.

Bebieron una copa de vino cada uno, y salieron a la terraza que miraba hacia el puerto. Abajo, recibida la señal, tanto el *Demiurge* como el *Rumor* habían entrado ambos en dique. Fuera, en el estrecho, la *Zafiro* giraba con el viento para entrar también. Era un día espléndido, suavemente iluminado por un dorado sol estaliano, ahora que se habían disipado las brumas del amanecer.

—Sólo hay un barco más ahí abajo —señaló Sesto—. Un buque de guerra estaliano.

—El *Fuego*. Sí, ya lo he visto —replicó Luka—. Es un soberbio viejo caballero de los mares, un galeón estaliano de cuarenta cañones, peligroso como una cachiporra. Lo vi cómo se impacientaba en el puerto, ansioso por escabullirse fuera y

enfrentarse con nosotros. ¡Ah, los tiempos en los que me trababa en combate con viejos caballeros como ése! El espinazo de la armada estaliana, azote de los piratas. Lento y gordo como un duque viudo, de giros pausados, pero cargado de malevolencia y trueno. Esas cubiertas donde se apiñan los cañones, apretados unos con otros, pueden hacer un daño increíble. Por eso los hombres de mi inclinación cambiamos a naves más pequeñas y veloces como el *Rumor*. ¿Por qué luchar contra lo que puedes dejar atrás?

—En efecto, ¿por qué? —Sesto sonrió.

Se oyó un golpe en la puerta de la estancia y entró un chambelán.

—Su excelencia ya tiene la respuesta —anunció.

* * *

En el gran salón del palacio se había dispuesto lo necesario para celebrar un festín de mediodía.

—Es una buena señal —susurró Sesto a Luka—. Es característico de la hospitalidad estaliana proporcionarle una buena comida a aquellos con los que quieren tener tratos.

—¡Oh! —susurró Luka, a su vez—. ¿Debo recordarte nuestra última experiencia con la hospitalidad estaliana? ¿Porto Real?

—La copa siempre está medio vacía para ti, ¿verdad? —se burló Sesto.

—Medio vacía de veneno —replicó Luka en voz baja—. Además, esto podría apuntar a un banquete que tienen pensado celebrar cuando hayan firmado nuestras órdenes de ejecución.

—¡Ay, hombre de poca fe! —dijo Sesto—. Por cierto, déjame hablar a mí.

En torno a la larga mesa se había reunido un distinguido grupo de nobles y oficiales uniformados. Uno de ellos, advirtió Sesto, era un hombre de ojos duros y cabello oscuro que llevaba media armadura de hermosa factura y abullonadas mangas rojas, y que tenía la piel permanentemente bronceada y arrugada a causa de los años pasados en el mar. Sus ojos de feroz mirada no se apartaban de Silvaro para nada.

Una banda musical compuesta por pífanos, guitarras y tambores anunció la llegada del marqués de Águilas.

Espléndido con sus ropones de hilo de oro y su corona de plata, asistido por un séquito de sirvientes ataviados con librea, Narciso ocupó su asiento ante la cabecera de la mesa. Levantó la copa con una mano cubierta de anillos de oscuro oro lustrado, adornados con gemas.

«¡Por los huesos de Sigmar, que quiere impresionarnos!», pensó Sesto.

—Alzad las copas y dadles la bienvenida a nuestros visitantes —declaró Narciso.

Los cortesanos, que permanecían de pie, recogieron las copas. Silvaro tendió una mano hacia la suya, pero Sesto le dio una palmada en el dorso.

—¡Todavía no!

—Pero es que tengo sed... —le susurró Silvaro.

—Luka Silvaro, a veces llamado el Halcón, y Sesto Sciortini, noble primo. Os damos la bienvenida a ambos.

Narciso tomó un sorbo y los cortesanos hicieron lo mismo. Sesto reparó en que el hombre de ojos duros y mangas rojas se limitaba a acercarse la copa a los labios, pero no bebía.

Entonces, Sesto cogió su copa y le hizo un gesto de asentimiento a Silvaro para que lo imitara.

—Excelencia, vuestra acogida nos abruma, al igual que esta digna compañía —dijo Sesto en estaliano y en voz alta—. Aceptamos vuestra bienvenida y brindamos por vuestra constante salud y sabio gobierno.

Sesto y Luka bebieron. Este último vació la copa.

—Ahora vas a tener que fingir —susurró Sesto.

—¿Qué?

—Respondemos a vuestra amistosa réplica con el mejor de los humores —declamó Narciso—, y brindamos a nuestra vez por vuestra salud.

El señor y los cortesanos volvieron a beber.

—Y por vos, excelencia, por esta cordial compañía, levantamos nuestras copas como sincero homenaje —respondió Sesto, que volvió a brindar.

Luka fingió torpemente beber de la copa vacía.

—Nos sentimos honrados por vuestra llegada y os ofrecemos todas y cada una de las recompensas que puede proporcionar Águilas —volvió a brindar su señoría.

—¡Por Manann! ¿Cuánto va a durar este ir y venir? —susurró Luka a Sesto.

—Veinte minutos —le respondió Sesto con un susurro—. Y por vos, excelencia —declamó con la copa en alto—. Nos inclinamos ante vuestra caridad y largueza.

Silvaro extendió la copa hacia atrás, a su espalda, y la sacudió hasta que uno de los vinateros que esperaban se la llenó. Luego, volvió a situarla ante sí.

—De acuerdo, ya está arreglado —susurró—. ¿A quién le toca ahora?

* * *

Veinte minutos más tarde, todos ocuparon sus asientos, y los sirvientes comenzaron a servir el primer plato.

—Para empezar —dijo Narciso, mientras mordisqueaba un muslo de codorniz—, acabemos con los temas más importantes. Aceptamos la legitimidad de vuestra

patente de corso.

Al otro lado de la mesa, el hombre de mangas rojas soltó un bufido.

—Os recibimos como a hermanos —continuó Narciso—, porque vuestro objetivo es el mismo que el nuestro. El *Barco del Carnicero* es un azote mortal, y nos gustaría ver libres de él los mares comunes con la máxima prontitud posible.

—Luccini está de acuerdo, mi señor marqués —dijo Sesto.

—Es una plaga inmunda para el comercio —prosiguió Narciso—. Una plaga muy, muy inmunda. Así pues, hemos accedido a vuestras solicitudes. Vuestros barcos, el *Demiurge* y el *Rumor*, serán los dos reparados y reaprovisionados en nuestros astilleros. Y sin coste alguno. Nosotros aportaremos los materiales y la mano de obra, como contribución a esta causa conjunta. Dentro de dos semanas vuestros barcos estarán preparados para hacerse a la mar y cumplir con ese duro cometido.

—Con agradecimiento, tomamos nota de la generosidad de Estalia, y muy particularmente de Águilas —dijo Sesto.

Luka masculló algo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el hombre de mangas rojas.

—Mi camarada simplemente ha sugerido que es muy positivo que nuestras ciudades-estado se hayan aliado de este modo contra un enemigo común —se apresuró a replicar Sesto—. Una unión de fuerzas. A fin de cuentas, hicimos entrar de buena fe nuestros barcos en vuestro puerto, bajo vuestros cañones. Si hubiéramos intentado amenazaros, habríamos sido destruidos.

El marqués de Águilas asintió con la cabeza.

—Fue un gesto de confianza que me convenció. Los piratas siempre buscan el camino fácil, según mi experiencia. El truco cruel. Pero vosotros no nos habéis hecho ninguna jugarreta, y sometisteis vuestras naves a la custodia de la guardia del puerto de Águilas.

—Según quiso la suerte... —murmuró Luka, para sí mismo.

—¡Otra vez! —dijo el hombre de las mangas rojas, al mismo tiempo que se ponía rígido—. ¡Otra protesta por lo bajo!

—¡Hernán! ¡Hernán! —dijo Narciso—. Tranquilizaos. Primo mío, querido Sesto, éstos han sido tiempos difíciles. Ha cesado el comercio. Se han perdido barcos, muchos barcos. Las aguas del puerto de Águilas, en otros tiempos muy concurridas, están desiertas e improductivas. Sólo un barco mantenemos aquí, el formidable *Fuego*, el navío del capitán Hernán. El último de la vieja flota de guerra. Hernán querría salir con el *Fuego* a perseguir a ese barco diabólico, ¿verdad, capitán?

El hombre de mangas rojas tosió y asintió con la cabeza.

—Sí, excelencia.

—¡No podemos permitirselo! No podemos dejar que se marche el último buque de guerra de Águilas. ¿Quién nos protegería, entonces? Por supuesto, los astilleros

han comenzado a construir otros barcos de guerra, pero pasará un año o más antes de que estén acabados. Reparar vuestros barcos nos arma con mayor rapidez.

—Y nos alzaremos en defensa vuestra —dijo Sesto.

—Necesitaréis una tripulación —observó un cortesano que estaba cerca.

—Por supuesto —replicó Sesto.

—Eso no será fácil —dijo a bocajarro el hombre de mangas rojas—. Los marineros capacitados han huido del puerto. Sólo quedan ratas, y la escoria de los especialistas.

—El tipo de tripulación que busco —dijo Silvaro, a la vez que arrancaba con los dientes un trozo de carne de una broqueta.

—Se hallará una tripulación para vuestro barco —les aseguró Narciso con calma—. Pero ¿qué me decís del comandante? ¿Seréis vos el capitán del *Demiurge*, señor Silvaro?

—No, excelencia —replicó Silvaro con la boca llena—. El *Rumor* es el mío.

—Sí, así es —siseó el hombre de mangas rojas.

—Pero encontraré un comandante que se haga cargo del *Demiurge* —le aseguró Luka con tono jovial.

—Bueno, señor, si os cuesta encontrarlo —dijo Narciso—, podríais pensar en mi sobrino Sandalio, aquí presente. Es aspirante a capitán, y ha recibido entrenamiento en navegación. ¿No es cierto, Sandalio?

Un muchacho muy regordete y con ojos porcinos que estaba sentado al extremo de la mesa, a la derecha del marqués, eructó y sonrió.

—O, zi, ya lo creo —ceceó—. Eztoy deceando cervir a la corona de mi tío.

—Sí, Sandalio es vuestro hombre —dijo Narciso.

—Lo recordaré, mi señor —dijo Silvaro—. Y si no encuentro un capitán mejor entre mis tripulantes...

—Entonces, espero que no lo encontréis —dijo Narciso—. Sandalio hará un buen papel.

—Preferiría navegar hasta dentro del infierno antes que darle un barco a ese bufón —susurró Silvaro a Sesto.

—¡Lo he oído! ¡Otro desaire!

El hombre de mangas rojas empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—¡Sentaos, Hernán! —dijo Narciso.

—No, señor —dijo Hernán en voz baja—. Este hombre, este pirata, es una afrenta para nuestra buena compañía. Conozco sus crímenes. Conozco su ignominia. Hace seis años nos enfrentamos en los estrechos de la Gorgona, y me dejó en llamas y con sesenta muertos.

Silvaro frunció el ceño.

—¿Los estrechos de la Gorgona? ¿El *Scalabra*? ¿Erais vos, Hernán?

—Lo era, señor.

—Bueno, bromas aparte, os vencí aquella tarde, y volveré a hacerlo. Sentaos.

El capitán Hernán no lo hizo. Le arrojó el guante con tal fuerza que derramó el plato de comida sobre el regazo del Silvaro. Lenta, amenazadoramente, Luka se puso de pie.

—¡Esto no es nada! —gritó Sesto—. ¡Podemos olvidar esta vieja animosidad!

—Por supuesto —convino Narciso—. Esto no es más que una aberración.

—No, no lo es, mi señor —dijo Hernán.

—No, realmente no lo es —asintió Silvaro—. Con independencia de nuestros acuerdos, y por los dioses espero que se mantengan, el capitán Hernán y yo tenemos que zanjar una cuestión de honor.

—¡Ay, dioses...! —murmuró Sesto.

—¿Qué? —preguntó Narciso, desconcertado—. ¿Dónde?

—Aquí mismo, mi señor —dijo Hernán.

—Sí —sonrió Silvaro—. Y ahora mismo.



Los dos hombres salieron a grandes zancadas por las altas puertas laterales del regio salón, al amurallado jardín de flores del otro lado. El resto de integrantes de la refinada compañía, desconcertados la mayoría, se levantaron de la mesa y los siguieron. En la cara de Juan Narciso había un ceño fruncido de inquietud.

Sesto se adelantó a paso ligero y dio alcance a Silvaro.

—¡En el nombre de los dioses, detén esta necedad! —le susurró con tono apremiante.

—Demasiado tarde —replicó Silvaro.

—Soy un príncipe. Podría ordenarte que detuvieras esto —dijo Sesto.

—Podrías intentarlo —admitió Silvaro.

—¡Te ordeno que detengas esto ahora mismo! —gritó Sesto.

—Vaya, fíjate —replicó Silvaro sin dejar de caminar—. No ha funcionado.

Silvaro y Hernán llegaron al centro del jardín de flores, una zona pavimentada que bañaba la brillante luz solar, con un pequeño reloj de sol en el centro. El aire era tibio y embriagador a causa del perfume de las brillantes flores de los parterres de alrededor.

—¿Os acomoda aquí? —preguntó Hernán.

—Me acomoda —replicó Silvaro.

Los huéspedes y señores del banquete se apiñaron en los senderos del jardín, detrás de los parterres y los setos bajos. Algunos se habían llevado la copa de vino consigo.

Hernán se quitó la media armadura y le arrojó las piezas a un soldado que aguardaba. Luego, desenvainó el sable y ejecutó unos cuantos tajos de práctica en el aire. Era una excelente arma, una espada estaliana tan buena como la de Roque Santiago della Fortuna.

Silvaro se quitó la casaca, que le entregó a Sesto, y después se volvió a mirar a los nobles que los miraban.

—¿Podría molestar a una de vuestras mercedes para pedir una espada? Parece que nunca llevo una encima cuando se presenta un duelo.

El capitán Duero, de la guardia costera, desvió los ojos hacia el marqués de Águilas, que asintió imperceptiblemente con la cabeza; entonces, desenvainó su sable y se lo ofreció a Silvaro, con la empuñadura por delante y apoyado en el otro brazo.

Silvaro lo aceptó.

—Gracias, capitán —dijo al mismo tiempo que inclinaba la cabeza.

Entonces comprobó el peso y el equilibrio del arma. Una buena arma, de las que se entregaban al entrar al servicio de la guardia. Una arma profesional, aunque ni remotamente tan buena como la que empuñaba Hernán.

Silvaro pasó con cuidado por encima de uno de los parterres sin pisar las flores, le quitó a uno de los huéspedes la copa de vino, bebió un sorbo y se la devolvió.

—Gracias, señor. Estaba un poco seco.

Se volvió para encararse con Hernán, que permanecía a la espera, con la espada sujeta en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto al suelo.

—¿Listo?

Hernán asintió con la cabeza.

Silvaro desvió los ojos hacia el marqués.

—¿Mi señor?

—Comenzad, si así ha de ser —dijo Narciso. Su excelencia desvió los ojos hacia el chambelán que tenía a su lado, y añadió—: Ve a buscar a un sacerdote.

Silvaro se aclaró la garganta y movió los hombros para liberarlos de toda tensión.

—No intervengas —le dijo a Sesto—. Si muero, el barco es tuyo.

Sesto retrocedió hasta el otro lado de los parterres, sacudiendo la cabeza.

—Muy bien, pues —dijo Silvaro, adoptando una postura de combate—. En guardia.

Hernán arremetió, y las espadas chocaron una contra otra tres veces, rápidas como serpientes que atacaran. Silvaro rompió el contacto para moverse en círculo, y volvieron a trabarse en combate, estocando y parando con las espadas a una velocidad tal que era difícil seguir las. El tintineo del metal contra el metal sonaba como una campanilla de mano agitada furiosamente. Tal fue la velocidad y la destreza desplegadas por los dos hombres que cuando se separaron para moverse en círculo por segunda vez los espectadores se pusieron a aplaudir.

Con un ligero saltito en el paso, como un bailarín, Silvaro se movía en círculos por el pequeño jardín, asegurándose de no cerrarse ninguna vía de escape por acercarse demasiado al reloj de sol. Ya tenía la frente perlada de sudor. Hacía calor bajo el sol directo del mediodía. Hernán parecía tan frío como el hielo, y seguía a Silvaro paso a paso.

Silvaro se lanzó entonces al ataque con un tajo dirigido hacia el lado derecho de Hernán, y esto llevó al intercambio de golpes más largo que había habido hasta ese momento. Diecisiete golpes intercambiados en cuatro segundos, espada resbalando

contra espada. Silvaro transformó su última media parada en una estocada larga que deslizó su sable por la hoja del arma de Hernán, y a través de la guarnición de media cazoleta. No obstante, en el último segundo, Hernán giró de modo brillante la muñeca hacia fuera y hacia arriba, y apartó a un lado la punta de la espada de Silvaro. Éste tuvo que saltar hacia atrás para evitar ser atravesado por la estocada de respuesta.

Volvieron a caminar en círculo, el uno frente al otro. Silvaro respiraba agitadamente.

—Os felicito, capitán —dijo Silvaro—. Tenéis buena mano y mejor ojo. Os habéis leído a Bresallius.

—De cabo a rabo.

—Y habéis estudiado a De Poelle.

—Yo estudié con De Poelle —replicó Hernán.

—¡Ah!, vaya, entonces tengo problemas, ¿verdad? —dijo Silvaro.

—¿Con quién, si puedo preguntarlo, habéis estudiado vos? —preguntó Hernán.

—¿Con quién he estudiado? —Silvaro rio—. Principalmente, con fuego enemigo.

Volvieron a cruzar las espadas, y sonaron cinco golpes agudos de barridos altos, antes de que las espadas se deslizaran la una a lo largo de la otra hasta quedar las guardas trabadas, y ellos se pusieron a empujar y forcejear como luchadores.

La destreza de Hernán era ideal para los juegos de esgrima, pero el tamaño y la fortaleza de Silvaro tenían la ventaja en una competición más física. Empujó con un hombro a Hernán, que se vio obligado a retroceder y separarse del contrincante de un modo torpe y frenético, y en la precipitación estuvo a punto de colisionar con el reloj de sol.

Una vez más, se pusieron a moverse en círculos el uno frente al otro. A Sesto le pareció que Silvaro se movía ahora con mayor lentitud. El estaliano aún se mostraba enérgico y veloz, vigorizado, pero Silvaro parecía enlentecido. Estaba claro que había confiado en que si se trataba con su adversario y reducía el combate a la fuerza bruta, ganaría. Hernán no volvería a dejarse engañar para trabarse en lucha por segunda vez.

—¿Sabéis? —dijo Silvaro mientras se pasaba el dorso de la mano izquierda por la frente empapada de sudor—. Había olvidado prácticamente del todo aquel día de los estrechos de la Gorgona, hasta que lo mencionasteis.

—No me sorprende, pirata —contestó Hernán, ceñudo—. Han sido muchos los barcos que habéis dejado en llamas en vuestra estela.

Silvaro se encogió de hombros.

—Puede ser, pero ahora me vuelve a la memoria. Fue toda una refriega, por lo que recuerdo. Soplaban viento, uno del oeste bastante fuertecillo.

—Del sudoeste —lo corrigió Hernán.

—Sí, tenéis razón. Ideal para un largo recorrido por los estrechos. Y vos estabais al acecho. El *Scalabra*. Era un bastardo grande ese barco.

—Era una hermosa máquina de guerra, dispuesta para hundir a los mal nacidos como vos.

Hernán arremetió y obligó a Silvaro a ejecutar una doble parada que hizo saltar chispas de los filos de las espadas. Silvaro hizo una finta y entró a la mitad inferior derecha del contrincante con un vertiginoso tajo descendente ejecutado con la punta, que arrancó exclamaciones ahogadas a los presentes pero que fue bloqueado completamente y desviado por la ágil mano de Hernán.

—Supongo, entonces —dijo Silvaro—, que se impone una pregunta... ¿Por qué no hundisteis a un perro mal nacido como yo?

Hernán entrecerró los ojos, pero no replicó.

Las espadas volvieron a destellar en combate, y el tintineo del choque de las hojas se desplazaba al moverse ellos en círculo.

—A fin de cuentas —dijo Silvaro sin aliento—, me superabais en piezas de artillería y velocidad, y me habíais pillado con el viento en contra. Pero al acabar el día erais vos quien estaba el llamas.

Hernán gruñó de furia apenas contenida y arremetió contra Silvaro. Las espadas tintinearón una contra otra, quince golpes, veinte. Desesperado, Silvaro apenas lograba parar cada estocada y tajo. Más por suerte que por destreza, el pirata mantuvo a distancia el arma del estaliano, e intacta su propia piel.

Interrumpió el combate una vez más, pero Hernán continuó adelante. Un sable tintineó contra el otro. Hernán pivotó hacia adelante, atravesó la defensa de Silvaro al avanzar medio paso y estocar con rapidez, y luego desvió la hoja lateralmente para decapitarlo.

Sesto hizo una mueca. Silvaro retrocedió, esquivó el tajo al inclinarse como si le hiciera una reverencia a un emperador o a una pareja de baile, y el ataque falló. Empuñó el sable hacia arriba, y Hernán tuvo que ceder terreno mientras se defendía de las largas estocadas con tres ansiosos golpes bajos de su acero damasquino. Durante un segundo, toda gracilidad y destreza se habían evaporado, y la lucha se había transformado en algo brutal y sucio.

—Aquella tarde tuve sólo una oportunidad, capitán Hernán —tronó la voz de Silvaro—, de remontar el viento y luego virar por redondo por detrás de vuestra popa antes de que vuestros cañones pudieran apuntarme. Pero vos ya lo sabíais. Os acercasteis mucho y arriasteis velas para cortarme el paso. Fue una maniobra brillante.

Un sable rebotó contra el otro. Hernán hizo dos paradas extendidas para apartar a un lado la decidida punta del arma de Silvaro.

—Pero os aproximasteis demasiado de través, demasiado pronto. Fuisteis ambicioso, temerario. Es algo que admiro en un hombre. Fue valentía marinera. Sólo los mejores de los mejores podrían haberse adelantado a vuestras intenciones, y

también el mejor de todos ellos superaros en la maniobra.

Silvaro volvió a cambiar el ángulo del arma para dirigir un tajo a la parte superior derecha del cuerpo de Hernán, lo que obligó al estaliano a desplazarse a la izquierda y alzar la espada para defenderse.

—Pero eso es lo que yo soy, capitán Hernán.

Desplazado hacia la izquierda, Hernán se encontró, de repente, con que él y el reloj de sol querían ocupar el mismo espacio. Se estrelló contra el artificio y cayó.

Silvaro saltó, alejó la espada de Hernán de una patada y colocó la punta de su sable contra la garganta del capitán caído.

—Os dejé en llamas, sí, pero también podría haberos hundido hasta el fondo del mar si así lo hubiera querido. Ese día os perdoné la vida, Hernán, porque sentí admiración por vos y vuestra destreza.

—Que los dioses me acojan... —jadeó Hernán.

Silvaro presionó la punta del sable prestado contra la tráquea de Hernán hasta hacer manar una gota de sangre rojo brillante. Luego, apartó el arma.

—Por eso os perdoné la vida entonces, y por eso os la perdono ahora. Con el *Barco del Carnicero* suelto por ahí fuera, sois un guerrero demasiado bueno como para perderos.

Silvaro cambió el sable a la mano izquierda y le tendió la derecha a Hernán.

—No quiero caer bien, capitán Hernán. Pero parece que esta temporada estamos en el mismo bando. ¿Qué decís? ¿Podemos dejar a un lado nuestra disputa, por el momento?

Hernán aceptó la mano de Silvaro y permitió que tirara de él para ponerlo de pie.

Silvaro se volvió a mirar a los espectadores que rodeaban el jardín.

—¡El espectáculo ha acabado! —gritó—. ¡Se reanuda la comida y la bebida!

En el jardín estalló un sonoro aplauso.

—Siempre nos quedará el año que viene —susurró Hernán a Silvaro.

—Estoy deseando que llegue, capitán —replicó Silvaro—. Un ajuste de cuentas. Podéis contar conmigo. Sólo espero que aún estemos vivos los dos para verlo.

—¿El *Barco del Carnicero*? —dijo Hernán.

—El *Barco del Carnicero*, señor, en efecto.



El día siguiente amaneció despejado y con brisa. Sesto despertó temprano, pero se encontró con que la zona portuaria de Águilas ya hervía de actividad. Cuadrillas de carpinteros de navío, veleros y obreros habían llegado con carros de herramientas y carretas cargadas de roble curado, tablas de pino y abeto verdes, calderos de brea y balas de pelo de caballo alquitranado. Las grúas habían comenzado a descargar los materiales, y el aire resonaba con los gritos de los hombres y el golpeteo de martillos y mallos. En la brisa flotaba olor a serrín caliente y brea hirviendo.

Sesto se echó sobre los hombros una capa ajustada y recorrió el muelle, observando los trabajos de reparación. En lo alto del cordaje del *Demiurge* y del *Rumor*, por entre las jaretas falsas y las velas, trepaban cuadrillas de hombres que parecían siluetas de monos ante el telón de fondo del cielo brillante. Estaban bajando hasta la cubierta de los barcos decenas de metros cuadrados de velas agujereadas y quemadas, y volvían a empalmar los cabos rotos o los enrollaban. A lo largo del muelle, los abastecedores ya habían comenzado a apilar los barriles de carne salada, galletas y frutos secos que pronto los estibadores trasladarían a las bodegas. Sesto vio a Fahd de pie en medio de un grupo de comerciantes independientes, probando las especias que habían llevado en sus carros de mano, regateando el precio de la canela, la nuez moscada, el clavo y la pimienta blanca. En otro lugar, Benuto y el muchacho, Gello, examinaban la calidad de los tablones para la cubierta, y Vento supervisaba a un grupo de hombres que desenrollaban cuerda nueva sobre las losas de piedra del suelo y la medían a pasos.

Al otro lado del muelle, Silvaro, Roque, Silke y Casaudor tanteaban a los primeros aspirantes para la nueva tripulación. La noche anterior, los hombres del capitán Duero habían hecho una redada en tabernas y burdeles, y habían reunido tantos marineros potenciales como habían sido capaces de encontrar. Algunos de los reclutas parecían marineros experimentados, si bien un poco mayores. El resto no eran más que jóvenes de aspecto asustado.

Tras esquivar una carreta que llevaba nuevas protecciones para sustituir los paveses dañados del *Rumor*, Sesto vio a Ymgrawl. El viejo bucanero estaba sentado

sobre un montón de cuerda de cáñamo y comía algo que sacaba de una bolsita de muselina.

Sesto se le acercó. Ymgrawl estaba desayunándose con pequeñas pastas retorcidas y espolvoreadas con azúcar. La llegada de los tres barcos había hecho acudir a una muchedumbre de comerciantes a los muelles, ansiosos por ganar algo de dinero con las tripulaciones acabadas de desembarcar. Zapateros remendones, sastres, afiladores, músicos, caldereros y unas cuantas alcahuetas se habían congregado a lo largo del costado de tierra de los muelles y habían creado un ruidoso mercado *ad hoc*. Los que hacían más negocio eran los vendedores de comida y bebida: los bodegueros, los pasteleros, los cocineros ambulantes y las fruteras. Tras haber pasado un largo período de tiempo comiendo magras raciones de marinero, los Saqueadores acudieron a ellos en multitud, ávidos de las delicias de la caña de azúcar, las naranjas y los panes dulces, las tentaciones que se les habían presentado en sueños una noche tras otra.

Ymgrawl comía las pastas con una expresión que lindaba con una beatífica satisfacción. Sesto sonrió al ver que, de hecho, había lágrimas de placer en los ojos del bucanero. Para alguien que moraba en tierra firme, aquellas pequeñas pastas serían algo cotidiano y carente de importancia, un tentempié para una persona golosa. Pero para los rudos perros del mar abierto eran maravillas, tesoros extraordinarios sin comparación, lujos que un Saqueador podía probar unas cuantas veces en la vida.

Ymgrawl vio que se acercaba Sesto y, a regañadientes, le ofreció la bolsita.

—Gracias, no. Ya he comido —mintió Sesto que no tuvo corazón para privar al bucanero ni de una sola de aquellas exquisiteces.

Ymgrawl se puso de pie, y mientras acababa el desayuno, echó a andar por el muelle con Sesto.

—Están reclutando nuevos tripulantes —observó Sesto.

—Sí —replicó el bucanero. Desaparecidas todas las pastas, estaba pasando los mugrientos dedos por las costuras de la bolsita para recoger hasta el último grano de azúcar cristalizado—. Pero necesitarán un capitán.

—Pensaba que sería Casador o Roque.

Ymgrawl negó con la cabeza.

—Habéis pensado equivocadamente. Silvaro no se separará de su primer oficial ni de su maestro de armas. Buscará en otra parte.

Pasaron junto al viejo Belissi, el maestro carpintero. Había instalado un pequeño banco de trabajo sobre el muelle, y estaba cepillando un bloque basto de madera de pino, canturreando mientras trabajaba. Sesto vio que el anciano daba forma a otra tosca copia de su pata de palo, idéntica a la que había arrojado al mar como ofrenda la mañana en que habían partido de Sartosa.

—¿De qué va eso? —susurró Sesto a Ymgrawl.

Lamiéndose los labios, el bucanero había estado mirando fijamente a los comerciantes que había en el muelle, pensando en si comprar o no una segunda bolsita de pastas. Tras volverles la espalda, sacó la pipa de arcilla y metió olorosas hojas negras dentro de la cazoleta.

—¿Belissi? ¿Él? —murmuró Ymgrawl—. ¡Ah!, la vieja maldición, esa que lo ha perseguido.

—¿Maldición? —repitió Sesto.

Con sobresalto, se dio cuenta de que había tocado la empuñadura de hierro de su espada para protegerse de la mala suerte. ¡Con qué facilidad se infiltraban en su sangre las costumbres de los Saqueadores!

Ymgrawl asintió con la cabeza mientras encendía la pipa con una cerilla de sebo que había prendido en el brasero más cercano.

—Todos estamos malditos, vos y yo, y todos los hombres que van con nosotros. Así es como el mar considera a la gente como nosotros. Pero Belissi está más maldito que la mayoría. Durante su primer viaje, hace muchos años, su barco fue destrozado por un pez dragón.

—¿Un qué?

Ymgrawl se encogió de hombros.

—Una bestia del mar, un leviatán. Los mares son profundos, os lo advierto, y muchos son los escamosos monstruos que acechan allí abajo, en la corte del Rey Muerte: la ballena toro, el kraken, la serpiente, el lagarto marino. Y a menudo se despiertan y ascienden para causar estragos en las aguas de la superficie. Algunos son tan grandes que los hombres los confunden con islas, desembarcan en ellos y encienden fuego. Algunos son poderosos devoradores de barcos. Que se os conceda, Sesto, que vuestro barco jamás se estrelle contra uno de ellos.

—¿Has visto alguno? —preguntó Sesto.

—En mis tiempos, sí. Dos veces. A mucha distancia. El cornudo lomo de una serpiente que rompió la superficie. Y también una cosa de muchos brazos viscosos, cada uno más largo que un mástil alto. No me atreví a acercarme más.

—Pero ¿Belissi sí se atrevió?

Ymgrawl exhaló una nube de denso humo en torno a la boquilla de la pipa.

—Eso hizo. Un pez dragón. Los hombres de su nave lucharon contra el monstruo. Y el propio Belissi lo ensartó con un arpón que lo hirió de muerte en las entrañas. Fue un héroe, y muy aclamado por sus compañeros.

—¿Y? —preguntó Sesto.

—Apenas acababa de hundirse el pez dragón, que había manchado el mar con su sangre rancia, cuando el agua volvió a agitarse, ensangrentada y todo, y la madre del pez dragón salió a la superficie para vengarlo.

—¿Qué estás diciendo? —Sesto parpadeó—. ¿La madre del monstruo?

—¡La madre del monstruo, sí! —Ymgrawl se sacó la pipa de la boca—. Era nueve veces más grande que el primero, y estaba ávida por vengar a su hijo. Su furia pilló al barco de través; sus terribles fauces devoraron a un hombre tras otro. Belissi fue el único superviviente; quedó flotando sobre un trozo de madera después de que la madre le hubiera cortado la pierna. Por milagro fue recogido y salvado. Por eso hizo de la carpintería su oficio, para pasar el resto de la vida trabajando con el material que lo había salvado de ahogarse. Pero sabe que un día la madre regresará para cobrar el resto de la deuda. Esa es su maldición, así que hace una ofrenda cada vez que se hace a la mar desde tierra firme. Una pierna, para apaciguar a la madre que mora en el mar, hecha con la preciosa madera que le protegió la vida.

—Entonces, ¿eso es... «madre mía»...? —preguntó Sesto, con total seriedad—. He oído a otros de la tripulación bromear y burlarse a expensas de Belissi, como si nadie creyera una palabra del asunto.

—Sólo los necios lo creerían —dijo Ymgrawl.

Sesto se sobresaltó y vio que el viejo bucanero le hacía un guiño.

—¡Ay, pedazo de diablo! ¡Te había creído, sinceramente!

Ymgrawl rio entre dientes.

Oyeron que estallaba una conmoción en la parte baja del muelle, y se apresuraron a acudir al sitio para averiguar de qué se trataba. Habían llamado a Silvaro, y los oficiales superiores lo acompañaban. Benuto, el contra maestre, con su informe sombrero y su casaca roja, descendía por la plancha de abordaje de la *Zafiro*, seguido por dos Saqueadores que llevaban sujeto a un tercer personaje.

—Lo encontramos escondido en la caja de cadenas, por así decirlo —le dijo Benuto a Silvaro—. Lo oímos, más bien. Hace algún tiempo que está ahí.

Los dos tripulantes arrojaron al cautivo al suelo para obligarlo a arrodillarse. El mugriento hombre cayó con fuerza, como si no hubiera sido capaz de parar la caída con las manos.

—Por el juramento de Manann —dijo Silvaro.

El hombre alzó la mirada hacia él; tenía el rostro sucio, delgado y pálido.

Era Guido Dedos Ligeros.



—Había esperado no volver a verte —dijo Silvaro.

Guido tragó y no respondió.

Silvaro se volvió a mirar a Silke, que apartó los ojos, incómodo.

—Sabías que se había escondido en tu barco, ¿verdad?

El patrón de la *Zafiro* frunció los labios, y luego asintió a regañadientes. Por las conversaciones de la tripulación, Sesto sabía que Silke había sido compinche de Guido, aunque en el fondo fuera un hombre ambiguo, que se contentaba con ponerse de parte de quien tuviera poder.

—Sí, señor —dijo—. Tú no dijiste nada de que no se le pudiera traer...

Silvaro asintió con la cabeza.

—¡Y sin embargo, previste mi disgusto lo bastante como para mantenerlo oculto!

Silke se encogió de hombros, y se puso a jugar con el extremo de una de sus primorosas coletas trenzadas.

—Me parece que siempre es buena cosa prever lo que harás, Silvaro —replicó—. Mira, ni siquiera esperaba que Guido quisiera venir con nosotros, después de que..., de que os pelearais. Pero me lo imploró. Me lo imploró de rodillas. Y a pesar del deber que tengo para contigo, a él me une un lazo de amistad. No vi nada malo...

—¿Ah, no? —dijo Roque, burlón.

Silvaro volvió a mirar a Guido.

—¿Es verdad lo que dice Silke? ¿Le imploraste?

—Sí, Luka —replicó Guido con una voz que parecía un graznido.

—¿Por qué?

—Es mejor esconderse en la sentina y continuar con la compañía que pudrirse como un vagabundo tullido en las callejas de Sartosa. Pensé que quizá, pasado el debido tiempo, una vez que hubiera progresado el viaje y tu humor se hubiera suavizado, podría salir y...

—¿Y qué? —le gruñó Silvaro a su medio hermano.

—Reunirme con la compañía como es debido —respondió Guido en voz baja.

Silvaro estalló en carcajadas, y algunos de los Saqueadores presentes se unieron a

las risas.

—¿Haciendo qué, Guido? ¡No puedes halar cuerda, y ni siquiera hacerte cargo del timón, con los pocos dedos que te he dejado!

—Puedo empuñar una espada —dijo Guido.

—Eso es lo que me da miedo —replicó Silvaro, que ya no reía.

En torno a ellos se había reunido un grupo numeroso: Saqueadores y trabajadores de los muelles, algunos civiles, e incluso unos pocos miembros de la guardia costera, atraídos por la discusión en voz alta.

—Ponedle grilletos hasta que decida qué ha...

—Hay algo que puede hacer —lo interrumpió Roque.

Silvaro miró al delgado estaliano.

—¿Qué?

—Bueno, a mí no me cae nada bien, y confío aún menos en él, pero hay que reconocerle sus méritos —dijo Roque—. Guido es un patrón de barco bueno y capaz, y...

—¡Por el juramento de Manann! —estalló Silvaro—. ¿Estás sugiriendo que lo nombre capitán?

—Es diestro, y tiene mucho que demostrar —dijo Roque—. Mejor él que ese arenque idiota de sobrino que dices que el marqués intenta imponernos.

—¡Basta! —exclamó Silvaro—. No tendré en cuenta a ese gusano del estiércol para nada, para absolutamente nada, a menos que antes esté dispuesto a pasar la prueba.

La prueba —cuya sola mención hizo que Guido palidiera aún más— era, evidentemente, de una importancia tan enorme que los Saqueadores comenzaron a murmurar y jurar.

—¡Mañana! —declaró Silvaro—. ¡En la *Zafiro*! —Se oyó un coro de aprobaciones.

—¿Qué es esa prueba de la que hablas? —le preguntó Sesto.

—Una medida de confianza, valentía y fortaleza —replicó Silvaro, voluble—, que ensaya el temple de un hombre como un hojalatero ensaya el metal de un lingote...

—Muy bien, pero qué...

—Cualquier miserable que, como Guido, haya caído en desgracia con su compañía o tripulación, puede restablecer su condición sometiéndose a la prueba. Es el propio mar el que se convierte en juez. Si fracasa, se lo deja en manos de su destino. Si tiene éxito, se lo considera digno de confianza. Es una prueba en la que no se puede hacer trampa. El veredicto del mar siempre es certero.

—Sí, pero...

—Ven mañana con nosotros —dijo Silvaro— y podrás verlo por ti mismo.



A última hora de la tarde siguiente, mientras continuaban las reparaciones del *Demiurge* y del *Rumor*, la *Zafiro* se hizo a la mar. A bordo, junto con Silke, iban Silvaro, Sesto y una cuadrilla de hombres del *Rumor* como tripulantes.

Y Guido Dedos Ligeros. Con los brazos atados, se encontraba de pie y a solas en la cubierta de proa, temblando mientras miraba al mar, o tal vez al interior de sus más profundos pensamientos.

La balandra bogaba a buena velocidad. El final de la tarde era caluroso; el cielo tenía un color azul transparente, pero soplaba buen viento. El dorado casco de la *Zafiro* se deslizaba por el agua como un burel. Salieron de la bahía de Águilas al estrecho, y luego viraron al nordeste para seguir la costa a lo largo de unas cuantas leguas.

Al fin, cuando el sol apenas comenzaba a hundirse en el horizonte, Silvaro ordenó que echaran el ancla en una zona de aguas calmas situada a aproximadamente una milla de tierra firme. Sesto veía la línea de la costa, las arrugadas montañas cobrizas del interior de Estalia, las oscuras franjas de bosque y monte bajo. En torno a la balandra volaban en círculo aves marinas y se oía un suave chapoteo. El agua parecía casi violeta.

Comenzó la actividad, y Sesto observó la escena con creciente fascinación. Fahd los había acompañado, y había llevado a bordo varios barriles que hedían a despojos. Con ayuda de Curcozo, el robusto primer oficial de Silke, el anciano cocinero izó uno de los barriles con una cuerda que había pasado por encima de una verga, le agujereó el fondo con una lezna, y luego lo soltó para que se balanceara libremente por encima del costado de babor de la *Zafiro*. Comenzó a caer sangre. Los hombres de Silke hacían subir y bajar la cuerda por una roldana, a veces procurando que el barril descendiera lo bastante como para que se sumergiera. Un aceitoso hilo de sangre comenzó a teñir el mar.

Fahd se acercó a la borda con otros barriles, los abrió y empezó a sacar trozos de carne en mal estado con un pasador de cabo y a arrojarlos al mar.

Sesto cruzó el barco hasta la borda de babor y se asomó para mirar, con la nariz fruncida a causa del hedor a carne y sangre en mal estado.

—Allí —murmuró Ymgrawl, que estaba junto a él, y señaló con un dedo.

Había aparecido el primero de los peces carnívoros, atraído por la sangre. Formas oscuras convergían en el lugar en creciente número y se deslizaban por debajo del agua; algunas eran del tamaño de lanchas. De vez en cuando, se producía un chapoteo o una agitación en la superficie del agua; era cuando uno de los grandes peces disputaba con otro por un trozo de carne. Ocasionalmente, una gran aleta gris como la

hoja de una espada hendía la superficie.

Fahd arrojó más carne, y el banquete comenzó a volverse frenético. El agua, teñida de rojo, hervía y se cubría de espuma. Colas y aletas aparecían con mayor frecuencia, girando y debatiéndose.

—Con eso bastará —ordenó Silvaro.

Avanzaron dos hombres que, armados con mazas, aseguraron un tablón en la borda con clavos de hierro, de modo que la mayor parte del tablón —unos cuatro palmos— quedara suspendida sobre las agitadas aguas.

—En el nombre de un dios... —murmuró Sesto, que comenzaba a comprender cómo sería la prueba.

Uno de los hombres de Silke, un estaliano pequeño y encorvado llamado Vinagre Bruno, sacó un tamboril y un palillo de hueso, y comenzó a tocar un ritmo animado. Algunos hombres rieron. Otros, como Silke, permanecieron silenciosos y con expresión grave.

Roque hizo avanzar a Guido. Ahora, Dedos Ligeros estaba temblando. Silvaro asintió con la cabeza, y el maestro de armas se acercó con una copa de balón que contenía jerez para que Guido pudiera templar sus nervios. El estaliano tuvo que llevarle la copa a los labios para que bebiera, porque Guido continuaba con los brazos atados.

Cuando la copa quedó vacía, Roque le hizo una reverencia a Guido y retrocedió. A continuación, Largo, el velero, avanzó para cubrir la cabeza de Guido con una capucha de sucia lona de vela, que le ocultó completamente la cara. Sesto oyó que Guido gemía. Con rápidos dedos firmes, Largo cosió la parte posterior de la capucha, hasta que toda la cabeza de Guido quedó encerrada en una bolsa de lona tan apretada que la tela se tensaba alrededor de la nariz y el mentón.

—¿Preparado? —preguntó Silvaro.

Guido asintió con la cabeza. Silvaro agitó una mano; y dos marineros muy musculosos avanzaron para levantar a Guido entre ambos y dejarlo de pie sobre el extremo del tablón, que se estremeció bajo su peso. Sesto tragó. El tablón era poco más ancho que los dos pies situados uno junto al otro. Guido osciló durante un momento mientras intentaba hallar el equilibrio, girando e inclinando los hombros porque no podía usar los brazos como contrapeso.

Vinagre Bruno batía el tamboril con más fuerza y rapidez. En el agua, los grandes y lustrosos peces carnívoros, vistos a medias y amenazadores, continuaban agitando la superficie y debatiéndose. Guido y su precaria tabla se encontraban a ocho palmos por encima de ellos.

—¡Va hacia su muerte! —jadeó Sesto.

—Sí, si es culpable —replicó Ymgrawl—. Tiene que ir hasta el final de la tabla, dar media vuelta y regresar. Si lo hace, es porque el mar lo ha declarado inocente y

sincero. Si fracasa, entonces será porque el mar ha hallado deficiencias en él. Pero debe llegar hasta el final mismo de la tabla, ¿oís? Si gira para regresar demasiado pronto por haber calculado mal, también estará condenado, y Silvaro le meterá una bala de pistola en el pecho antes de que pueda volver a la cubierta.

Sesto no podía apartar los ojos de la temblorosa figura que estaba sobre el tablón.

—¡Venga, muévete de una vez! —gritó Silvaro.

Aumentó la urgencia del toque de tamboril, y ahora algunos de los hombres lo acompañaron con palmas.

Guido Dedos Ligeros dio el primer paso. El tablón se estremeció. Un segundo paso; Guido se inclinaba y giraba la cadera para mantener el equilibrio a pesar de la vibración del tablón y el balanceo del propio barco. Un nuevo paso, y otro frenético giro y ladeo de la cadera y los hombros. Cuanto más avanzaba Guido por el tablón, más descendía éste bajo su peso, y más exagerados se hacían los temblores.

Sesto miró hacia abajo durante un segundo, hacia las oscuras, agitadas aguas, a tiempo de ver unas fauces descomunales que atravesaban por un momento la espuma sanguinolenta, con enormes dientes dispuestos en hileras alrededor de la cavidad rosada. Luego, desapareció otra vez. Tres o cuatro aletas describían círculos por debajo del tablón como velas de barquitas de juguete.

Guido ya había recorrido las tres cuartas partes del tablón de la prueba. El lento avance se veía aún más ralentizado porque la plancha se inclinaba de modo significativo a medida que se aproximaba al extremo, y simplemente corría el peligro de resbalar por ella. Deslizaba los pies hacia adelante, poco a poco, sin despegarlos ya de la madera, tanteando con la punta de los pies.

—Va a detenerse —susurró Ymgrawl—. Si gira ahora, será demasiado pronto.

Como si sospechara lo mismo, Silvaro había desenfundado una pistola de rueda y la había armado. Pero el tamborileo de Vinagre Bruno continuaba a ritmo frenético, como el pulso de un corazón acelerado, y Guido siguió, esforzándose por mantenerse de pie.

A poco más de un paso del final del tablón, Guido resbaló. Una ola especialmente alta había mecido a la *Zafiro*, y el movimiento se había transmitido, amplificado, al hombre que se encontraba en el extremo de la plancha curvada. Guido perdió el equilibrio. Hizo una corrección exagerada con los hombros, y luego comenzó a ladearse en el sentido contrario. Así pues, desplazó el pie izquierdo por instinto con la intención de estabilizarse.

Pero debajo del pie izquierdo no había nada.

Por un segundo, osciló. Los hombres guardaron silencio. Incluso el tamborileo cesó.

De algún modo, Guido logró corregir el movimiento; desplazó el peso, y con un pequeño saltito lo descargó de nuevo en el pie que tenía sobre el tablón. El saltito le

imprimió un cimbreo peligroso al tablón, pero Guido volvió a apoyarse en los dos pies y permaneció erguido.

De la cubierta se alzó una descarada aclamación, y Silvaro hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para manifestar su respeto. Guido se quedó quieto, esperando a que cesara el cimbreo, concentrado en mantener su tenue equilibrio.

Le quedaba un solo paso. Una vez más, Guido pareció estar a punto de dar media vuelta, pero el ansioso tamborileo volvió a comenzar para animarlo, y él dio el último paso.

Estaba justo al final del tablón. Lentamente, levantó el pie derecho para avanzar.

Todos contuvieron el aliento; incluso el tamborileo se hizo más lento, convertido en nada más que un repique expectante, suave.

Guido retiró el pie y lo apoyó nuevamente junto al otro, para luego volverse con lentitud, arrastrando los pies, hasta quedar de cara a la *Zafiro*. Otra aclamación. Comenzó a recorrer el tablón para regresar a la nave.

El recorrido de vuelta no estaba exento de riesgos. Por dos veces se balanceó peligrosamente cuando una ola hizo guiñar al barco. Pero Guido conservó el equilibrio, y al fin cayó del tablón hacia los brazos de los marineros que lo esperaban en cubierta.

Hubo mucho canto y vocerío, se sacó ron y se brindó por el nombre y la suerte de Guido. Elegante cogió su pífano y Alberto Largo su violín, y se pusieron a tocar una alegre y estridente tonada al ritmo del tamboril de Vinagre Bruno.

Roque cortó las ligaduras de Guido, y Largo rajó la capucha de lona y se la quitó. Guido tenía la cara pálida como la de un muerto, y el pelo lacio y pegoteado al sudoroso cuero cabelludo. Cogió el vaso de ron que Silke le puso en la manaza, y se lo echó al colete, cosa que repitió cuando volvieron a llenárselo. El tercer vaso lo levantó hacia Silvaro, que le devolvió el brindis con un reacio asentimiento de cabeza. Luego, Guido se acercó a la borda con una botella de ron, la arrojó al mar como ofrenda de agradecimiento y les escupió a los peces carnívoros que había abajo, a los que se les había negado su carne.

Así fue como Guido Dedos Ligeros se convirtió en patrón del *Demiurge*.



—Aún no hemos tenido la oportunidad de conocernos, maese Sciortini —dijo Guido Dedos Ligeros.

Habían pasado diez días desde aquella prueba capaz de destrozarle los nervios al más pintado, y en ese tiempo, Guido había cambiado mucho. Alimentado y limpio, presentaba una figura mucho más robusta que la del desdichado al que habían sacado a rastras, gimoteando, de la caja de cadenas de la *Zafiro*. Estaba peinado y afeitado, llevaba botas nuevas de cuero estaliano, calzones negros de fustán, una blusa blanca y un abrigo largo de tafilete azul acero. Una bruñida hoja en forma de gancho sobresalía de la manga izquierda en lugar de la mano perdida; había sido unida al muñón de la muñeca mediante una cazoleta metálica sujeta al antebrazo con correas. Entre las cuentas que le adornaban la perilla había enhebradas destellantes gemas, y llevaba puesto un sombrero tileano de capitán, un tricornio de fieltro púrpura que le hacía sombra en los ojos.

Pero los cambios operados en Guido Dedos Ligeros eran más profundos que eso. La diferencia real residía en sus modales y postura. Había recobrado su confianza, su sedosa arrogancia. Después de mucho debate, ya superada la prueba, Silvaro había accedido a comprobar las cualidades de Guido como patrón del *Demiurge*. Sesto sabía que eso, más que nada, era debido al hecho de que Silvaro deseaba evitar tener que aceptar al sobrino del marqués. No obstante, hablando con Sesto en privado y relajado, Luka había admitido que Guido era un buen patrón y un diestro capitán de guerra, capaz de trabarse en combate con los mejores y sobrevivir.

—Pero mantente fuera de su camino —le había aconsejado Luka.

Sesto había hecho precisamente eso. Había sido un período de mucha actividad, durante el cual los trabajadores de Águilas habían trabajado las veinticuatro horas del día para reparar los barcos. Guido había pasado la mayor parte de ese tiempo a bordo del *Demiurge*, para poner a prueba a la tripulación recién reclutada y someterla a duro entrenamiento. Había robado un buen número de Saqueadores veteranos para que formaran parte del grupo, principalmente aquellos que estaban unidos a él por viejas lealtades. De la tripulación de Silke se había quedado con Curcozo como primer

oficial, Vinagre Bruno, Alberto Largo y otros siete. Silke había protestado, pero se habían intercambiado Saqueadores entre el *Rumor* y la *Zafiro* para equilibrar la compañía.

El propio Silvaro había estado ausente durante varios días, recorriendo la costa con Casador y un destacamento de guardias que estaban bajo las órdenes del capitán Duero. Habían ido de una ciudad portuaria a otra, de una aldea a la siguiente, reuniendo información y rumores. Se habían producido avistamientos del *Barco del Carnicero*. En un pequeño poblado que basaba su industria en la captura y el curado de la caballa, el temido buque había sido visto al otro lado de la bahía hacía apenas dos noches, bogando hacia el norte como un fantasma en el crepúsculo.

Ocho días después de la prueba, Guido había sacado al *Demiurge* del puerto por primera vez para realizar maniobras y llevar a cabo entrenamientos de navegación en el estrecho. Acabado de limpiar y pintar, con velas tan blancas como las nubes, constituía un espléndido espectáculo mientras se alejaba majestuosamente del puerto. Ya no era el oscuro gigante, el falso *Kymera* con el que se habían enfrentado en la restinga del Ángel.

Sesto se había mantenido reservado. En su condición de huésped del marqués, pasaba tiempo en la biblioteca del palacio para estudiar calendarios, atlas marítimos y otros raros volúmenes concernientes a la naturaleza del mar y todo lo que albergaba. Su escolta era el capitán Hernán, que demostró ser un hombre de inmenso ingenio y refinada educación. Hernán lo ayudó de muy buena gana en la empresa de descubrir si la preciosa colección del marqués podía contener alguna pista respecto a la naturaleza y calidad mágica del *Barco del Carnicero*.

Sólo una vez, durante el erudito trabajo al hacer una pausa para beber una copa de jerez, presentó Hernán alguna queja.

—Mi señor —dijo a Sesto—, ¿cómo podéis navegar con un bastardo como Silvaro? A mí me parecéis un caballero de refinados modales y noble cuna. Y, sin embargo, os asociáis con el mismísimo Halcón.

—Luka es un hombre peligroso, capitán —concedió Sesto—, pero el trabajo que tenemos por delante es peligroso. ¿Qué dice el refrán...? Estoy seguro de que también lo tenéis aquí... «Envía a un filibustero a atrapar a otro filibustero».

Hernán asintió con la cabeza.

—¿Y a un demonio a atrapar a otro demonio?

—Entiendo vuestra animosidad, capitán. Bien saben los dioses que está justificada, pero la experiencia me ha enseñado que conocer a Luka Silvaro es conocer a un hombre honorable.

—Es un pirata, señor.

—Sí, es un perro de Sartosa, pero si todos los piratas fueran como él, no se habrían ganado el nombre de perros.



Sesto pasaba el día en el palacio, donde comía con Hernán o el marqués, o con ambos, y regresaba al *Rumor* sólo para dormir. El marqués le había ofrecido alojamiento, pero Sesto había desarrollado una extraña añoranza por dormir sobre el agua, en el abrazo de roble del barco.

Transcurridas siete noches desde la prueba, a una hora tardía, después de que la campana de la guardia tocara la medianoche, había despertado con sobresalto y se había sentado en la cama al oír gritos. Había recogido un chafarote y había bajado corriendo por el pasillo iluminado por luz de las lámparas en camisión. Los alaridos procedían del camarote de Roque, y allí se habían reunido hombres soñolientos y alarmados, Ymgrawl estaba entre ellos.

—Quedaos atrás —le dijo Ymgrawl.

—Seguidme —ordenó Sesto con firmeza, y abrió él mismo la puerta.

Dentro del camarote de Roque Santiago della Fortuna, aún ardía una lámpara. A la luz de ésta, Sesto vio al flaco estaliano tendido en el suelo, envuelto en las sábanas, retorciéndose y arañando las tablas de la cubierta como si tuviera una terrible pesadilla.

—¿Roque? —susurró Sesto al mismo tiempo que empujaba a los hombres que se habían apiñado detrás de él—. ¿Roque della Fortuna?

Roque volvió a gritar, y el alarido se transformó en un gorgoteo. Quedó laxo, y luego miró a Sesto con ojos legañosos.

—¿Qué? ¿Quién viene?

—Has gritado, señor —replicó Sesto.

—¿Ah, sí?

—Sí, y fuerte, como si un demonio marino te tuviera entre sus pinzas al rojo vivo —intervino Ymgrawl.

—Volved a la cama —ordenó Sesto—. Tú también, Ymgrawl. Ve a soñar con pastas espolvoreadas de azúcar.

Los hombres se marcharon arrastrando los pies. Sesto cerró la puerta y sirvió dos vasos de ron de la botella que Roque tenía sobre la mesa, mientras el maestro de armas trepaba de vuelta a su cama. Sesto le entregó un vaso a Roque. El estaliano se masajeaba el hombro izquierdo, donde la garra del demonio se le había clavado en Isla Verde.

—¿Pesadillas? —preguntó Sesto.

—Pesadillas, sí —replicó Roque, y bebió—. Cada noche, al parecer, aunque ésta debe haber sido la primera en que me ha hecho gritar y despertar a la tripulación.

—¿Qué ves en esas pesadillas?

Roque negó con la cabeza.

—No tengo palabras para explicarlo, Sesto. No hay palabras que puedan hacerle justicia. Sangre, hay sangre. Pestilencia. Veo el futuro, creo. Fuego y espada, fuego y espada. Guerra generalizada. Y oscuridad. Una oscuridad tremendamente sofocante. ¿Es eso el porvenir, Sesto? ¿Una inhóspita oscuridad del futuro lejano en el que sólo hay guerra?

—No lo sé —dijo Sesto.

Roque se estremeció.

—Y lo peor de todo es la sequedad.

—¿Qué?

—En esa pesadilla; una sofocante sequedad de arena, polvo y vida disecada, como la tierra seca de una tumba antigua. Se me mete en la boca, la nariz, los oídos, me entierra, me entierra durante incontables siglos. Yo me arrugo y marchito; mis tendones se parten como leña. Tengo... sed.

—Pues sí que es una pesadilla. En las peores de las mías suele pasarme que descubro que estoy completamente desnudo en el Gran Baile de Verano, ante un millar de grandes de Tilea.

Roque rio para sí mismo.

—No le desearía mis pesadillas a nadie. —Volvió a frotarse el hombro—. Sesto —dijo—, creo que podría estar maldito.

—¿Maldito?, ¿cómo? —preguntó Sesto, inocente.

—Maldito por el demonio de Isla Verde. Por aquella cosa que era Reyno Mechón de Sangre. El *Barco del Carnicero* lo había transformado y él, a su vez, dejó su marca en mí, en lo profundo de mi carne.

—Tende te la quitó...

—La zarpa, no la maldición. Estoy condenado, Sesto. Cada noche me persiguen las pesadillas y me arrastran hasta la arena y el polvo seco. A veces me pregunto si no sería mejor que Luka me matara de un tiro, o me abandonara en algún atolón desierto donde no pueda hacerle daño a nadie más que a mí mismo.

Sesto volvió a llenar los vasos.

—Ymgrawl dice que hasta el último de nosotros está maldito. Dice que es el estado natural para hombres como nosotros.

Roque estudió a Sesto bajo la dorada luz de la lámpara.

—¿El bucanero dice eso? Bueno, es un perro viejo y un bribón, y antes tomaría yo una pizca de rapé tanto como de sal, que creerle una sola de sus palabras.

—Hasta ahora no me ha engañado —dijo Sesto en voz baja.

Roque se sentó, erguido, contra las almohadas.

—¿Así que crees que estoy maldito?

Sesto negó con la cabeza.

—Sólo estoy diciendo que Ymgrawl piensa que lo estamos todos, cada uno a su manera.

—¿Como Belissi, con sus «madre mía»? —Roque rio—. Nuestras vidas están atormentadas por la superstición y los amuletos, Sesto. Si Belissi se siente mejor cuando se hace a la mar sólo porque arroja una pierna falsa por la borda al embarcar, que tenga buena suerte. Algunos hombres prefieren llevar oro en una oreja, otros un granate en el dedo con que aprietan el gatillo y...

—Lo sé, lo sé. Entonces, tal vez algunas maldiciones son peores que otras.

Roque lo miró fijamente.

—¿Qué sabes tú?

—No sé si debería decirte esto —replicó Sesto, e hizo una pausa—. No; en realidad, creo que tengo que hacerlo.

—¿Qué?

—En Porto Real. Aquel horror con que nos enfrentamos en la mansión del gobernador.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Roque, en voz baja.

—Como estabas bastante drogado, no lo recuerdas, pero el monstruo también hizo presa en ti, como lo había hecho con nuestros hermanos de armas. Quería beber tu sangre.

—¿Me..., me mordió?

Sesto asintió con la cabeza.

—Lo hizo.

—Ya me extrañaba a mí. Tenía una herida abierta en el cuello. Pensé que me la habían hecho durante el combate de espada.

—No. Gorge te mordió y... te rechazó. Bramó que tu sangre estaba contaminada, estropeada. Hizo que vomitara.

Roque se puso de pie y se sirvió otro vaso de ron con mano temblorosa.

—¿Quién lo sabe? —le espetó.

—Yo y Sheerglas. Sólo nosotros dos, y no hemos hablado del asunto con nadie.

—¿Mi sangre es tan inmunda que un vampiro no quiso beberla? —preguntó Roque con voz distante.

—¿O demasiado noble, tal vez? —sugirió Sesto.

Roque sonrió ante el esfuerzo que hacía su interlocutor, pero la sonrisa se apagó en su rostro.

—Ahora dormiré, maese Sciortini. Vuelve a descansar. Por favor, te imploro que no hables de esto con nadie. Descubriré la medida de mi maldición y decidiré qué hacer. Sobre todo, no se lo digas a Luka. Necesito contar con su confianza.

—Lo entiendo.

Sesto dejó el vaso sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta.

—¿Sesto?

—¿Sí?

—Con respecto a este asunto, si en medio de los golpes y estocadas me ves... vacilar o dudar..., por favor, haz que el tajo sea certero y limpio.

—Lo haré, Roque —prometió Sesto, y salió.

* * *

Diez días después de la prueba, Sesto se levantó y se vistió, y consideró la posibilidad de coger un carruaje para subir hasta el palacio. Pero sabía que Silvaro iba a regresar, así que se quedó por la zona de los muelles, observando cómo los armeros de la ciudad cargaban cañones, balas y barriles de pólvora a bordo del *Demiurge*.

Y así fue como se encontró con Guido Dedos Ligeros, cara a cara.

—Aún no hemos tenido la oportunidad de conocernos, maese Sciortini —dijo la voz.

Sesto se volvió y se encontró mirando a Guido y su séquito de tripulantes veteranos, que habían estado paseando por el muelle.

—Maese Dedos Ligeros. —Sesto le dedicó una reverencia.

Guido les hizo a sus hombres un gesto para que continuaran adelante, y se quedó con Sesto. Le tendió la mano derecha mutilada, y el de Luccini la estrechó con delicadeza.

—Mi hermano os da mucha importancia —comentó Guido, en tono de conversación.

—Sí, maese.

—Llamadme Guido, por favor. Aquí somos todos de la compañía. Tengo entendido que sois nuestro pasaporte hacia la amnistía y la recompensa.

Sesto se encogió de hombros.

—Sólo cumplo con mi cometido, tal y como me lo encomendó el príncipe de Luccini. No soy más que el testigo del cumplimiento del compromiso que entraña la patente de corso. No soy nadie especial.

Guido se echó a reír.

—Permitidme disentir, Giordano Paolo. ¡Ah, la expresión de vuestro rostro! Los secretos no se guardan durante mucho tiempo en una compañía de piratas, joven príncipe. Da buenos resultados tener espías en todas partes. Estas cosas las aprenderéis si os asociáis con sartosanos durante el tiempo suficiente. Pero podéis tener la seguridad de que no os deseo ningún mal. Vaya, pero si sois la mismísima mascota, el trofeo de nuestros empeños. ¡Sin vos, los Saqueadores no podremos reclamar nuestra grandiosa recompensa! Maese Sesto, no pongáis esa cara de

vergüenza. Yo, y los hombres que están a mis órdenes, protegeremos vuestra vida con nuestra propia sangre, si es necesario.

—Os doy las gracias por eso, señor.

—Ya veo, ya veo. Bueno, Sesto, ¿qué pensáis del *Demiurge*?

Sesto miró el buque que estaba amarrado junto al muelle, y donde los armeros izaban barriles de pólvora que depositaban en brazos de los tripulantes que aguardaban en cubierta.

—Es un buque de guerra muy bueno, señor —dijo.

—¿Verdad que sí? —Guido sonrió—. Me encanta lucirlo. Disfrutaría llevándoos a recorrerlo. ¿Cenaréis conmigo esta noche, a bordo? He reclutado un cocinero bastante bueno en las cocinas del palacio, y ha prometido servir un buen cordero estofado, pan dulce con especias y langostas especiadas, en su concha, con crema.

—Bueno, eso es muy tentador, señor.

—¡Insisto! —dijo Guido—, insisto decididamente. Cenaremos a las ocho de la noche, al concluir el cuartillo. Por favor, espero que acudáis.

—Bien, en ese caso yo también iré —dijo Ymgrawl.

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque me ha invitado a mí como huésped de honor y tú... —La voz de Sesto se apagó.

—Yo no soy más que agua de pantoque. Eso lo entiendo, y muy bien.

—No es eso —protestó Sesto—. Es que puedo cuidar de mí mismo.

A todo lo largo del muelle titilaban lámparas encendidas cuando Sesto lo recorrió en dirección a la pasarela del *Demiurge*.

El sonido de jigas y animadas danzas salía de las tabernas que había a lo largo del muelle, de las que llegaban también sonoras risas como las últimas burbujas de aire de los labios de un hombre que se ahoga. La noche olía a grasa de cerdo, carnero asado, páprika y cerveza.

Al pie de la pasarela, lo esperaba Curcozo. El corpulento hombre le hizo una pequeña reverencia.

—Subid a bordo, señor —dijo con voz baja y melosa—. El capitán os espera.

Sesto siguió al primer oficial pasarela arriba, hacia las entrañas del *Demiurge*. De las cubiertas inferiores le llegaban voces de borrachos que cantaban, y el olor a humo de cocina recorría el pasillo de techo bajo. La cubierta antigua crujía bajo sus pies con las idas y venidas de la marea.

La zona de oficiales, dentro de la dorada popa, estaba iluminada con un centenar de velas y brillaba como el oro. A través de los ojos de buey no se veía más que la noche. Guido esperaba, junto con una docena de los veteranos del barco, todos con las copas en la mano. La luz de las velas destellaba en el cristal tallado. La mesa

estaba tan perfectamente puesta como la de cualquier salón de banquetes de Luccini.

—¡Mi querido Sesto! —gritó Guido, y avanzó para ponerle en la mano una copa de cristal—. ¡Brindemos por el futuro! ¡Por las justas recompensas! ¡Por las grandes conquistas!

Sesto alzó su copa.

Silencioso como una sombra, Ymgrawl atravesó el muelle mientras desenvainaba su daga de curtidor y rodeaba con el dedo índice la hendidura profunda de la parte posterior de la hoja. Alzó los ojos hacia el *Demiurge* y lo estudió para determinar el mejor modo de entrar. Por el agujero del ancla, por ahí sería. Treparía hasta arriba y pasaría por encima del ancla de proa para entrar...

—¿Buscas algo?

Ymgrawl se volvió al mismo tiempo que levantaba la daga, pero Curcozo y su mallo de velero fueron mucho más rápidos.

* * *

Alberto Largo reía estrepitosamente de algo que había dicho Guapo Onofre. En la oscilante luz dorada, Sesto intentó recordar qué podría haber dicho este último. Le daba vueltas la cabeza. Demasiado vino, pero aunque le hubiese ido la vida en ello no recordaba que le hubieran vuelto a llenar la copa ni una sola vez.

Se levantó, inestable. La risueña cara de Guido flotó hacia él, luego la de Alberto, a continuación la de Kazuriband; después la de Onofre, y otra vez Guido.

—Me siento... —comenzó Sesto.

Más risas. Sesto cayó de bruces y volcó la mesa.

* * *

Tenían el trasero dolorido debido a las sillas de montar, y el polvo les recubría la garganta. Luka Silvaro rodeó a caballo el promontorio para entrar en Águilas cuando ya había oscurecido, con Casador a su lado; el capitán Duero y sus hombres iban rezagados.

El camino era polvoriento y en la maleza de los lados del camino cantaban las cigarras.

Desde el lomo del camino, Luka tuvo una buena vista de la zona portuaria de Águilas, titilante de luces. Incluso desde esa distancia oía vagamente los estribillos de la música de las tabernas que el cálido viento nocturno llevaba hasta él.

Algo iba mal. Era un sabor desagradable. Era...

Abajo, en el puerto, se produjo un repentino destello brillante, una descomunal inundación de llamas anaranjadas. Un momento más tarde, la detonación llegó hasta él por el aire.

Luka lanzó un grito y espoleó al cansado caballo para que bajara por el camino, impeliéndolo a galopar. Detrás de él, Casaudor y los miembros de la guardia costera hicieron otro tanto.

Las llamas iluminaron la zona portuaria, pero se apagaron de repente. Luka vio a su precioso *Rumor* contra el muelle, medio hundido. De la parte inferior manaban vapor y humo blancos y destellaban en el cielo nocturno. Había sólo dos barcos junto al muelle: la *Zafiro* y el maltrecho *Rumor*.

Luka miró hacia el este y vio que el *Demiurge* salía a buena velocidad de la bahía de Águilas, pasaba ante el anclado *Fuego* y se adentraba en el estrecho con todas las velas desplegadas, en dirección a las lunas ponientes.

—¡Guido! —chilló Luka—. ¡Bastardo! ¡Guido! ¡Voy a seguirte hasta el infierno por esto! ¡Hasta el infierno y de vuelta!



Habían usado una carga de pólvora para abrirle una brecha al *Rumor* por debajo de la línea de flotación. Agujereado, se había hundido en el agua en ángulo inclinado, junto al muelle. Aún salía vapor por sus escotillas. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera ir a ninguna parte.

Luka desmontó, le arrojó las riendas a Duero y avanzó lentamente hacia el *Rumor*, sin hacer caso de la conmoción ni de las figuras que corrían en torno a él. Sonaban las campanas y se había alertado a la guardia de la ciudad. Miembros de la compañía de los Saqueadores, a los que habían ido a llamar a las tabernas y burdeles, se reunieron con su capitán para contemplar con incredulidad el bergantín malherido.

Aquello era una infamia. Guido se había pasado. Robar el *Demiurge* y huir ya era un crimen bastante grave, pero Guido Dedos Ligeros, sabedor de que su medio hermano iría tras él, había herido intencionadamente al *Rumor* para que no pudiese navegar.

Luka ya estaba temblando de furia, y aún quedaban novedades.

—Se ha llevado a Sesto —dijo Ymgrawl.

El curtido bucanero tenía una mano sobre una herida abierta en un costado de la cabeza.

—¿Qué?

—Sesto estaba a bordo del *Demiurge* —replicó Ymgrawl—. No pude impedir que subiera.

—¿Y a ti qué te ha sucedido? —preguntó Silvaro.

—Ese bastardo de Curcozo, me ha sucedido —replicó el bucanero con amargura.

—¡Silke! ¡Silke! —bramó Silvaro hacia la humosa oscuridad.

Apareció el patrón de la *Zafiro*, claramente agitado por los acontecimientos de la noche.

—Prepara a la *Zafiro* para zarpar. De inmediato, ¿me oyes?

—Sí, Luka —asintió Silke, y comenzó a gritarles órdenes a sus hombres.

—¿Irás con la *Zafiro* tras Guido? —preguntó Roque.

—Es un barco condenadamente veloz. Con suerte, podríamos darle alcance al

Demiurge, a pesar de la ventaja que nos lleva.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Roque—. La *Zafiro* no puede enfrentarse en solitario a un buque de ese tamaño.

—Puede y lo hará —le espetó Silvaro—. Encontraré el modo. Roque, con la furia que tengo dentro ahora mismo, podría enfrentarme al *Demiurge* con sólo una lancha y una pistola.

Roque alzó las cejas.

—No lo dudo, Luka —dijo.

Luka le volvió la espalda y comenzó a pasearse; la mente le funcionaba a toda velocidad. Lo que realmente lo alteraba no era la traición de Guido, ya que sabía de qué era capaz aquel hombre. El dolor que sentía Luka era por la desconcertante traición del mar. Habían realizado la prueba, y el mar había juzgado que Guido era digno de confianza. ¿Acaso había mentido el mar, o Guido había hallado una manera de engañar incluso a las aguas de eternas olas? Y si lo primero era verdad, entonces el mar y el Rey Muerte habían abandonado totalmente a Luka Silvaro.

—Reúne una compañía de hombres de armas bajo tu mando —dijo Luka a Casaudor—. Vendrás conmigo a bordo de la *Zafiro*. Roque, hazte cargo de las cosas aquí. Mira a ver qué puedes hacer para conseguir la ayuda del marqués en cuanto a unas reparaciones rápidas en el *Rumor*.

Roque asintió con la cabeza, aunque sabía que un trabajo así sería una empresa seria. Su amado *Rumor* podría incluso haber quedado en un estado irrecuperable.

—Yo iré con vos —dijo Ymgrawl a Silvaro. No era una solicitud, sino una declaración de intenciones—. Tengo un asunto que arreglar con Curcozo.

Pasaron otras tres horas antes de que la *Zafiro* se hiciera a la mar y se alejara velozmente, noche adentro. Soplaban buen viento, y Silke le ordenó a la tripulación que izara no sólo la vela mayor, sino también la gran latina, que se extendía sobre el bauprés.

A gran velocidad, con el agua siseando al rozar su blanca proa, la *Zafiro* salió disparada a mar abierto como la flecha de un arco largo.

* * *

Ya había pasado la mitad del día siguiente cuando Sesto despertó. Le dolía tanto la cabeza que apenas se atrevió a moverse durante unos minutos, y cuando lo hizo, sintió náuseas.

Estaba sobre una cama deshecha, dentro de un camarote pequeño y oscuro. Hacía frío, y en el aire había un olor tan fuerte a salitre que no necesitó el movimiento de la cubierta ni los constantes crujidos reumáticos de las tablas que lo rodeaban para saber

que estaba en el mar. Al menos la sensación de balanceo era real, y no sólo un síntoma de su malestar.

Sesto no recordaba dónde estaba ni qué se suponía que...

De repente, todo le volvió a la memoria. Se incorporó, volvió a marearse, y entonces se sentó en silencio para intentar aclararse la cabeza, con el cuerpo cubierto de sudor frío: Guido, la cena a bordo del *Demiurge*...

De inmediato supo que ahora se encontraba en el *Demiurge*. A pesar de los aromas que tenían en común —salitre, brea, humo, grasa—, todos los barcos poseían su propio olor particular. La *Zafiro* olía a limpio y a cera, con un toque de alcanfor y linaza. El *Rumor* tenía un olor mucho más sólido, un almizclado perfume de pólvora, carne de tortuga y especias, indudablemente a causa de los penetrantes olores de la especiada cocina de Fahd. Ése era el *Demiurge*. Olía a sentinas sucias, clavo y cebolla.

Sesto sabía que lo habían drogado, y supuso que lo habían secuestrado. Habían desaparecido su pistola y su espada. No obstante, no estaba atado ni nada limitaba su movilidad, y no habían echado llave a la puerta del camarote.

Salió al oscuro pasillo y subió hacia la cubierta, mientras sus piernas compensaban de modo automático el fuerte balanceo de la cubierta. «El mar debe estar bastante picado», pensó.

En cubierta, entrecerró los ojos para protegerse de la dura luz. Era un día brillante y borrascoso, frío y con un gran cielo blanco. El mar gris, cubierto de blancas crestas, estaba muy agitado, y el *Demiurge* lo surcaba hendiendo las olas, con todas las velas desplegadas. Estaba lloviendo, y Sesto cerró los ojos y dejó que las gotas le lavaran la cara.

Miró a su alrededor. No se veía ni rastro de tierra. Sólo un mar agitado por todas partes.

—¿Habéis dormido bien, maese?

Sesto se volvió. Guapo Onofre, que tenía cuerdas sobre un hombro, le dedicaba una ancha sonrisa.

—¿Dónde está Guido? —preguntó Sesto.

—Donde debe estar un capitán —replicó Onofre.

Sesto pasó de largo ante el hombre y recorrió la cubierta intermedia. La tripulación estaba ocupada con el velamen, tirando de los cabos en equipo. Sonaban silbatos, y las órdenes se gritaban en cadena de un grupo a otro.

Algunos hombres lo miraron al pasar.

Guido se encontraba en la toldilla de popa, junto al timón. Kazuriband, el timonel, movía la pesada rueda sujetándola por el radio principal, y Curcozo, el primer oficial, estaba de pie junto al capitán. Todos miraron a Sesto con una expresión algo divertida cuando apareció a la vista por la escala.

—Maese Sciortini —dijo Guido con una media reverencia burlona—, qué amable sois al reuniros con nosotros.

—No lo creo así, señor. No se me ofreció alternativa alguna.

Guido asintió con la cabeza.

—Muy cierto.

—Habéis abandonado a Luka —dijo Sesto.

—Hemos hecho algo más que abandonarlo —murmuró Curcozo, pero no acabó la observación.

—Mi medio hermano y yo no nos llevamos bien, Sesto. Pensé que lo mejor era romper nuestro acuerdo, y que cada uno fuera por su lado.

—Eso lo pensasteis cuando ya os había entregado un barco y una tripulación.

Guido miró a Sesto con desprecio.

—¿Esperáis que me sienta culpable? Soy un pirata. Esto es lo que hacemos.

—¿Y qué es exactamente lo que estamos haciendo? —preguntó Sesto.

—Nos marchamos a casa.

—A Sartosa.

—No, Sesto. A Sartosa no. A vuestra casa. A Luccini.

Sesto sonrió y sacudió la cabeza.

—Para reclamarle la recompensa a mi padre.

—Exacto.

—Por una tarea que no habéis concluido.

Guido le dedicó una ancha sonrisa.

—El príncipe no tiene por qué saber eso. No hasta que nos haya pagado y nos hayamos marchado.

—Tengo que estar pasando algo por alto —dijo Sesto—. Sé que me necesitáis para llevar a buen término este descarado engaño, pero tenéis que daros cuenta de que no apoyaré vuestra historia ni por un momento.

—Por supuesto. Desgraciadamente, para cuando llegemos a Luccini vos estaréis muy enfermo, tanto que no podréis hablar. Vuestro padre se sentirá aliviado sólo por haberos recuperado con vida. Onofre es muy diestro con los filtros y los venenos, como ya descubristeis anoche. Vuestro malestar será muy convincente.

—Luka vendrá tras vosotros —dijo Sesto.

—No, no creo que lo haga.

Sesto miró fijamente a Guido por un momento, y luego dio media vuelta y abandonó la toldilla de popa. Tembloroso y enfermo, deambuló durante más de una hora por las cubiertas superiores del *Demiurge*, mientras consideraba las opciones que tenía. Más de una vez pensó en arrojarse al agitado mar para privar al vil Guido del naipe ganador, pero Sesto no quería morir. Y a pesar de lo que había dicho Guido, estaba seguro de que Luka acudiría. No por él, sino para vengarse. Luka querría ver a

Guido muerto por eso.

Sesto decidió esperar el momento propicio y ver qué le deparaba el destino. Pasaría al menos una semana antes de que llegaran a la Tilea continental, y en ese tiempo, las cosas podrían cambiar. Incluso Sesto podría ponerle las manos encima a una espada y deslizarla entre las costillas de Guido.

Estaba de pie ante la barandilla de proa, debajo del trinquete que restallaba al viento, mirando el mar, gris y agitado, y la lluvia, cuando reparó en una figura que estaba acurrucada junto al ancla de proa, con aspecto miserable.

—¿Belissi?

El viejo carpintero se volvió con dificultad y lo miró.

—Maese Sesto, señor —replicó.

—Por el amor de Manann, Belissi —dijo Sesto—. Pensaba que eras un hombre de Luka. Nunca hubiera pensado que podrías unirte a este hatajo de bribones.

—¡Ay!, me confundís, señor —dijo Belissi—. Yo no formo parte de esto. En absoluto; pongo al Rey Muerte por testigo. Anoche estuve trabajando en las brazolas hasta tarde, y me tumbé a dormir allí donde estaba para poder retomar las herramientas en cuanto me despertara. Esta mañana me encontré con que nos habíamos hecho a la mar. Imaginad mi consternación. Me encontró ese bastardo de Curcozo, y tanto él como Alberto Largo estaban decididos a rajarme la molleja y echarme por la borda, pero Guido les ordenó que no lo hicieran. Dijo que podría vivir si le prestaba juramento y ponía mi oficio a su disposición. Aún quedan muchas reparaciones por hacer en este viejo buque.

—Pobre compañero. Ambos somos prisioneros, al parecer.

Belissi asintió con la cabeza.

—Sí, señor, pero imagino que no por mucho tiempo.

Sesto se dio cuenta de que el anciano carpintero estaba angustiado, y no sólo por su situación como tripulante reacio de la compañía de Guido Dedos Ligeros. Estaba asustado y desesperado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sesto.

—Quiero decir que nos hemos hecho a la mar, joven señor. Nos hemos hecho a la mar desde el continente, y yo no he hecho mi ofrenda habitual. Ella estará enfadada por eso, ¿sabéis?

—¿Quién estará enfadada? —preguntó Sesto, aunque temía la respuesta que sabía que estaba a punto de oír.

—Madre Mía —replicó Belissi—. No he hecho mi ofrenda para apaciguarla. Vendrá. Vendrá a por mí y a por todas las almas de este buque condenado.

Sesto fue a buscar a Guapo Onofre y le exigió una jarra de ron. Onofre, ligeramente divertido, sacó una de las bodegas. Sesto regresó a la barandilla de popa y le hizo beber el dulce licor al carpintero de una sola pierna para calmarle los

nervios.

—¿No podéis tallar ahora otra pierna de madera y hacer la ofrenda?

Belissi negó con la cabeza.

—Ya es demasiado tarde, señor, demasiado tarde. Madre Mía se enfada con rapidez.

Permanecieron sentados durante una hora, más o menos, pasándose la jarra de uno a otro, aunque Sesto bebía pequeños sorbitos. Belissi se emborrachó bastante, pero al menos pareció relajarse.

El viento arreció con mayor furia, y el *Demiurge* se sacudía y estremecía violentamente al remontar las hinchadas olas. Sesto oyó un grito.

Procedía del puesto del vigía, que estaba gritando con todas sus fuerzas.

—¡Vela! ¡Vela a la vista!

Reinaba la actividad en la cubierta de popa y se gritaban órdenes que Sesto no oía bien a causa del azote del viento. Se levantó y miró mar adentro, pero no logró distinguir nada en medio del agua pulverizada y las olas. La lejanía era un hirviente torrente gris envuelto en brumas.

—Tomad —dijo Belissi, mientras se ponía de pie y le ofrecía a Sesto un pequeño catalejo de latón que llevaba en la bolsa de herramientas.

Sesto extendió el instrumento y miró hacia la oscuridad de la tormenta.

Y allí estaba, justo por encima de la línea del horizonte.

Un descomunal barco negro.



La noche cayó, inquieta, en la ciudad de Águilas. Había pasado todo un día desde la partida nocturna de la *Zafiro*. Tras quitarse de la cabeza toda preocupación por Luka y Guido, y la sangrienta persecución hacia el destino —porque sabía que ahora estaban muy fuera de su poder de influencia—, Roque se había puesto a desarrollar una actividad furiosa. Había pasado tres horas de la mañana en una reunión con los maestros carpinteros de navío, el capitán Hernán y oficiales de la corte del marqués, negociando las urgentes reparaciones del *Rumor*. El marqués declinó implicarse personalmente, pero Hernán no se quedó corto a la hora de transmitir el desagrado de su excelencia.

—Piratas que engañan a piratas y se apuñalan entre sí por la espalda. Esto es exactamente lo que esperamos de la escoria desgobernada como vosotros —anunció Hernán—. Os peleáis, os enemistáis y os comportáis como ratas de cloaca. El marqués cree que no debería haberse involucrado en vuestros asuntos, a pesar de vuestras patentes y sellos. Águilas os ha proporcionado de buena fe la mano de obra y los materiales, y ahora ese esfuerzo ha sido destruido. Es ofensivo.

Roque había estado tentado de preguntarle al capitán si pensaba que Luka era un buen espadachín, pero se mordió la lengua. «Silvaro os venció —tenía ganas de decir—, y yo soy un espadachín mucho mejor que él. ¿Decidimos esto en un duelo?».

Se obligó a actuar con la diplomacia que sabía que Luka esperaba de él. Se disculpó y volvió a disculparse, y reafirmó la decidida intención de los Saqueadores de buscar y destruir el *Barco del Carnicero*. Al final, Hernán fue apaciguado, posiblemente porque Luka había sido lo bastante inteligente como para dejar a cargo de las cosas a un estaliano de sangre noble y verbo brillante como Roque, para que intentara calmar las cosas. A mediodía ya habían comenzado los trabajos de rebotado, bombeado y reparación del *Rumor*.

Al anoecer, Roque se marchó del puerto. Los trabajos continuarían durante las veinticuatro horas del día y los operarios trabajarían iluminados por lámparas. Roque dejó a Benuto a cargo de las cosas, y ascendió con Tende por las calles de la ciudad vieja.

—¿Adonde vamos? —preguntó el eboniano.

—A tomar una copa tranquilamente —replicó Roque.

Se detuvieron en una casa de comidas de la parte superior de la ciudad vieja, y compartieron una bandeja de arroz con camarones y una botella de moscatel. En torno a ellos, a lo largo de las calles tranquilas y estrechas, se alzaban las mansiones encaladas y los jardines amurallados de los grandes. Los naranjos estaban cargados de fruta y colmaban el aire con su aroma.

—Estoy maldito —dijo Roque tras un largo silencio—. El toque demoníaco de Reyno... está dentro de mí y se niega a abandonarme.

—Lo sé —replicó Tende—. Ya lo esperaba. ¿Quieres que te mate? Conozco varios modos indoloros de hacerlo.

Roque negó con la cabeza.

—No, no, viejo amigo. Pero te agradezco la oferta. Ahora, escúchame. La maldición del *Barco del Carnicero* está dentro de mí, de manera irrevocable. En mi sangre, en mis sueños, en mi alma. Estoy condenado. Antes o después, saldrá a la superficie y me consumirá.

Tende asintió con la cabeza.

—El Rey Muerte tendrá un sitio reservado para ti en su alta mesa, Roque.

—Sí, creo que podría ser. —Roque sonrió—. Pero antes de que amanezca ese grandioso día, continúo teniendo una conexión, un lazo demoníaco que me une al *Barco del Carnicero* que perseguimos.

Tende encogió sus enormes hombros negros y vació un vaso de moscatel.

—Lo tienes, lo tienes.

Roque se recostó en el respaldo y cruzó los brazos.

—Bueno, pues yo podría limitarme simplemente a esperar a que mi condena se cumpliera...

—¿O?

—O... podría usar ese lazo. Usar mi maldición. Si estoy conectado con el *Barco del Carnicero* a través de su magia contagiosa, sin duda tendría que poder valerme de ese hecho en nuestro propio beneficio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tende, cauteloso.

—Necesitamos encontrarlo. Seguirle el rastro. Cuando Luka regrese... y no me cabe duda de que lo hará..., dispondremos sólo de pocas semanas para localizar a nuestra presa antes de que acabe la temporada y llegue el invierno. Quiero volver la maldición que llevo dentro contra sí misma. Quiero adivinar dónde se encuentra el *Barco del Carnicero*.

Tende exhaló y negó con la cabeza.

—Estás hablando de vudú poderoso, la peor de las magias negras. No puedo hacer eso por ti, Roque. Sé que por eso me has invitado aquí, pero simplemente no

puedo.

—Lo hiciste bastante bien en Isla Verde.

Tende se sirvió otra copa.

—Sí, lo hice, en contra de toda mi prudencia. Y mira cómo me drenó eso.

No podía pasarse por alto el hecho de que Tende era ahora conspicuamente más pequeño que cuando había desembarcado en Isla Verde.

—Eso ya lo sé —dijo Roque—, pero me malinterpretas. No te pediría eso a ti, amigo mío. Te he traído aquí porque... simplemente he pensado... que podrías conocer un sitio...

La bruja moraba en una casa en proceso de desmoronamiento situada en el extremo occidental de la bahía. En el jardín ardían centenares de velas, y Roque reparó en las extrañas marcas y los raros sigilos inscritos en las piedras de la entrada.

De los árboles pendían campanillas de vidrio y sartas de cuentas espejadas que titilaban en el aire de la noche.

—Espera aquí —dijo Tende, y entró.

Pasaron diez minutos, quince; Roque permanecía junto a la entrada y tocaba con los dedos el pomo del sable. Las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la luz de las velas. Un zorro de pelaje tan blanco como la nieve ártica cruzó el camino y miró a Roque con ojos espejados, antes de desaparecer entre la maleza llena de grillos.

—Te recibirá —dijo Tende, que había aparecido como salido de la nada.

El eboniano condujo a Roque al interior de la casa. El vestíbulo estaba cubierto de anaqueles desde los que cráneos de animales miraban ciegamente hacia la oscuridad. Del techo colgaban hierbas, y el aire olía a especias, ungüentos e incienso.

En el fondo del vestíbulo había dos muchachas, eran asombrosamente altas y voluptuosas. Ambas iban tan prácticamente desnudas que los pocos suspiros de puntillas que las adornaban parecían un pensamiento de última hora. Besaron a Roque en la boca y descorrieron una cortina de seda.

Con estremecimientos y con el corazón acelerado, Roque entró en la habitación circular del otro lado. La bruja lo aguardaba. Era sorprendentemente joven, de piel oscura, y llevaba el pelo recogido en alto con un pañuelo de seda. Rio al ver a Roque, y le hizo un gesto para indicarle que se sentara. La pequeña mesa de las cartas estaba cubierta con una tela de seda púrpura que lucía los signos del zodiaco bordados con hilo de plata.

Roque se sentó e intentó no hacer caso del hecho de que las manos de la hermosa bruja eran viejas y arrugadas.

—Muchos problemas —dijo ella—. ¡Ay! Muchísimos. Por vuestra alma circulan cosas oscuras, señor. Las oigo cómo me llaman. ¡Ay, que cosas tan malignas!

Roque sonrió para complacerla.

—No necesito la cháchara, señora —dijo—. Guardadla para la gente vulgar a la que le gustan los espectáculos.

Cogió una bolsita de fieltro que llevaba al cinturón, aflojó los cordeles y la agitó para depositar sobre la mesa veinte doblones de oro.

—Pago bastante bien. Simplemente, ejerced vuestro oficio.

—¡Ah! —dijo la hermosa bruja—. Bien, pues, si es así como lo queréis.

—Lo es. Nada de ambientaciones necias. Sólo la parte profesional.

—Enseñadme vuestra mano.

Roque le tendió la izquierda. Ella la tomó y la examinó, y Roque se obligó a no respingar al sentir el contacto de los arrugados dedos.

—Lo que me ha contado vuestro amigo es verdad. Estáis maldito. ¡Dioses, me siento enferma con sólo tocaros! ¿Qué queréis averiguar?

—El *Barco del Carnicero*. Deseo saber dónde está.

—Esperad, esperad... ¡Ah, sí...!, cerca de aquí. Un poco más arriba de la costa, en dirección norte. ¡Qué oscuridad! ¡Qué aflicción! Huelo flores.

Roque se sobresaltó. También él percibía un olor a flores en ese momento, ya que el perfume invadía la pequeña estancia. La luz de las velas osciló como si una presencia entrara en la habitación que ocupaban.

—¡Ohh! —dijo la bruja. Y luego—: ¡Ahhhhh! ¡Lo veo! —añadió, bruscamente—. ¡Tiene cajas con plantas! ¡Los nombres están escritos en las tapas, en tileano!

—¿Cajas de plantas? —preguntó Roque.

—¡Sí, sí! Veo un nombre. Salvatore..., Salvadore..., algo así. Busca algo. ¡Ah, tan brillante! ¡Ah, tan vivida! Una orquídea. ¡La *Llama de Estal*! ¡Ahhh, qué brillante! Qué...

Apartó las manos de las de él.

—Bueno, espero que eso os haya ayudado.

—¿Eso es todo?

—Sí —replicó la bruja—. Una lectura muy clara.

—¿Eso es todo?

—Es todo lo que me han enseñado los espíritus.

—¿De verdad?

Mientras bajaban para regresar a la zona portuaria, en el aire de la noche, Roque volvió la cabeza para mirar a Tende.

—¿Te das cuenta de que eso me ha costado veinte doblones? ¿Veinte doblones?

—Un dinero bien gastado.

—Por las lágrimas de Manann, es la última vez que te pido un favor.

* * *

—¡Vela a la vista! —gritó el vigía.

La *Zafiro*, ya a dos días de Águilas, atravesaba el mar agitado dando bruscos saltos, y corría como un sabueso.

—¿La ves? —le preguntó Silvaro a Silke, que ajustaba torpemente su catalejo.

—Veo un barco oscuro... —comenzó Silke. Silvaro le quitó el catalejo de las manos y se lo llevó a un ojo.

—Allí está. Preparad los cañones. Llamad a la tripulación a sus puestos.

—Sí, señor —dijo Silke.

—En el nombre de un dios, pero si viene lanzado —dijo Silvaro sin dejar de mirar—. ¡Pedazo de bastardo enorme! Y se dirige directamente hacia nosotros.

—¿El *Demiurge*? —preguntó Casador.

—No, no lo es. —Silvaro volvió a enfocar con el catalejo—. ¡Santos benditos! ¡En el nombre del Rey Muerte y de todos los que lo siguen, es el *Árbol Fulminado*!



En medio de aquel salvaje mar abierto, Luka Silvaro se encontró cara a cara con Jeremiah Colmillo por primera vez en cinco años.

Con las banderas piratas enarboladas, los dos barcos —la primorosa *Zafiro* y el enorme bergantín *Árbol Fulminado*— arriaron todas las velas y quedaron girando el uno en torno al otro mientras Luka cruzaba en una lancha con Casaudor e Imgrawl. Costaba mucho remar, pero el mar estaba demasiado picado como para que los barcos se aproximaran. Les lanzaron una escala de viento y treparon por el casco verde oscuro del *Árbol Fulminado*.

—¡Luka! —gritó una voz chirriante por encima del viento. Era seca y aguda, pero se transmitía con gran fuerza.

La tripulación de Colmillo, todos hombres salvajes y mal vestidos, se apartaron para abrir un pasillo con el fin de que Luka y sus compañeros se acercaran a la sala de bitácora, donde estaba el propio Colmillo.

Jeremiah Colmillo era, en opinión de Luka Silvaro, la última de las leyendas, un recuerdo vivo de los viejos tiempos y las grandes aventuras. Colmillo, que era con mucho el pirata más viejo en activo, había comenzado su carrera en la época en que Ezra Mano Funesta y Metto Maetz aún eran el azote de los mares, y de algún modo parecía llevar consigo esa vieja tradición sanguinaria. Era un señor pirata en el viejo sentido del nombre, y mucho más que eso. Viajero, y también un explorador, en sus tiempos había estado en todos los puntos de la rosa de los vientos, y en ocasiones había sido corso de los señores de Tilea, los marqueses estalianos e incluso, según se decía, de los déspotas árabes. Había abierto rutas comerciales, había hallado nuevos pasos, y había sido el primer hombre del Viejo Mundo que había puesto los pies en algunas orillas extranjeras.

También era amigo de Luka. Bueno, tal vez la palabra amigo era demasiado fuerte, pero estaban unidos por la sangre, y muchas veces habían trabajado juntos como camaradas de armas.

—Deja que te mire —dijo Colmillo—. ¡Ah!, ya aparece el gris en tu pelo, Luka. Estás envejeciendo como yo. La verdad es que oí decir que habías muerto.

—Yo oí decir más o menos lo mismo sobre ti, Jeremiah. Dice el rumor que eres otra muesca en la lista del *Barco del Carnicero*.

Colmillo escupió sobre la cubierta para alejar la mala suerte.

—No —replicó—. He estado lejos.

A Silvaro, Colmillo siempre le había parecido viejo. Según admitía él, era unos buenos treinta años mayor que Luka, cosa que lo convertía en notablemente longevo, y no sólo para un hombre con una carrera tan preñada de riesgos, sino para cualquier hombre, y punto. Al tenerlo delante, Luka se dio cuenta de que a Colmillo se le notaban, al fin, las huellas de los largos años vividos. Hombre alto y delgado, su cuerpo comenzaba a encorvarse apenas, y las líneas de expresión de su cara eran profundas. Vestía, como siempre, un largo abrigo negro, pantalones de percal y una camisa de puntilla blanca, y las tres prendas parecían quedarle holgadas, como si la edad estuviera erosionándolo. Su largo cabello, echado hacia atrás, era blanco como la nieve y se agitaba al viento. Caminaba apoyándose en un incisivo de narval a modo de bastón. Donde en otros tiempos había tenido la mano izquierda, había ahora un pesado garfio de hueso, el colmillo suavemente curvado de una morsa. Eran muchas las ocasiones en que Luka había visto cómo aquel romo artilugio partía cráneos en combate abierto. Los ojos de Jeremiah Colmillo eran tan oscuros y duros como la antracita, y parecían ser lo único de su persona que no había envejecido ni un solo día.

—¿Lejos? —Luka sonrió—. ¿Has hecho ese viaje, por fin?

Colmillo asintió.

—Hasta el extremo sur, en torno al Cuerno de Arabia. Justo como dije que haría antes o después.

—¿Y qué tal fue?

—Lleno de emoción. —Colmillo sonrió.

A menudo, Luka le había implorado a Colmillo que escribiera una narración de sus hazañas, porque en su vida había realizado muchísimas más proezas de las que debería ser capaz de llevar a cabo cualquier hombre. Sus historias, sus secretos, los extraños hechos de sus empresas, eran gemas invaluables y deberían ser encuadradas en un libro como los que había en la biblioteca del marqués de Águilas, para que las futuras generaciones aprendieran de ellas. Pero Colmillo se mostraba siempre reservado y no deseaba gloria ninguna en la posteridad.

—Mis historias morirán conmigo —le había dicho a Luka en una ocasión—, salvo aquellas que sean recordadas por gente como tú y transmitidas a otros.

—En torno al Cuerno de Arabia —murmuró Luka—. ¡Por Manann, Jeremiah!, estoy orgulloso de ti.

Jeremiah Colmillo le dedicó a Luka una amplia sonrisa, y lo abrazó con afecto.

—¡Ah, cómo me alegro de verte! Y también a ti, Casador, viejo bribón. ¿Aún te

atiza con regularidad?

—Cuando le da por ahí. —Casaudor sonrió, y aceptó también un abrazo.

—Y el digno Ymgrawl. Todavía en pie, por lo que veo.

—Igual que vos, señor.

Ymgrawl rio entre dientes, antes de cerrar las manos alrededor de la izquierda que le tendía Colmillo.

—Me preocupaba no encontrarme con nadie —comentó Colmillo—. ¡Por los dioses, el mar está muerto y desierto! Me marchó, y cuando vuelvo las aguas están vacías.

—Es por el *Barco del Carnicero*, Jeremiah —explicó Luka.

—Hemos oído hablar de eso —intervino Manuel Honduro, mestizo y primer oficial de Colmillo—. En los puertos en los que hicimos escala, en torno al Cuerno de Arabia.

—Es un diablo —dijo Casaudor—. Hace presa en todos. Es una cosa demoníaca.

—Y también es el *Kymera* —añadió Luka.

Se produjo una larga pausa durante la cual nada se movió, salvo el viento y la crujiente cubierta que se balanceaba a causa de las cabezadas del barco.

—¿El barco de Henri? —preguntó Colmillo.

—El mismo. Maldito y maldito, y maldito otra vez —dijo Luka.

Colmillo sacudió la cabeza con pena. Los tripulantes que lo rodeaban escupieron, tocaron hierro o hicieron signos de protección.

—Reconocí a la *Zafiro* en cuanto la vi —dijo Colmillo, señalando con el bastón en espiral hacia la balandra que se encontraba a estribor—. Es una monadita. Pero ¿dónde está el *Rumor*?

—Es una larga historia —dijo Luka.

—Ven abajo y cuéntamela —pidió Jeremiah Colmillo.

Luka y Colmillo bajaron al camarote principal y dejaron a Casaudor e Ymgrawl en cubierta, intercambiando noticias con la compañía del *Árbol Fulminado*. Luka había olvidado lo mucho que le encantaba visitar el camarote privado de Colmillo. Era un lugar abarrotado y desordenado, lleno de curiosidades y reliquias procedentes de sus viajes: libros, objetos de hueso, artefactos, armas, máscaras tribales, escudos, animales disecados, cabezas montadas sobre soportes, instrumentos musicales y una infinita lista de maravillas. Luka imaginaba que el interior de la cabeza de Colmillo tenía un aspecto parecido.

—Sírvenos a los dos una copa de allí —dijo Colmillo, mientras entraba cojeando y señalaba una cómoda con el colmillo que reemplazaba su mano derecha—. Hay ron, cerveza, un poco de esa maldita agua de la risa kislevita que te hace boquear. ¡Ah, sí!, prueba un poco de eso de ahí. Lo de la botella envuelta en bambú. Ahí, hombre, la tienes delante.

Obediente, Luka vertió el líquido transparente en dos vasitos de dedal que sacó del armario de copas de Colmillo.

—¿Qué es? —preguntó, dubitativo, mientras lo olía.

—Se llama sarkey, y lo beben en las islas de Nipón.

—¿Llegaste hasta Nipón, tan lejos? —preguntó Luka, incrédulo.

—No, hombre. Llegué hasta tan lejos como un puerto donde los mercaderes de Catai lo estaban vendiendo. Es de buena calidad. Me he aficionado mucho a él, aunque ésa es la última botella que me queda. Me han dicho que los nipones lo beben por tazas, como el té.

—¿Qué es... el té? —preguntó Luka.

Colmillo se limitó a reír y sentarse ante la larga mesa de roble. Apartó a un lado bandejas y cuencos de peltre, así como un maltrecho montón de cartas y atlas marítimos.

Luka se acercó con las bebidas. Brindaron y luego bebieron.

—Es bueno —dijo Luka.

—Muy fino. ¡Ah, ahora debes probar esto!

Colmillo revolvió el montón de objetos varios que acababa de apartar a un lado y sacó un cuenco lleno de lo que parecía tasajo.

—¿Carne salada? —preguntó Luka.

—La curamos nosotros mismos. Es buena y crujiente.

Luka probó un trozo y convino que lo era.

—¿Qué es?

—Caballo de río —replicó Colmillo, mientras masticaba un trozo—. Grandes bestias marrones, gordas como cerdos, y salvajes cuando se las irrita. Durante el viaje cazamos una buena cantidad de piezas. La necesidad se impone, íbamos escasos de provisiones, así que desarrollamos el gusto por otras cosas. La serpiente es buena. Y también el caimán. Pero otros animales, ¡puaj! En el sur, amigo mío, hay un caballo a rayas blancas y negras...

—¿Me tomas el pelo?

—No, y es tan arisco como las mulas. Nunca, jamás, comas su carne. Incluso curada sabe a corteza de árbol. Yo preferiría comer rata.

—O serpiente.

—O serpiente, en efecto.

—Este caballo de río... ¿qué clase de bestia era?

Colmillo se encogió de hombros, y extendió un brazo para coger un cuaderno de grandes dimensiones. Lo abrió y fue pasando las páginas, páginas cubiertas de curiosos dibujos y extraños signos.

—El caballo de río. Ese, ¿lo ves?

—Es un bicho muy feo. ¿Qué nombre le has dado?

—¿Eh?, caballo de río... —replicó Colmillo, como si hubiera sido una pregunta con trampa—. La gente del lugar nos enseñó a cazarlos. Eran un tipo de gente con la piel muy negra, como el carbón.

—¿Ebonianos?

—No, todavía más negros. Y no llevaban nada de ropa que les tapara las vergüenzas, pero conocían bien el territorio y sus recursos. Eran buenos cazadores. DeGrutti dibujó las bestias que encontramos. Esto es su libro de notas. Fíjate, le dio al caballo de río un nombre pomposo en la lengua antigua. Hipo, que significa «caballo», y potamos, que quiere decir «río».

—Es un nombre idiota. Nadie lo recordará jamás. Me parece que los llamaré caballos de río, igual que tú. —Luka volvió las páginas del libro, maravillado ante los dibujos—. Vaya, DeGrutti es un dibujante muy fino. Estas bestias son asombrosas. ¡Esta de aquí, con un cuello tan imposiblemente largo!

—Sí. A ésa la llamamos cuello largo.

—Tiene sentido —observó Luka, que continuaba pasando páginas—. ¿Cómo está DeGrutti?

Nicholas DeGrutti era un erudito de las ciencias naturales, procedente de Tilea, que se había unido a la tripulación de Colmillo una docena de años antes, para estudiar las maravillas de la naturaleza que pudiera encontrar durante los viajes del *Árbol Fulminado*. Se había convertido en el mejor amigo y confidente de Colmillo, aunque no era un pirata, y Luka había disfrutado escuchando las narraciones del hombre.

—¿Nico? —dijo Colmillo con tristeza—. Murió. Lo mató un caballo de río.

—¡Ah! —dijo Luka, y volvió a dejar en el cuenco el trozo de tasajo a medio comer.

—No ese caballo de río en concreto —rio Colmillo.

—Aun así —replicó Luka—. El apetito parece haberse desvanecido.

—Bueno, cuéntame tus noticias —pidió Colmillo.

Luka comenzó la narración hablando de su captura y su regreso, del trato hecho con el príncipe de Luccini, de la enemistad con Guido y, por supuesto, del *Barco del Carnicero*. Los vasos estaban vacíos cuando acabó, y Colmillo le hizo un gesto para que volviera a llenarlos.

—¿Así que Guido ha vuelto a engañarte? No me sorprende. Lo único que me extraña es que no lo hayas matado ya.

—Ése es el propósito de este viaje —le aseguró Luka—. Con independencia de lo que me haya hecho en el pasado, nada puede compararse al crimen que ha cometido contra el *Rumor*.

—Pero no podrás acercarte y acabar con un buque de esas dimensiones si sólo cuentas con la monadita de la *Zafiro*.

—¿Cómo sabes que el *Demiurge* es un gran buque? —preguntó Luka.

Colmillo sonrió.

—Porque me lo encontré ayer. En mar abierto. Navegaba hacia el este a una velocidad terrible. Me dirigí hacia él con la esperanza de obtener noticias, pero no le gustó mi aspecto, porque me disparó a la proa con toda una banda. Lo dejé en paz. Ya no tengo interés en perseguir barcos.

—Pero ¿era el *Demiurge*?

Colmillo asintió con la cabeza.

—Va medio día por delante de ti, Luka. Pero aunque le des alcance, no sé cómo te propones derrotarlo. Te supera en artillería por cuatro piezas contra una.

—Cinco contra una, en realidad. Simplemente, confiaba en que el mar me mostraría un modo de lograrlo, cuando llegara el momento. —Luka miró a Colmillo.

Colmillo entendió la mirada y negó con la cabeza.

—Ah, no. No, no, no. Luka, no me pidas eso. Soy demasiado viejo y...

—Está el asunto de las tres veces —dijo Luka.

—Pensaba que habían sido dos —comentó Colmillo.

Luka negó con la cabeza.

—No, tres veces. En Sartosa, durante la pelea en la taberna. El hombre de la azuela. En segundo lugar, ante la costa de Luccini, ese mismo verano. Los hombres de la guardia costera. Uno llevaba una pistola escondida. La tercera, cuando nos enfrentamos con aquellos corsarios ante el golfo Negro. Tres veces, Jeremiah.

Colmillo negó con la cabeza.

—¿Son tres? Maldición. No debería haberme detenido a saludarte.

—¿Qué sucede? —Luka rio entre dientes—. ¿Se ha apagado el fuego de tus venas?

La respuesta de Colmillo lo detuvo en seco.

—Sí, Luka, así es. El fuego se ha apagado. Cuando me has encontrado hoy, bogaba hacia mi cruz.

—No..., no, ¿verdad que no?

Colmillo asintió con la cabeza.

—Soy viejo, Luka. Demasiado viejo, ya. Este último viaje ha sido el final. He acabado con el mar. Navego hacia mi cruz, y ése será el fin.

Luka se recostó en el respaldo, desanimado, desdichado.

—No puedo creerlo —dijo—. Jeremiah, pensaba que tú y el *Árbol Fulminado* continuaríais hasta el final de los tiempos.

—Éste es el final de los tiempos —replicó Jeremiah en voz baja—. De mis tiempos. Soy viejo, Luka. Me pesan los huesos y mis miembros son lentos. Estoy muriéndome, amigo mío. Sólo quiero hallar mi cruz, pagar a mis valientes hombres y descansar la cabeza sobre una almohada blanda.

Luka se puso de pie.

—Respetaré eso, por supuesto. Jeremiah, esta noticia me llena de tristeza el corazón. El mar te echará de menos. Me marcharé a mi balandra y me quitaré de tu camino.

—La *Zafiro* es una nave adorable —dijo Colmillo—, pero nunca podrá con ese buque.

—Confío en que el mar me enseñará una manera de lograrlo.

—¿Luka?

—¿Sí, Jeremiah?

—¿Realmente fueron tres veces?

—Sí, señor.

Jeremiah Colmillo se puso de pie.

—En ese caso, creo que mi cruz puede esperar un poco más.



—Es sólo un escoplo —susurró Belissi.

—Pero tiene el extremo afilado —replicó Sesto, mientras recogía la herramienta y se la escondía debajo de la capa—. Le agujereará el pecho tan bien como cualquier otra cosa.

Belissi no lo escuchaba. Estaba mirando las agitadas aguas en busca de algo que Sesto no quería ni imaginar.

Era el tercer día de la fuga. Según la estimación de Curcozo, ya estaban atravesando las aguas medias del mar de Tilea. Los días continuaban siendo blancos y sin sol, y el viento seguía aullando. El mar estaba embravecido, se hinchaba y galopaba. Con todas las velas desplegadas, el *Demiurge* seguía navegando hacia Luccini.

Con el escoplo sujeto con una mano contra la cadera, Sesto echó a andar cubierta abajo, de vuelta a la toldilla de popa, luchando contra el violento balanceo del barco. Había tomado una determinación: iba a matar a Guido Dedos Ligeros. El escoplo se clavaría muy bien en el pecho del hombre. Por supuesto, después sería hecho pedazos por Curcozo, Alberto Largo, Vinagre Bruno y Guapo Onofre, pero ¿y qué? Moriría bien, vengado.

Sesto los veía ahora en la cubierta de popa; Guido estaba gritando órdenes por el tubo de comunicación. Tendría que acercarse, aproximarse como los barcos que se juntaban. Luego, una sola puñalada repentina...

—¡Vela! ¡Vela! —bramó el vigía desde lo alto.

La tripulación se volvió a mirar hacia popa.

Dioses, allí estaba. Lanzada como un dardo por el turbulento mar. La *Zafiro*, con la vela latina tan hinchada que parecía a punto de rasgarse. Veloz, veloz, más veloz que el pesado buque *Demiurge*.

Llegaba Luka. Exactamente como Sesto había predicho, Luka venía para acabar con aquel asunto.

De repente, la alegría de Sesto disminuyó. Guido estaba llamando a los artilleros, y se oyeron una serie de golpes cuando las escotillas de las troneras se alzaron a lo

largo de las cubiertas, y los cañones avanzaron. La *Zafiro* era tan pequeña, tan ligera... ¿Cómo, en nombre de Manann, esperaba Luka vencer en aquel combate?

Sesto subió a la toldilla de popa justo a tiempo de oír cómo Guido daba la orden de virar.

Guido desvió los ojos hacia Sesto.

—¿Pensáis que ha venido a salvaros? —gruñó Dedos Ligeros—. ¡Pensadlo mejor, mi príncipe! ¡No tiene ninguna esperanza! ¡Virad! ¡Virad otra vez! ¡Virad para dispararle!

Curcozo transmitía órdenes. Kazuriband hacía girar el timón con fuerza, con ayuda del timonel de relevo.

—¡Si el bastardo de mi medio hermano desea hacer de esto una lucha, seré yo quien lo ataque! —bramó Guido—. ¡Si él tiene la temeridad, yo cuento con el ingenio y el poder! ¡El *Demiurge* lo hará desaparecer del mar!

Sonaron un golpe sordo y una detonación distantes, y la proa de la *Zafiro* quedó difuminada por el humo. Había disparado con los cañones de proa.

Sesto oyó que las bolas de cañón pasaban silbando por encima de su cabeza, pues los disparos habían sido demasiado largos. Bajó corriendo por la escala y puso a Belissi de pie.

—¡Tenemos que ponernos a cubierto! —dijo.

—¿Ella está aquí? ¿Madre Mía está aquí?

—¡No, por el amor de los dioses! ¡No, no está aquí! Pero Luka sí. ¡Tenemos que ponernos a cubierto!

La *Zafiro* volvió a disparar con los cañones de proa. Esa vez las sibilantes balas atravesaron las velas de mesana y dejaron metros y más metros de lona suelta agitándose al viento.

—¡Virad! —chilló Guido—. ¡Virad y disparadles!

El *Demiurge* giró lentamente hasta quedar con un costado hacia la balandra que iba hacia ellos.

A una orden de Guido, disparó una andanada.

La totalidad del buque se estremeció al salir las balas. El humo barrió la cubierta en torrentes. Sesto hizo que Belissi se echara, y le cubrió la cabeza.

La *Zafiro* continuaba avanzando. Si había sufrido algún desperfecto, no daba señales de ello. Volvió a disparar con las piezas de artillería de proa, de cañón largo, y esa vez estalló en pedazos la barandilla lateral de la toldilla de popa, y mató a cuatro marineros que se encontraban cerca.

El *Demiurge* disparó otra andanada en respuesta al ataque. Después del golpe y el rugido de la detonación, después de la sacudida de la cubierta, Sesto pudo ver otra vez a la *Zafiro* al disiparse el humo.

Estaba tocada. Los focos latinos habían desaparecido, arrancados del bauprés.

La lona suelta se agitaba hacia atrás sobre las cubiertas de proa, desgobernada y violenta. La *Zafiro* comenzó a quedarse atrás. Los cañones de proa volvieron a destellar. Del mar, a poca distancia de los flancos del *Demiurge*, se alzaron columnas de agua.

La tripulación de Guido dio gritos de triunfo.

Por encima de los gritos, Sesto oyó otra voz. Desde lo alto de los aparejos llamaba un hombre, pero la advertencia era ahogada por las aclamaciones.

—¡Vela! ¡Otra vela! —chillaba el vigía—. ¡A estribor!

Sesto se volvió a mirar. Un enorme bergantín esmeralda estaba virando hacia ellos, corriendo con el viento. Al situarse lado a lado, a una milla de distancia, disparó sus cañones.

Un crepitar de llamas, un vómito de hollín. Luego, llegó el infierno. El costado de estribor del *Demiurge* fue cañoneado. Las barandillas se hicieron pedazos, el casco se rajó. Las velas fueron rasgadas y deshechas, y murieron hombres.

El *Árbol Fulminado* se acercó más y volvió a disparar.

* * *

Esforzándose por mantenerse de pie a pesar del fuerte oleaje, Luka Silvaro miraba hacia adelante. En la gris luz del día, a través de la lluvia, observó cómo el *Demiurge* y el *Árbol Fulminado* se acercaban el uno al otro, disparando los cañones. El barco de Jeremiah, expertamente pilotado, era el mejor situado para el combate. Los cañones de banda, que ocupaban tres cubiertas, vomitaban lenguas de fuego. El agua saltaba en columnas de la superficie del mar. Los trozos de madera de las barandillas destrozadas salían volando por el aire. El *Demiurge* vaciló, herido.

Otra salva, y el barco de Guido comenzó a navegar mal.

—¡Acercas más! —vociferó Luka.

Ahora estaban orientados de costado hacia el *Demiurge*, y los cañones de banda de la *Zafiro* causaban terribles daños en el casco del buque. Un humo negro se elevaba en el aire y era arrastrado por el viento contrario.

—¡Más cerca!

—¡No podemos! —le chilló Silke—. ¡No con este mar!

—¡Al diablo el mar! ¡Acercadme a la distancia de la espada!

Mientras el *Árbol Fulminado* le cañoneaba el costado de estribor con proyectiles encadenados, el *Demiurge* se estremeció cuando la *Zafiro* se le pegó al costado de babor. Los hombres de Guido intentaron desesperadamente bajar tangones y defensas para rechazar a la balandra, pero los costados de los barcos rasparon el uno contra el otro. A despecho del feroz oleaje, se lanzaron garfios y cabos de amarre, y los barcos

se apretaron entre sí.

Luka Silvaro se preparó para encabezar la carga de abordaje.

Abordar un barco sobre un mar tan picado ya era bastante difícil, pero hacerlo ante una feroz resistencia lo era todavía más. Los hombres de Guido se encontraban ante los paveses del lado de babor del *Demiurge*, armados con pértigas, podaderas y aceite hirviendo. Una hilera de arcabuceros disparaba granizadas de balas hacia abajo desde los aparejos del *Demiurge*, y varios hombres de Silke murieron antes de abandonar siquiera la *Zafiro*.

El *Demiurge* era una mole descomunal, y al estar cerca se encumbraba por encima de la *Zafiro*, que apenas tenía un tercio de su altura. No obstante, Luka se recordó a sí mismo que también era un buque descomunal cuando lo había capturado. Su mismísimo tamaño era su punto débil. Lo convertía en un blanco tremendamente grande.

Los propios arcabuceros de Silke, junto con los arqueros y con los marineros que manejaban los falconetes, abrieron fuego con una demoledora salva, que sonó como lona al rasgarse. Los disparos hicieron que los hombres de Guido se ocultaran tras las tablas del pavés. En la oscilante cubierta de la *Zafiro*, situada mucho más abajo, Casaudor y algunos de los hombres de armas comenzaron a lanzar granadas hacia lo alto, a lo largo del costado del buque. Algunas detonaciones volaron secciones del pavés, y hombres muertos o agonizantes cayeron entre los dos barcos, que iban chocando el uno contra el otro y separándose. Pero Casaudor tenía en mente otro objetivo. Lanzó la siguiente bomba humeante de manera que entrara por la tronera más cercana, situada a tres metros por encima de él.

La granada estalló dentro del buque e hizo saltar lejos la escotilla. Un momento después se produjo una explosión mucho más grande. Las llamas de la bomba habían llegado a la pólvora que había en el puesto del cañón. Toda una sección del sólido casco de roble que rodeaba la tronera voló hacia fuera y se produjo una ventisca de fuego y astillas. Con ella salió la propia culebrina, desalojada por la explosión, con el soporte en llamas. Voló por el aire como si hubiera despegado, y cayó en la zona media de la cubierta de la *Zafiro* con una fuerza tremenda, para luego rodar y detenerse, por fin, humeando. Algunos de los hombres de Silke corrieron hacia ella con cubos para apagarla.

Ahora había una gran brecha abierta en el costado del *Demiurge*, a la altura de la cubierta de cañones.

—¡Por allí! ¡Por allí! —vociferó Luka.

Los hombres de armas avanzaron corriendo a través del denso humo y lanzaron garfios y cabos por el agujero. Ya no había necesidad de enfrentarse con el sólido pavés y los defensores de la barandilla de lo alto. Se había abierto un punto de acceso mucho mejor.

Los hombres de armas de la *Zafiro*, con Luka a la cabeza, pasaron al otro lado de la brecha y entraron a través de la sección terriblemente dañada. El aire estaba negro de humo y hollín, y la cubierta de cañones en penumbra se hallaba sembrada de restos, algunos de carne humana. Los defensores de la cubierta superior dispararon hacia abajo, contra el destacamento de abordaje, pero los arcabuceros de Silke respondieron y acribillaron con sus balas las tablas protectoras.

Luka ya se encontraba dentro. El aire estaba caliente y mugriento. Los puestos de artillería más cercanos habían sido abandonados, presumiblemente tras la explosión de pólvora. Luka vio charcos y rastros de sangre sobre la cubierta, donde los hombres heridos por la metralla habían sido arrastrados fuera del lugar.

Avanzó, y al cabo de pocos segundos encontró la primera resistencia. Artilleros, la mayoría vestidos con poco más que pantalones de percal y pañuelo, acometieron al grupo de abordaje. Se habían armado con chafarotes y arietes. Luka y todos los hombres de armas que lo acompañaban iban pesadamente cargados con varias armas de fuego cada uno, todas cebadas y enhebradas en una guía para que fuera fácil usarlas. Luka cogió una pistola con llave de mecha en cada mano y disparó. Dos artilleros se desplomaron y murieron. Los hombres de armas que lo acompañaban también dispararon, y el estrecho pasillo quedó inundado de un acre humo blanco.

Luka dejó caer las armas que colgaban de la guía, que quedaron balanceándose junto a su cadera, y recogió las dos siguientes. Casador pasó junto a él, con una pistola de llave de sílex en una mano y una hacha de abordaje en la otra. Disparó contra uno de los bastardos de Guido que corría hacia él y, cuando el hombre caía, lo remató con un tajo de revés de la pesada hacha.

A su espalda, Luka oyó disparos y gritos cuando la siguiente oleada de los suyos atravesó el agujero.

Encontró escalones, una estrecha escala de madera que ascendía hasta la cubierta intermedia. El Saqueador que tenía al lado salió despedido hacia atrás, destripado al atravesarlo un disparo de mosquetón. Luka miró hacia arriba y vio al hombre del mosquetón en los escalones, intentando volver a cargar el arma. Disparó ambas pistolas, y el cuerpo del hombre cayó rebotando y golpeándose por la escalera.

Cuando ascendía precipitadamente por los escalones, sintió que el *Demiurge* se sacudía con fuerza en el momento en que otra andanada de los cañones de Colmillo le perforaba el costado de estribor. Oyó un sibilante sonido de corte procedente de la cubierta de lo alto —el inconfundible, horrible sonido de los proyectiles encadenados que hendían el aire—, e hizo una mueca de dolor ante los terribles alaridos que siguieron. Por la escotilla situada en lo alto de la escala, cayó sangre fresca, que chorreó por los bordes como el agua de los rociones de una mar gruesa.

Llegó a la cubierta con el primero de sus hombres de armas. El lugar era un caos de humo y madera rota, cuerpos y sangre. De inmediato, se encontraron con que ya se

libraba una feroz batalla contra los tripulantes del *Demiurge*. Las pistolas detonaban; las espadas destellaban y tintineaban. Luka disparó la última de las pistolas que llevaba cargadas, y luego desenvainó el shamshir. Abrió un tajo en la garganta de un hombre que empuñaba un sable y usó como cachiporra para golpear al hombre la culata de la pistola con llave de mecha que llevaba en la mano izquierda.

Esta era la peor fase de cualquier lucha en el mar, y Luka lo sabía. Cuerpo a cuerpo, uno a uno. El combate a cañonazos era algo atronador, y por lo general, resolvía cualquier lucha antes de que se volviera tan personal como ésta, tan sucia. Pero cuando la cosa se veía reducida a la matanza cara a cara, todo dependía de la fuerza bruta, del terror y del temperamento salvaje del pirata. Se podía perder toda una contienda en peleas de ese tipo. Si los hombres de Guido rechazaban o mataban al grupo de abordaje, podrían soltarse y salir airosos, a pesar del sangriento castigo de que habían sido objeto hasta ese momento.

Resultaba difícil ver a más de un par de metros en cualquier dirección, debido a la densidad del humo. Los blancos jirones que se alzaban de las armas de mano se mezclaban con las hirvientes nubes negras cargadas de chispas y ceniza candente que ascendían de las secciones incendiadas del *Demiurge*. Los cañones del *Árbol Fulminado* habían guardado silencio. Colmillo había entrevisto que los hombres de Luka estaban ya a bordo del barco enemigo, y no quería herirlos. En cambio, los arcabuces detonaron cuando los mosqueteros treparon a los aparejos e iniciaron el ataque. El *Árbol Fulminado* se aproximó. Las balas penetraban en la cubierta o en carne. Los hombres huían. También caía una lluvia de flechas y perdigones disparados con hondas y ballestas especiales. La cubierta estaba sembrada de muertos.

—¡Por Manann, por el Rey Muerte y por los Saqueadores! —vociferó Luka, al mismo tiempo que enarbolaba el shamshir, y sus hombres lo aclamaron mientras luchaban.

Volviéndose, Luka llevó a cabo una trepanación radical en un Dedos Ligeros que intentó trabarse en combate con él, y luego le arrancó la hoja manchada de sangre. Un estoque destelló al avanzar hacia él y hacerle un corte de través en el brazo izquierdo. Con un grito ahogado de dolor, Luka volvió a presentar el arma, bloqueó el siguiente golpe y se encontró combatiendo con Alberto Largo.

—Has escogido el bando equivocado —gruñó Luka, y se lanzó al ataque.

* * *

Cerca de allí, Casador y un grupo de cuatro hombres de armas llegaron al cuarto de bitácora y se trabaron en combate con un destacamento de tripulantes de Guido.

Pocos hombres tenían en los brazos la fuerza suficiente para blandir un chafarote como lo hacía Casaudor, que salpicó la cubierta de sangre al lanzarse contra los enemigos. Guapo Onofre se enfrentó con el primer oficial del *Rumor* a la vez que bramaba el nombre de su patrón, y le hizo un tajo en una mejilla con la punta de su nimcha árabe. Era una herida sangrante y profunda que dejaría en la cara de Casaudor una cicatriz para el resto de su vida.

Casaudor contraatacó, arremetiendo contra Guapo Onofre con el chafarote y obligándolo a retroceder. Onofre luchó para recuperar el terreno perdido, colérico y feroz, y de hecho, en la furia por destripar a Casaudor, hirió a uno de sus propios hombres.

Sus armas se enredaron y quedaron trabadas. Onofre gruñía al intentar que la ventaja que le proporcionaba el mayor largo de la hoja de su arma atravesara la guarda del chafarote de Casaudor. Pero éste sabía que el único modo de derrotar a los perros traicioneros como la chusma de Guido era superarlos en la traición.

Le propinó una patada de lleno en la entrepierna a Onofre. Cuando el hombre chilló y dio un traspié, casi doblado en dos de dolor, Casaudor ejecutó un barrido con el chafarote y lo estrelló de lado contra la cara de Onofre.

Al caer, muerto, sobre la cubierta, Guapo Onofre ya no merecía ese apodo.

A ciegas y con los oídos zumbando a causa del espantoso cañoneo, Sesto avanzaba entre el humo. Recogió el dadaso de un Dedos Ligeros muerto que encontró tendido en la cubierta, cerca de la popa. La espada, una pesada arma que se manejaba a dos manos, procedente de Catai, le pareció engorrosa al cogerla, ya que estaba habituado a armas más ligeras y refinadas, como el sable o el estoque.

Pero la sujetó con fuerza. Al menos era una espada. Llevaba el escoplo de Belissi metido por dentro del cinturón.

Estaba acercándose a la escala de la toldilla de popa. Muy cerca, aunque invisible a causa de la densa nube de humo que los envolvía, oía el ruido de una tremenda lucha que tenía lugar en la zona de estribor de la parte central de la cubierta. Entreveía figuras que se afanaban y danzaban en la penumbra.

La cubierta se sacudió cuando detonó otra explosión en las profundidades del barco. ¿Una granada? ¿Un barrilete de pólvora que se había encendido? Si las llamas llegaban al pañol de municiones protegido con malla metálica que había en las profundidades, no quedaría cubierta que sacudir, ni *Demiurge*.

Un piquero arremetió contra Sesto, con la cara ensangrentada a causa de una herida que tenía en el cuero cabelludo. Sesto se apartó a un lado para evitar la pica, y con ambos brazos descargó un golpe de espada. El dadaso, pesado pero con su único filo agudo como una navaja, cortó la punta de la pica y, de repente, Sesto se alegró de haberlo recogido.

El piquero, asustado, soltó el asta cercenada y retrocedió.

Aunque le fuera la vida en ello, Sesto no logró convencerse a sí mismo de acometer a un hombre desarmado.

—Corre —le sugirió.

El piquero hizo lo que le decía.

Tras aferrar el dadoo con ambas manos, Sesto ascendió por el corto tramo de escalones hasta la toldilla.

A través del vapor caliente vio a Guido, que estaba cerca del timón, junto a Kazuriband, luchando para hacer girar la rueda y apartarse de la *Zafiro*. El timonel de relevo, decapitado por un proyectil encadenado, yacía muerto a sus pies. Curcozo se encontraba en la barandilla de babor, desde donde disparaba con un arcabuz contra la cubierta de la *Zafiro*, situada más abajo.

—¡Guido! —vociferó Sesto, mientras avanzaba, con la esperanza de que su entrada fuera lo bastante espectacular como para detener en seco al renegado.

Pareció que lo era, porque Guido contempló al joven de Luccini con horrorizada incredulidad.

Entonces, algo se interpuso entre Sesto y su objetivo. Vinagre Bruno, que golpeaba alegremente el tamboril contra un muslo, acometió a Sesto con un sable.

Sesto intentó desviar el ataque, pero el engorroso dadoo era demasiado lento y pesado como para blandirlo del modo que él quería. Sólo consiguió bloquear el arma de Bruno trabándola de través con los gavilanes en forma de garfio de la vieja espada de Catai. Forcejearon durante un momento, sin que ninguno quisiera separarse del otro, ni otorgarle la ventaja. Luego Sesto invirtió todas sus fuerzas y retorció su espada. Sólo intentaba librarse del oponente. Casi por accidente, clavó la punta de la curva hoja debajo del extremo de la mandíbula de Vinagre Bruno.

La sangre, caliente y brillante, salió disparada hacia el rostro de Sesto. Vinagre Bruno dejó caer el sable y el tamboril, y retrocedió. Se aferraba la garganta y miraba a Sesto con incredulidad.

—Lo siento —dijo Sesto, debido a lo asombrado que estaba.

Vinagre Bruno cayó de espaldas, mientras en torno a él se acumulaba una prodigiosa cantidad de sangre, y sufrió estertores de agonía. El cuerpo se sacudió y vibró, en tanto sus pies y la parte inferior de sus manos tamborileaban sobre la cubierta con mayor vigor del que jamás había invertido en tocar su tamboril.

Sesto contemplaba, petrificado, a Bruno. Estaba completamente desprevenido cuando llegó Curcozo.

El primer oficial de los Dedos Ligeros arrojó a un lado el arcabuz descargado y corrió desde el otro lado de la cubierta mientras desenvainaba un puñal. Chocó con Sesto y lo aplastó contra la barandilla. Sesto lanzó un grito ahogado y soltó la espada. Curcozo le dio un puñetazo en la cara, y luego levantó la daga para clavársela en el ojo izquierdo.

* * *

Una expresión de consternación y decepción cruzó por el rostro de Alberto Largo. Dejó caer el estoque, que repiqueteó sobre la cubierta, y abrazó a Luka Silvaro. Luka sintió el aliento caliente del hombre contra la mejilla.

—¿Sientes eso? —preguntó.

—Lo siento —jadeó Alberto Largo.

El shamshir de Luka estaba clavado hasta la empuñadura en el vientre de Alberto Largo. Luka interrumpió el abrazo y le arrancó la hoja. La mayoría de las entrañas de Alberto Largo salieron como una explosión por la recién formada abertura.

Chillando a causa de un dolor que lo ahogaba, Alberto Largo cayó de rodillas.

—Como ya he dicho, escogiste el bando equivocado.

—Por el amor de Manann —replicó Alberto Largo, en cuyos labios burbujeaba la sangre—. Haz que sea rápido.

Luka Silvaro blandió el shamshir como si fuera una guadaña y lo complació.

* * *

El puñal de Curcozo descendió, pero de repente se alejó, tambaleante. Algo se había estrellado contra un costado de su cabeza y le había arrancado la oreja izquierda. Sesto cayó cuando el oponente lo soltó. Curcozo se alejó dando traspiés, con la sangre chorreándole por el grueso cuello, y se encontró cara a cara con el bucanero Ymgrawl.

—¡Te dejé por muerto! —gritó Curcozo.

—No tan muerto como te habría gustado —dijo Ymgrawl, y lo acometió con un tajo de chafarote. El sangrante primer oficial bloqueó frenéticamente con el puñal.

Se oyó una detonación, y una bala de pistola erró la cabeza de Ymgrawl por apenas nada. Ymgrawl se volvió, y, con la mano izquierda, arrojó su cuchillo de curtidor, que se clavó en el hombro derecho de Guido. Éste gritó y cayó, al mismo tiempo que soltaba la pistola de rueda con que acababa de disparar.

Kazuriband abandonó el timón y corrió hacia Ymgrawl, barriendo el aire con un dao de la dinastía Kang, con doble estría, que había pertenecido a su padre antes que a él. Ymgrawl se agachó y saltó hacia atrás, con lo que evitó el tajo, para luego estrellar su pequeño chafarote contra la enorme espada de Catai. Un golpe bajo, luego otro alto, y amenazó el lado izquierdo mal protegido de Kazuriband, con lo que obligó al timonel a acercar los brazos al cuerpo y parar los ataques muy de cerca.

Luego, Ymgrawl hizo una finta inteligente, acercó el chafarote hacia sí mismo y

le asestó una estocada que atravesó el cuello de Kazuriband. Ymgrawl arrancó la hoja, y el timonel cayó de bruces.

Un gran puño se estrelló contra un costado de la cabeza de Ymgrawl y lo derribó sobre la cubierta. Siguieron otros dos puñetazos salvajes, que lo obligaron a enroscarse como una bola para protegerse. Curcozo alejó el chafarote de una patada, y rodeó el cuello del bucanero con sus carnosos dedos para estrangularlo.

Ymgrawl se debatía y pataleaba, pero el hombre, más corpulento, estaba encima de él y le resultaba imposible quitárselo de encima. Los dedos de Curcozo apretaron, e Ymgrawl comenzó a sentir que los tendones del cuello se le hinchaban y luego se hundían.

Se oyó un impacto muy fuerte, de metal obligado a penetrar en carne y hueso. La presa de Curcozo se aflojó repentinamente, y el hombre cayó hacia un lado del cuerpo de Ymgrawl. El bucanero se sentó, resollando y tosiendo, y vio el escoplo que sobresalía de la parte posterior del cráneo de Curcozo.

Ymgrawl alzó la mirada hacia Sesto.

—Se supone que yo soy el que os está protegiendo a vos —gorgoteó.

—Bueno, considéralo un acto de gratitud —replicó Sesto con una sonrisa.

Espada en mano, Luka había llegado a la toldilla de popa justo en el momento en que Casaudor encabezaba la carga de ascenso por la escala opuesta. Pero la lucha ya había concluido. Los cuerpos de Kazuriband, Curcozo, Vinagre Bruno y el timonel de relevo se encontraban tendidos sobre la cubierta ensangrentada. Sesto ayudaba a Ymgrawl a ponerse de pie.

Luka avanzó hacia ellos y zarandeo a Sesto por los hombros.

—¡Dioses de las profundidades, me alegro de verte!

Sesto sonrió. Un hombre inferior a él podría haber pensado que Luka sólo estaba interesado en preservar su recompensa, pero en sus ojos había una genuina expresión de felicidad por el hecho de que Sesto aún viviera.

—Sabía que vendrías —dijo con una ancha sonrisa.

Luka rio, y se subió sobre la barandilla para agitar los brazos en dirección al *Árbol Fulminado*.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego y esperad! —vociferó.

Luka vio que Colmillo agitaba los brazos desde la alta toldilla de popa para acusar recibo, y les daba órdenes a sus hombres.

—¿Puedo matarlo —preguntó Casaudor—, o quieres ese honor para ti?

Luka se volvió y vio que Casaudor tenía el filo de la espada contra la garganta de Guido. El patrón de los Dedos Ligeros yacía de espaldas y tenía un cuchillo largo clavado en el hombro derecho. En el semblante de Guido había una expresión de miedo abyecto.

—Eso es mío —dijo Ymgrawl al arrancar el cuchillo de curtidor del hombro de

Guido, que gritó de dolor.

—No lo mates —dijo Luka con voz queda.

—Por todos los demonios del mar, no irás a darle otra oportunidad más, ¿verdad?
—gritó Casador.

—¡No! —respondió Luka—. Ya las ha agotado todas. Pero logró que el mar mintiera por él, y antes de que muera averiguaré cómo lo hizo.



En llamas, el *Demiurge* fue dejado en libertad. Llorando nubes de negro humo que le manaban del casco, se alejó de sus vencedores a la deriva, y se escoró en las hinchadas olas. Ya estaba bastante hundido, pues el mar había entrado por las brechas del casco. Sin gobierno, se deslizó con las velas hinchadas durante media hora, mientras el costado de estribor se inclinaba lentamente hacia la línea del mar. Se escoró más, y el humo negro que salía del interior se extinguió de repente para ser reemplazado por un rápido surtidor de vapor cuando el agua del mar se encontró con el fuego.

Meciéndose al alejarse por el agitado mar gris, el buque se hundió aún más, con los mástiles inclinados hacia el mar, adornando el agua con lona desgarrada y cabos colgantes. Una enorme estela de pecios iba tras él, subiendo y bajando con las olas: trozos de madera, leña menuda, ropa, las pertenencias personales de los tripulantes muertos, cuerpos y el tamboril de Vinagre Bruno.

Justo antes de que cayera el sol, el casco cedió por fin. Un melancólico sonido de madera rajada resonó por encima de las olas, y el *Demiurge* se dobló por la mitad al ceder la madera bajo la tensión. El poderoso buque sólo tardó tres minutos en desaparecer bajo las olas, para no dejar nada más que una hirviente zona de burbujas de aire que estallaban en el lugar que había ocupado.

—Bien, Guido —dijo Luka—. O me engañaste a mí, o engañaste al mar. Una cosa o la otra. Quiero saber cómo lo hiciste.

Pálido, débil a causa de la pérdida de sangre, Guido se limitó a negar con la cabeza.

Se encontraban en la toldilla del *Árbol Fulminado*. Se estaba poniendo el sol, el mar se había calmado y había pocas olas. La *Zafiro* navegaba a babor.

—Le haremos repetir la prueba —dijo Luka, que miró por encima del hombro a Jeremiah Colmillo, Casaudor, Sesto e Ymgrawl.

—Si así lo quieres —replicó Colmillo, y dio una palmada para comenzar los preparativos.

—No es necesario —dijo Sesto—. Yo sé cómo lo hizo. Lo he estado pensando, y

estoy seguro de saberlo.

—Cuéntamelo —pidió Luka.

Los hombres de Colmillo habían fijado el tablón a la barandilla lateral del *Árbol Fulminado*. Ese anochecer no había necesidad de atraer a los carnívoros. La sangre y los cuerpos que habían caído al agua como resultado de la terrible lucha habían hecho que acudieran a centenares. Al mirar por encima de la barandilla, en la luz del final del día, Sesto observó cómo agitaban el agua y se peleaban en su frenesí.

—¿Estás seguro? —le preguntó Luka.

—No, pero ¿se te ocurre una explicación mejor? El mar jamás te engañaría, Silvaro. Tiene que haber sido obra de Guido.

—¡Estamos preparados! —gritó Honduro.

—Traedlo —dijo Luka.

Alzaron a Guido hasta la barandilla y lo dejaron de pie en el extremo del tablón.

—¿Qué? —gritó, desafiante—. ¿No vais a atarme los brazos? ¿A encapucharme?

—Esta vez no —dijo Luka—. Simplemente harás la prueba con los ojos abiertos. Estoy seguro de que eso puedes hacerlo.

Guido bajó los ojos hacia las revueltas aguas iluminadas por la luz lunar, aguas que hervían de peces carnívoros.

—Adelante —dijo Luka.

Guido comenzó a avanzar lentamente por el tablón, con los brazos desplegados para mantener el equilibrio. Sus pasos eran temerosos y cuidadosos.

—Es difícil, ¿eh? —le gritó Luka—. Quiero decir sin que Vinagre Bruno toque el tamboril para mantenerte informado.

—¿Qué? —dijo Guido, con un grito ahogado, vacilando.

—Es así como lo hiciste, ¿verdad? Bruno y su tamboril. Su danza animada. El ritmo te decía dónde estabas, cuánto tablón quedaba. Así fue como me engañaste.

—¡En el nombre de la santidad, Luka, no sé a qué te refieres!

—¡Ah!, yo creo que sí, Guido.

—¡Por favor, hermano! ¡Porque eres mi hermano, cuando todas las otras cosas quedan de lado! ¡Muéstrate misericordioso conmigo! ¡Muéstrate misericordioso ahora!

Luka miró a Colmillo y a Casaudor. Luego, se volvió a mirar a Guido, que estaba en mitad del tablón.

—Misericordia. Es el nombre que Honduro le ha dado a su excelente hacha.

—¿Qué?

Luka avanzó y alzó la enorme hacha árabe curva que le había prestado el primer oficial de Colmillo. De un solo tajo descomunal, cortó el tablón por el extremo de la barandilla.

El resto de la plancha, junto con Guido, cayó hacia las negras aguas.

Guido gritó. Se hundió y luego salió a la superficie, donde volvió a gritar. Los peces carnívoros se cerraron en torno a él, hendiendo el agua con la aleta dorsal como si fuera una guadaña.

Uno de ellos lo arrastró hacia abajo. Sangre negra formó espuma en la superficie.

—Y ése ha sido un final —dijo Luka, al devolverle el hacha a Honduro.

De repente, Guido volvió a salir a la superficie, gritando y debatiéndose. El agua que lo rodeaba estaba negra de sangre. Los peces carnívoros se lanzaban hacia él para arrancarle bocados.

—Se aferra a la vida —observó Colmillo.

—Traedme una pistola —dijo Luka.

—Espera... ¡Ay, dioses! —exclamó Sesto, aferrando el brazo de Luka—. ¡Mira!

De repente, el agua que rodeaba a Guido comenzó a girar y cubrirse de espuma. Como un remolino, como un torbellino, giraba y chapoteaba con tal ferocidad que el *Árbol Fulminado* se balanceaba.

—¡Ay, Manann querido...! —exclamó Sesto con voz ahogada.

Unas fauces abiertas salieron bruscamente del remolino, haciendo retroceder las olas. Eran descomunales, tan enormes como la popa del *Demiurge*. Escamosas, marrones, abiertas de par en par, exhibían dientes del tamaño de chafarotes. Ascendiendo desde la monumental espuma, se abrieron más para tragarse a Guido y a varios de los peces carnívoros. La última imagen que tuvieron de Guido fue su cuerpo estallando en pedazos al cerrarse las gigantescas fauces.

—¡Madre Mía! —gimió Belissi—. ¡Madre, Madre Mía!

Porque así era.



La gigantesca bestia volvió a hundirse en el mar como si el frente de un glaciar se deslizara dentro de la corriente polar. El impacto de su hocico colosal levantó una gran columna de agua que hizo balancear violentamente hacia babor tanto al *Árbol Fulminado* como a la *Zafiro*. Los hombres cayeron y resbalaron por las cubiertas, pues la mayoría habían quedado tan pasmados por la monstruosa visión que no habían buscado un asidero. Belissi gritaba, acobardado, pero su voz era sólo una de las muchas que se alzaban con miedo y rezaban frenéticas plegarias. El pánico había hecho presa en casi todas las almas, incluso en las más duras y sólidas.

La bestia sacó de nuevo el hocico del agua, con las mandíbulas muy abiertas, y mordió las espumosas aguas. Luego, volvió a deslizarse bajo las olas. Junto a la barandilla, Silvaro contemplaba su enorme masa, una escamosa sombra marrón dentro del agitado mar del anochecer. Se parecía a un cocodrilo por la forma, pero se impulsaba con aletas en lugar de patas. Al menos era tan larga como el propio *Árbol Fulminado*.

—¡Cuidado! —bramó Luka—. ¡Se mete debajo de nosotros!

La cubierta vibró a causa de un terrible impacto, y oyeron el raspar y rascar de la espalda escamosa de la bestia contra el fondo del *Árbol Fulminado*.

—¡A los cañones! —vociferó Luka—. ¡Apuntadlos hacia ella cuando salga a la superficie!

—¿Contra eso? —le gritó Honduro—. ¡Nuestra culebrina más grande no podría hacerle ni un rasguño!

—Entonces, ¿qué? ¿Qué? —vociferó Luka, que salvo por las más descabelladas historias no tenía ni idea de que una criatura tan grande morara sobre la faz del mundo.

Madre Mía —maldito nombre cariñoso— volvió a salir a la superficie entre el *Árbol Fulminado* y la *Zafiro*. El tumulto resultante lanzó agua sobre ambas cubiertas, haciéndolos caer con tal fuerza que se aferraron a cabos para que no los arrastrara. La pobre *Zafiro*, empequeñecida por la masa descomunal de la criatura, viró violentamente, se escoró y sus palos se inclinaron hacia el agua, a punto de volcar.

Luka vio caer hombres al mar.

Atravesó corriendo la inclinada cubierta y comenzó a luchar para cargar la pieza de artillería giratoria más cercana que había junto a la barandilla de babor. Era inútil, pero maldito si iba a quedarse cruzado de brazos mientras la bestia los devoraba.

Sin hacer caso de la maltratada *Zafiro*, el monstruo se dio la vuelta para regresar hacia el *Árbol Fulminado*, como si de alguna manera supiera que el pobre Belissi estaba oculto en ese navío. El hocico se estrelló contra un costado del barco como si fuera un ariete, y se oyó un furioso crujido de madera. La totalidad de la nave fue lanzada hacia estribor —su tonelaje estrellado contra el mar que la acogía—, a causa del tremendo golpe.

Sujeto a un vaivén y empapado, Sesto vio a Belissi. El viejo carpintero avanzaba cojeando hacia la barandilla de babor, luchando para permanecer de pie.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Sesto.

—Tengo que ofrecerte —le gritó Belissi, a modo de respuesta—. ¡Entregarme a Madre Mía para que tal vez os perdone la vida al resto de vosotros!

—¡No seas necio! —respondió Sesto, pero por la expresión de las caras de los desesperados tripulantes que lo rodeaban, se trataba de una idea que apoyaban con total sinceridad.

—¡Belissi!

El carpintero casi había llegado a la barandilla, pero la bestia atacó otra vez y sacudió el casco con otro golpe titánico, lo que hizo que Belissi perdiera pie y cayera. Se levantó, se aferró a la barandilla y pasó por encima.

—¡No! —vociferó Sesto, que se lanzó hacia él.

Se pusieron a forcejear.

—¡Suéltame! —gritó Belissi—. ¡Tengo que hacerlo!

—¡Te digo que no! —replicó Sesto.

Belissi luchaba y empujaba a Sesto, intentando lograr que lo soltara.

—¡No te dejaré hacerlo!

—¡Por favor! ¡Tengo que hacerlo!

De un tirón, Belissi logró soltarse de las manos de Sesto. Frenético, el de Luccini le lanzó un puñetazo. No tenía deseo alguno de herir al anciano, pero fue lo único que se le ocurrió. El puño se estrelló contra el mentón de Belissi y lo derribó sobre la cubierta, desmayado. Sesto aferró el cuerpo inconsciente y comenzó a arrastrarlo por los tablones empapados, mientras el agua de mar caía con fuerza sobre ambos.

Sesto alzó los ojos hacia la barandilla mientras luchaba para arrastrar al carpintero, y vio las enormes fauces de la bestia que se abrían de par en par al alzarse para arrancarle un bocado al costado del *Árbol Fulminado*, y tragárselos también a ellos.

—¡Luka! ¡Detén ese disparate y ayúdame!

Luka se volvió desde el cañón giratorio y vio que Colmillo atravesaba trabajosamente la cubierta. El viejo señor pirata llevaba una gran caja dorada en los brazos.

—¡Luka, ayúdame a mantenerme de pie!

Colmillo estaba de cara a la barandilla, frente a la inmensidad de la bestia que ascendía. Luka lo aferró y mantuvo firme cuando soltó el bastón y abrió la caja. Colmillo dejó caer la caja, y sostuvo en alto su contenido con ambas manos.

Era un diente. Un solo diente, pero era enorme. Se equiparaba en tamaño a cualquiera de los largos colmillos de la sonrisa de Madre Mía, pero mientras que éstos eran los largos dientes en forma de daga de un reptil, el que tenía el pirata en las manos era plano y de forma triangular. Antiguo, gris, agujereado y gastado, era precisamente igual a los dientes de sierra de un pez carnívoro. Pero ¿qué tamaño tenía el pez carnívoro cuya boca habían llenado unos dientes como éste?

Un alambre de oro envolvía el diente en cuya superficie se habían tallado extrañas runas. Era tan ancho como el pecho de un hombre, y tan largo, hasta la punta, como el antebrazo y la mano de un hombre. Colmillo tenía que sujetarlo con ambas manos, como un escudo o una bandeja, con el garfio de hueso encajado en torno a una esquina. Lo alzó en alto y lo agitó hacia la gran bestia. Luka se esforzaba por mantenerlo en pie y permanecer de pie él mismo.

Durante largos segundos, abriendo grandes surcos en el mar con sus gigantescas aletas, Madre Mía mantuvo alzados del agua la cabeza y el cuello para amenazar al barco que estaba a punto de hundir.

Luego, cerró sus funestos ojos amarillos y volvió a caer, como una avalancha, dentro del mar, para desaparecer de la vista.

Poco a poco, las atormentadas olas comenzaron a calmarse.

Colmillo bajó los brazos y, con ayuda de Luka, se recostó contra el cordaje firme más cercano. Estaba exhausto. Luka cogió el pesado diente de sus manos.

—Vuelve a meterlo en el cofre —dijo Colmillo—. Por favor, con cuidado y con la debida reverencia.

—¿Qué es? —quiso saber Luka, que contemplaba con asombro el objeto que tenía en las manos.

—Lo llaman el Mordisco de Daagon —replicó Colmillo—. Es un amuleto. Se lo quité a un corsario en una acción que tuvo lugar enfrente de Copher. Es un potente talismán contra los diablos del agua, como has podido ver. Ni siquiera a una bestia como ésa le gusta mirar los dientes de aquel que podría amenazarla.

—A mí no me gustaría ver la clase de monstruo al que teme ese otro monstruo —dijo Luka.

—Y puede que ya no viva ninguno, ni siquiera en los lugares más profundos. El Mordisco es muy antiguo, pero los otros diablos recuerdan cómo era. Protege bien

contra el mal.

Luka depositó el diente dentro del cofre y, con un estremecimiento, lo cerró.

El tumulto se calmó lentamente, aunque el mar abierto aún estaba picado. Para cuando cayó del todo la noche, ya habían sido recogidos del océano los hombres que habían caído por la borda durante el incidente. Milagrosamente habían salido enteros del oleaje, porque la llegada de Madre Mía había hecho huir de la zona a todos los peces carnívoros.

Mientras Honduro y Casaudor intentaban encender las lámparas de cubierta y recuperar algo parecido al orden entre los conmocionados tripulantes del *Árbol Fulminado*, Sesto ayudó a Luka a llevar a Jeremiah a su camarote. El anciano estaba pálido y respiraba con dificultad, como si los espantosos acontecimientos lo hubieran obligado a excederse físicamente.

En el camarote reinaba un desorden mayor del que era habitual, porque muchos objetos habían caído sobre la cubierta a causa de las violentas sacudidas del barco. Sesto dejó la caja dorada sobre un banco, y se apresuró a despabilar la mecha de las lámparas mientras miraba a su alrededor con asombro. Silvaro ayudó a Colmillo a sentarse, y luego le sirvió un vivificante trago de ron.

—Preferiría té —dijo Colmillo—, pero ya no hay tiempo para hervir agua. El ron estará bien. —Le temblaban las manos al coger el pesado vaso de plomo—. Estoy muy fatigado. ¿Lo ves, Luka? Ya te he dicho que el fuego se ha apagado. Estoy haciéndome demasiado viejo para este juego.

—No quiero oírte hablar así —dijo Luka.

Los dos permanecieron sentados a la luz amarilla de las lámparas y conversaron mientras Sesto inspeccionaba en silencio las maravillas que contenía el camarote. Lentamente, Colmillo pareció recuperar un poco de vitalidad.

—Bueno, ¿hacia dónde irás ahora, Luka? —preguntó.

—Regreso a Águilas, para ver cómo está mi *Rumor*.

Colmillo asintió con la cabeza.

—Me hablaste de la traición de Guido, pero no de qué asuntos te habían llevado a Águilas, para empezar. No puede decirse que sea un puerto cordial para los hombres de nuestra estirpe.

—Bastante cordial —dijo Luka—, para un hombre que lleva patente de corso.

Colmillo miró fijamente a Luka durante un momento, y luego estalló en un ataque de risa y resuellos tal que tanto Luka como Sesto temieron que dejaría de respirar.

Al fin, Colmillo dejó de farfullar y se enjugó los ojos.

—¿Así que el mismísimo Halcón ha aceptado patentes? ¡Un corso! ¡Sin duda, que éste es un mundo patas arriba!

—¿Y por qué te resulta tan gracioso? —preguntó Luka—. Tú mismo has aceptado patentes en tus tiempos, de diferentes señores, cuando la empresa te

acomodaba.

—Luka, Luka —replicó Colmillo, inclinándose hacia adelante y rodeando con su única mano uno de los enormes puños con cicatrices de Luka—. He hecho muchas cosas en mi vida, muchas, que jamás esperarías que hicieras tú. Soy caprichoso y tengo malhumor, y trazo un rumbo un día y otro al siguiente. Pero tú, Luka, tú tienes determinación, eres libre, imperioso, flemático, y no te posee ni hombre ni amo ninguno. Es lo que siempre he admirado de ti. No se me ocurre ninguna causa lo bastante grande, incluso con riquezas aparejadas, que pueda someter tu voluntad al servicio de otro hom...

Su voz se apagó. Tragó y clavó en Luka una mirada terrible.

—A menos... ¡Ay, Luka, dime que no es verdad! Dime que no has emprendido la tarea en la que estoy pensando.

Luka sonrió.

—He jurado librar los mares del *Barco del Carnicero*, viejo amigo, o morir en el intento.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho algo semejante?

—Porque alguien tenía que hacerlo, por el bien de todas las buenas almas que haya sobre el agua —replicó Luka.

Quedó bastante complacido con el cariz dramático de la respuesta. Sonaba mejor que «porque el príncipe de Luccini me dio pocas opciones más que no fueran una cuerda colgada de la rama de un árbol o del cadalso».

Colmillo sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Y qué clase de rey te ha ofrecido una patente tal que no has podido rechazar?

Luka estaba a punto de replicar cuando respondió Sesto.

—Mi padre, señor. El príncipe de Luccini.

—¡Vaya! —Colmillo se volvió a mirarlo—. ¿Y tú eres...?

—Giordano Paolo, sexto hijo, y el más joven, de su majestad el príncipe.

Colmillo estaba demasiado cansado como para levantarse, pero inclinó profundamente la cabeza con genuina reverencia.

—Mi joven señor, ignoraba por completo en presencia de quién estaba, ni de qué noble linaje era huésped en mi pobre bergantín.

—No hay necesidad de inclinarse, señor —se apresuró a decir Sesto—. El honor es mío, por estar aquí.

—¿Acaso eres, como dicen los estalianos, el rehén que garantiza el cumplimiento del trato? —le preguntó Colmillo.

—Sesto se unió a nosotros por propia voluntad —replicó Luka—. No hay rehenes ni rescates involucrados; ni rescatadores, te lo aseguro. Sesto nos ha acompañado para observar nuestros actos e informar a su padre de nuestro éxito.

—¿Por tu propia voluntad —meditó Colmillo, impresionado— renunciaste a la

hermosa vida de la corte para unirme a una compañía pirata, a una compañía, además, comprometida en una empresa tan suicida? Joven señor, permíteme que te diga que en la sangre real de Luccini hay más fuego del que jamás hubiera esperado.

Sesto se sonrojó un poco.

—¿Y qué me dices de tu fuego, Jeremiah? —preguntó Luka—. ¿Se ha avivado un poco después de la acción? Perder el *Demiurge*, aunque gracias a Guido teníamos pocas alternativas, ha sido un contratiempo. Estaba destinado a ser el espinazo de la flota que se enfrentaría con el *Kymera*.

Colmillo suspiró.

—¡Ay, Luka!, otro favor no. He roto el juramento que les había hecho a mis hombres al apoyarte contra tu malvado pariente. Eso ha sido por los viejos tiempos, y me ha dejado agotado. Mi fuego se ha apagado, y navego hacia mi cruz, y se acabó. No me pidas que navegue contigo contra el Carnicero.

Luka asintió con la cabeza.

—Aún queda el asunto de las tres veces —dijo luego, en voz muy queda.

Jeremiah Colmillo rio entre dientes.

—Eres el mismo bribón de siempre, Luka. Diría que estamos en paz. He luchado a tu lado contra el *Demiurge*, como me pediste...

—Ésa es una —lo interrumpió Luka.

—... y he rechazado al dragón marino cuando nadie más podría haberlo hecho.

—Y con ésa son dos —añadió Luka.

—Creo que deberías ser más generoso —dijo Colmillo—. Ese dragón, por sí solo, valía tres, cuatro, cinco, o cualquier cantidad de veces que me hayas podido salvar la vida.

Luka sonrió y asintió con la cabeza.

—Lo sé, lo sé, viejo amigo, pero tenía que pedírtelo.

Colmillo le devolvió la sonrisa.

—Claro que sí. Y en honor a la justicia y al antiguo código de nuestra hermandad...

Recogió el cofrecillo dorado que descansaba sobre el banco, junto a él, y lo deslizó hasta el otro lado de la mesa, hacia Luka.

—Ahí va la tercera —dijo—. Si el *Barco del Carnicero* es la mitad de demonio de lo que se dice que es, tú necesitarás el Mordisco de Daagon más que yo. Llévatelo; llévatelo con mi bendición. ¡Y ahora, ponte en camino! Detesto las despedidas, especialmente las definitivas, así que no me despediré. Bájate de mi barco y lárgate.

Luka se levantó, recogió la caja dorada y miró por última vez al viejo señor pirata que estaba encorvado en su asiento.

—Espero que halles tu cruz, Jeremiah Colmillo, y que la dejes estar donde la pusiste.

—Y que tú encuentres a tu *Barco del Carnicero*, Luka Silvaro, y que el Rey Muerte esté de tu lado cuando lo hagas.

* * *

Se trasladaron en lancha de vuelta a la *Zafiro*. Casaudor y Belissi manejaban los largos remos, y Sesto y Silvaro ocupaban la popa. Belissi parecía más tranquilo y tenía los ojos más brillantes de lo que Sesto se los había visto desde que lo conocía, como si contemplara ante sí un nuevo período vital que le había sido concedido.

—¿Qué significa —preguntó Sesto a Luka— eso de navegar hacia la propia cruz?

—Ningún pirata que valga la sal que come lleva consigo sus riquezas —replicó Luka—. Simplemente lleva una carta privada, a menudo escrita en clave, o con alguna otra artimaña que impida que pueda leerla cualquiera que no esté enterado de su secreto. En esa carta hay una cruz, una X, que marca el emplazamiento del tesoro secreto, enterrado, del pirata. Verás, la cruz marca el lugar. Y cuando un pirata llega al final de su carrera sobre las olas, le hace un juramento a su leal tripulación, y ésta boga hacia esa cruz, bajo la dirección del capitán. Así pues, en esa cruz, cuando la encuentra, descubre las riquezas y las reparte, una porción para cada hombre según sus servicios, responsabilidades y rango. Y ahí se acaba el asunto.

—Pero ¿qué sucede con el barco y los hombres?

—Algunos de los tripulantes podrían heredar el navío. Tal vez Honduro ocupará el mando y se convertirá en capitán del *Árbol Fulminado*.

—¿Y qué sucede con el señor pirata?

Luka se encogió de hombros.

—No estoy seguro. En realidad, Sesto, nunca había conocido a un capitán que viviera durante el tiempo suficiente como para navegar hasta su cruz y retirarse.

Treparon por un costado de la *Zafiro*, que aguardaba, iluminada por lámparas en la noche. En la oscuridad cada vez más negra, a la luz vaga de las lunas, vieron que la gran forma del *Árbol Fulminado* izaba velas para aprovechar el viento del oeste, viraba y se alejaba en la pleamar.

El *Árbol Fulminado* disparó un último saludo ardiente: luego, metió dentro los cañones, cerró las troneras y se desvaneció en la noche.



—¡Virad por adelante! —ordenó Roque—. ¡Arriad un poco esas superiores!

—¡Virad por adelante! —vociferó Benuto a sus hombres—. ¡Superiores fuera, holgazanes!

—¿Qué tal está? —preguntó el capitán Hernán.

—Considerando el tiempo que los carpinteros de Águilas han tenido para trabajar en él, casi perfecto —replicó Roque con una sonrisa.

Era el mediodía de la séptima jornada desde la partida de Luka a bordo de la *Zafiro* en persecución de Guido y el *Demiurge*. Bajo el mando de Roque, el *Rumor* estaba efectuando las primeras pruebas fuera de la bahía de Águilas, para comprobar las reparaciones del casco. Ascendían por la costa, en dirección norte, rodeando los bancos de arena y los arrecifes, en un curso que reseguía las boscosas playas. Brillaba el sol, soplaba viento y el mar era azul cristalino en su estela.

—Es un buen barco —comentó Hernán, de pie junto a Tende y Saybee, que estaba ante el timón—. Un poco demasiado pequeño y ligero para mi gusto, pero yo me eduqué en los grandes galeones de la armada estaliana. Incluso así, aprecio su velocidad y sus rápidos virajes. Una embarcación animada, no cabe la menor duda.

Los veteranos de la tripulación subieron a la toldilla de popa para informar a Roque. Vento, mientras se quitaba las colas de la casaca blanca de dentro del fajín, explicó que una parte del cordaje nuevo estaba estirándose demasiado. Aún estaba húmedo, lo que afectaba a la eficacia con que podía manipularse, en especial cuando se trataba de las más sutiles correcciones de orientación de las velas. Largo dijo que la lona era buena, pero que hacía mucha bolsa debido a que era nueva. Obtendrían mayor velocidad y más hinchazón de las velas durante una o dos semanas, cosa que no era un problema si estaba previsto. Con las velas limpias, el *Rumor* correría a mayor velocidad de la habitual durante un tiempo, y eso lo haría impetuoso y tan difícil de manejar como un caballo indómito, a menos que ellos estuvieran alerta.

Sheerglas, que evitaba subir a cubierta durante el día, envió a uno de sus artilleros, el cual informó de rajaduras y filtraciones en las secciones del casco reparado, por debajo de la cuarta cubierta. Se habían puesto y calafateado remiendos,

pero la madera aún no se había asentado.

—Eso es algo que debe vigilarse —dijo Hernán, con seriedad—. La reparación del casco es buena, tan buena como podíamos hacerla en el tiempo asignado, pero estará débil hasta que se asiente y consolide. Si viráis demasiado bruscamente contra la fuerza del agua, saltará, y ése será vuestro fin. Y con independencia de lo que hagáis, no le presentéis ese costado a las baterías de un enemigo. Tardarán apenas un segundo en encontrar ese punto vulnerable.

Roque asintió con la cabeza.

—Tomaré nota de eso, y se lo haré saber al capitán cuando regrese.

—Si es que regresa —murmuró Hernán, dudoso.

Roque pasó por alto la pulla y desenrolló una carta.

—Yo digo que cuando llegemos al atolón, lo rodeemos hasta el otro lado, antes de regresar.

Hernán asintió con la cabeza.

—Pongámoslo a prueba, ya que estamos aquí.

Estaban virando cuando oyeron el grito del vigía.

—¡Vela! ¡Vela a la vista!

Roque sacó su catalejo y lo dirigió hacia donde había señalado el vigía. Dentro de la bahía siguiente, cerca de la orilla, navegaba un barco pequeño, empujado por el viento gracias a su única vela.

Era un quechemarín de un solo palo y parecía ir a la deriva. No se veía ni rastro de la tripulación, y arrastraba por el agua, detrás de sí, cabos enredados.

—Dejadme mirar —solicitó Hernán, y cogió el catalejo de manos de Roque.

—¿Qué pensáis? —preguntó el maestro de armas estaliano.

—Que es un barco con problemas..., o que ha dejado los problemas tan atrás que está muerto. Maestro Roque, como capitán de la marina de Águilas tengo la obligación de inspeccionar y asistir a este tipo de tráfico. ¿Podemos, si no os importa?

—Por supuesto —replicó Roque.

El *Rumor* largó más trapo y viró hacia el interior de la amplia bahía. En menos de veinte minutos se acercó al quechemarín a una distancia que podía cubrirse en lancha, con marineros sondeando desde el castillo de proa para garantizar que no chocaran con un banco de arena u otro escollo. Roque ordenó que echaran las anclas de leva y arriaran las velas. Bajaron un bote, y el capitán Hernán descendió a él con seis de sus guardias de marina.

—Benuto, quedas al mando —dijo Roque, que se apresuró para reunirse con ellos.

—Quedo al mando, sí, señor, por así decirlo.

Los fuertes brazos de los guardias de marina remaron a través de la bahía. El sol

destellaba en los petos de los guardias y en sus capacetes, y en el agua transparente y verde. Ahora estaban tan cerca de la playa como para oír el siseo del rompiente en la orilla, y percibir el aroma de los nogales, olivos y palmeras datileras que medraban en el bosque de la costa. Roque incluso oía a los loros y los golpes de las tortugas de aguas profundas. Al mirar por encima de la proa, vio que el mar era como un cristal transparente, lleno de cardúmenes de peces de colores que iban velozmente de un lado a otro, de plateadas barracudas de movimientos bruscos, y de moteadas alas de rayas de lento movimiento ondulante.

El sol calentaba mucho. Los insectos de la espesura chirriaban desde la orilla. Los remeros hundían los remos en el agua y tiraban de ellos, los hundían y tiraban.

El quechemarín se acercaba cada vez más. Lo rodeaba una atmósfera de muerte. Roque se tocó la hebilla de hierro del cinturón para alejar la mala suerte y sacó la espada. Hernán se quitó el casco y desenvainó el sable.

Se acercaron lentamente; los dos guardias de proa extendieron los brazos para ejecutar el acercamiento de las embarcaciones e hicieron rotar la lancha hasta quedar contra el costado del quechemarín.

Otros dos guardias subieron los remos a bordo y se pusieron de pie, al mismo tiempo que cebaban los mosquetes.

Hernán subió a bordo del quechemarín, seguido por Roque.

—Esperad aquí —les dijo Hernán a los del bote.

Roque y Hernán registraron la embarcación. Estaba alarmanamente desierta, como si la hubieran abandonado precipitadamente. Los cabos estaban sueltos, y había un vaso de ron a medio beber junto al timón sin piloto. En el centro de la cubierta había un tricornio de fieltro.

—Aquí hay sangre —llamó Roque—. Había muchísima, pero las olas la han limpiado. ¿Veis cómo ha manchado la madera?

Hernán asintió con la cabeza.

—¿Quién llevaría una barca tan pequeña como ésta a aguas tan peligrosas como las que navegamos? —suspiró Roque.

—Un necio —replicó Hernán—. Un naturalista, creo. Un explorador. Sus muestras están todas abajo. —Hernán ya había inspeccionado los camarotes que había debajo de cubierta.

—¿Muestras? —preguntó Roque.

—Ya conocéis ese tipo de cosas: cajas de madera para plantas, y otros especímenes...

Hernán frunció el ceño cuando Roque lo apartó repentinamente a un lado y descendió.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó, a la vez que seguía a Roque por la escala de madera.

—¡Ay, dioses!, mirad —dijo Roque mientras contemplaba las pequeñas cajas de madera de pino que se apilaban en los anaqueles del camarote principal—. ¡Son cajas de plantas! Y los nombres..., ¡los nombres están escritos en la tapa, en tileano!

—¿Cajas de plantas? —repitió Hernán—. ¿Y qué importancia tiene eso?

—¡Ella no mentía, después de todo!

—Perdonadme, pero ¿quién no mentía?

—¡La bruja!

—¿La... qué?

—Mirad aquí, Hernán. En esta etiqueta. Salvadore Laturni, botánico. ¡Escrito de su puño y letra!

—Maestro Roque, no sé de qué estáis...

—¡Esto fue predicho, Hernán! ¡Me lo predijeron a mí! ¡Por Sigmar, esto podría indicarnos dónde está el *Barco del Carnicero*!

Hernán se encogió de hombros.

—¿Cómo, en el nombre de...?

—¡Buscad una orquídea, hombre! ¡Una orquídea!

Hernán, perplejo, se puso a buscar entre las cajas. Roque casi las arrojaba hacia los lados en su intento por encontrar lo que buscaba. Las cajas de madera caían sobre la cubierta y se rompían, derramando la marga y los preciosos bulbos o esquejes.

—¿La Silueta de Medianoche?

—¡No! ¡Continuad buscando!

—¿La Corona de Tobaró?

—¡Ésa tampoco! ¡Dioses, tiene que estar en alguna parte!

—¿Qué me decís de ésta? La *Llama de Estal*.

Roque se volvió. Hernán abrió la caja. La pequeña orquídea de dentro tenía el color de la llama.

—¡Ah, tan brillante! —gritó Roque—. ¡Qué brillante!

* * *

Cuando caía la noche, el *Rumor* salió del estrecho y entró en la bahía de Águilas. Las luces de la ciudad habían comenzado a arder. Había un barco amarrado en el puerto.

Era la *Zafiro*.

La compañía de los Saqueadores, y prácticamente todo el mundo de la ciudad portuaria, se había puesto a celebrar el retorno de la *Zafiro*. En las plazas de la ciudad estallaban y chisporroteaban fuegos de artificio, y se celebraban fiestas en todas las tabernas del puerto.

—¡Luka! ¡Luka! —gritó Roque a través de la masa de marineros borrachos, con

una pila de cajas de plantas en las manos. Lo seguía Hernán, cargado del mismo modo. En medio del griterío, los Saqueadores le quitaron el sombrero a Hernán y se lo pusieron entre ellos.

—¡Bastardos! —gritó Hernán, que se esforzaba para que no se le cayeran las cajas.

—¡Roque! —gritó Luka que, vaso en mano, bailaba con la multitud al son de la animada danza que tocaba un pífano—. Hemos vuelto de...

—Ahora no, Luka. Tienes que ver esto.

Subieron a bordo de la *Zafiro*, entraron en el camarote del patrón y dejaron las cajas sobre la mesa. En cubierta, Silke y sus compinches bebían y reían, mientras sonada una jiga tocada con silbato y guitarra.

—Será mejor que sea algo que justifique que me hayas sacado de una fiesta como ésa —dijo Luka, y bebió un sorbo de ron.

—Lo es —le aseguró Roque—. Deja ese vaso y escucha. La *Llama de Estal*.

—¿Que es qué?

—Es una orquídea. Una orquídea preciosa. Aquí está, mira. Adorable, ¿verdad?

Roque abrió la tapa de una de las cajas de plantas.

—Vaya, pues sí que lo es.

—Fue recogida por un caballero tileano, un botánico llamado Salvadore Laturni. Para desgracia suya, recorría la costa estaliana en barco, reuniendo raros especímenes.

—¿Y?

—Escuchad a Roque, señor —pidió Hernán.

—Resultó muerto. Asesinado, según creo, por el *Barco del Carnicero*. No me preguntes cómo sé eso. Lo importante es que nuestro pobre amigo Salvadore se encontró con el *Kymera*.

—¿Y por qué es significativa esa flor?

Roque le dedicó a Luka una sonrisa lobuna y sacó un cuaderno de bitácora encuadernado en cuero. Lo abrió y fue pasando las páginas estropeadas por el agua.

—Porque, según la última entrada del cuaderno de bitácora de Salvadore, acababa de recoger y catalogar la *Llama de Estal*. La muerte tuvo que sobrevenirle poco después de eso. La entrada fue hecha hace una semana.

—Y la Llama de Estar crece sólo en un lugar específico —añadió el capitán Hernán.

—Así que ya ves —dijo Roque—: Sabemos dónde está el *Barco del Carnicero*.



La *Llama de Estal*, aquella rara y preciosa flor, crecía sólo en una amplia bahía llamada golfo Naranja, que se encontraba en la costa continental, al norte de Águilas, más allá de Porto Espejo. Estaba a cuatro o cinco días de navegación, y a no más de tres si el barco continuaba adelante durante la noche.

Los Saqueadores partieron de Águilas a mediodía del día siguiente. La *Zafiro* iba delante, y el *Rumor* navegaba a su estela. Era un brillante y cálido mediodía, con viento suave, pero la amenaza de tormentas refunfuñaba en el horizonte. A Sesto le hizo evocar el infeliz recuerdo de la tormenta que los había amenazado en Isla Verde, antes de aquella peculiar noche de terror.

Eso parecía muy lejano, ahora, al otro extremo del verano. En verdad, la estación estaba cambiando. Comenzaba el otoño, y detrás de él llegarían los vendavales y el mal tiempo del invierno. Ésa era la última oportunidad que tendrían. Si no podían dar caza al *Kymera* en los próximos días, como muy tarde, el cambio del tiempo los obligaría a suspender la misión, quizá hasta la primavera. Aunque el día era cálido, Sesto veía cómo estaba cambiando el color del mar, así como la sensación del viento. Era el otoño, una estación para carenar y descansar, no para emprender expediciones desesperadas.

Un tercer barco que lucía los estandartes de Águilas y Estalia, acompañaba a las embarcaciones de los Saqueadores. El *Fuego*, a las órdenes del capitán Hernán, llevaba un destacamento de guardias de marina y una cantidad considerable de munición. Al principio, su excelencia el marqués se había negado a permitir que el galeón dejara vulnerable Águilas. No obstante, ahora que se había determinado mejor el paradero de la amenaza, comprendió la prudencia de que el *Fuego* sumara su considerable potencia a la lucha. Era con mucho el más grande de los tres barcos, y el más potente, aunque la *Zafiro* y el *Rumor* tenían que controlar la velocidad para permitir que el buque navegara con ellos.

En la zona de popa del *Rumor*, Roque entrenaba a los hombres de armas en sus puestos de combate, mientras Casador comprobaba el estado y carga de cada arma de fuego y la agudeza del filo de cada espada. Silvaro bajó en persona a inspeccionar la cubierta de cañones. Explicó a Sheerglas que, cuando llegara el momento de la

batalla, daría preferencia al costado de estribor para proteger el más débil costado de babor, reparado recientemente. Sheerglas ordenó que tres de los cañones de babor fueran montados a estribor con el fin de que no se desperdiciara el potencial de las baterías del *Rumor*. Águilas les había proporcionado pólvora de buena calidad, como había solicitado Sheerglas, así como botes y balas de metralla para usarlos contra los aparejos y los tripulantes. Los botes de metralla habían sido bendecidos por el cardenal de Águilas en persona.

—Un bonito detalle —dijo Silvaro—. Podría ayudarnos.

—Sí —asintió Sheerglas—. Simplemente no esperes que yo toque ese material.

Sesto se sentía ocioso en medio de todos aquellos afanes y actividad. Hasta el último miembro de la tripulación estaba ocupado en hacer que navegara el barco o en prepararse para lo que se avecinaba, y, más que nunca, se sentía como un pasajero. Se lo dijo a Ymgrawl.

—Yo prefiero quedarme de brazos cruzados y mirar cómo trabajan los demás —replicó el bucanero, riendo—, pero si es trabajo lo que queréis...

Por invitación de Ymgrawl, Sesto se unió a uno de los equipos de cabos, y dobló la espalda en el duro trabajo. San Huesos estaba al mando de ese grupo en particular, y cuando llegaban órdenes a través de Benuto, el hombre comenzaba a cantar sus infernales himnos con un ritmo que les servía a los demás para acompañar el momento de halar. El grupo se divertía cantando con él, intentando imponerse a las obscenas salomas con sus himnos santos. Sesto alzaba la voz tanto como cualquiera de ellos.

Navegaron hacia el norte por la costa estaliana, manteniéndose a no más de una o dos millas de tierra. A lo lejos, en el horizonte oriental, veían apenas las islas y atolones más cercanos del archipiélago. Al acabar el día ya habían dejado atrás, hacía mucho, la solitaria bahía donde Roque había encontrado el quechemarín de Salvadore.

Cayó la noche, y continuaron navegando en medio de la oscuridad. La atmósfera era bochornosa y húmeda, y los rayos destellaban en el sur, sobre el mar abierto, pero la tormenta no se aproximó, sino que se mantuvo durante toda la noche como un retumbar distante, con destellos de rayo.

En una ocasión, Sesto oyó que Roque gritaba en sueños.

El segundo día fue húmedo y frío, como un bosque después de la lluvia. Lloviznaba, y bancos de niebla cubrieron la línea costera hasta bien pasado mediodía. Al final del día arreció el viento, y el mar se oscureció al levantarse oleaje. Del este llegó una lluvia torrencial que los empapó a todos hasta los huesos y los dejó ateridos.

La lluvia cesó después de haber oscurecido, y la noche fue despejada, aunque continuó siendo fría. Muy pasada la medianoche, cuando la negrura aún reinaba en el

mundo, Casaudor llamó a Luka a cubierta.

A lo lejos, hacia el noroeste, un basto resplandor rojo, ligeramente tembloroso, iluminaba el cielo.

—¿Qué es eso? —preguntó Luka.

—Adivino —replicó Casaudor— que es Porto Espejo.

El resplandor de los terribles fuegos continuó a la vista durante toda la noche, y antes del alba percibieron incluso olor a humo en el aire. Al llegar el amanecer de un día apagado y gris, vieron el grandioso palio oscuro que se alzaba más allá de los promontorios septentrionales, y manchaba el cielo como una ancha franja marrón que derivaba hacia el oeste y se difuminaba y viraba al amarillo al disiparse en la distancia.

El olor a quemado se hizo más fuerte.

Silvaro ordenó el estado de alerta, y les transmitió lo mismo a los otros barcos, mediante señales.

A media mañana rodearon el promontorio llamado Espejo. Aunque aún no tenían a la vista la ciudad, no cabía duda de que el incendio había prendido allí. Los barcos estaban pasando bajo el borde del oscuro palio hacia la oscuridad, ya que el banco de humo de lo alto mataba la luz. El olor era penetrante y acre, y la ceniza caía del aire como copos de nieve y se posaba sobre las cubiertas.

Comenzó un regular batir de tambores que resonó por encima del agua, procedente del regio *Fuego*, mientras se reunían los guardias de marina.

Justo antes de mediodía, rodearon la lengua de arena, y la ciudad apareció ante sus ojos.

Porto Espejo era una población pequeña, sólo una escala comercial, con un hermoso puerto natural, popular entre las barcas de pesca. No quedaba intacto ni un palmo. La costa y los muelles presentaban signos de un furioso cañoneo, como si los hubieran pulverizado sistemáticamente desde el mar. La ciudad en sí había sido incendiada y arrasada. Sólo quedaban las negras carcasas y humeantes vigas. El campanario del templo estaba medio derruido. De este edificio en ruinas se elevaba la columna de humo hacia el pálido cielo.

Las llamas que habían destruido la ciudad se habían propagado y, a través del catalejo, Silvaro vio que los bosques y plantaciones de las colinas circundantes presentaban grandes extensiones en llamas. Había habido barcas en el puerto, pero todas habían sido destruidas. Luka vio cascos medio hundidos y destrozados, y mástiles torcidos que asomaban de la superficie.

El agua del puerto estaba sembrada de restos que se mecían contra los muros de la zona de muelles. Al mirarlos, Luka se dio cuenta de que no eran restos. Eran los cadáveres de los habitantes de la población, centenares de ellos, que se balanceaban juntos en la bajamar. Las gaviotas volaban en círculos por encima del agua y se

lanzaban en picado para picotear los lastimosos cuerpos.

—Hernán hace señales de que quiere bajar a tierra —dijo Roque.

—¿Con qué propósito? No queda nadie a quien salvar, y sabemos condenadamente bien quién ha causado estos estragos. Comunícale que no. Y haznos dar media vuelta. Quiero salir de aquí y continuar adelante. Quiero encontrar al Carnicero.

Silvaro se marchó bajo cubierta con un humor espantoso. Sesto lo encontró en su camarote. Silvaro había abierto su baúl de armamento personal y estaba colocando cada arma sobre la mesa. Puñales, dagas, cuchillos de bota, dos shamshirs, un dadao, tres chafarotes diferentes, estoques con guarnición de lazo entero, sables normales, otro sable rematado por un garfio, un montante de Carroburgo, dos hachas, una con las puntas curvas y la otra de hoja redondeada, con mango muy largo...

Sesto se maravilló ante la colección. Luka estaba escogiendo armas, flexionando las hojas, comprobando el filo, valorando el equilibrio.

—Estás furioso —dijo Sesto.

—Ya lo creo, demonios.

—¿Por qué hemos llegado demasiado tarde para salvar Porto Espejo?

Luka flexionó la hoja de su shamshir preferido entre ambas manos, y luego ejecutó movimiento a modo de práctica en el aire.

—No —dijo sin rodeos—. ¡Ah!, es una escena de desdicha, y no le deseaba ningún mal a esa gente. Pero es el desperdicio lo que me enfurece.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sesto.

Luka comenzó a pasar suavemente una piedra de amolar por el filo del shamshir.

—Sesto, he visto muchísimas cosas en mi vida. He visto horrores que como mínimo son equiparables al que acabamos de presenciar. He visto atrocidades, masacres, destrucción asesina, todo ello cometido por piratas. De hecho, yo mismo he llevado a cabo mi parte. Pero hasta el último asesinato, hasta la última vida arrebatada, lo fue en nombre del oro y la riqueza. Por el beneficio, Sesto. Por amor a la riqueza.

—¿Así que está bien asesinar cuando hay dinero al final?

Luka rio.

—No en tu opinión, lo sé, pero sí que lo es según mi código. Lo que el *Barco del Carnicero* ha hecho aquí, y lo que hizo a lo largo de este terrible año, es matar por matar. Esos pobres desdichados de ahí atrás ni siquiera tuvieron la oportunidad de pagar sus vidas con oro. Fueron simplemente asesinados. Eso me pone enfermo. Eso no forma parte de mi vida, de mi código.

Sesto se sentó y cogió una curva daga de oro y marfil con un hermoso taraceado.

—He llegado a conocerte, Luka, pero a veces creo que no te entiendo. Tienes una filosofía moral sesgada.

—Tengo la única que funciona aquí —replicó Luka.

Era evidente que ya se había decidido por las armas blancas que quería: el shamshir, una larga daga, un puñal, un chafarote y el hacha de abordaje de hoja redondeada. Las dejó a un lado sobre el banco y comenzó a devolver las otras al baúl marintero.

—¿Quieres algo de esto? —preguntó a Sesto.

—No, señor. Gracias.

—Coge la daga. El oro la hace certera, y el marfil le confiere suerte. Es de Arabia.

—Te doy las gracias, Luka, pero estoy bien con lo que tengo —replicó Sesto mientras devolvía la daga al baúl—. Tengo armas suficientes.

—No puedes tener suficientes —le aseguró Luka—, no en el sitio al que vamos. Por favor, quédate con la daga como regalo mío. La suerte que da el marfil...

—De verdad que no.

Luka se encogió de hombros, metió la última arma dentro del baúl y cerró la tapa.

—Entonces, ayúdame con esto —dijo.

Abrió otra pesada caja larga y comenzó a sacar las armas de fuego. Sesto le echó una mano. Había docenas de pistolas: de llave de mecha, de llave de rueda, y varias pesadas de pedernal. Algunas eran parejas, otras piezas únicas de exquisito taraceado, unas largas y pesadas, otras pequeñas y voluminosas. Un pequeño cofre de teca contenía una pistola de tiro al blanco, una arma marinera montada en latón, con llave de chispa, que en otros tiempos había sido el orgullo de un almirante tileano. Casi cada pieza estaba enhebrada en una cinta larga o un cordón de seda. Debajo de las pistolas del baúl se encontraban las armas de fuego más grandes: pistolas de pedernal, mosquetes, arcabuces. Sesto sacó un fusil árabe de pedernal, con la habitual caja de madera de arce decorada con coral y oro. Luka cogió un mosquetón.

—También es demasiado grande —dijo—. Sólo pistolas, creo.

Devolvieron las armas largas al baúl, y luego Luka escogió, entre todas las pistolas: un par con llave de mecha, dos de rueda de diferentes diseños, una de llave de sílex y una pesada pistola de tiro al blanco.

Colocaron las seis armas sobre un paño y comenzaron a limpiarlas y cargarlas. Silvaro tenía la pólvora y el aceite para llaves de la mejor calidad, así como balas bien fundidas que le había hecho Sheerglas. Las de llave de mecha y las de rueda tenía pensado usarlas una sola vez, pero para la de sílex, con su poder y disparo perfecto, necesitaba munición de recarga. Mientras Luka aceitaba las pistolas, Sesto metió quince de las mejores balas de plomo dentro de una bolsita cerrada mediante cordeles, y después preparó dos docenas de cartuchos cuya carga de pólvora pesó cuidadosamente en una pequeña báscula de latón. Entonces, los envolvió en apretados papelitos y retorció bien las puntas, como le había enseñado Roque.

Trabajaron en silencio durante un rato.

—¿Me tienes miedo, Sesto? —preguntó Luka, finalmente.

—¿Que si te tengo miedo?

—Después de todo por lo que hemos pasado, había imaginado que existía algún tipo de camaradería entre nosotros, pero luego hablas de mi filosofía sesgada, y eso me recuerda nuestras diferencias. Tú eres un príncipe, y yo soy un bribón y un asesino. Me veo a través de tus ojos, y me inquieta. Tienes que tenerme miedo.

—Creo que... me consternas, a veces. Te contaría entre mis amigos, Luka, pero después pienso que ningún amigo que haya tenido jamás podría coger una lista de atrocidades y separar las que son malignas de las que son aceptables. En mi patria, todos los hombres de elevada moral rechazarían una lista semejante en su totalidad. Para ellos, un asesinato es un asesinato, sin gradaciones.

Luka suspiró.

—Pero eso era en mi patria. Yo era un príncipe, ¿recuerdas? No me faltaba de nada, no carecía de ningún lujo ni refinamiento. Mi padre mataba a sus enemigos, pero lo hacía mediante su ejército o su flota, y la matanza tenía lugar en lugares lejanos y la llamaban guerra, y nadie lo consideró jamás un asesino. Yo nunca tuve que luchar por mi vida, nunca tuve que preguntarme de dónde saldría la comida siguiente ni a quién tendría que matar para conseguirla. Nunca tuve que capear un mar embravecido ni enfrentarme con un grupo de abordaje sólo para cubrirme la espalda con una blusa y ponerme unas botas en los pies. Tengo cinco hermanos, y ni uno solo de ellos me traicionaría jamás. Creo que, una vez todo dicho y hecho, he sido educado en el mundo real gracias a ti, señor. Y me tranquiliza saber que incluso los asesinos viven según un código de conducta, por duro que sea, y que no son tan desalmados e inmunes a la violencia que sean capaces de permitir el total desgobierno.

—Bueno, eso es una bendición. —Luka sonrió—. Al menos, el tiempo que has pasado con nosotros no ha sido del todo infructuoso.

Sesto le devolvió la sonrisa.

—En respuesta a tu pregunta: no. No te tengo miedo.

Luka Silvaro chasqueó la lengua varias veces.

—Debo estar perdiendo mi toque mágico.

Se levantó, acabado el trabajo, y comenzó a armarse. El puñal desapareció dentro de la caña de una de sus botas, y la daga, el chafarote y el excelente shamshir se los sujetó a la cintura. Las dos pistolas de rueda y la de tiro al blanco se las colgó del torso con las cintas, y las pistolas de llave de mecha y de sílex se las metió dentro del fajín. La bolsita de balas y los cartuchos que le había preparado Sesto fueron a parar a una bolsa que llevaba junto a la cadera. Por último, recogió el hacha de abordaje y la sujetó con ambas manos.

—Bueno, ¿estoy preparado?

—Ahora sí que te tengo miedo —dijo Sesto.

Luka rio.

—Ve a prepararte, Sesto. Ármate y disponte para el combate.

—¿Hay necesidad de hacerlo? —preguntó Sesto—. Pareces dispuesto a enfrentarte a todo un ejército en solitario.

* * *

En las últimas horas de la tarde, los tres barcos rodearon el extremo de la lengua de arena del golfo Naranja. El tiempo se había vuelto caluroso y bochornoso una vez más, y el sol ardía a través de sofocantes nubes; cumulonimbos amenazando por el oeste, cada vez más oscuro. El viento había amainado, y soplaba en rachas. El mar se había vuelto tan denso como el aceite.

El golfo Naranja era un amplio cuenco de ocho millas de diámetro, con largas lenguas de arena estrechas situadas en el extremo sur, y un escarpado promontorio que se alzaba al norte. Según la carta de navegación, el fondo del cuenco era insondable, y la profundidad de la bahía llegaba hasta la escarpada orilla. En la línea costera crecía un espeso bosque verde y matojos de espinosa aulaga. En alguna parte de aquel verde bosque, y sólo allí, florecía la preciosa *Llama de Estal*.

—¡Vela! —bramó Largo desde el puesto de vigía, pero ya la habían visto todos desde el momento en que habían rodeado el extremo de la lengua de arena.

Allí, anclado en las aguas interiores del golfo Naranja, como había predicho la bruja, como Roque había calculado y como había comprobado el pobre Salvadore Laterni, había un grandioso buque rojo. Medía doscientos veinte pasos de eslora y llevaba cuarenta cañones. De él parecía manar una niebla calinosa, misteriosa.

Era el *Kymera*, el barco de Henri el Rojo, de Bretonia. El *Barco del Carnicero*.

—Izad nuestra bandera —le dijo Luka Silvaro a Benuto—, y también la bandera roja.



El trueno resonó ante la entrada de la bahía. El cielo, en la luz crepuscular, se había vuelto naranja, y en él se arremolinaban voluminosas nubes de color violeta. El aire húmedo estaba cargado de electricidad, una tensión que esperaba estallar bajo el peso de la tormenta que se preparaba. También el ambiente era tenso entre los Saqueadores. Mientras el *Rumor* viraba, Roque llamó a los hombres de armas a sus puestos. Los paveses se alzaron con estruendo, y los cañones asomaron por las troneras. Los arcabuceros y los mosqueteros ocuparon su sitio en los aparejos.

La extraña calidad del aire debida a la tormenta no hacía nada por calmar los nervios de los hombres. Miraban fijamente al *Barco del Carnicero*, que tenían delante, sudorosos, pálidos, aterrados ante lo que podría hacer. Comenzaron a doblar los tambores en el *Fuego*, y eso aumentó la tensión.

—Mantened el rumbo —gruñó Luka.

Casaudor le dio la orden a Tende, que estaba al timón, y Benuto se la transmitió a los que se ocupaban de las velas.

—Alerta de combate —informó a Luka el mensajero de Roque.

—Haced la señal a los otros —dijo Luka a Casaudor.

Se izaron las banderas. El *Fuego* acusó recibo describiendo un amplio giro para acercarse al *Barco del Carnicero* por babor, mientras el *Rumor* viraba para aproximarse por estribor. La *Zafiro* corría por el exterior, con la latina hinchada, a babor del *Rumor*.

—Se queda ahí quieto... —dijo Tende Volvió a sonar el trueno. El *Kymera* continuaba anclado, como dormido.

«No —pensó Luka—, dormido no es la palabra correcta. Está inactivo, como un volcán».

Se aproximaron a dos millas, muy adentro de la media luna del golfo Naranja. La bruma sobrenatural continuaba manando del *Barco del Carnicero*.

De repente, el cielo se volvió muy negro. Arreció un viento de través, y los hombres de Vento tuvieron que luchar para corregir la orientación de las velas. Sesto, junto a Silvaro, oyó que San Huesos entonaba uno de sus himnos sigmaritas mientras

sus hombres halaban con fuerza.

La luz estaba teñida de marrón por las nubes. Los rayos destellaban, pisándoles los talones, procedentes del mar abierto. El aire cargado causaba cosquilleo debido a la electricidad estática.

—¿Por qué no se mueve? —preguntó Casaudor.

—Acercaos, ahora —ordenó Luka—. Arriad un poco de vela y dejad que el *Fuego* vaya delante.

—¡Arriad los juanetes! —gritó Benuto.

El doblar de tambores del galeón estaliano continuó mientras se acercaba por el flanco de babor del *Barco del Carnicero*. Estaba ya a una milla y media.

—Dos puntos a babor —dijo Luka.

—¡Dos puntos, sí! —replicó Tende, e hizo girar el timón.

La lona se agitaba y restallaba por encima de ellos. El viento estaba cambiando, y con rapidez. Sobre la cubierta seca cayeron las primeras gotas, oscuras como la sangre. Un trueno tremendo estalló detrás de ellos, y el mar comenzó a cubrirse de crestas blancas. Los rayos destellaban en la tormenta creciente.

—Mantened el rumbo —dijo Luka.

—A tiro en cuatro minutos —informó Casaudor.

—Mantened el rumbo, continuad apartándoos —dijo Luka.

—¡Mantened el rumbo! —bramó Benuto—. ¡Continuad apartándoos hacia babor, por así decirlo!

—¡El *Fuego* está cambiando de aproximación! —dijo Casaudor.

Luka alzó el catalejo, y vio que cuatro largas lanchas se separaban del costado de babor del *Fuego*, lanchas de doce remos llenas de guardias de marina. En la proa de cada una había sentado un guardia con un falconete. Entre los remeros, una hilera interior de guardias alzaba escudos para proteger a los hombres. Moviéndose como insectos zapateros, las lanchas avanzaron rápidamente hacia el *Barco del Carnicero*. Luka sabía que el capitán Duero iba al mando del primer bote.

La tormenta creciente continuaba destellando y restallando por encima de ellos.

—¡Corposanto! —vociferó uno de los marineros que estaban en lo alto de los aparejos.

Luka alzó la mirada y vio chisporroteantes destellos de luz blanca candente a lo largo de los masteleros del *Rumor*. El fuego de Santelmo era un mal presagio para cualquier marinero, y todos los de a bordo tocaron hierro y desearon que desapareciera. Además, una bandada de cormoranes volaba en círculos alrededor del *Rumor*, graznando en la lluvia suave.

—¿Cuántos malos presagios más podremos soportar? —murmuró Luka—. ¿Sesto? Ve a buscar a mi camarote el regalo de Colmillo.

Sesto asintió y bajó.

—Sheerglas informa que los tenemos al alcance —le anunció Casaudor— por lo que también debe tenernos a tiro el barco demonio. El *Fuego* ya está fácilmente dentro de su radio.

—¿Por qué ese bastardo no dispara? —preguntó Benuto.

—¿Qué bastardo? —preguntó Luka—. ¿El Carnicero, o nuestro camarada Hernán?

—Hernán, por supuesto —replicó Benuto.

—Porque el capitán Hernán es un hombre sabio y astuto —dijo Luka—, y esperará hasta el último momento para que sus cañones causen el máximo daño posible.

Un trueno espantoso estalló por encima de sus cabezas, una vez más, enmascarando los primeros disparos de los cañones del *Fuego*. Hernán había comenzado el combate al situarse a media milla del *Barco del Carnicero*. El *Fuego* disparó una descomunal andanada que cubrió de humo el mar a su alrededor, y a continuación, disparó otra. Luka observó cómo el costado del galeón destellaba y atronaba.

Las balas de cañón deberían haber destruido cualquier barco, pero el *Kymera* parecía intacto. El *Fuego* disparó una tercera andanada, y una cuarta. Ahora la bahía se desdibujaba en una niebla de humo de pólvora, en la que estaba entrando el *Rumor*.

—Muy bien —murmuró Luka—. Dale una buena a ese bastardo, Hernán.

El *Fuego* disparó otras dos andanadas mientras se acercaba, con las lanchas remando detrás.

El *Rumor* y la *Zafiro* habían dado un rodeo para aproximarse desde la orilla y acercarse al *Barco del Carnicero* por estribor.

Estalló la tormenta eléctrica, y cubrió el golfo Naranja de agitadas nubes hollinientas, y lanzas de rayos.

El *Fuego* disparó una vez más, toda una andanada.

Al fin, el *Barco del Carnicero* despertó. Vomitando bruma, salió disparado hacia adelante, con las velas hinchadas, sin hacer caso del tirón del ancla ni de la dirección del viento. Sus velas, rojo carmesí, estaban repentina, imposiblemente, hinchadas.

Se oyó una terrible serie de detonaciones que se superpusieron cuando el *Kymera* disparó su primera andanada para cañonear al *Fuego*.

Golpeado con fuerza, el *Fuego* se estremeció y retrocedió. Luka vio que caía uno de sus mástiles, y el cordaje era arrancado.

Luego, se produjo un destello. Un estallido de luz más brillante que cualquier rayo. El *Fuego* se desvaneció en un cono de fuego. Luka oyó un rechino sibilante cuando un palo entero pasó volando por encima de sus cabezas y fue a clavarse, con la punta hacia abajo, en el promontorio que estaba situado a tres millas detrás de

ellos.

Los disparos de apertura del *Kymera* habían acertado al pañol de municiones y la sala de manipulación, lo que había provocado una explosión calamitosa. El poderoso galeón estaliano, el capitán Hernán y todos los tripulantes fueron aniquilados por una detonación de fuerza asombrosa que iluminó la totalidad de la bahía. El *Rumor* y la *Zafiro* lucharon para controlar su rumbo en las ondas expansivas que siguieron a una desaparición tan catastrófica.

Y luego se quedaron solos.

El *Barco del Carnicero* se estaba acercando al *Rumor*. Parecía radiar inmunda luz roja, no sólo desde sus pesadas lámparas de hierro, sino desde el casco teñido de rojo sangre y las velas carmesí. Los Saqueadores pudieron percibir en el aire el pestilente mal. El *Barco del Carnicero* atravesó las embravecidas aguas sin que le estorbaran ni las olas ni la tormenta, como si el aguacero y los rayos fueran para él un clima conveniente para navegar, como lo sería para un barco normal un día despejado y fresco. Silvaro casi podía creer que la tormenta no era ninguna coincidencia. El vendaval, los truenos y el cielo negro como la brea ayudaban al *Barco del Carnicero* como si fueran sus naves escolta.

Veían figuras en la cubierta, siluetas en contraluz ante la roja niebla. Estaban ceñudas y quietas, espada en mano, como si aguardaran el momento para atacar.

—¡Mantened la formación! —vociferó Roque al percibir que el miedo comenzaba a debilitar la firme muralla de paveses y picas. El pulso le latía dentro de la cabeza, y sentía náuseas. Le picaba el hombro.

—¡Está intentando dar un rodeo hasta nuestro lado de babor! —gritó Luka—. ¡Viraje más abierto! ¡Viraje más abierto! ¡Por los dioses, es como si supiera cuál es nuestro lado vulnerable!

Tende alzó una ceja.

—Nuestros dos lados son vulnerables ante ese diablo —declaró, y escupió.

—¡Cuidado! —rugió Casaudor.

El *Kymera* había comenzado a disparar contra el *Rumor*. Se oyó un feroz trueno de cañones, y las balas salieron silbando hacia el *Rumor*. Algunas cayeron en las picadas aguas, junto al barco, otras pasaron volando por lo alto y abrieron agujeros en el grátil de la vela mayor.

El *Kymera* volvió a disparar. Todos los hombres que estaban en cubierta cayeron, porque esa vez el enemigo dio en el blanco. El barco tembló como si lo golpearan cuando las balas atravesaron el casco y la barandilla. La madera se hizo pedazos que saltaron muy arriba en el aire, y murieron hombres. Una bala impactó contra el dorado labrado de la popa del *Rumor*, y dos más atravesaron la aleta.

Pero los daños no habían hecho más que empezar. Alarmado, Luka vio que no eran disparos normales los que habían recibido. Se encendía fuego en cada punto de

impacto, inmundas llamas rojas que no eran de este mundo. Era como si la atroz brujería del *Kymera* se hubiera propagado igual que una infección al interior de las heridas del *Rumor*.

—¡Apagadlo! ¡Apagad eso! —vociferaba Benuto, pero no había cantidad de agua suficiente para extinguir las llamas que avanzaban.

Otra andanada salió disparada hacia ellos, causó daños espantosos y mató a una docena más de hombres. Una bala, disparada por un falconete, impactó en la barandilla, cerca de Silvaro, rebotó y rodó por la cubierta, sin estallar. Silvaro se quedó mirándola fijamente. La negra bola de hierro, del tamaño de un pomelo, aún humeaba. Tenía la superficie erizada de púas metálicas, como la cabeza de una maza de guerra. Era algo inmundo, una estrella maligna expulsada de los cielos.

—¡Sacad eso de mi cubierta! —gritó Luka.

Saybee la atrapó con un merlín para lanzarla por encima de la borda. De inmediato, el timonel de relevo gritó a causa de la más absoluta incredulidad. De la esfera de hierro negro estaban brotando púas como gruesos dedos o zarcillos, para aferrarse al extremo del merlín como si tuviera intención de trepar por él como un horrible escarabajo.

Saybee lanzó aquella cosa por la borda, con merlín y todo.

Ya era más que suficiente.

—¡Mandadlos al infierno! —vociferó Luka.

En la calurosa oscuridad de la cubierta de cañones, Sheerglas oyó la orden e hizo una señal con su botafuego.

El *Rumor* devolvió los disparos. Con satisfacción, Luka vio que las pesadas balas penetraban en el *Kymera*, aunque parecían causar menos daños de lo que él había esperado. De repente, tuvo la espantosa idea de que el *Barco del Carnicero* podría estar protegido contra los daños mortales por algún tipo de sortilegio o hechizo.

—¡Disparad otra vez! ¡Otra vez! ¡A discreción! —gritó Luka, y le respondieron las baterías del *Rumor*. La *Zafiro*, que había estado siguiendo al *Rumor* en el viraje como una sombra, ahora se separó y comenzó a atacar por su cuenta. Los cañones de las dos embarcaciones de los Saqueadores acribillaron al monstruo rojo.

El *Kymera* no daba señales de tener el más leve de los problemas. Continuaba atravesando la tormenta, ahora claramente decidido a echarle los garfios al *Rumor*. Los viles fuegos rojos de a bordo del *Rumor* estaban propagándose con terrible furia, y a pesar de todos los esfuerzos para apagarlos a golpes o con agua, no había manera de que se extinguieran.



Sesto reapareció en la cubierta, con la caja dorada en las manos. Estaba sudoroso y sucio de hollín, ya que había intentado ayudar a apagar los fuegos que habían estallado bajo cubierta.

Luka cogió la caja, la abrió y sacó el Mordisco de Daagon. De inmediato, las llamas que estaban devorando la estructura del *Rumor* chisporrotearon y se apagaron, y sólo quedaron humeantes zonas carbonizadas.

—Eso me gusta mucho más. —Luka Silvaro sonrió—. Un hechizo contra otro hechizo.

Sheerglas volvió a disparar los cañones, y ahora, cuando impactaron contra el rojo casco del *Kymera*, se produjeron explosiones y salvajes destrozos en la madera. Al fin, le habían hecho sangrar la nariz al *Barco del Carnicero*.

—¡Otra vez! —rugió Luka—. ¡Disparad botes y balas de metralla contra sus aparejos!

Los botes de metralla bendecidos salieron disparados e hicieron que ardientes bolas de fuego blanco cayeran en cascada por toda la cubierta del *Kymera*. Las velas se rasgaron y las cuerdas se rompieron, y se desplomaron algunas de las umbrías figuras. Pero hasta el momento de caer, ninguna se había movido aún.

Una andanada de balas de metralla salió disparada a continuación. Esa munición eran cilindros metálicos astutamente hechos para romperse en secciones geométricas, e impactaron en el *Kymera* con un efecto devastador.

Los Saqueadores comenzaron a aclamar.

—¡Mantened la formación! ¡Manteneos firmes! —les vociferó Roque a los hombres de armas. Ahora, el hombro izquierdo le dolía horrores, y tenía la garganta reseca. Bebió un sorbo de agua, pero no logró aliviar la terrible sequedad.

El *Barco del Carnicero* comenzó a virar, y disparó sus cañones una vez más. El *Rumor* recibió impactos, pero fueron más los que erraron el blanco e impactaron contra la *Zafiro* por primera vez. La nave de Silke no estaba protegida por el Mordisco de Daagon, como el *Rumor*, y el crepitante fuego rojo prendió en la popa.

Luka le entregó el Mordisco a Sesto.

—Sujeta eso en alto, y no lo bajas —ordenó—. Es la única suerte que hemos tenido en esta lucha.

El *Kymera* se había acercado a ellos lo suficiente como para que los falconetes y los arcabuces comenzaran a disparar. Roque dio la orden, y los mosqueteros y todas las armas largas empezaron a detonar y chispear.

—Dioses, pero la *Zafiro* tiene realmente problemas —gruñó Casaudor.

Silvaro se volvió a mirar, y vio que el funesto fuego rojo se había propagado salvajemente por el costado de estribor de la *Zafiro*. Dos de los hombres de Silke, envueltos en llamas de pies a cabeza, se arrojaron por la borda de la balandra, pero el mar no extinguió las llamas. La luz rosada que giraba como un remolino continuó siendo visible debajo de las olas, mientras los cuerpos se hundían, aún ardiendo.

Silke estaba al timón de la *Zafiro*, y parecía completamente decidido a hacerla virar para atacar al *Kymera* a pesar del infierno que barría la cubierta. Los pocos cañones operativos que le quedaban a la *Zafiro* dispararon contra el *Barco del Carnicero*, desafiantes.

—¿No podemos ayudarla? —preguntó Sesto, espantado por lo que veía.

—¿Cómo? —replicó Silvaro—. Estamos trabados en combate contra el *Kymera*, y ahora no podemos interrumpir la lucha para ir a ayudar a Silke. E incluso en el caso de que fuera posible, ¿qué podríamos hacer?

—Entonces deben abandonar la balandra antes de morir quemados —gritó Sesto.

Tende, Saybee y Benuto se estremecieron todos al oírlo. Las dimensiones de la vida de un pirata estaban determinadas por el agua, pero el fuego era, irónicamente, su Némesis. El mayor miedo de cualquier pirata era quemarse vivo.

Silke ya debía de haber dado esa orden, porque los tripulantes saltaban desde la popa de la *Zafiro* al mar. Habían arriado dos botes, y los tripulantes que braceaban con torpeza lograban subir trabajosamente a las lanchas. La *Zafiro* continuaba adelante, mientras el fuego saltaba hacia lo alto de los mástiles y aparejos, y consumía la enorme vela latina como si fuera de papel. Aún veían a Silke, a solas en la toldilla en llamas, de pie, firme, ante el timón, con su largo, costoso ropón en llamas.

—Dulces dioses —dijo Silvaro—. Silke, ¿qué estás haciendo?

La condenada *Zafiro*, que parecía luchar para no morir demasiado pronto, pasó navegando ante la proa del *Rumor*. No parecía nada más que un barco en llamas, completamente incendiado por encima de la línea del agua; las enfurecidas llamas lanzaban al aire chispas y cenizas que flotaban detrás de la balandra como la destellante cola del vestido de una dama noble. En ese momento, Silvaro comprendió el último, valiente acto de Silke como Saqueador.

La *Zafiro* chocó contra la proa del *Kymera* por babor, donde partió madera e hizo estallar tablones. Por un momento, quedó pegada al costado del *Barco del Carnicero*,

ardiendo furiosamente, y luego se alejó, con el espinazo partido. Se produjo una ardiente erupción de vapor y succión de agua, y se hundió por la popa en el mar. La proa destrozada se alzó por encima de las olas como el hocico de una ballena, y luego se deslizó rápidamente fuera de la vista como si resbalara hacia atrás por una rampa de lanzamiento. Un velo de vapor y humo ascendió del girante remolino de agua blanca, y se oyó el ruido de los tabloneros que se partían y las cubiertas que se comprimían. Aún ardiendo en el inextinguible fuego sobrenatural, la *Zafiro*, al igual que sus tripulantes antes que ella, se hundió, todavía visible bajo el agua como un resplandor palpitante de color rojo, que desapareció en las profundidades con gran lentitud.

Sesto estaba atónito. Siempre le había parecido que Silke era uno de los hombres más astutos y menos fiables de la compañía tan afecto a Guido como a Luka. Pero había ido hacia su fin con tal despliegue de tenacidad y lealtad a la compañía, que de repente Sesto deseó haber conocido mejor a aquel hombre. Todos los piratas llevaban disfraces y enmascaraban su verdadera personalidad, para bien o para mal. El hecho de navegar con los Saqueadores le había enseñado eso, como mínimo, a Sesto. Pero estaba claro que el astuto y distante exterior de Silke había ocultado un excelentísimo corazón intrépido.

No obstante, en realidad —y verlo resultaba mortificante—, el sacrificio de Silke les había dado poca ventaja, o ninguna. Aunque la popa del *Kymera* estaba ennegrecida y rajada, se mantenía de una pieza. Había resistido la embestida.

Como regocijado por la eliminación de un segundo adversario, el *Barco del Carnicero* renovó los ataques contra el *Rumor* y redobló su furia. Sus cañones bramaron y retronaron por encima del mar que agitaba la tormenta, y el bergantín sufrió daños lastimosos. Aunque estaba protegido contra las rojas llamas, el *Rumor* continuaba siendo vulnerable a la fuerza de las sibilantes balas de cañón. Las bordas explotaban en ventiscas de finas astillas de madera. Los hombres estallaban en nieblas de sangre. Explotaron grandes trozos de la borda principal como si fueran parte de la piel de una fruta. Tres metros del botalón de bauprés se partieron en la unión con el mástil. Velas y aparejos fueron arrancados del palo mayor como una telaraña en un tifón. Se oían terribles crujidos y detonaciones de la madera del casco al partirse.

Dos de los disparos del *Kymera* habían impactado justo por encima del combés y habían entrado en la cubierta de cañones. Por una feliz casualidad no resultó tocada la pólvora, pero dos posiciones (de la segunda culebrina y del tercer cañón) fueron desintegradas. El terrible impacto destruyó las armas, hizo añicos la madera maciza de las cureñas y rajó el hierro de los tubos. Los equipos de artillería que manejaban cada arma murieron a causa de la explosión, o bien como consecuencia de la confusión de fragmentos y metralla que la siguió inmediatamente. Dos de los

muchachos que se ocupaban de la pólvora también murieron, y algunos hombres de los equipos adyacentes resultaron heridos. La cubierta de cañones se vio inundada por un humo denso y caliente.

Sheerglas, que había sido derribado por la explosión, se puso de pie. Dio un respingo de dolor, y cuando bajó la mirada vio que tenía un trozo de madera de cureña, del largo del antebrazo de un hombre, clavado en la parte superior del vientre. Sheerglas hizo una mueca y se la arrancó con lentitud. Salió limpia de sangre. Había errado a su corazón por la longitud de un dedo.

—Que tengas mejor suerte la próxima vez, Henri —gruñó, y arrojó el trozo de madera lejos de sí—. ¡En pie! ¡En pie! —comenzó a vociferar—. ¡Volved a disparar! ¡Disparad a discreción en cuanto estéis preparados! ¡Moveos, perros, o me serviréis para cenar! ¡Vamos, ya!

Los pálidos equipos de artilleros corrieron a cumplir la orden de su amo.

—¡Despejad este desorden! —exigió Sheerglas, al mismo tiempo que señalaba las armas destruidas y los cuerpos destrozados—. ¡Vosotros, los que estáis a babor, hacedlo! ¡Traed aquí dos de vuestros cañones, con rapidez! ¡No, tres! ¡Ahora el agujero es lo bastante grande como para tres!

Los artilleros se apresuraron a obedecer, retirando los restos con pala, sin mostrar consideración ninguna hacia los cuerpos que apartaban a un lado. Si más tarde había tiempo para llevar a cabo un servicio fúnebre, se haría. Tiraron de las cuerdas de arrastre de tres de las piezas de artillería de babor para trasladarlas a estribor, y las ataron en su sitio, con los cañones asomando a través de la cicatriz abierta en el costado del *Rumor* donde antes había habido dos troneras.

—¡Cargadlos! —vociferó Sheerglas cuando los otros cañones comenzaron a retronar y rugir otra vez. Se sentía débil, mareado.

»¡Ven aquí, muchacho! —llamó al mozo de pólvora que tenía más cerca, un chiquillo de catorce años.

Sabedor de lo que se esperaba de él, el chaval se acercó rápidamente y ladeó la cabeza hacia la izquierda. Sheerglas se inclinó y mordió con fuerza, para beber una ración del cuello del jovencito.

—Buen muchacho —dijo al mismo tiempo que se limpiaba la boca—. Ahora vuelve rapidito a tus obligaciones.

Sheerglas se sintió mejor de inmediato, revitalizado.

—¡Más de prisa con esas baquetas, bastardos! ¡Más de prisa y todavía más! ¡Enviemos a este monstruo al calabozo para demonios de Manann!

El trueno de los cañones del *Rumor* volvió a comenzar, y Luka se alegró. Pero el *Kymera* continuaba castigándolos con ferocidad. La simple lógica dictaba que acabarían por perder el frenético combate. El *Barco del Carnicero* era más grande y tenía más cañones que ellos.

—¡Tenemos que acercarnos! —vociferó Roque, que subió corriendo a la toldilla—. ¡Reducamos esto a la espada y la pistola e intentémoslo por ese método, porque esta lucha a cañonazos sólo puede desembocar en nuestra muerte!

Roque parecía casi un salvaje por su aspecto. Tenía la camisa rasgada y abierta por delante, y mientras todos los hombres del *Rumor* estaban sudando como cerdos, su piel estaba seca y tensa. Sesto se daba cuenta de que estaba agitado. Tenía marcas en el hombro izquierdo que llevaba al descubierto, en torno a la cicatriz reciente. Heridas hechas por astillas, habría creído la mayoría, pero Sesto se daba cuenta de que eran marcas de febril rascado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—¡Sí! —le espetó Roque—. Este no es el momento para...

—Creo que sí lo es —insistió Sesto.

—¡Cierra la boca! —Roque se volvió hacia Luka—. ¡En el nombre de la condenación, aproximémonos ahora, mientras aún me queden hombres en la línea del pavés para pasar al abordaje!

—Si nos acercamos, estaremos completamente a su merced durante los últimos metros —dijo Luka.

—¡Ya estamos a su merced! —gritó Roque.

—Tú sabes cómo funciona esto, Roque. Cuanto más nos acerquemos, más nos atacarán, y con más fuerza. Intentar la aproximación y el abordaje bajo este ataque podría acabar con nosotros.

—Creo que estamos acabados de todos modos —dijo Casaudor en voz baja—. Hagamos lo que dice Roque y acerquémonos. No nos queda nada que perder.

Se oyó un ruido nuevo que atravesó el estruendo de la tormenta y la furia del cañoneo: la detonación de unos cañones distantes. Del picado mar que rodeaba al *Barco del Carnicero* se alzaron columnas de agua.

Silvaro y los demás corrieron a la barandilla de babor y miraron hacia la lluvia y la oscuridad de la tormenta. Más destellos rojos, otra andanada de cañones allá a lo lejos, en los límites exteriores de la bahía.

Y luego, lo vieron.

Con todas las velas desplegadas, lanzado hacia ellos como un monstruo de las profundidades, con aparejo de cuchillo y glorioso bajo el cielo negro como la tinta.

El Árbol Fulminado.

—El viejo bribón no se ha olvidado de nosotros, después de todo —murmuró Silvaro—. Que los dioses lo bendigan por su lealtad.

Regio y espléndido, y comparable en todo al *Kymera*, tanto en tamaño como en número de cañones, el *Árbol Fulminado* continuó hacia ellos, sin parar de disparar. Dejaba detrás, en el viento, una inmensa estela de blanco humo de pólvora.

—¡Ahora sí que vamos al abordaje! —gritó Luka—. ¡Ahora sí que los

abordaremos, ya lo creo!

Tende hizo girar la rueda del timón, y Saybee sumó sus músculos a la maniobra. Roque bajó de un salto de la toldilla, y les ordenó a sus hombres de armas que se prepararan. Los escudos resonaron al juntarse, y las picas asomaron entre ellos. Los arcabuceros comenzaron a disparar hacia el costado de babor del *Kymera*, mientras ambos barcos se acercaban velozmente.

El *Árbol Fulminado* dio un rodeo en torno a las popas de ambos barcos, en un viraje tan amplio que las velas quedaron momentáneamente puestas en facha. Viró de forma brusca por redondo y volvió a recibir el viento para situarse al lado de la aleta de estribor del *Barco del Carnicero* y dispararle balas de cañón desde las troneras abiertas.

Los hombres de Vento echaron las defensas fuera de la borda cuando el *Rumor* entró en contacto con el bao de babor del monstruo rojo. Los arcabuces y artilleros de los falconetes dieron comienzo a un estruendo chisporroteante cuando los dos barcos se juntaron, mientras que los ballesteros que estaban en los vaivenes acribillaban la cubierta enemiga con flechas y proyectiles.

En la neblinosa rojez resplandeciente de las cubiertas del *Kymera*, los Saqueadores vieron las figuras de los tripulantes, silenciosas y antinaturalmente inmóviles, esperando el asalto.

Los barcos golpearon y rasparon el uno contra el otro con una violenta sacudida. Los Saqueadores lanzaron cabos con garfios que se trababan en las barandillas y regatas, y luego tiraron con fuerza para aproximar al máximo ambas embarcaciones. Del velamen del *Kymera* salieron disparos de mosquete y arcabuz, y algunos hombres de la formación de Roque se desplomaron o volaron hacia atrás. Un cierto número de disparos había logrado perforar las tablas y los escudos alzados.

—¡A por ellos! ¡A por ellos! —vociferó Roque al encabezar la carga de abordaje.

Nunca había tenido tanta sed en toda su vida. Sólo deseaba apagar la sequedad que le quemaba la garganta. La sangre serviría.

La primera oleada de hombres cruzó para adentrarse en el resplandor rojo que bañaba la cubierta del *Barco del Carnicero*. Luka pasó por encima de la barandilla de la toldilla de popa y saltó hacia el otro barco, con el hacha de abordaje en la mano. Casador lo siguió.

Ymgrawl miró a Sesto.

—Ni siquiera lo penséis —le advirtió, y pasó al *Kymera* con un salto de pantera.

—Sí. —Sesto le sonrió a la espalda del bucanero—. Claro.

* * *

Luka aterrizó de pie sobre la cubierta de popa. Había entrado en un mundo de luminiscencia roja. Y en un mundo seco, además. La cubierta parecía requemada, abrasada, con los tablones encogidos y el aire caliente como un horno. A tres metros de distancia, sobre la toldilla de popa del *Rumor*, el aire era frío, oscuro y estaba inundado de gotas de lluvia. Pero allí era como una cálida noche de otoño durante una sequía. En el viento se percibía el más extraño aroma a resina. Oía que el *Árbol Fulminado* disparaba mientras se acercaba por el otro lado del barco, y ahora también la feroz réplica de los cañones de estribor del *Kymera*.

Luka se puso a asestarles tajos a las velas y el cordaje con su afilada hacha, y cortó bozas, vaivenes y gruesos cabos con la intención de inutilizar los pertrechos de navegación del *Kymera*. Casador e Ymgrawl abordaron el barco enemigo detrás de él, y comenzaron a hacer lo mismo; Casador con una hacha, e Ymgrawl con su chafarote. Los siguieron otros Saqueadores: Tende y Saybee, Elegante y Risueño George, y una docena más. De la zona central de la cubierta les llegó un furioso clamor de lucha cuando los hombres de armas de Roque irrumpieron a bordo y arremetieron contra el contingente principal de Henri. El aire iluminado de rojo se inundó de humo de pólvora.

Luka continuaba avanzando, asestando tajos a aparejos y poleas. Más adelante se irguió una figura en el rojo resplandor. Tenía a uno de los hombres de Henri, al fin, cara a cara. Luka no varió el paso. Ejecutó un barrido con el hacha y la clavó en una clavícula del pirata.

El hombre continuó avanzando. Ni siquiera respingó. Se arrancó el hacha del hombro con la mano contraria, y la arrojó a un lado. Entonces, Luka lo vio con claridad. Ojos en blanco y hundidos, piel tensa y seca, con la estructura ósea en marcado relieve a través de la carne marchita.

Era un ser muerto, vestido con las ropas podridas de un pirata.



Luka retrocedió con horror. El zombi le dirigió rígidamente un tajo con un chafarote. El mosquetón de Casaudor detonó y el necrófago salió volando hacia atrás hasta el otro lado de la cubierta, sin cabeza.

—Gracias —susurró Luka.

Aparecieron más figuras de movimiento espasmódico, que los amenazaban con espadas y garrotes. Casaudor arrojó el mosquetón a un lado y descargó con el hacha de abordaje un tajo que atravesó el cráneo del primero. Se tambaleó y cayó, pero continuó retorciéndose sobre la cubierta.

Luka cogió dos de las pistolas de rueda que le colgaban alrededor del torso mediante cintas, y las disparó contra el siguiente diablo de pesados movimientos. Los impactos lo hicieron retroceder, reduciéndole ambos brazos a jirones a la altura del hombro, en ondulantes nubecillas de secos fragmentos polvorientos. Luka dejó caer las dos pistolas de rueda, que quedaron colgando junto a su cadera, para recoger luego la tercera y dispararla casi a quemarropa contra la frente del siguiente zombi. Le estalló el cráneo con una detonación hueca y hollinienta, como una cazuela de barro tarada que explotara dentro del horno, y después cayó.

Ymgrawl había derribado a otro de los seres no muertos con su chafarote.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Qué clase de maldición ha caído sobre este barco?

Con rapidez, el combate se transformó en desesperada lucha cuerpo a cuerpo. Los cadavéricos miembros de la tripulación del *Barco del Carnicero*, demacrados y que caminaban laboriosamente, llegaban desde todas partes. Luka cortó una cabeza con el shamshir, e hizo estallar otro cráneo con la potente pistola de tiro al blanco. Casaudor repartía tajos de hacha a diestra y siniestra, y cercenaba brazos y manos. Tende acometía con su espada eboniana, y cerca de él, Saybee trazaba círculos con un mandoble que atravesaba fibras secas y huesos disformes.

Jan Casson gritó cuando un zombi lo atravesó con una lanza herrumbrosa. Risueño George fue descuartizado miembro a miembro por manos muertas que lo desgarraban, y su tormento fue tan atroz que otros Saqueadores quedaron petrificados y fueron ellos mismos víctimas de la furia de los zombis.

Elegante se quedó sin pistolas cargadas —aunque había llegado con nueve y había acabado con un número igual de zombis—, y desenvainó el estoque. La hoja se partió contra el herrumbroso peto y la marchita caja torácica del siguiente atacante. Elegante le clavó una y otra vez el extremo partido del arma, y su cuerpo continuó repitiendo la acción durante varios segundos después de que el zombi le hubiera cortado la cabeza. Con la sangre manando como un géiser del cuello cercenado, el cuerpo de Elegante se desplomó.

Muchos de los marchitos zombis cayeron de rodillas, y se pusieron a chupar la sangre derramada sobre las tablas de la cubierta por los Saqueadores caídos. Luka y Casador cortaron en pedazos a unos cuantos mientras estaban ocupados en esto. Los secos brazos y manos cortados de los zombis eliminados se aferraban a los pies de los Saqueadores.

Luka continuó avanzando, abriendo tajos y golpeando. Por encima de la barandilla vio el *Árbol Fulminado*. Estaba tocado y de él ascendían ondulantes llamas rojas. Y entonces, una figura se interpuso entre Luka y el barco.

Era Henri el Bretón, Henri el Rojo en persona.

Hombre enorme, con la constitución de un buey, Henri iba vestido de terciopelo negro y llevaba puesta una media armadura negra. Siempre había gobernado a la tripulación por el poder de su brazo y la furia de su naturaleza. Luka lo había admirado y lo había considerado un amigo.

No quedaba ni una chispa de la persona que había sido, salvo por un vago parecido físico. La cara de Henri, enmarcada por el capacete, estaba desprovista de vida e intelecto. Tenía la carne hinchada y blanca, como abotagada. Parecía un ahogado acabado de recoger del agua, hinchado por la descomposición.

—¿Henri? —dijo Luka, con una exclamación ahogada—. ¿Eres tú?

A modo de respuesta, Henri el Rojo acometió con su sable a Luka Silvaro.

* * *

En la toldilla de popa del *Barco del Carnicero*, Roque y el destacamento de hombres de armas estaban trabados en batalla abierta contra la mayor parte de la tripulación enemiga. Reinaba un espantoso estruendo de espadas que chocaban y armas de fuego que disparaban, pero todos los gritos, los juramentos y los alaridos de dolor procedían de los Saqueadores. Los necrófagos del *Kymera* luchaban en rígido silencio de ojos inexpresivos.

En medio de la carnicería, Roque vio que los cañones de estribor del *Barco del Carnicero* continuaban disparando contra el *Árbol Fulminado*, le causaban grandes daños e impedían que se aproximara para abordarlo. Intentó abrirse paso a través de

la masa con la esperanza de conducir a un grupo armado bajo cubierta para silenciar los cañones. Pero la cantidad de viles enemigos era demasiado grande. Aunque podía detenerse los cortándolos en pedazos o haciéndolos volar en polvorientos jirones, para acabar con ellos, a menudo se necesitaban tres o cuatro tajos del tipo que habría matado limpiamente a un hombre vivo normal. Los Saqueadores comenzaban a morir al verse abrumados por los enemigos de movimiento espasmódico.

De repente, se oyó una aclamación gutural. Tras apartar de un tajo una espada que iba hacia su cara, Roque se volvió a mirar y vio que unos hombres armados abordaban el *Kymera* pasando por encima de la barandilla de proa, procedentes de abajo. Dos de las lanchas del *Fuego* habían sobrevivido a la devastadora destrucción de la nave madre, y los golpes de remo furiosamente decididos los habían llevado, al fin, hasta el casco del *Barco del Carnicero*. El capitán Duero condujo a sus hombres por encima de la borda, todos disparando con mosquetes y pistolas.

Su llegada bastó para invertir el curso de la batalla. El foco de la lucha se desplazó a la proa. Al verse con la posibilidad de abandonar el combate, Roque se encaminó hacia la escotilla más cercana. Tres de sus hombres de armas —Alto Willm, Sabatini y Rafael Guzmán— lo siguieron.

—¡Volved a cargar las armas! —dijo Roque, que se apresuró a hacer precisamente eso con su pesada pistola de llave de sílex.

Alto Willm y Guzmán llevaban mosquetón, y Sabatini empuñaba un buen arcabuz.

—¿Alguna granada? —preguntó Roque.

—Yo tengo una —replicó Alto Willm.

—Y yo dos —añadió Guzmán.

—¡Vamos! ¡Inutilicemos esa cubierta de cañones de una vez y para siempre!

El maestro de armas estaliano abrió la marcha. La sed que lo atenazaba, la sequedad de su garganta, era tal que lo había vuelto medio loco. Sólo ansiaba matar y destruir, y ese deseo se había vuelto contra los necrófagos del *Kymera*.

La cubierta superior de cañones de estribor estaba tan inundada de humo y tan mal iluminada que al principio costaba ver. Pero los destellos de los disparos iluminaban la escena con luz intermitente. Roque vio que los cañones los operaban más necrófagos no muertos que cargaban y disparaban con movimientos rígidos y mecánicos, como los de marionetas o autómatas de relojería.

Roque y sus tres hombres bajaron por la escala disparando contra los equipos de artillería, haciendo estallar en jirones a las disecadas criaturas. Los pesados mosquetones eran los que causaban más daños. Algunos de los necrófagos volvieron y recogieron armas para defenderse de los atacantes, pero Guzmán les arrojó una de sus granadas.

—¡Retroceded! —gritó Roque, y los cuatro lograron ponerse a cubierto detrás de

los mamparos de roble antes de que la abrasadora bola de fuego recorriera la cubierta a lo largo, incinerando a los necrófagos de harapos y hueso, y haciendo volar más cañones que salieron por el costado del buque y cayeron al mar.

Roque y sus hombres volvieron a cargar las armas con rapidez, mientras el humo ondulaba en la oscuridad que los rodeaba.

—¡Willm! —dijo Roque—. Coge tu granada y mira qué puedes hacer para inutilizar la cubierta de babor. Sabatini, acompáñalo. Guzmán, sígueme.

El costado de estribor de la cubierta inferior de cañones del *Kymera* aún continuaba disparando andanadas constantes. Roque y Guzmán se lanzaron por la estrecha escala hacia la oscuridad, pero apenas habían llegado a la cubierta inferior cuando los inmundos necrófagos cayeron sobre ellos. Guzmán disparó con el mosquetón, pero casi de inmediato fue clavado contra el mamparo por un chafarote que le atravesó el pecho. La última granada cayó de su mano, que se contrajo espasmódicamente, y se alejó rodando antes de que pudiera encenderla o arrojarla.

Roque se puso a asestar tajos para intentar salir. Vio dos barriletes de pólvora que habían sacado del pañol de municiones para cargar los cañones. Acababan de quitarle la tapa a uno de ellos en el momento en que él y Guzmán irrumpieron bajo cubierta.

Al mismo tiempo que se lanzaba hacia atrás, en dirección a la salida, Roque arrojó la pistola amartillada y cargada hacia los barriletes. El arma golpeó la cubierta justo al lado de los contenedores de pólvora, y lo hizo con la fuerza suficiente como para accionar bruscamente el mecanismo, momento en que la llave se cerró y golpeó la piedra de sílex.

El arma se disparó, y la mayor parte de la llamarada de la boca tocó los barriletes de pólvora.

Una explosión monstruosa destrozó el costado del *Kymera*, desintegrando cañones y arrancando secciones de casco, que volaron hacia el exterior. La fuerza de la explosión levantó a Roque en el aire, lo lanzó hacia abajo por una escala y, a través de un coronamiento de madera, al interior de la bodega. Fue a dar en medio de sacos podridos y marchitos cuerpos de ratas muertas.

Con lentitud, Roque se puso de pie. Le zumbaban los oídos y estaba cubierto de cortes y contusiones, pero hizo caso omiso de todo ello, al igual que de la espantosa sed que aún lo atenazaba.

Allí, en la bodega, había una curiosa luz, y un olor extraño. Recogió el sable y gateó hacia la luz. Era roja, pero pálida, como la de una lámpara. Y el olor era de trementina, betún y un dejo de resina caliente. ¿Dónde había olido eso antes? ¿Qué le recordaba ese olor?

Entonces, le volvió a la memoria. Era la sequedad de la arena y el polvo antiguo, el olor a cera y natrón de embalsamar, como el que reinaría en una tumba completamente enterrada en el desierto. Era el olor de sus pesadillas.

Roque se aproximó a la luz. Allí, en su resplandor, vio cosas maravillosas.



Luka se agachó a toda velocidad y el sable de Henri pasó por encima de su cabeza. El Carnicero luchaba sin el más leve rastro de la destreza y finura que había poseído como hombre, y se limitaba a dirigir golpes de espada de asombrosa fuerza. Ni siquiera presentaba una guardia apropiada. Luka necesitó hasta la última pizca de su agilidad para esquivar los despiadados golpes. Acometió con el shamshir y logró asestar varios tajos profundos, pero nada parecía enlentecer a Henri. No presentaba una guardia adecuada porque no podía herirlo ninguna espada. Casaudor e Ymgrawl apoyaban a Luka tanto como lo permitía la batalla de la cubierta, pero sobre todo estaban ocupados en rechazar a los otros necrófagos homicidas.

—¿Qué te ha sucedido, Henri? —jadeó Luka—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Qué inmunda brujería te tiene esclavizado?

No hubo respuesta alguna que no fuera en el idioma de la espada, y Luka tampoco la esperaba. Al igual que su tripulación y su nave, Henri el Bretón estaba muerto, había sido transformado en un inconsciente, e implacable instrumento de destrucción. Muy pronto, el cuerpo mortal de Luka comenzaría a cansarse y a enlentecerse, y entonces, Henri lo mataría.

Henri descargó un golpe de fuerza descomunal que impactó de través sobre la guarda de la espada de Luka y le arrebató el arma de la mano. Luka se lanzó de cabeza, en parte para recuperar el shamshir y en parte para evitar el siguiente tajo sibilante del sable de Henri. Fue un intento valiente por parte de Luka, pero se quedó corto y cayó con el shamshir apenas fuera del alcance de sus dedos. Rodó, y la sibilante hoja del arma de Henri se hundió en la reseca cubierta, justo donde Luka había estado tendido.

Al ver que su capitán corría un gran peligro, Tende se lanzó hacia adelante, empujó a dos necrófagos hacia un lado y hundió la punta de su hacha eboniana en el hombro izquierdo de Henri. El Carnicero osciló ligeramente y, sin siquiera volverse a mirar a su nuevo adversario, lo golpeó con el puño izquierdo y lo hizo volar hasta el otro extremo de la toldilla de popa.

Luka había logrado recuperar la espada, y se levantó luchando, pero Henri apartó

a un lado los dos primeros golpes que le dirigió Silvaro, y luego le asestó un tajo con el sable en un costado.

Luka gritó de agonía al sentir el frío dolor de la herida y la sangre caliente que manaba de ella y le empapaba la ropa. El sable le habría cortado limpiamente el torso de no haber sido por una de las pistolas de rueda descargadas que le colgaban a los costados, sujetas con cintas. A pesar de eso, era una herida que menoscababa sus fuerzas.

Desesperado, más por instinto que por cualquier otra cosa, Luka asestó un golpe con el shamshir para apartarse del corpulento Carnicero. La hoja cercenó la muñeca derecha de Henri, y la mano cayó sobre la cubierta, con el sable. Luka retrocedió con paso tambaleante, convencido de que al desarmar al enemigo había ganado un momento de respiro.

Pero la mano izquierda de Henri avanzó veloz como el rayo y aferró a Luka por el cuello.

La presa del Carnicero se cerró y comenzó a estrangular a Luka mientras lo alzaba de la cubierta. Empezó a nublársele la vista, perdió la espada, y entonces manoteó el brazo que lo sujetaba. Percibía el olor dulzón a podredumbre que manaba de la disecada carne de Henri. Notó que las vértebras del cuello raspaban entre sí, y que se le cerraba la tráquea.

Sintió que la muerte se apoderaba de él.

Se oyó un sonoro crujido, una sacudida violenta, y la mano lo soltó. Luka cayó sobre la cubierta, y al abrir los ojos vio que Henri retrocedía con paso tambaleante. Le habían clavado el Mordisco de Daagon, de punta, en el pecho.

—¿Sesto?

—Levántate, Luka —lo instó Sesto, al mismo tiempo que lo cogía por los brazos y tiraba de él.

—¿Tú has hecho eso?

Se quedaron mirando mientras Henri retrocedía uno o dos pasos más. De la herida que el Mordisco le había abierto en el pecho salían disparados gusanos y larvas, como si hubiera sido la presión que éstos ejercían desde dentro lo que hubiera hinchado a Henri de aquel modo.

Henri cayó de espaldas y, ante los ojos de ambos, se pudrió; su carne se encogió y ennegreció, se transformó en polvo, hasta que sólo quedó un esqueleto desarticulado con el Mordisco de Daagon metido en el pecho.

—El Carnicero ha muerto —jadeó Luka mientras se apoyaba en Sesto para no caer. La herida del costado le dolía horrores, y de ella salía un reguero de sangre.

—Pero sus hombres no —dijo Sesto.

En torno a ellos, y en la cubierta de proa, los necrófagos continuaban luchando con feroz determinación. El *Árbol Fulminado* ya había logrado aproximarse al

Kymera y enganchárasele con garfios al costado de estribor, con el fin de que la tripulación de Colmillo pudiera unirse al salvaje combate cuerpo a cuerpo. Pero la lucha que había tenido que librar el *Árbol Fulminado* para aproximarse le había costado muy cara. La cubierta era territorio de ruina y cuerpos destrozados, y sus palos y aparejos estaban partidos y desgarrados. El grandioso barco estaba muy escorado, y el infernal fuego rojo ardía en las velas y la popa.

—El hechizo no ha desaparecido —dijo Luka—. Henri era parte de él, no su origen. Debemos encontrar la auténtica fuente de la magia y destruirla, o ni siquiera ahora seremos los vencedores, en este día.

—¡Estás herido! —gritó Sesto.

—Ya tendré tiempo de estar herido más tarde —gruñó Luka mientras recogía el shamshir y lo envainaba para poder cargar la pistola de tiro al blanco—. ¡Vamos!

—¿Adonde?

—¡Adondequiera que esté escondida la magia a bordo de este barco!

* * *

Descendieron bajo cubierta, luchando contra los horripilantes enemigos que surgían del humo y la niebla. Las cubiertas inferiores, saturadas de vapores y humo de pólvora, estaban iluminadas por la fría luz roja. Parecía brillar desde los tablones mismos. Por encima y alrededor, a través de las cubiertas, les llegaba el constante estruendo de la feroz lucha.

—¡Aquí abajo! —gritó Luka.

Descendió cojeando por los escalones de madera que conducían a la bodega de popa. El resplandor era más brillante. El aire olía a trementina y cera, y estaba completamente desprovisto de humedad, cosa que les reseco la boca y la lengua.

Luka se sentó en el escalón inferior.

—Dame un momento —jadeó mientras luchaba contra el dolor.

—Descansa aquí —le dijo Sesto—. Me adelanto a investigar.

Alzó el sable y avanzó poco a poco por la cavernosa bodega, donde pasó junto a pilas de barriles y lastre podridos, en dirección a la luz.

—¡Dioses grandiosos! —exclamó.

—Así que tú también lo ves —dijo Roque—. Menos mal. Pensé que podría estar soñando.

La zona posterior de la gran bodega de popa del *Kymera* brillaba como una cueva de tesoros. Había cofrecillos de oro apilados por todas partes, y con ellos estatuas y pequeñas esculturas, todas doradas e incrustadas de gemas. Algunos de los cofrecillos estaban abiertos y dejaban a la vista las cantidades de monedas y piedras preciosas

que contenían, así como rollos de buen pergamino y armas antiguas decoradas con esmalte alveolado.

Roque Santiago della Fortuna se encontraba de pie en medio de todo eso. El lobuno estaliano parecía mareado y enfermo. Tenía el rostro macilento, la piel pálida y con erupciones, y su respiración era jadeante y ronca. Para no caer, se apoyaba en un enorme sarcófago dorado que había en el centro de la bodega, a cuyo alrededor se apilaban los tesoros. El ataúd tenía la forma de una figura que yacía decúbito supino, con los brazos en cruz sobre el pecho. Gemas, esmaltes y pintura de brillantes colores conferían una especie de vida al rostro moldeado de la tapa del sarcófago. Un emperador, quizá, un rey, un regio señor, con oro en torno a la frente y fijos ojos delineados con alcohol.

—Contempla el tesoro de Henri y su perdición —dijo Roque.

Sesto miró alrededor, maravillado.

—Nunca he visto nada parecido —dijo.

El tesoro, las armas y las obras de arte tenían un estilo y una calidad que Sesto no había visto nunca antes. En la cartela del ataúd había inscritos extraños pictogramas que mostraban esclavos, barcas fluviales, bueyes y aves de largo pico. Todo era de oro, realzado por barras blancas y del más puro azul, y alguna de color rojo. Las doradas estatuas, que parecían hacer guardia junto al grandioso sarcófago, eran figuras humanas con cabeza de halcón, gato y carnero. Dos tenían cara de sabueso de largas orejas, o de perro del desierto.

—Sí —dijo Roque—, no has visto nada parecido en el Viejo Mundo, amigo mío. Este botín procede de las arenas de Khemri, ha sido saqueado de alguna polvorienta tumba. Es antiguo, aún más antiguo que las ciudades en las que tú y yo nacimos.

—Khemri... —murmuró Sesto.

—Ésta es la maldición de Henri, Sesto. El cargamento atroz que sacó de un barco de tesoros maldito, y al hacerlo se condenó y condenó a sus hombres. Los bienes funerarios malditos de una antigua tumba real, solaz del monarca en la vida del más allá. —Roque acarició con una mano la cara tallada en la tapa del sarcófago—. Has sido tú, antiguo, vetusto rey; esto es obra tuya.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Sesto, que avanzó un paso.

—¿Acaso no percibes la malicia que irradia de esta fulgente horda? —preguntó Roque—. Maldad y magia invocadas por un ser muerto a quien no le ha gustado el modo como han perturbado su sueño eterno. Es el polvo seco de la tumba, Sesto, el cosquilleo de la arena. Ha estado llamándome en sueños.

Roque se tocó la cicatriz del hombro, ahora en carne viva porque se la rascaba constantemente.

—¿Tus sueños? —preguntó Sesto.

—Mis sueños. Mis secas, horrendas pesadillas. El contacto con este tesoro impió

convirtió a Reyno en un demonio, y yo he estado conectado con él desde que ese demonio me marcó con su garra.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sesto.

—Destrozarlo. Destruirlo. Este oro, este tesoro sin igual, no enriquecerá a ningún hombre con nada que no sea la muerte. Ayúdame.

Roque había recogido una azuela de mango dorado que había en el montón de tesoros cercano y comenzó a usarla como palanca para forzar la tapa del sarcófago.

—¿Estás seguro de que...?

—¡Ayúdame, Sesto! —gritó Roque mientras forcejeaba.

Sesto recogió otra azuela y se puso a trabajar junto al maestro de armas. Entre ambos empujaron y lucharon, astillaron la dorada madera de la tapa, rompieron los sellos antiguos de cera y resina.

Lenta, muy lentamente, la tapa se alzó. De la oscura cavidad interior salieron nubes de ondulante polvo repulsivo que olía a natrón y sales de embalsamamiento.

La tapa cayó al suelo de la bodega con un terrible temblor de madera.

Dentro yacía el rey muerto, con las manos cruzadas sobre el pecho. Sesto había esperado encontrarse con un cuerpo monstruosamente marchito, o con uno momificado, seco y polvoriento; pero el cuerpo que había en el ataúd parecía asombrosamente fresco. Era un muchacho, un mozalbete no mayor que Gello. Estaba envuelto en vendas de lino que eran tan blancas y límpidas como una nube de verano, y sus brazos, pecho y frente estaban cubiertos de joyas de oro. La piel que quedaba al descubierto en las manos cargadas de anillos y la cara era rosada y vital. Tenía un rostro hermoso, espolvoreado con oro y maquillado con extravagantes líneas negras en torno a los ojos durmientes.

Durmiente. Sesto se estremeció. Era eso. Ese ser, muerto hacía tanto tiempo, parecía estar sólo dormido.

Roque tendió una mano y, vacilante, recogió el amuleto que el rey muerto llevaba sobre el pecho, justo por encima de las manos cruzadas. Era un objeto pesado, en forma de escarabajo alado, con el grueso cuerpo de oro incrustado de turquesas y rubíes. La larga y pesada cadena de oro quedó colgando del adorno cuando Roque se lo arrancó del cuello a la momia.

Roque gimió larga y dulcemente.

—Es esto, Sesto. Éste es el talismán; en él reside el poder. ¡Ah, cómo me canta! A menudo lo he oído en mis sueños, voces frágiles que cantan en un idioma que no conozco, aunque entiendo cada palabra. Este objeto es la esencia misma de la maldición.

Sesto asintió con la cabeza.

—Entonces, es lo que debemos destruir.

—Sí, sí —dijo Roque, que se quedó contemplando el amuleto que tenía en las

manos.

—¿Roque? ¿Señor?

El estaliano le volvió la espalda. Una espantosa alarma repentina se apoderó de Sesto. Bajó la mano hasta la daga y la desenvainó, pero no fue capaz de clavarla en la espalda de Roque, aunque su instinto le gritaba que debía hacerlo.

—¡Ay, Sesto! —dijo Roque con tristeza.

Se volvió hacia el de Luccini. Tenía el amuleto en la mano izquierda. El puñal que sujetaba con la derecha se clavó profundamente entre las costillas del noble.

Sesto lanzó un grito ahogado. Una prensa de blanco dolor se cerró sobre su mente. Retrocedió, con el puñal aún clavado en el cuerpo.

—¡Ay, Sesto! —repitió Roque. Parecía horrorizado, y daba la impresión de que se habría puesto a llorar si le hubiera quedado agua en el cuerpo—. Me has fallado. Si me ves vacilar, te dije; vacilar o dudar... Te imploré que hicieras que el tajo fuera certero y limpio.

Sesto cayó de costado contra el sarcófago, y se deslizó hasta la cubierta. La sangre le empapaba la camisa alrededor de la empuñadura del cuchillo y goteaba sobre las tablas. En contra de la naturaleza, en contra de la fuerza de gravedad, las gotas de sangre comenzaron a ascender por los lados del ataúd de oro y a meterse en él. El muchacho-demonio durmiente del sarcófago suspiró con suavidad.

—¿Qué has hecho? —dijo Luka Silvaro, que avanzó con el shamshir en alto—. Roque, en el nombre del diablo, ¿qué has hecho aquí?

—Sólo lo que se me ordena, Luka —replicó Roque.

Con el amuleto aferrado en la mano izquierda, desenvainó el sable de acero damasquino de Estalia.

—No te acerques más, viejo amigo —dijo.

—Dioses... —Luka bajó los ojos hacia Sesto—. Dioses, te ofrecí marfil para que te diera suerte, Sesto...

Volvió los ojos otra vez hacia Roque, y negó con la cabeza.

—¿Amigos, Roque? Amigos. Camaradas. Es de lo que se alimenta este cargamento atroz. Es lo que le encanta destruir y dañar. Henri, Reyno, tú y yo. Los excelentes lazos del código y la buena compañía, cercenados por esta locura que lanza al hermano y al aliado el uno contra el otro.

—¿Amigos? —Roque sonrió—. ¿Amistad? ¿Crees que le importa eso? El rey muerto no desea más que sangre y oro. La amistad es tan sólo algo que se interpone en el camino de esos apetitos.

—En ese caso, yo soy otro obstáculo —dijo Luka—. Arroja el sable y deja esa abominable baratija. O pasa a través de mí si quieres salir vivo de esta bodega.

Roque se puso lentamente la cadena del amuleto en torno al cuello, y luego sacó su largo cabello luna para que el oro quedara completamente en contacto con la piel.

Ahora el talismán pendía sobre su pecho.

—No puedo hacerlo, Luka —dijo.

Luka ya veía que los ojos de Roque comenzaban a vidriarse, como si en su superficie estuviera formándose hielo que amortecía el color de las pupilas. Su piel empezaba a tensarse y apergaminarse.

Luka lo acometió sin hacer caso del lacerante dolor del costado. Las espadas de ambos chocaron y resonaron, un golpe tras otro, finta y respuesta, estocada y parada. Saltaban chispas de los filos agudos como navajas.

Luka Silvaro se enorgullecía de su destreza de espadachín. Había vencido en todos los duelos que había librado a lo largo de su vida, incluidos algunos en los que había fingido ser menos diestro con el fin de inducir al oponente a confiarse en exceso. Ésa, ciertamente, había sido la táctica con el capitán Hernán. En aquel caso, Luka había querido dejar clara una cosa, simplemente, no reducir al hombre a tiritas. Pero ahora se veía gravemente menoscabado por la espantosa herida.

Y había un solo espadachín en todo el ancho del chispeante mar de Tilea al que Luka reconocía como superior. Habían luchado muchas veces, y Luka siempre había perdido, aunque sólo en duelos de práctica.

Hasta ahora.

Roque Santiago della Fortuna era el espadachín más dotado que Luka hubiera conocido jamás. Los gráciles pasos y fintas de la esgrima eran algo natural para él. Algunos maestros de toda Tilea y toda Estalia habrían entregado alegremente sus escuelas por aprender movimientos y paradas que sólo él conocía. Y su espada de acero damasquino era la mejor de las armas, mucho más sólida, fiable y afilada que el precioso shamshir de Luka.

Desde el principio mismo, Luka supo que el oponente lo superaba, pero a pesar de eso luchó, poniendo cada gota de energía y cada gramo de habilidad en los furiosos ataques. Estaba decidido a no perder, porque no podía perder. Pensó en Hernán, vencido por él, pero a pesar de eso firme y heroico hasta el amargo final, pilotando su barco cuando tenía la muerte ante sí. Igual que Silke, y Colmillo, Sesto e incluso Reyno, muy probablemente.

Llegaba un momento en el que la habilidad por sí sola ya no era suficiente. Llegaba un momento en que un hombre tenía que aprender de otros qué era la valentía pura, y vencer de ese modo.

Lo que más importaba no era el talento de un hombre, ni su habilidad con el acero. Lo que más importaba era su corazón, y el temple de su alma. Sólo eso podía hacer que saliera realmente victorioso.

Salvo ahora.

Luka avanzó, convirtiendo una parada baja en media estocada que estuvo a punto de atravesar la garganta de Roque. Pero el estaliano se apartó a un lado, ejecutó una

estocada larga que inmovilizó el shamshir de Luka contra el costado del sarcófago y se lo partió por debajo de la empuñadura con un giro de muñeca.

Luka retrocedió con paso tambaleante mientras intentaba protegerse con la pobre espada rota, y Roque se lanzó furiosamente a fondo y clavó toda la hoja del sable a través del hombro izquierdo de Luka.

—¡Dioses! —gruñó Luka.

Roque le arrancó el sable, y Luka cayó contra el sarcófago y resbaló hasta la cubierta.

El estaliano dejó suspendida la punta del ensangrentado sable ante el ojo izquierdo de Luka.

—Lo haré de prisa, viejo amigo mío —siseó.

Luka le escupió.

Roque echó atrás el brazo para clavar la estocada. El dorado amuleto que llevaba sobre el pecho se alzó repentinamente como si lo levantara en el aire una magia oscura. Roque se estremeció. Abrió la boca, y por ella salieron gusanos blancos.

El amuleto cayó al suelo, con la cadena de oro rota. Un palmo entero de la hoja de un cuchillo de curtidor era lo que había levantado en el aire el amuleto.

Ymgrawl arrancó la larga daga de la espalda de Roque, y el estaliano maldito cayó de bruces.

Luka alzó la mirada hacia Ymgrawl.

—Es demasiado tarde para el cachorro —dijo Ymgrawl, al mirar el cuerpo de Sesto—, pero confío en que no lo sea para vos.

—Ayúdame a ponerme de pie —dijo Luka.

Ymgrawl lo levantó casi en vilo. Silvaro temblaba y se balanceaba, inestable.

Avanzó y recogió el amuleto caído.

—Ahora vamos a romper esto. Le daremos un martillazo... —dijo, y su voz se apagó.

Luka oía una salmodia lejana, un canto apenas perceptible que resonaba en el aire. Un aroma a almizcle y especias, el lento pasar de barcas funerarias por un río tranquilo. Sacerdotes y bueyes, flautas, pesados tambores, el olor de tumbas de basalto recién hechas, abiertas por última vez. El sol poniente. Las estrellas que aparecían en el cielo. Una pirámide enorme que se alzaba por encima del meandro del río. Un millar de voces.

El seco raspar de la arena que se apilaba.

Sentía sed. Estaba reseco.

Sangre, eso era lo que había dicho Roque. Sangre. El rey de la tumba tenía sed de sangre. Ésa era la maldición que le había impuesto al *Kymera*: matar, y matar, y volver a matar a todo lo ancho de las aguas del mar para encontrar sangre suficiente con la que saciar su sed eterna.

Y hacerlo vivir una vez más.

Estaba tan a punto, ahora, tan a punto. Luka miró al muchacho que había dentro del ataúd, y en su complexión vio una salud sin tacha. Sólo unas pocas dosis más de sangre para beber, y volvería a la vida. Y desataría su aflicción sobre el Viejo Mundo.

Sólo unas pocas dosis más. Ymgrawl; él le aportaría mucha. Y Casaudor, y Benuto. La sangre era sangre. Ya casi había la suficiente. Dioses, pero tenía más sed que Sheerglas en una mala noche. Quería beberse el mundo entero.

—¿Luka? —dijo Ymgrawl, mirando fijamente a Luka Silvaro, con el cuchillo ensangrentado todavía en alto—. Vos también, no —suspiró.

—Suficiente sangre —masculló Luka—. Suficiente sangre. Debe haber suficiente sangre, o no despertará de su sueño eterno.

—¡Luka! —vociferó Ymgrawl.

Con el amuleto aferrado entre las manos, Luka Silvaro subió la escalera dando trapiés, y atravesó las humosas entrañas del *Barco del Carnicero* hasta la cubierta. Allí continuaban luchando necrófagos y hombres en el torbellino de la tormenta y la vil niebla. Mientras Luka atravesaba con paso tambaleante la cubierta sembrada de cadáveres, la sangre salía volando de los tablones que pisaba y era absorbida por el amuleto de oro que llevaba.

En la bodega, los ojos del muchacho rey se abrieron.

Luka cayó de rodillas y fue casi a gatas hasta la destrozada barandilla de popa. Bajó los ojos hacia el amuleto que llevaba en las manos. Le pertenecía. El amuleto lo necesitaba tanto como él necesitaba el amuleto, como si fuera una adicción, como a un verdadero amor. El anhelo era insoportable.

—¿Sed? —le preguntó Luka—. ¿Tienes sed?

—Sí —sisearon las frágiles voces.

En las profundidades de la bodega, la boca del muchacho rey se movió como si repitiera la palabra.

—Bébetelo eso —dijo Luka Silvaro, y arrojó el amuleto fuera del barco, lejos de la barandilla de popa, hacia las insondables aguas del golfo Naranja.



Con un lamento terrible, como si las distantes, frágiles voces que sonaban dentro de la cabeza de Luka se proyectaran ahora desde el interior de cada boca reseca, los necrófagos se desplomaron. La luz roja se desvaneció, como la niebla que asciende en espirales hacia el cielo al amanecer, y el *Kymera* se transformó en un negro cascarón podrido.

Los cuerpos de los necrófagos caídos, con los chafarotes y picas aferrados en la mano, se transformaron en polvo y desaparecieron en el viento como las últimas cenizas de un fuego en un frío amanecer. El *Kymera*, que ahora no era más que una arca ennegrecida, empapada y plagada de gusanos, comenzó a hundirse. Los mástiles apolillados cayeron, las cuerdas podridas se rompieron y se deshicieron.

—¿Luka? —dijo Casaudor al llegar junto a él.

—La maldición ha sido anulada —jadeó Luka—. El Carnicero ha muerto.

—¡Hombres! ¡Aquí, ayuda al capitán! —vociferó Casaudor.

Tende llegó con paso tambaleante, junto con San Huesos y Benuto.

—¡Estoy bien! —dijo Luka, mientras se levantaba—. Volved al *Rumor*. Separad los barcos antes de que este bastardo se hunda.

Los Saqueadores corrieron al costado de babor, donde se pusieron a cortar cabos y garfios, para luego saltar por encima de la borda hacia el *Rumor*.

Luka se volvió y vio que Ymgrawl estaba detrás de él. El bucanero tenía el cuerpo de Sesto en los brazos.

—¿Está vivo? —preguntó Luka.

—Sí —asintió Ymgrawl.

—¿Podemos salvarlo?

Ymgrawl cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¡Lleváoslo! Llevad a Sesto a bordo del *Rumor* y haced que lo vea Fahd.

El cocinero árabe era lo más parecido a un médico que había a bordo del barco de los Saqueadores.

Unos hombres se acercaron corriendo y recibieron el cuerpo laxo de Sesto de brazos de Ymgrawl.

—¿Adonde vais a ir? —preguntó el bucanero.

—A cortar las cuerdas para dejar libre al *Árbol Fulminado* —replicó Luka—. No merece ser arrastrado a las profundidades por este cascarón maldito.

* * *

Luka se alejó cojeando por la apolillada, humeante cubierta. Los tablones que pisaba estaban ennegrecidos, empapados y podridos, y pasó por encima de cadáveres mutilados, empapados esqueletos dispersos y armaduras herrumbrosas.

Arrancó una hacha de abordaje que estaba clavada en la cubierta y comenzó a cortar los cabos de los garfios y los vientos que mantenían al *Árbol Fulminado* unido al *Kymera*, sin hacer el menor caso de las puñaladas de dolor que se le clavaban en el costado y el hombro.

El agua, fría y rápida, comenzó a salir a borbotones por las escotillas del *Kymera*. La cubierta descendía. Luka cortó las últimas cuerdas y saltó por encima de la borda hacia el *Árbol Fulminado*. Volvió la mirada para ver cómo el *Kymera* se hundía como un plomo en el mar, al llenársele el vientre del agua que lo arrastró hacia las insondables profundidades.

Desde muy abajo llegó un alarido ahogado, como el de un muchacho rey tirano que hubiera despertado de un sueño eterno para encontrarse con que se ahogaba en la más profunda fosa oceánica.

El alarido se apagó. Las oscuras aguas se cubrieron de espuma, agitadas.

Luka avanzó cojeando por la cubierta peligrosamente inclinada del *Árbol Fulminado*. El humo desaparecía en el aire, y la torrencial lluvia apagaba el último de los fuegos. Había cuerpos por todas partes, enredados sobre la cubierta, cortados en pedazos durante la terrible lucha.

Luka vio a Honduro, muerto, con el corazón atravesado por un chafarote. Y una veintena más, como mínimo. Comenzaban a llegar las aves carrofieras.

Encontró a Colmillo.

Al anciano le habían atravesado el vientre con una pica, y se había desangrado en la toldilla de popa.

Aún estaba vivo, aunque apenas.

—¿Luka?

—Jeremiah, viejo perro. Volviste por mí.

—Estaba preocupado. Había una cuestión de tres veces, y me preocupaba no haberlas correspondido. —La voz de Colmillo era apenas audible y distante.

—Las has correspondido todas, y dos veces. No podría pedirte nada más.

—Bueno, eso está bien —replicó Colmillo—, porque no me queda más sangre

que dar.

Luka inclinó la cabeza.

—¿Habéis acabado con él?

—¿Con quién?

—Con el Carnicero, Luka. ¿Habéis acabado con él?

—Hemos acabado con él, Jeremiah.

Colmillo dejó caer la cabeza. Se metió su única mano dentro del abrigo.

—Una cosa, Luka, para ti, ahora que todo lo que me quedaba se ha perdido para siempre. Toma.

Luka aceptó el pliego de pergamino mojado de sangre.

—Haz lo que yo no he podido hacer —suspiró Colmillo—. Abandona este oficio.

Luka estaba a punto de replicar, pero la cabeza de Colmillo cayó hacia un lado. Había muerto.

Luka se metió el pergamino dentro del fajín y corrió hacia la borda. El *Árbol Fulminado*, como si percibiera la muerte de su capitán, se estremecía y sacudía. Los tablones estallaban y la madera se partía. En un terrible estertor de muerte de madera desgarrada, el *Árbol Fulminado*, azote del mar de Tilea durante muchos años, se hundió en el mar.

Luka Silvaro se zambulló de cabeza desde la barandilla.



Era un brillante día caluroso, con viento favorable, el último que probablemente tendrían antes del invierno. Luka Silvaro subió cojeando a la toldilla de popa del *Rumor*, intentando no forzar los puntos de las heridas que le había cosido Largo.

Tende estaba ante el timón, con Benuto a su lado. Casaudor sonrió al ver acercarse al capitán.

—¿Hasta Águilas? —preguntó Luka.

—Con este mar agitado, sólo un día —replicó Casaudor.

Luka asintió con la cabeza.

—Continúa así, amigo mío. Estaré abajo.

—Señor —dijo Casaudor—, ¿qué será de nosotros ahora?

—Confía en mí —replicó Luka—. Nunca aceptaré que los Saqueadores salgan mal parados.

Luka empujó la puerta del camarote, lo atravesó cojeando y prácticamente se dejó caer en su asiento. Las heridas le dolían monstruosamente. La sangre manaba entre los puntos de las buenas costuras de Largo.

—¡Ay, Sesto! —suspiró para sí mismo—. ¿Qué debemos hacer? Hemos hecho lo que tu padre quería y hemos librado los mares de la cólera del Carnicero... ¿Y todo para qué? ¿Por una promesa de amnistía? ¿Por una recompensa? Parece algo tan vacuo ahora que los mares están abiertos. Una empresa tan desesperada, ¿y para qué?

El camarote continuó en silencio.

—He preguntado ¿para qué? —repitió Luka.

—Lo siento —dijo Sesto, que se incorporó sobre la cama con un gemido reprimido—. No me di cuenta de que me estabas hablando a mí.

—Y no te estaba hablando —dijo Luka—. Sólo pensaba en voz alta.

—¿Nos conducirás ahora a casa, a Luccini? ¿Para recoger el premio? —preguntó Sesto, que hizo una mueca de dolor a causa de la herida que cicatrizaba con lentitud.

—Si quieres ir a casa, por supuesto —asintió Luka.

Sesto sonrió.

—¿Es que no quieres que te otorguen la amnistía?

Luka se encogió de hombros.

—Me pregunto, amigo mío, una vez todo dicho y hecho, si no tendría problemas para ser respetable.

Sesto sonrió.

—Entiendo que eso pueda ser un problema. Bueno, Silvaro, yo pienso acompañarte. ¿Tenías alguna otra cosa en mente?

Luka sacó el pergamino doblado que llevaba en el abrigo y lo desplegó sobre la mesa.

—Jeremiah me legó su cruz. Pienso que podría navegar hacia ella. Entonces, podría recompensar a los Saqueadores mejor de lo que podría hacerlo cualquier príncipe de Luccini —miró a Sesto—. ¿Qué me dices?

—Digo que probablemente mi padre os haría ahorcar, con independencia de lo que yo dijera. Digo que estoy aburrido de la vida de la corte y que ansío grandes aventuras.

Sesto sonrió a Luka Silvaro.

—Continúa adelante y encuentra ese tesoro. Sigue navegando y llévame contigo.

—Por así decirlo —asintió Luka, y comenzó a gritar órdenes hacia lo alto.